RIFTBORNE



GRENWICH Y LENNOX

ALFAGUARA

GRENWICH Y LENNOX

RIFTBORNE



ALFAGUARA

Para las amistades que viajan
a través de reinos mágicos juntas

Esta novela es una carta de amor al poder de la amistad
y a los vínculos que convierten las realidades
más oscuras en algo extraordinario

Escucha nuestra lista de reproducción de Spotify
inspirada en Riftborne.



Visita nuestra página web para ver los avisos de contenido:
www.grenwichlennox.com/esprithean


Isla
de Sídhe
Montañas de Radianhia
Cordillera de Laelath
RIFTDREMAR
Tierras Altas de Bloodthorne
Pueblo de Obsidia
PUERTO ÁGATA
AEDENVALE
Territorio de Mylithia
Finca Dathora
Fortaleza de Praelythia
Río Serafín
Luminaria
Campamentos
Comarca de Stormshire
La grieta
EMERAAL
Valle Reyanthe
Torre Creciente
Pantano Obscura
Yaelarendale
Costa Escarlata

Glosario

Aossí (*I-shí*)
Raza de seres parecidos a los elfos que viven en las islas de Sídhe y de Riftdremar.

Sídhe (*Shí*)
La isla de Sídhe es un reino en el que residen los aossí. Es donde tiene lugar la mayor parte de la historia.

Riftdremar (*Ríft-dra-mar*)
Isla al este de la isla de Sídhe. Riftdremar fue destruida tras un levantamiento contra el esfuerzo colonial de Sídhe para extender su influencia sobre la cultura, la economía y los recursos de Riftdremar.

Rebelión de Riftdremar
Levantamiento contra la isla de Sídhe que se convirtió en una rebelión a gran escala y que, a su vez, dio lugar a una guerra entre dos Estados. La guerra terminó veinte años antes de los eventos de esta historia. A algunos refugiados se les otorgó la ciudadanía de Sídhe tras los sucesos del conflicto. Las personas de Riftdremar se apellidan Riftborne.

Riftborne (*Ríft-born*)
Niños que fueron salvados de la destrucción de su país natal, Riftdremar, y llevados a la isla de Sídhe. Antes de otorgarles la ciudadanía, estos refugiados se marcaban con un símbolo de unidad en la muñeca y la mano izquierdas. La mayoría se crio en casas de acogida a lo largo de la isla con la intención de que se integrasen en la cultura y la sociedad de Sídhe.

Esencia
La magia que se encuentra en todo el reino y confiere poderes tanto a la propia tierra como a los aossí.

Foco
Cada aossí es bendecido con un don individual, ya sea mundano o extraordinario, y a este se le llama foco. Es la forma en la que la esencia se manifiesta en cada individuo.

Esprithe (*Es-príz*)
Panteón de dioses a los que adoran en la isla de Sídhe. Estos son: Sibyl (*Sí-bil*), la Esprithe de la adivinación; Conleth (*Kón-lez*), el Esprithe de la sabiduría; Niamh (*Níiv*), la Esprithe de los sueños; Ainthe (*Á-na*), el Esprithe de los recuerdos; Eibhlín (*É-ve-lin*), la Esprithe de la justicia, y Fírinne (*Fí-ri-nieh*), el Esprithe de la verdad.

Luminaria
Capital de la isla de Sídhe.

Emeraal
La ciudad más grande en la frontera occidental de Sídhe, al sur de Stormshire.

Stormshire (*Es-torm-shaia*)
La mayor base militar en la frontera occidental de Sídhe, al norte de Emeraal.

GUÍA DE PRONUNCIACIÓN

Fia (*Fía*)

Laryk (*Lá-rik*)

Maladea (*Ma-lái-dia*)

Osta (*Ás-ta*)

Raine (*Réin*)

Baelor (*Bé-lor*)

Briar (*Bráiar*)

Draven (*Dréi-ven*)

Nazul (*Na-zúl*)

Extracto
Relato histórico de Sídhe
Primera edición

Hace mucho tiempo, motivada por una visión de unidad y prosperidad, la isla de Sídhe se embarcó en una expansión por los mares orientales y compartió con generosidad el regalo de la civilización con los habitantes de Riftdremar. Aspiraban a sacarla de un estado de caos.

Con el paso de los siglos, la gente de Riftdremar, al principio vacilante, experimentó el impacto positivo de la influencia de Sídhe. Y este, al reconocer el gran potencial de Riftdremar, invirtió en infraestructura, educación e intercambio cultural. Esta generosa integración pretendía fomentar una unión armoniosa entre las dos tierras.

Por desgracia, el levantamiento acabó siendo un capítulo oscuro de nuestra historia en común. Los líderes radicales de Riftdremar, influenciados por antiguos agravios, incitaron a que se rebelaran contra nosotros. En respuesta, nuestra valiente Guardia de Sídhe llevó a cabo una acción ofensiva para sofocar los disturbios y restaurar el orden.

Desafortunadamente, el conflicto provocó una gran devastación en Riftdremar. Los ciudadanos se vieron alcanzados en el fuego cruzado y sufrieron las consecuencias del mal liderazgo de sus dirigentes. En consecuencia, la isla de Sídhe extendió sus brazos para desplazar a los niños de Riftdremar para proporcionarles un refugio, sustento y una oportunidad de comenzar una nueva vida en la isla.

Para asegurar que la paz y la estabilidad perdurasen, Sídhe tomó medidas para identificar a los potenciales instigadores y para prevenir más revueltas. Marcar a los refugiados se convirtió en un paso necesario para mantener el orden y la seguridad y así salvaguardar nuestro futuro en común.

Capítulo 1

Dudé en el precipicio de la seguridad, con la piel ardiéndome por la urgencia de volver sobre mis pasos hasta Luminaria. Mis instintos me decían que corriera, que me escondiera, esos instintos que me había pasado toda la vida cultivando. El aire húmedo nocturno se adhería a mí como una segunda piel, pesado con un olor a tierra y a algo con un toque floral.

Había un sendero iluminado con velas que conducía a la arboleda, un valle situado entre dos colinas onduladas y el abrazo nudoso del bosque. El humo sobresalía de las copas de los árboles y el fuego dorado, de los pozos que se encontraban en toda la extensión de abajo. Una mezcla de nervios y curiosidad me corría por las venas mientras observaba con detenimiento sus relucientes profundidades.

Casi pude saborear la mezcla intensa de licor, sudor y hormonas que flotaba en el aire, acompañada de las peculiares subidas y bajadas de la música de Sídhe. Las melodías evocadoras danzaban por mi columna vertebral, tentándome a perderme en la música.

«Por el amor de los Esprithe, Fia. Está encantada».

Cambié el peso de un pie a otro, reajustando mi agarre en la caja de madera rugosa. Me aferraba a cualquier ápice de lucidez que aún tenía pendiendo de un hilo tras haber pasado un día entero elaborando tónicos para la nobleza de Sídhe y sus fiestas absurdas.

Si no hubieran hecho los pedidos tan tarde, nada de esto estaría pasando. No me encontraría aquí. No obstante, a las élites de Sídhe les importaba poco el día a día de la gente común. Estaban demasiado absortas.

Dirigí mi atención al cielo mientras un tejedor de la luz arrojaba rayos brillantes a las nubes y atravesaba la niebla como un río en los cielos.

En el mundo de abajo, un caleidoscopio de vestidos de satén se arremolinaba mientras los aossí bailaban al unísono.

La belleza podía ser un engaño, y a menudo lo era. Después de todo, las víboras distraían con sus escamas relucientes antes de matar. Los nobles eran bastante parecidos y el doble de letales, pues eran hipnotizantes.

Solo nos separaba la pendiente de una colina. Otro minuto andando y me encontraría entre ellos.

Por desgracia, los caprichos de esta gente y sus veladas extravagantes me proporcionarían mucho más dinero que cualquier día normal en la botica, así que no podía renunciar a hacer negocios con ellos.

Además, ¿cómo podía la élite alcanzar esos niveles deseados de desenfreno sin unos cuantos regalos para los asistentes que causaran euforia?

La ridícula valentía que había reunido de algún modo en la botica se había desvanecido por completo. Se suponía que esta entrega le correspondía a Eron, no a mí. Al fin y al cabo, él había sido quien llevaba haciéndolas todo el día. Yo solo me había ofrecido porque su mujer se había puesto de parto. Qué jugada más estúpida. Ya lo sabía, pero ahora, aquí de pie, sentía que se trataba de un horror fatal.

Yo era una riftborne, una de las muchas personas que habían emigrado a Sídhe a las que habían marcado con un símbolo de unidad tras la rebelión de Riftdremar. «Porque nada grita más "unión" que una marca para identificarte entre las masas». Le eché un vistazo a mi mano izquierda, donde dos serpientes idénticas de Sídhe se enroscaban alrededor de las astas de Riftdremar.

«Por lo menos, llevo guantes».

Tenía tres años cuando los barcos nos trajeron aquí. Era demasiado pequeña para recordar las caras, las voces o incluso los nombres de las personas que me dieron la vida. La mayoría de los niños riftborne llegaron sin nada, pero, de alguna forma, yo sostuve

un pequeño brazalete de oro durante todo el viaje; la única prueba de que pertenecí a alguien alguna vez. Ese alguien me había querido lo suficiente como para deslizarlo por mi diminuta muñeca antes de que todo se redujera a cenizas.

Aunque pocos recordamos la rebelión que finalizó hace veinte años, todo el mundo en Sídhe conocía a alguien que había fallecido en la guerra. Y muchos de ellos querían que pagáramos ese precio con nuestras vidas.

La ira comenzó a brotar en mi interior, pero una gran fuerza emergió en mi cabeza y apartó esos pensamientos. Cerré los ojos de golpe.

La maldición que vivía dentro de mí no solía ser más que una ligera presencia que permanecía en las profundidades de mi mente. Ahora amenazaba con explotar en cualquier momento, aguardando justo bajo la superficie, desesperada por tener una oportunidad de desatarse.

«Y una vez que lo haga…».

No permití que el pensamiento terminara mientras me estabilizaba y enterraba los talones en la tierra húmeda.

A pesar de las palpitaciones violentas de mi corazón, di otro paso tembloroso hacia el aire denso y cargado con una mezcla de perfume y humo de madera.

Al aferrarme a la caja e intentar hacerme lo más pequeña posible, me fundí con las sombras de la linde del bosque y seguí mi camino por el sendero de tierra.

Esperaba que los asistentes hubieran tomado los elixires con el tiempo suficiente para que los efectos deseados hubieran tenido lugar. Sería mucho más fácil navegar por un espacio lleno de mentes drogadas, donde los pensamientos nadaban y los pasos flaqueaban.

Estiré el cuello por encima de la masa de cuerpos en movimiento y examiné el área, buscando el puesto de Ma.

«Ah, ahí está».

Manteniendo la cabeza gacha, pude cruzar hasta el otro extremo de la arboleda, donde las pociones de Ma se exponían en una mesa bordeada por velas titilantes y flores de todo el reino. Me invadió un sentimiento de irritación. La afinidad de Ma por curar era

revolucionaria, pero este iba a ser su legado: proporcionarles cócteles que aumentaban la libido a la Guardia de Sídhe y sus fanáticos irreverentes.

Mis hombros estaban deseando soltar la caja. Casi me salió disparada de las manos cuando la puse en el filo de la mesa y los viales chocaron los unos con los otros por la sacudida.

Busqué a la persona que pudiera estar a cargo de ese puesto, aunque no se veía a nadie. Empecé a sacar los viales de la caja mientras me movía de un lado a otro y los ponía en la mesa.

Nunca había estado cerca de una de estas fiestas antes, pero sabía qué esperar. A Ma le encantaba cotillear sobre ellas durante nuestras horas más aburridas en la botica. Esa noche, todas las clases se volverían locas mientras sus ídolos militares desfilaban entre la multitud. Se darían el gusto de tomar las mejores delicias culinarias, perderse en cervezas aromáticas, tónicos con alcohol y el tan difícil de conseguir vino de Bloodthorne para al final volver a casa tambaleándose y abandonar el caos en su despertar ebrio. Solo sería otro desastre que alguien más limpiaría.

No obstante, esta noche era diferente. Esta noche, el general Ashford estaría presente.

El rey y la reina asistían con regularidad a la capital para desfiles, festivales y procedimientos oficiales y proclamaban a viva voz sus alabanzas sobre un tal Laryk Ashford. Sin embargo, el hombre era un enigma. En ocasiones, se oían los susurros del general colándose de manera silenciosa en el cuartel de la Guardia de Sídhe tras una noche en una de las superexclusivas estancias que Luminaria ofrecía, pero solo unos pocos lo habían visto alguna vez con sus propios ojos. Supongo que el misterio atraía a la gente como una polilla a las llamas.

Tal vez, si era lo bastante rápida, podría escapar antes de que apareciera.

No obstante, la suerte no estuvo de mi lado.

Nunca lo estuvo.

Cuando solo había colocado tres puñeteros frascos, un chillido familiar hizo eco en el aire a mis espaldas. Inspiré hondo con calma

antes de girarme y encontrarme con los brillantes ojos aguamarina de Osta, que parecía lo bastante emocionada como para explotar.

Mi mejor amiga, además de riftborne, Osta atravesó la división con mucha más facilidad que yo. Ella era capaz de andar por una calle con las mangas subidas con naturalidad, con la marca a la vista para que todo el mundo pudiera verla, pero de alguna forma se mimetizaba también. Parecía y se sentía perfectamente en casa dondequiera que fuera.

Una seda azul oscuro le caía en cascada con pliegues brillantes por el cuerpo, como los pétalos de una flor.

El cabello bronce le bajaba en unos tirabuzones perfectos por la espalda. La piel le relucía con un brillo dorado.

Si Osta era la vida en persona, yo era la encarnación viviente de la muerte.

Bajé la vista hacia mi blusa manchada con plantas y mis pantalones arrugados y sentí cómo me recorría una oleada de calor.

—¡Fiiiiiiaaa! —chilló Osta mientras me estrechaba entre sus brazos; se percibía el dulce aroma del vino en ella—. ¡No me puedo creer que estés aquí de verdad! Aunque jamás he pensado que aparecerías… —Dio un paso hacia atrás para ver mi estado desaliñado—. ¿Quieres que vayamos al taller en un salto? ¡No está lejos, y tengo muchas prendas que te quedarían divinas!

Me pasé los dedos por el pelo e intenté echármelo hacia atrás.

—Gracias por señalar de manera tan sutil lo mal que estoy…, pero no tengo intención de quedarme. Eron me necesitaba para traer esta caja y luego me largo…

—Pero, ya que estás aquí, ¡quédate! ¡Solo una hora! —Me agarró de las manos manchadas y me miró con ojos suplicantes. Osta siempre sabía cuándo recurrir al dramatismo.

Y, como la suerte no estaba nunca de mi lado, fue justo entonces cuando el sonido de las trompetas inundó la arboleda.

Un mar de aossí se dividió en dos y dejó un camino libre para que el cortejo real llegara a la tarima elevada que había cerca del centro.

Osta daba saltitos a mi lado, aplaudiendo y poniéndose de puntillas para poder ver mejor al rey y a la reina. Vestidos con telas a juego de un esmeralda brillante, se movieron con una gracia

imponente. Cuando al fin llegaron a los tronos encima de la tarima, se volvieron y saludaron al mismo tiempo, de la mano, antes de tomar asiento.

Los asistentes trastabillaban mientras me empujaban al abrirse paso, y me fijé en la avalancha de cuerpos. Una figura emergió de la plataforma más al sur.

El general Laryk Ashford.

Tanto los hombres como las mujeres se abalanzaron prácticamente sobre él, alabándolo y desmayándose de placer ante su presencia.

A pesar del cansancio, conseguí verlo bien.

No tenía nada personal en contra del general, solo odiaba a la Guardia tanto como ellos me odiaban a mí.

Un movimiento erróneo por mi parte y desaparecería. O moriría en algún enfrentamiento extraño que, sin duda, se consideraría un trágico accidente. En Sídhe no se toleraba la presencia de los Riftborne, solo nos soportaban. Para ellos, éramos como una enfermedad, aunque su desdén siempre estaba oculto bajo su fachada de amabilidad.

Apreté los dientes y me volví a centrar en la celebración.

Mientras el general se subía a la tarima y se giraba, una corriente eléctrica atravesó la arboleda. Todos los ojos estaban puestos en él.

El pelo cobrizo le caía en ondas sobre los hombros e, incluso desde mi lugar con vistas privilegiadas, los rasgos afilados de su rostro eran prominentes: bajaban hasta la cicatriz que le cruzaba la mejilla y el ojo derechos.

Era más alto que la mayoría de los aossí, y su cuerpo esbelto y poderoso destacaba incluso bajo las capas del uniforme de la Guardia.

—Guau. —Los labios pintados de rosa de Osta se abrieron por el asombro.

No sé cómo esperaba que fuera el aspecto de nuestro general más célebre, pero desde luego que así no.

Por mucho que quisiera fingir indiferencia, no se podía negar lo impresionante que era el hombre. Si te gustaban los cretinos pomposos con complejo de inferioridad, claro.

El general sonrió a sus fervientes fans, y habría jurado que oí un suspiro real entre la multitud. Me pregunté si alguien tendría la suficiente suerte de ganarse su atención. Quizá unos cuantos aossí tuvieran el placer de disfrutar de su compañía esta noche.

La fiesta ya bullía de tensión sexual; se notaba densa y opresiva en el aire.

El general se giró hacia los cientos de personas y esbozó una sonrisa tan encantadora que resultaba ofensiva en su rostro. Paseó la mirada por el espacio hasta que sus ojos se encontraron con los míos y se detuvo. El aire pareció silenciarse a mi alrededor y contuve el aliento hasta que desvió la vista.

—¿Intentamos acercarnos más? —susurró Osta, como si alguien pudiera oírnos—. ¡Quiero que la reina tenga la oportunidad de ver mi diseño!

Notamos las señales del foco de Osta bastante pronto. Ella tenía doce años, y yo, catorce, y ya llevábamos en la Casa de la Unión once años.

Aunque Osta tendía a ser ajena a las personas, en cuanto a lo que a objetos inanimados se refería, no había nada que se le escapara. Siempre había sido la niña más curiosa del mundo; investigaba todo, planteaba preguntas que a otros niños jamás se les ocurrirían. Era parte de lo que la hacía tener tanto talento en el diseño. Podía mirar algo y detallar al instante lo que sacaría a relucir sus mejores atributos.

—No creo que sea buena idea. Con el modelito que llevo ahora mismo… Puede que se lo tomen como un insulto si me acerco al trono. —Me tiré de la manga para asegurarme de que la marca todavía seguía oculta.

—Bueno…, deja que me dé una vuelta y prométeme que nos tomaremos una copa al menos antes de que te vuelvas al apartamento.

Por mi mejor amiga, era capaz de sobrevivir a esta tortura un poco más.

—Vale, lo prometo. Daré un paseo… y me mimetizaré todo lo posible —murmuré al tiempo que ya me arrepentía de haber dicho que sí—. Búscame cuando termines. Pero, por favor, no tardes

mucho. —Se me notó el cansancio en la voz. Le hice un gesto para que se marchara, aunque ella se detuvo y me examinó.

—Fia…, ¿estás bien? Pareces tener los ojos más oscuros de lo habitual. ¿Estás durmiendo? —susurró mientras se acercaba más—. ¿Has tenido más terrores nocturnos?

—Estoy bien, Osta. Ha sido un día largo. Venga, ve a presumir de tu vestido. —Me llevé las manos temblorosas a la espalda para ocultarlas. Estaba más cansada de lo normal, y contener mi poder cuando estaba falta de sueño siempre era más complicado. En cuanto perdí de vista a Osta, me dirigí a las afueras de la fiesta una vez más. Unas cuantas miradas persistentes me siguieron, y un escalofrío me recorrió la espalda.

No era fácil evitar la curiosidad distraída de los extraños cuando tenías un aspecto como el mío. La gente siempre había podido sentir mi otredad. Había aossí con atributos únicos, sí. Resultaba que yo reunía una combinación perturbadora de ellos.

Mi única cualidad salvable podrían haber sido los ojos opalescentes, de no haber estado cubiertos por unas sombras perpetuas. La oscuridad se dispersaba y libraba una guerra contra mi piel pálida. Era muy consciente de que siempre parecía una ferviente insomne. No obstante, daba igual lo que descansara, no tendría ningún efecto en mi aspecto de fatiga.

Una leve brisa sopló por la arboleda y me besó la piel con una frialdad refrescante que interrumpió mis pensamientos.

Cuanto más me alejaba del tumulto, más se despertaban mis sentidos. Me detuve en una zona con árboles en la parte superior de la colina. Otorgaba una posición ventajosa decente y permitía una vista de las luces y los cuerpos danzantes de abajo.

El general pasaba de una pareja a otra sin esfuerzo. Durante otro breve segundo, sus ojos se encontraron con los míos, y contuve el aliento. Era como si me estuviera tratando de localizar.

«¿Lo estaría haciendo?».

Tenía esa misma intensidad en la mirada que yo no podía clasificar, algo oscuro y… embriagador. Continuó quemándome con los ojos, y comencé a sentir ligereza en el cuerpo. Aparté la mirada y

me alejé dando unos cuantos traspiés, y la fiesta desapareció de mi vista.

El sentimiento de malestar me caló hasta los huesos. No me gustaba que me observaran.

La brisa se intensificó, y una dulce fragancia me inundó la nariz: lirios del valle. Llevaba sin encontrar un ramo de flores silvestres años, y los comerciantes rara vez los tenían en sus inventarios.

«Tal vez un poco de recolección me tranquilice».

Seguí el olor hasta la linde del bosque, en busca de las flores con campanas blancas bajo la tenue luz de la luna. Quizá fuera un rayo de esperanza en una noche que, de otro modo, habría resultado ser engorrosa.

Una sutil nota musical me hizo girarme hacia la izquierda y avanzar varios pasos antes de encontrar un área de flores en el suelo del bosque.

Me quité los guantes, me arrodillé para recoger unos manojos y atarlos juntos con un trozo de cordel antes de meterlos en la bolsa plegada de mi cinturón de boticaria. Palpé los compartimentos para asegurarme de que todas mis herramientas estaban en su sitio. Noté los cuadernos diminutos, las plumas, los frascos y los viales; todo se encontraba donde debía estar.

Cuando me levanté, oí las últimas notas de una canción que finalizaba. Sin duda, Osta me empezaría a buscar pronto.

Puse rumbo de vuelta a la fiesta, esquivando las ramas caídas, y solté un quejido. No me había dado cuenta de lo mucho que me había adentrado en el bosque.

Antes de llegar a la linde, oí sonidos de risas y de crujidos de ramitas en mi dirección. «Por todos los Esprithe».

Reconocí las voces estridentes de inmediato: Bekha y Jordaan.

Llevaba años sin verlas, pero reconocería esas voces en cualquier lugar. Se me vinieron los recuerdos a la mente mientras se acercaban.

Su madre, lady Nessa Fairbanks, regentaba la Casa de la Unión de Luminaria, la casa de acogida en la que Osta y yo crecimos junto con otros niños riftborne. Su marido había fallecido en el frente de la revuelta, y ella jamás nos dejó olvidarlo. Además, cada pizca de

crueldad que residía dentro de esa mujer la habían heredado sus hijas.

Aquello parecía pertenecer a otra vida distinta ahora, el haber crecido en aquel lugar.

Aparté los recuerdos y me clavé las uñas en las palmas de las manos. El calor ya se me estaba extendiendo a lo largo del cuerpo, hirviendo bajo la piel. Aguardando.

Las chicas se acercaron. Yo agaché la cabeza con la esperanza de que pasaran de largo sin verme.

Pero la suerte nunca estuvo de mi lado.

Capítulo 2

—Bekha. Jordaan —asentí, mirando hacia el cielo. «¿Podían los Esprithe matarme ya?».

—Fia…, qué agradable sorpresa. ¿Cuánto tiempo ha pasado? ¿Seis, siete años? Ese horroroso pelo blanco es difícil de olvidar. —Jordaan sonrió con suficiencia—. Y ya veo que todavía no has aprendido lo bien que te vendrían unas cuantas horas de sol —espetó antes de mirar a Bekha.

—Deberíamos ponernos al día en algún momento. Seguro que a nuestra madre le encantaría oír lo que has hecho todo este tiempo alejada de nosotras. —Bekha observó mi atuendo de arriba abajo una vez más—. ¿Ahora vives en la calle?

—¿Ya hemos acabado? —Puse los ojos en blanco y pasé por su lado.

Necesitaba salir de aquí antes de que hiciera algo malo.

—Siempre has sido muy borde. Qué desagradecida. Tuviste suerte de que nuestra madre tuviera un corazón tan grande y de que le dieras pena. Si fuera por mí, te habrías quemado con el resto del traidor de tu país —soltó Jordaan.

Me detuve, apretando los dientes.

«Sigue andando».

Me repetí mentalmente las palabras, desesperada por distraerme del aluvión de energía que me recorría la mente como un arma. El dolor se me extendió por la base del cráneo.

Respiré hondo y me adentré de vuelta en la noche con pasos temblorosos e inestables hacia las luces danzantes que ahora

parecían, sin lugar a dudas, mucho más seguras que la falsa soledad del bosque.

Bekha se aclaró la garganta.

—Las presas son muy impredecibles… He oído lo que les pasó a tus amiguitos. Qué devastador. Igual si hubieran nadado más rápido…

Me detuve. Ahí estaba.

Las palabras se me clavaron como una daga y dieron justo en el blanco.

Me empezó a temblar la mandíbula y noté otra descarga de dolor incandescente en la cabeza que envió corrientes a lo largo de todo mi cuerpo.

«¡No! ¡No! ¡No! Aquí no puede suceder».

Intenté calmarme, pero el sonido de sus risas resonaba en mi mente. El eco de sus palabras…

Se me tensaron los músculos, y el mundo a mi alrededor se volvió borroso. Un grito amenazó con desgarrarme mientras luchaba por mantener el control, pero ya podía sentir cómo estaba perdiendo la batalla.

Estaba pasando. Y no podía pararlo.

Una vez que alcanzaba este estado, nunca era capaz de hacerlo.

La maldición implacable emergió a la superficie y me inundó las venas con una furia intensa e imparable. Me giré para mirar a las chicas mientras el suelo bajo mis pies temblaba y el aire chisporroteaba por la energía.

Sin pensar en ello, extendí las manos hacia delante y desaté un torrente abrasador de fuerza. La explosión rasgó el aire y encontró a las muchachas en un instante.

Se alejaron trastabillando y mirándose la una a la otra atemorizadas y confundidas. No podía hacer otra cosa que mirar cómo abrían la boca para gritar, pero no emitían ningún sonido. La comprensión las alcanzó en un horror silencioso mientras el vórtice de energía les robaba las voces.

El tiempo pareció ralentizarse al mismo tiempo que un resplandor inquietante empezaba a vibrar en sus ojos, cálido y cegador, como un cuerpo celestial en explosión.

Qué excitante era sentir cómo el poder rompía los confines de mi piel. El deshacerme de él, aunque fuera por un momento fugaz. Me odié por el placer que me embargaba. Mis ojos estaban fijos en las chicas, y yo era incapaz de apartar la vista de la escena espantosa que se estaba desarrollando ante mí.

Unas volutas de energía espectral se les enroscaron alrededor de los mechones de pelo y de los vestidos. Una brea carmesí comenzó a salirles de la nariz mientras una garra invisible les estrangulaba la mente.

Se cayeron al suelo. La energía continuó tejiendo patrones alrededor de sus formas inconscientes antes de liberarse poco a poco en el éter.

Los últimos latidos de energía resonaron a mi alrededor como el calor que emana de una piedra caliente. Me quedé paralizada.

Despacio, sentí cómo el peso de mis acciones se derrumbó sobre mí. Se rompió el trance.

«¿Están muertas?».

Me acerqué trastabillando a los cuerpos sin vida, y mis rodillas golpearon el suelo y la hierba húmeda amortiguó mi caída. «Por favor, por favor, no estéis muertas».

Me sobrevino una oleada de náuseas que amenazó con hacerme expulsar toda la cena.

Hundí los dedos en la tierra. ¿Cómo me había permitido perder el control de esa forma? Debí haber seguido andando. Joder, debí haber seguido andando.

Las lágrimas me recorrieron la cara y desdibujaron el mundo a mi alrededor mientras se apoderaba de mí el arrepentimiento. Un pensamiento lo invadió todo.

«Corre».

Las piernas me dolían mientras buscaba el equilibrio y me puse de pie, temblando. Di un paso trémulo hacia la linde del bosque justo cuando crujió una rama a mis espaldas.

Me di la vuelta y encontré un par de ojos esmeralda con una belleza impresionante, casi palpitantes, entre la oscuridad. El viento arreció y su cabello cobrizo voló. La luna lo iluminaba por la espalda

y le otorgaba una cualidad etérea a su rostro arrollador, ese que ahora estaba centrado en mí.

El corazón se me iba a salir de la garganta.

El general Laryk Ashford.

Estaba ahí plantado, jugueteando con una daga entre los dedos mientras se le dibujaba una sonrisa en la comisura de los labios. Seguro que lo había visto todo.

«Esprithe, salvadme».

El pánico se apoderó de mi cuerpo mientras yo trataba de lidiar con las consecuencias que me estarían esperando una vez que él me escoltara de vuelta a la fiesta e informara a la gente de lo que había hecho. Ellos me matarían sin dudarlo. El punto culminante de la noche, la muerte de una riftborne.

Me estaba taladrando con los ojos, pero tenía una expresión extraña…

«¿Eso es diversión?».

Ladeó la cabeza hacia un lado y dirigió la vista hacia mi mano izquierda, desnuda y visible bajo la luz de la luna.

Pasó una eternidad.

«¿Va a matarme aquí y ahora?».

Era un general de Sídhe. Podía hacer justicia como él quisiera. Mis amigos habían sido asesinados por tomar un simple baño.

Yo había atacado a dos hijas de la nobleza.

Y sus cuerpos yacían sin vida a mis espaldas. La sangre les teñía las mejillas perfectamente maquilladas y creaba un charco denso en sus melenas enmarañadas.

Compuse una mueca.

Volvió a meter su daga en la vaina y me dirigió una última mirada de curiosidad antes de girarse sobre sus talones y andar de vuelta a la celebración animada que se localizaba colina arriba.

Me quedé impactada.

«¿Qué acaba de pasar?».

Seguía sin poder respirar.

Lo observé durante un instante antes de que mi mente dejara de dar vueltas, lo suficiente para que el instinto de supervivencia se apoderara de mí. Mis pies comenzaron a moverse otra vez, y

desaparecí entre las sombras del bosque, invadida por un sentimiento de desasosiego por que mi encuentro con el general fuera solo el principio de un ajuste de cuentas inevitable.

Capítulo 3

Tras lo que parecieron siglos de inquietud, al final acepté que el sueño no me iba a invadir esa noche. Mis pensamientos bullían y alargaban cada hora hasta convertirla en una eternidad.

Observé la pintura descascarillada del techo, muy consciente de que la luz de la mañana ya se estaba asomando por la ventana como las velas de un funeral en un templo oscuro.

Por algún asqueroso capricho del destino, la única pesadilla que había sufrido era la de mi propia consciencia inquebrantable. Mi mente no tenía necesidad de crear sus propios paisajes oníricos horripilantes cuando podía atormentarme con recuerdos que yo misma había creado, esos que habían salido de mis propias manos.

Mientras me quedaba tumbada allí, envuelta en el abrazo sofocante de mis pensamientos, el sonido de una puerta al crujir inundó la habitación.

Me levanté de un salto de la cama y fui corriendo hacia el salón, donde encontré a Osta quitándose los zapatos cerca de la puerta principal. El alivio me invadió nada más verla. Ella alzó la vista y se encontró con mi mirada.

Un enfado silencioso refulgía en sus ojos.

—Fia —me llamó, frunciendo el ceño—, ¿qué ha pasado?

Me trabé al contestar.

—Osta, pe-perdí el control… Ha vuelto a ocurrir… Pero ha sido muchísimo peor esta vez. Las chicas…

Ella me interrumpió.

—Sé que no querías estar allí, Fia, pero me dejaste tirada. Ni siquiera te despediste. —Suspiró y dejó caer la cabeza entre las

manos.

Yo me quedé en silencio, confusa. Abrí la boca y luego la cerré al tiempo que buscaba las palabras correctas que decir.

—En algún momento, Fia, tendrás que crecer y…

—Osta…, Bekha y Jordaan. Cerca del bosque… Yo… las maté. Fui yo. Hablaron del accidente… El río. La presa… y yo… Yo perdí el control. Se me fue la cabeza por completo, Osta. Sucedió muy rápido… Soy estúpida. —Me derrumbé en el suelo mientras las palabras salían a borbotones. ¿Cómo podía explicar algo que ni siquiera yo comprendía?

—Fia, relájate —me interrumpió mientras en su rostro se reflejaba la frustración—. No ha muerto nadie. ¿De qué estás hablando?

¿Cómo no se había enterado?

—Osta. Me vio. El general. Él lo vio todo, joder —insistí con la voz temblorosa—. Vio cómo yo las atacaba.

—Fia, si un general de Sídhe te hubiera visto cometer un asesinato, dudo mucho que ahora mismo fueras una mujer libre.

Sopesé sus palabras. Tenía razón. Nada de esto tenía sentido.

Osta dio un pasito hacia mí y alzó las manos, como si quisiera calmar a una bestia salvaje.

—Fia, vi a Bekha y Jordaan anoche. Observé cómo se marchaban con soldados de Emeraal, y estaban vivitas y coleando. —Se arrodilló a mi lado sobre las tablas de madera inestables del suelo para agarrarme la mano.

—Eso no es posible. Te lo juro por Fírinne, las vi morir. Presencié cómo la sangre les salía de la nariz después de que yo… Literalmente, los ojos les refulgieron de blanco. El general lo vio. Creí que iba a matarme justo en ese instante. No lo comprendo… No entiendo nada.

—¿Crees… que igual pudo buscar un sanador? Estoy convencida de que había muchos presentes…

—Osta, él no necesitaría un sanador, sino más bien un puto resucitador —espeté, interrumpiéndola.

Ella respondió en un tono bajo:

—Sea como sea… Tal vez eso fue lo que pasó… A ver… Es el general, así que supongo que tendrá acceso… —Sus palabras se

fueron apagando, y apartó la vista. Ambas sabíamos lo ridículo que sonaba. ¿Por qué me habría dejado marcharme él si estaba lo bastante sobrio para ir en busca de ayuda?

—No estoy loca —susurré.

—No creo que lo estés, Fia. Solo sé que los sueños están empeorando. Puedo imaginarme lo que ver a Bekha y Jordaan pueda haberte hecho sentir, sobre todo si no has estado descansando mucho. Siempre te han tratado peor que a todos los demás. Quizá no ocurrió tal y como lo presenciaste. Igual… no fue real —sugirió Osta. Me miró con prudencia.

Abrí la boca para hablar, pero no me salió ninguna palabra. Todo me había parecido muy real; era imposible que mi mente hubiera generado esa secuencia de eventos tan horripilante…, ¿no?

Osta me contempló durante lo que me parecieron horas y, a continuación, se tumbó junto a mí y se frotó los ojos antes de inhalar hondo.

—Fia…, no es que no te crea… Te conozco lo bastante bien para distinguir cuándo me estás contando la verdad. Es solo que no sé qué pensar de esto. Las vi marcharse. Horas después de que desaparecieras.

Nos sentamos juntas en un silencio compartido hasta que noté la cabeza de Osta apoyada en mi hombro. Su respiración cada vez se hizo más profunda con los zumbidos del sueño.

Yo no tardé en sumergirme en la oscuridad.

Capítulo 4

El río estaba manso y tranquilo y el sol salía por el horizonte. Miré hacia abajo, al caudal espumeante y luminoso, mientras la corriente lo arrastraba hacia el sur.

Era muy temprano. Las nubes flotaban en el cielo y filtraban el alba con rayos de tonos pastel. Soplaba una ligera brisa fresca que hacía que me diera un escalofrío, como siempre me ocurría los últimos días de primavera.

A solo unos pocos pasos, oí el ruido sordo de unas botas que subían las escaleras, como los redobles de un tambor de guerra. Una figura apareció al filo de la plataforma llevando una armadura con el emblema de la Guardia de Sídhe. Me dio un vuelco el estómago. Su cabello dorado y sus ojos azul hielo parecían modestos. No obstante, su sonrisa retorcida me dejó en la boca un sabor a podredumbre.

Esta siempre comenzaba con mucha tranquilidad. Era difícil imaginar que aquel día pudiera tornarse en lo que se convirtió.

Me apoyé en la barandilla de la presa; desvié la vista hacia abajo cuando un grupo de siete personas emergió de la linde del bosque cercana. Se entremezclaban con la hierba alta mientras rompían el silencio con risas a la vez que montaban el campamento a un tiro de piedra de la orilla del río. Contemplé con horror cómo cinco de ellos se quitaban la ropa y se zambullían en el río uno a uno.

Quería gritar, pero tenía la voz atrapada y el cuerpo paralizado. Quería decirles que se marcharan, que corrieran de vuelta a la ciudad tan rápido como pudieran. Sin embargo, fui insoportablemente inútil.

Nunca lo verían venir. Para cuando se abrieran las compuertas y la corriente fluyera, sería demasiado tarde. Jamás conseguirían volver a la orilla.

Lo único que pude hacer fue contemplar cómo mis mejores amigos se enfrentaban a la ira de la presa del río Sprithe y las manos odiosas de aquellos que controlaban las palancas.

Esta era una de las pesadillas que más odiaba.

Nadaron hasta el centro; eran tan poco conscientes de las consecuencias que resultaba doloroso. Detuve los ojos en el leve resplandor en la mano izquierda de Mairyen, esa que reflejaba la luz. Esa que cargó con su maldición de Riftborne.

El sonido distante de unos golpes en la puerta interrumpió mis pensamientos y reverberó en el sueño como una manifestación del propio destino. Solo lo sofocó el repentino chirrido del metal.

El suelo a mis pies retumbó. Traté de apartar la mirada; no podía presenciarlo. No otra vez. Pero mi cuerpo me traicionó.

Bajé la vista para ver el agua correr a través de las compuertas y caer al río de abajo. Golpeó la superficie como un ajuste de cuentas.

Mi cuerpo se sacudió y volvió a la realidad de nuestro salón. Se me abrieron los ojos de golpe. Osta estaba tendida en el suelo junto a mí, roncando levemente. Miré a mi alrededor mientras parpadeaba para ahuyentar el sueño de los ojos.

Toc, toc, toc.

El sonido hizo que dirigiera la vista al instante hacia la puerta. Alguien estaba llamando. Bueno, aporreando más bien. El pánico se apoderó de mi cuerpo mientras mi mente rememoraba los eventos de la noche anterior. Osta se revolvió, desplazándose por el suelo mientras otros golpes en la puerta reverberaban a través del apartamento.

Me pasé los dedos temblorosos por el pelo, lo que hizo que se me quedara flotando alrededor de la cabeza como una aureola demente. Cada una de mis venas palpitaba de preocupación mientras me sentaba para contemplar en silencio. Había llegado el momento de mi ajuste de cuentas.

Osta se incorporó despacio, aún con los ojos cerrados mientras bostezaba y estiraba los brazos.

—¿Hay alguien en la puerta? —murmuró. Nunca teníamos visitas.

El sonido volvió a retumbar por la habitación, pero esta vez lo siguió una pregunta.

—¡Fia! ¿Estás ahí? —gritó una voz familiar; las palabras rebosaban preocupación.

El corazón me dio un salto mortal en el pecho.

«Solo es Ma».

—Fia, te lo juro por Eibhlín, si no abres la puerta, no tendré más opción que usar esta arma apagafuegos que tengo en la mano.

Eso hizo que me pusiera de pie. Pasé por encima de una Osta adormilada, me dirigí a la puerta y la abrí despacio para encontrarme con la mirada furiosa de Maladea Thiston.

¿Podría haber sido de verdad lo de la noche anterior un mal sueño?

—Fia, ¿tienes idea de lo preocupada que estaba? —me regañó. Abrió la puerta de par en par, me apartó para pasar y entró en nuestro apartamento pisando fuerte. Las puntas plateadas de su cabello castaño parecían predominar más aquel día. Le brillaba la frente arrugada de sudor y tenía las manos teñidas de hibisco cerradas en puños.

—¿Preocupada? —conseguí graznar.

Ma se dirigió a un sillón reclinable que había en una esquina y se sentó mientras me observaba con desaprobación. Osta la siguió con una mirada confusa.

—Fia. Primero, te fuiste de la botica sin decir nada. Segundo, no has venido a trabajar esta mañana. Tercero, Eron me ha contado que terminaste haciendo la última entrega a la arboleda anoche. ¿Te puedes siquiera imaginar lo que se me ha pasado por la cabeza? —Vi un breve destello de miedo en sus ojos antes de que se aclarase la garganta y se recompusiera mientras sacudía la cabeza.

—Ma…, lo siento mucho. No dormí bien anoche. Debo de haberme quedado frita. —Se me debilitó la voz.

Ma se echó hacia delante.

—¿Has tenido más pesadillas?

—Eh…, sí. Aunque no es ninguna novedad. A estas alturas, ya me las espero —murmuré, cambiando el peso de un pie a otro. La miré con nerviosismo—. Pero ¿va todo bien en la tienda?

—Todavía parece que ha pasado un tornado, pero, aparte de eso, sí. ¿Por qué? ¿No debería estarlo? —Alzó una ceja en mi dirección.

Intenté deshacerme de los últimos restos de sueño. Los resplandecientes rayos de sol que se colaban por la ventana me decían que era primera hora de la tarde. Nunca había faltado al trabajo. No me extrañaba que estuviera tan preocupada.

Ma no era una riftborne. Ella había nacido y se había criado en Sídhe, aunque provenía de una familia humilde. No hablaba mucho de ellos. Asumí que se habían peleado. Ahora, en esencia, éramos la familia escogida la una de la otra.

Al principio, dudaba de ella, como de la mayoría de los extraños, pero tenía que buscar trabajo, y eso resulta muy complicado cuando eres hija de la rebelión.

No obstante, en cuanto entré en la botica por primera vez, Ma me trató con calidez y amabilidad. Ella veía más allá de la marca de mi mano, más allá de la etiqueta que me había definido durante tanto tiempo. Para ella, yo solo era Fia.

Tragué con fuerza, intentando deshacer el nudo que se me había formado en la garganta. El mero pensamiento de decepcionarla era asfixiante. Si descubría lo que había hecho…

Puse una mueca de dolor.

Traté de actuar con despreocupación y me encogí de hombros.

—No, claro que no. Solo me estaba asegurando de que… Si me das cinco minutos, me puedo arreglar para volver a la tienda contigo.

Ma me examinó, pero no dijo nada; al final, desvió la vista y me hizo un gesto con la mano para indicar que le daba lo mismo.

—¿Y qué le pasa a esta? ¿Demasiado vino de las Tierras Altas? —se burló de Osta mientras yo llegaba al vestíbulo. Un gemido somnoliento retumbó por el espacio seguido de unos cuantos rugidos de risa.

Me vestí a toda velocidad, todavía con preguntas rondándome la cabeza. Sin duda, si las muchachas hubieran sido asesinadas…,

estaría sentada en una celda de una prisión de Sídhe a estas alturas. Y, aun así, el recuerdo de mi poder estallando fue muy vívido…, muy real. Me encogí de hombros e intenté apartar el pensamiento.

Tal vez Osta tuviera razón. Quizá fuera alguna especie de alucinación provocada por el estrés y la falta de sueño.

Miré mis pantalones de anoche y agarré el cinturón de boticaria. Los lirios del valle, me había olvidado de ellos por completo.

Desabroché la bolsa y encontré las flores aplastadas e inservibles.

Mientras salía a las calles del distrito central de Luminaria, el clamor de la ciudad me golpeó con la dureza de una pared.

La botica estaba a solo quince minutos andando, pero yo aceleré el ritmo. Cada segundo ahí fuera me hacía sentir expuesta y observada, sobre todo aquel día.

Los canales conectaban las zonas más alejadas de la ciudad y permitían viajar rápido e intercambiar bienes. Barcos de todas formas y tamaños navegaban por los transitados ríos. Unos cuantos pescadores se reunían a lo largo de las orillas del agua, recogiendo despacio sus sedales y redes mientras charlaban entre ellos.

La naturaleza se expandía a lo largo del paisaje urbano: enredaderas abrazando torres de mármol, flores adornando las calles mientras los árboles y sus raíces libraban una guerra contra los caminos adoquinados. Unas cuantas mujeres con vestidos florales recogían plantas del jardín comunitario que se encontraba a la derecha, sonriendo como si nada en el mundo les preocupara.

Al cabo de poco tiempo, llegamos a las puertas de la botica. La ansiedad me punzaba la piel mientras examinaba el perímetro. Nada parecía fuera de lugar. No había signos de la Guardia de Sídhe.

La puerta crujió al abrirse, y me inundó un olor familiar: una mezcla de hierbas curiosas, infusiones y un toque de nostalgia añadida, por si fuera poco.

Las incontables filas de estanterías, que gemían bajo el peso de los tarros de cristal, albergaban una mezcla de partículas vegetales de todo el reino que harían que incluso el botánico más respetado se retorciera de envidia.

Los cristales, algunos relucientes con hilos encantados, reposaban en cada rincón. Los barriles en las esquinas, marcados con runas —algunas tan antiguas que incluso a Ma le costaba entenderlas—, contenían ingredientes demasiado raros para usarlos a diario. Gran parte de su colección era heredada; se la había dejado el dueño anterior.

Me senté en mi puesto, anhelando la familiaridad, esperando sentir cómo me inundaba la calma habitual cuando reunía mis herramientas, pero esta nunca llegó.

«Puñeteros Esprithe».

Tras intentar encender el carbón bajo el fuego de nuestro caldero y fallar muchas veces, el encendedor se me terminó quedando sin aceite y no pude encontrar ninguna cerilla por ahí suelta.

Solté un quejido. Después de evitar con éxito los ojos inquisidores de Ma, ahora parecía que mi única opción era pedirle ayuda.

Suspiré, me puse de pie, desvié la vista en su dirección y me la encontré mirándome a mí mientras envolvía cataplasmas de hierbas con pericia. Esa mujer era implacable.

—¿Quieres pedirme algo, Fia? —espetó en mi dirección, con la boca esbozando una sonrisa. Di unos cuantos pasos hacia ella.

—Depende. ¿Requerir tu ayuda tiene un precio? ¿O lo harás solo por la simple bondad de tu corazón? —Alcé una ceja.

—Ay, Fia. Todo tiene un precio, ya lo sabes —contestó, guiñándome un ojo.

—Supongo que no tengo otra opción que pedirte ayuda para encender el carbón para los calderos —repliqué.

—Creía que jamás lo pedirías. —Dejó las cataplasmas y se acercó arrastrando los pies hasta mi puesto.

Se arrodilló y presionó una mano contra el carbón. Tras unos segundos, salió humo. Las chispas salieron disparadas de la hoguera y el carbón empezó a refulgir de un rojo brillante.

—Nunca dejará de sorprenderme —dije mientras me acercaba a ella.

—Bueno, es mi mejor truco. —Sonrió, y yo la ayudé a levantarse del suelo.

—Es mucho más que un truco, Ma. —Me quedé mirándola antes de darme la vuelta, mientras la culpa volvía a aparecer. Comencé a llenar el caldero de agua.

El foco de Ma se manifestó cuando ella era más joven, al igual que en la mayoría de los aossí. Le había prendido fuego a un almiar jugando de niña, lo que provocó que todo un matadero ardiera hasta los cimientos. A pesar de que fue un accidente, a Ma le encantaba atribuírselo a su sentido innato de justicia, pues recordaba que incluso a esa edad tan temprana ya tenía un brillo de orgullo en los ojos.

La mayoría de los focos eran ordinarios. Un agricultor podía tener algún truco para identificar buenos depósitos de tierra. Un cazador podía tener un sexto sentido en lo que se refiere a rastrear. Y Ma podía prender pequeñas llamas. No obstante, había todo un linaje en la Guardia que podía hacer que el mundo se sumiera en la destrucción.

Algunos de nosotros no teníamos ni idea de cuál era nuestro supuesto foco.

Pero, en el fondo, sabía la verdad: lo mío no era en absoluto un foco.

Era una maldición.

Ma se dirigió al taburete que había al lado de mi escritorio y se sentó, observándome con reticencia. Su sonrisa burlona se convirtió en una fina línea.

—Fia, ¿vamos a hablar de esto algún día? —preguntó, interrumpiendo mis pensamientos.

Yo suspiré y metí los manojos de corteza en mi bolsita para las infusiones antes de echarla al caldero para dejarla en remojo.

—¿Qué es lo que quieres saber exactamente? —Me deslicé en mi silla e inhalé hondo.

—Fia…, nunca faltas al trabajo. Pareces un fantasma esta mañana…

La voz de Ma se fue apagando, y apartó la vista de mí por primera vez aquel día.

Sentí que me quitaban un peso de encima cuando ella desvió los ojos, pero también noté cómo algo pesado se removía en mi interior. Pánico. De pronto, sentí la ausencia de su mirada como un vacío, como un incendio forestal que al fin se consumía y revelaba la tierra yerma que había dejado atrás.

—Bueno, Ma, eso no es tan raro. Siempre parezco un fantasma —bromeé en voz baja, vacilante. Seguía sin mirarme, impasible a mis intentos de evitar el tema.

Me quedé sentada en silencio durante largo rato, barajando mis opciones. Justo por esto estaba tan preocupada. Me conocía demasiado bien. Quería respuestas…, y se las merecía, pero ¿qué le podía contar? «O asesiné a dos personas anoche, o lo he alucinado. De cualquier manera, estoy perfectamente y no hay nada de lo que te debas preocupar». Dudaba que ella me creyera.

—Estaba preocupada por si pasó algo en la fiesta… —dijo, bajando cada vez más la voz y dejando las palabras en el aire denso.

—Ma… Yo… —susurré justo cuando las campanas repiquetearon en la parte delantera de la tienda. Ambas giramos las cabezas en dirección al sonido.

Ma me volvió a mirar y se detuvo durante unos instantes antes de dedicarme un asentimiento empático y dirigirse a la parte delantera de la tienda.

Me sumí en el silencio. Inhalé hondo, solo medio consciente del mundo fuera de mi mente. ¿Había sido aquello una señal para que me guardara para mí lo que había ocurrido?

Tal vez el cliente solo necesitara un arreglo rápido. No estaba segura de cuánto tiempo podría soportar el peso de la anticipación. Algunos retazos de la conversación resonaron en la sala.

Poco después, los pasos de Ma se acercaron. Alcé la vista mientras ella giraba la esquina, pero entonces mis ojos se dirigieron hacia su izquierda y contuve la respiración.

El general Ashford me miraba fijamente.

Capítulo 5

Era deslumbrante de una forma muy fría, como si su belleza estuviera teñida de veneno.

Sencillo, incluso atractivo.

Alcé los ojos para encontrarme con los suyos.

La cicatriz que manchaba su rostro, por lo demás perfecto, era más oscura de lo que había pensado antes. El centro era de un negro azabache que se difuminaba hasta el color del vino antes de extenderse en patrones venosos a lo largo de su mejilla.

Mis ojos, más valientes que el resto de mi cuerpo, no se apartaron de él. Su expresión era cauta. No había manera de leer al general.

La lógica me dijo que estaba allí para arrestarme.

Así que sí me había visto la marca en la mano.

Por supuesto que me había encontrado. Cada riftborne había rellenado unos documentos de admisión para la monarquía, registros en los que se detallaba dónde vivíamos, dónde trabajábamos, dónde nos quedamos después de que los barcos nos trajeran. Teníamos la obligación de actualizar nuestras direcciones cada vez que nos mudábamos y de avisar de cualquier cambio de trabajo. Lo sabían todo sobre nosotros.

Para alguien del rango del general, dar conmigo habría sido tan sencillo como abrir una carpeta.

Mientras continuaba mirándome, sentí un ardor en el estómago. Sabía que el mejor plan era ir sobre seguro, pero el deseo de resistirme se aferraba a mí.

Aún sentía miedo, aunque ahora se había teñido de una rabia que se había encontrado oculta en mi interior durante los últimos cinco

años, una rabia que había enterrado muy hondo después de que los guardias de la presa hubieran matado a mis amigos. Supe entonces que jamás podría dejarme llevar por la rabia, que nunca permitiría que me dominase, o acabaría haciendo que me mataran también. Sin embargo, ahora esa rabia había vuelto con ganas.

—El general te requiere para hacerte preguntas sobre anoche… —comentó al fin Ma, pero su tono parecía muy inseguro.

—¿Fia Riftborne? —Mi nombre salió de sus labios como sangre de una daga. Su voz aterciopelada hizo que me recorriera un escalofrío de arriba abajo más de lo que debería haberlo hecho.

—Sí, soy yo —murmuré, sonando más segura de lo que me sentía.

—¿Estuviste presente durante la celebración de anoche? —preguntó, con cierta diversión en la voz.

Él sabía que había estado. Había visto lo que había hecho. Esta conversación no tenía sentido.

—Me pidieron que llevara los últimos tónicos a la fiesta. Los pedidos de última hora de la nobleza —contesté, inexpresiva.

Estrechó los ojos durante unos segundos antes de volverse hacia Ma.

—¿Hay algún lugar en el que pueda hablar con ella en privado? —preguntó, con una dulzura nauseabunda en la voz—. Al fin y al cabo, estoy aquí por un asunto oficial. Es mejor que maneje esto con discreción y lejos de potenciales ojos y oídos curiosos.

La confusión se propagó en mi interior. ¿Por qué no me detenía para interrogarme?

A Ma le costó responder. Me miró, con la preocupación reflejada en la frente. Yo solo le dirigí un simple asentimiento. Esto iba a pasar de un modo u otro. Más me valía acabar con ello de una vez.

Ella volvió a mirar al general. Podía notar que no quería complacerlo, pero no estaba en posición de negarse, y yo no quería que lo intentara. Este follón era mío.

—Hay unos invernaderos en la parte de atrás… Están cerrados con llave a menos que alguna de nosotras esté trabajando allí… —Hizo una pausa antes de ir andando hacia su escritorio y sacar una llave del cajón. Creí que iba a decir algo más, considerando su vacilación, pero regresó despacio con la mano extendida.

El general le sonrió mientras agarraba la llave.

—Gracias, Maladea. No tardaremos mucho.

Se volvió hacia la puerta de atrás sin pensárselo dos veces; era evidente que esperaba que lo siguiera. Le di un apretón a Ma en la mano cuando pasé por delante de ella y le dirigí una mirada reconfortante. Solo esperaba que fuera convincente.

Fuimos al invernadero en silencio.

Llegó hasta la puerta y la abrió con gracia. Dio un paso atrás tirando de ella y me hizo un gesto para que entrase. Dudé.

—Después de ti —murmuró.

El miedo volvió a inundarme mientras pasaba por delante de él.

Se podía entrever el sol sobre las montañas mientras descendía. Pronto se haría de noche.

Me crucé de brazos mientras la puerta se cerraba de golpe a mis espaldas.

Al mirarlo a hurtadillas, mis ojos me delataron. Él me estaba mirando también con una extraña curiosidad de nuevo. No dijo ni una palabra.

—Bueno, vamos al grano —solté cortante.

Él negó con la cabeza y soltó un suspiro de diversión.

—¿Ese tono pretendes usar? —preguntó con tanta superioridad que creí que me iba a asfixiar.

—¿Cambiaría algo?

Fue dando zancadas hasta la mesa donde guardábamos las herramientas de jardinería y, a continuación, agarró una pala de mano y la examinó.

—Solo intento entender por qué ese desdén. Pareces enfadada y yo solo he pedido tener una simple conversación contigo —se mofó.

—Lo siento —murmuré, ocultando el frío que amenazaba con teñir mi tono.

Alzó una ceja y bajó la barbilla.

—Esa actitud es mucho más aceptable, ¿no crees? —Su voz destilaba sarcasmo—. Como ambos sabemos el motivo por el que estoy aquí, ¿por qué no empiezas por contarme con exactitud lo que le hiciste a esas pobres chicas? —Se apoyó contra la mesa y cruzó los pies.

—No… No lo sé en realidad. —Se me escaparon las palabras.

Puso los ojos en blanco.

—Riftborne. Se me está acabando la paciencia. Tu foco. ¿Cuál es? —espetó.

—¿Mi foco? No… lo sé. No tengo un foco… Es decir… —Negué con la cabeza—. No tengo ningún control sobre él. Yo no lo llamaría foco.

Ladeó la cabeza y entrecerró los ojos.

—¿A qué te refieres con que no tienes el control? ¿Cómo lo canalizaste entonces?

—Estaba inquieta. Solo pasa cuando estoy muy alterada. No sé cómo explicarlo. Simplemente me superó. No pude pararlo. Nunca puedo detenerlo sola —tartamudeé.

Frunció los labios antes de girar la cabeza, pensativo.

—No pretendía que ocurriera —añadí. Como si no fuera obvio.

Continuó mirando la esquina de la habitación como si no me hubiera oído.

—¿Ha sucedido esto antes? —preguntó al fin.

—Prefiero no hablar de ello —contesté mientras me envolvía la cintura con los brazos.

La ira titiló en sus ojos.

—Y yo prefiero no hacer esto más complicado de lo necesario —replicó, encogiéndose de hombros y ladeando la cabeza—. Pero que no te quepa duda de que podría.

En un destello cegador, una daga se deslizó por el aire, directa al centro de mi cara. Se me formó un nudo en la garganta del terror. El tiempo pareció detenerse mientras me encogía de miedo; la hoja susurró al pasar junto a mi mejilla antes de incrustarse en el travesaño de madera a mis espaldas.

Después de unas cuantas respiraciones profundas, abrí los ojos y me lo encontré sonriendo con malicia, como si aquella fuera su forma personal de entretenerse.

—¡Si has venido a matarme, hazlo ya! —solté, quitándome el sudor de la frente.

El general se puso de pie, se acercó a mí con pasos comedidos y se detuvo a pocos centímetros de mi rostro. Clavó su mirada

esmeralda en la mía mientras alargaba la mano más allá de mí para recuperar la daga. Me la acercó a la mejilla y me la pasó con delicadeza por el contorno de la garganta. Yo contuve el aliento, a la espera de que me matara.

—No vas a morir hasta que respondas a mis preguntas. Si tu propia vida no te importa, entonces tendremos que cambiar el enfoque. Esa otra chica riftborne también estaba en la fiesta, ¿a que sí? —El tono bajo de su voz me golpeó como una daga de hielo—. ¿Cómo se llamaba…? ¿Osta?

Necesité cada fragmento de lógica de mi cerebro para impedirme escupir en sus botas pulidas justo en ese momento. Sentí cómo se me contraían las palmas.

Lo que debería haber sido miedo quedó reemplazado una vez más por ira, esa que no podía controlar, y la neblina familiar se apoderó de mi visión. Me eché hacia atrás hasta apoyar la espalda en la madera y oí cómo crujía al resistirse. Me presioné las sienes con las manos en un intento de calmar físicamente el poder que estaba intentando inundarme.

Había investigado. Todo el mundo que pertenecía a la Guardia era malvado a más no poder. Lo único que hacían era abusar de su poder, matar de manera indiscriminada y manipular para su propia diversión enfermiza. Se me aceleró el corazón.

Sus pasos se oyeron distantes mientras se alejaba.

—Solo quiero que me cuentes cómo fue las otras veces que ocurrió esto. Es simple —insistió.

—Fue la primavera pasada. Dentro de la botica. —Las palabras me salieron entrecortadas y me costaba respirar. La sensación de arrepentimiento familiar comenzó el descenso hacia mis entrañas mientras los recuerdos salían a la luz. Los había ocultado tanto en mi mente que liberarlos iba a ser duro.

—Sigue —me instó, apoyándose de nuevo en la mesa.

—Estaba en la parte delantera de la tienda, reponiendo las vitrinas de pociones. —Se me nubló la vista mientras revivía los sucesos—. Oí alboroto fuera. Me imaginé que solo eran algunos vendedores ambulantes peleándose por la zona. No obstante, los sonidos se oyeron cada vez más cerca, y pude escucharla, a Osta, gritar. —Me

llevé la mano al pelo y la deslicé por él, atrapando unos cuantos nudos—. Estaba con un chico nuevo. Ni siquiera sé sobre qué estaban discutiendo, pero ella corrió hacia la tienda. Él se encabritó y parecía tener la intención de golpearla, y entonces lo perdí.

—¿Que perdiste qué? Explícame eso, por favor —repuso el general desde el otro lado de la sala.

—Perdí el control. Esta… ola me recorrió… Es complicado de explicar, pero… Fue como si una fuerza pura saliera a chorros de mí y forcejeara con él. —Cerré los ojos, recordando cómo su cuerpo se había elevado del suelo. Cómo había empezado a temblar de forma incontrolable y poco natural. Lo que había hecho… Aún me aterrorizaba. Se me formó un nudo en la garganta—. Al final, Osta tiró de mí y salí del trance. Él cayó desplomado. —Hice un gesto de dolor, recordando el sonido del golpe del cuerpo estrellándose contra el suelo que crujía de la tienda—. No estaba muerto. Solo inconsciente. Ma pudo curarlo. Supongo que fue una suerte que estuviéramos en la botica… —dije mientras se me iba apagando la voz.

La manera en la que Ma me había mirado aquel día…

Sentí cómo el corazón se me volvía a hacer añicos. Había mucho terror en sus ojos. Jamás me imaginé que podría mirarme de ese modo. Igual que lo hacían los demás.

Como si fuera un monstruo.

Ma sabía que había algo… peligroso dentro de mí. Osta y ella siempre lo habían sabido. Pero no creía que ninguna de nosotras se hubiera dado cuenta de su magnitud. A partir de entonces, dejé de avisarlas a las dos de cuándo sentía que venía… Cuándo sentía que tomaba el mando. Parpadeé, reteniendo las lágrimas que amenazaban con caer.

—Entonces ¿sobrevivió? —preguntó el general, sacándome de mi bucle de pensamientos.

Tras unos cuantos instantes, sentí cómo los labios podían moverse de nuevo.

—Pudieron revivirlo. Se quedó inconsciente durante un tiempo. Sin embargo, cuando se despertó, no pudo recordar nada.

Nos quedamos en silencio durante un rato largo. La habitación se había oscurecido. Incluso el aire parecía agobiante. Después de lo que se me antojaron siglos, el general se aclaró la garganta.

—Estaban al borde de la muerte cuando las encontramos. Es decir, les quedaban segundos de vida. Pensé que no había forma de que pudieran haber sobrevivido a tu ataque. El modo en el que se encontraban… Bueno, digamos que parecían indudablemente muertas. —Reprimió una sonrisa—. Mi alteracionista se pasó bastante tiempo quitándoles la sangre del pelo. No fue tarea fácil. En serio. Costó casi cada pizca del foco de nuestro sanador revivirlas, a las chicas, me refiero. —Se calló.

Me quedé paralizada.

—Dijo que era como si sus mentes hubieran sido aplastadas por algo… Una fuerza invisible que las había exprimido sin parar. —Empezó a pasearse mientras divagaba—. ¿Sabes? Me causaba mucha curiosidad la pérdida de memoria. Ellas tampoco se acordaban. De nada de nada… Era fascinante…, absolutamente fascinante. Nunca había visto algo así.

Capítulo 6

Bekha y Jordaan estaban vivas.

La noticia me golpeó como una ola.

«Están vivas».

Respiré hondo y sentí como si mi cuerpo se derritiera en el suelo. La tensión se evaporó al exhalar y dejar caer la cabeza entre las manos.

«Al borde de la muerte». Las palabras resonaron en mi mente. No «muertas».

Las chicas que me habían atormentado casi toda la vida y cuya muerte había deseado un sinfín de veces, sin que fuera yo la que cometiera el acto.

Sentada en silencio durante unos segundos de más, me permití adaptarme al alivio. Parecía extraño.

La risa del general se coló en mis pensamientos y me trajo de vuelta a la realidad.

—Y no te preocupes. Nadie tiene ni idea de lo que has hecho. Es nuestro pequeño secreto. Bueno, salvo mis sanadores. Ellos lo saben, claro, pero no dirán ni una palabra.

—¿Qué? ¿Por qué…? —tartamudeé, y la confusión estalló en medio de mi paz efímera.

Él volvía a tener una sonrisa burlona en el rostro, pero continuó con esa expresión aguda y calculadora en la mirada.

—¿Por qué harías eso? —repetí en un tono de voz más bajo. Sentí que el estómago me daba un vuelco.

Alguien como él solo ayudaba a personas como yo cuando quería algo a cambio.

—Me alegro de que preguntes. —Se llevó las manos a la espalda mientras se acercaba a mí—. Cuando vi lo que hiciste, de lo que eras capaz, me di cuenta de que eras diferente. Incluso especial. Un don como el tuyo no es algo con lo que me tope todos los días. Podría serme útil…

«¿Un don?».

«¿Este hombre no ha oído nada de lo que le he dicho?».

—Serle útil a la isla —prosiguió el general—. Yo presido una facción de nuestra Guardia entrenada en combates especiales. Me encantaría entrenarte para que uses tu foco como es debido. Y me gustaría que te unieras a la Guardia. A la facción Veneno. —Se volvió para mirarme, con los ojos refulgiendo con algo terrorífico.

¿En serio?

Se me escapó una risa casi en una oleada de desesperación. No pude evitarlo. Tenía que estar de broma. ¿Se le habría ido la pinza? Tal vez fuera lo más absurdo que había oído en mi vida.

¿Una Riftborne en la Guardia?

Nunca había oído hablar de un solo riftborne que hubiera intentado unirse. Y había una buena razón: no duraríamos ni una semana. Los prejuicios ya de por sí eran asfixiantes, y eso sin pensar en los «accidentes» que ocurrirían de forma inevitable durante nuestro entrenamiento.

La Guardia asesinaba a los riftborne, no los reclutaba.

—No le veo la gracia. Explícamela —dijo con un tono distinto en la voz.

Me detuve. Iba en serio.

Comencé a sacudir la cabeza mientras lo miraba confusa y con una especie de exasperación hastiada aún en las comisuras de los ojos.

—¿Para qué? ¿Para que todo tu pequeño pelotón acabe con los sesos exprimidos en cuanto yo pierda los nervios? —pregunté con la voz inconstante. ¿En qué mundo querría ser yo parte de la Guardia de Sídhe? Hasta donde sabía, su padre podría haber matado al mío. Aunque tampoco es que tuviera manera de averiguarlo. La Guardia fue muy meticulosa al quemar todos los registros de aquella época.

—Qué rápido te has olvidado del favor que he tenido la gracia de concederte. Cubrir tu intento de asesinato no ha sido tarea fácil. —Su voz contenía una arrogancia necesariamente innata—. Es tu decisión. —Se detuvo y se crujió los nudillos—. A ver… No puedo obligarte. Si prefieres enfrentarte a las consecuencias de tus acciones, entonces que así sea, por supuesto. ¿Una riftborne que ataca a dos jovencitas indefensas hijas de las élites de Sídhe? Ah, seguro que te ejecutan por tus crímenes. Sería una pena, claro. Un desperdicio de potencial. —Se encogió de hombros antes de proseguir—. Necesito tu respuesta antes de que acabe el fin de semana. Estoy convencido de que tomarás la decisión correcta, Fia. —Me guiñó un ojo y pasó andando tranquilo por delante de mí. Mientras yo me quedaba de pie allí, oyendo cómo se marchaba, supe lo que tenía que hacer.

Supe que tenía que huir.

Capítulo 7

El rítmico sonido del metal contra el metal resonaba en la estancia, unido al chisporroteo errático de un fuego abajo. El humo punzante del carbón y del metal ardiendo flotaba pesado en el aire.

Las sombras danzaban por las paredes mientras un brazo escapaba de la oscuridad y volaba sobre mi cabeza con el martillo aferrado a la mano. Bajó deprisa e hizo un estruendo metálico contra la superficie del acero líquido.

Las chispas volaron cuando los metales chocaron. El calor me envolvió. El humo se propagó por la habitación. El martillo golpeó de nuevo con más ruido que la primera vez. Y otra. Y otra más. Cada vez lo hacía con mayor fuerza. Cuando la mano se aproximó a las ascuas abrasadoras, me fijé en los intrincados tatuajes que recorrían el brazo que lo empuñaba.

El humo comenzó a llenarme los pulmones.

El acero caliente, antaño un río de llamas líquidas, empezó a tomar forma y reveló poco a poco la silueta de una hoja. Los golpes continuaron hasta forjar el arma más allá del punto de culminación.

Observé cuando la mano se acercó a mi rostro, como si me urgiera a inspeccionar la pieza artesanal. Con la luz de fondo que daba la llama que había debajo, enfoqué los ojos y me fijé en la hoja curva y rígida de una daga.

Me desperté con la conocida vista de mi techo y los vestigios del sueño aún dándome vueltas en la cabeza. En esta ocasión, no había sido una pesadilla, menos mal, tan solo algo raro. Exhalé despacio.

Tal vez mi subconsciente había decidido por fin tener piedad conmigo.

Todavía seguía pensando en Ashford y en su intento de reclutarme, lo que me provocaba un escalofrío por todo el cuerpo. De repente, lo relajada que hubiera podido estar se perdió en un mar de ansiedad que había llegado a conocer muy bien.

Enterré la cabeza en la almohada y solté un gemido.

La idea de convertirme en un arma para los militares, de unirme a una institución que consideraba mi propia vida intrascendente en el mejor de los casos y un incordio en el peor, era ridícula. Por no hablar de que su propuesta parecía más bien una amenaza. Bueno, es que lo era.

Y la respuesta era no.

La arrogancia que él irradiaba era ya lo bastante insoportable. Y aquello solo era la punta del iceberg de mi negativa absoluta.

Ma estaría bien, pues no era una riftborne y, para el resto del mundo, no era más que mi jefa. Aunque Osta… Las palabras de Ashford inundaron de nuevo mis pensamientos. ¿La castigaría si me marchaba?

Me invadió la culpa. Quería creer que ella estaría más segura si se quedaba en Luminaria en lugar de huir con una fugitiva. Al menos aquí podría ayudarlos con su investigación. Podría contestar las preguntas que tuvieran sobre mí.

Si alguna vez me atrapaban y ella venía conmigo… Jamás me perdonaría por las consecuencias.

Me pregunté si de verdad Ashford informaría de mis transgresiones a la Guardia si yo desaparecía sin más. Sería humillante para un general tan apreciado dejar que una modesta riftborne se le escurriera de entre los dedos. Sí, seguro que el orgullo y el poder eran lo que lo movían. Al fin y al cabo, se creía que podía meterse en mi vida después de veintitrés años y domesticar esa cosa que había en mi interior como si fuera una especie de salvador, ¿no? Hasta donde yo sabía, la gente no necesitaba entrenar para controlar su foco. ¿Para perfeccionarlo? Puede. Pero no para detenerlo y evitar desatar el caos en el momento en el que el pulso se le disparase a uno.

Suspiré. Era evidente que mi foco no estaba destinado a ver la luz del día.

Me las había apañado para vivir con la maldición de un foco hasta la fecha, resignada a establecer límites que yo sabía que no podía cruzar. Después de que asesinaran a mis amigos y mi foco comenzara a manifestarse, me relegué a las sombras aún más. Iba a trabajar y regresaba a casa. No salía, no socializaba, no tenía citas con nadie. Me limitaba a comprar en pequeños comercios aleatorios. Llevaba guantes incluso en los meses de verano.

Lo único que me juré no hacer era precisamente lo que había acabado provocando mi caída en desgracia, justo como siempre lo imaginé: acercarme a la élite de Sídhe. Los nobles tenían la habilidad de desencadenar mi furia con crueldad, y la Guardia tenía el abrumante poder de arrancarme del mundo de los vivos de cualquier modo que considerase oportuno.

Y eso era justo lo que había ocurrido.

En el futuro, debía tener mucho más cuidado, pero eso sería en otro lugar.

Un lugar nuevo.

Alcancé el pequeño cajón de mi mesita de noche y saqué una bolsa de cuero con monedas. El contenido del saco tenía mucha más plata que oro y no pesaba mucho. Suspiré.

Poseía otro objeto más de valor, pero me entraron los siete males al pensar en venderlo.

Volví al cajón de la mesita de noche, busqué a tientas la cajita que tenía oculta en el fondo y contuve una punzada de tristeza cuando noté los bordes polvorientos. La saqué, y un pequeño brazalete de oro cayó sobre la cama. Se trataba del que había venido conmigo de Riftdremar, y era la única prueba que tenía de mi vida pasada.

Alguien llamó a mi puerta, y esta se abrió con un chirrido y dejó pasar la luz del sol desde el pasillo. De inmediato, me eché la colcha por encima. A través de la fina sábana, atisbé la silueta de Osta.

—Imagino que no piensas quedarte todo el día aquí —me reprendió, y me retiró la sábana con un movimiento raudo.

—No me parece lo peor del mundo —respondí pensativa mientras estiraba los brazos por encima de la cabeza y bostezaba.

—Las cosas han estado un poco tensas últimamente. ¡Vamos al mercado, hacemos la compra de la semana e intentamos disfrutar de los últimos días de verano! Así te distraes… Bueno, cuando me cuentes las novedades, claro. ¿Cómo te encuentras? ¿Te sientes mejor tras lo de la otra noche?

—Hoy no puedo, Osta, en serio —repliqué con un gemido.

—No es una petición, es una orden —canturreó a la par que me tiraba del brazo—. Además, tampoco es que tengas nada mejor que hacer.

Lo consideré unos cuantos segundos, pensando en la larga lista de tareas que sin duda era mejor que hiciera. La mayoría estaban relacionadas con pirarme de este condenado lugar lo más rápido posible. Tenía que continuar planeando mi huida. A dónde iría… Cómo saldría de la ciudad sin que me vieran. Jamás había ido más allá de Luminaria.

No obstante, esa culpa perpetua me invadió de nuevo. Porque la quería, tal vez más de lo que había querido a alguien o algo. Y sabía lo destrozada que se quedaría sin mí.

Osta se merecía que pasara un último día con ella. A lo mejor hasta podía explicárselo incluso. Hice una mueca; sabía lo complicada que sería esa conversación. Sentí una carga sobre los hombros. Perderla parecía la traición de toda una vida…, pero ¿cómo iba a quedarme? Ma y Osta debían mantenerse alejadas de mí incluso aunque no comprendieran el motivo.

—Lo del mercado no es mala idea. La verdad es que no tenemos nada que comer ahora mismo aparte de galletas rancias. —Me encogí de hombros y luché contra la neblina de mis ojos. La sonrisa traviesa de Osta apareció mientras se puso a arreglarme el pelo enmarañado.

—¡Justo lo que pensaba! Y deberíamos tener un sueldo decente después de la última semana, así que ¡vamos a darnos un capricho hoy!

La idea de Osta de darse un capricho normalmente implicaba concederse dulces y aperitivos que lo más probable era que desaparecieran antes de la semana siguiente. Sonreí con pena; la

iba a extrañar. Pero, por una vez, tomaría el control de mi vida al decidir que protegería a todo el mundo. Ya era hora.

Osta se abrió camino a mi armario y empezó a sacar unas cuantas prendas de ropa para preparar un modelito y las arrojó a los pies de la cama. No tenía mucho donde escoger. La mayoría de mi ropa estaba manchada de hierbas rebeldes.

—¿Sigues teniendo ese abrigo verde oscuro con capucha? —le pregunté como si nada.

Osta se giró hacia mí y entrecerró los ojos.

—¿Desde cuándo te interesa la moda?

—No es eso. Es que tengo la piel un poco sensible hoy. Esperaba poder usar la capucha. —Me encogí de hombros con la esperanza de que mi pregunta pareciera auténtica. La verdad sea dicha, me sentiría mucho más segura caminando por el mercado con una capa de tela entre cualquiera de los guardias que podrían estar patrullando esa parte de la ciudad y yo.

Mi melena era muy fácil de distinguir entre la multitud. Si la escondía, dificultaría las cosas en caso de que Ashford le hubiera dado una descripción de mí a alguien.

Me dijo que nadie sabía lo que yo había hecho, aunque confiar a ciegas en su palabra me parecía algo estúpido.

—Pues tendré que escogerte otra cosa para que te pongas. —Torció los labios y apoyó el peso sobre una de las caderas—. Pero sí, algo se me ocurrirá. —Fue a su habitación y regresó con una pila de prendas dobladas.

Y con eso, salí rodando de la cama, me recogí el pelo en un moño y deslicé el brazalete de oro en mi bolsillo.

«Disfruta de tu último día con ella. Mañana, saldrás por patas». Se me vinieron esas palabras mientras me vestía.

En el corazón de nuestro rincón de Luminaria se extendía el enérgico mercado del distrito central. Los puestos estaban construidos en piedra y la madera viva serpenteaba a través de las enormes avenidas que bordeaban los canales. Las estructuras de mármol servían de lienzo para elaboradas representaciones de la flora y

fauna que hacían los artesanos aossí. Un manto de enredaderas y flores entrelazadas cubría la plaza del mercado de sombra, dándole un toque salvaje al entorno de mármol pulido, y los cristales incrustados en la arquitectura reflejaban la luz del sol e irradiaban un brillo suave sobre el bullicioso mercado.

Osta y yo anduvimos sin rumbo entre la multitud como aturdidas. Especias aromáticas impregnaban el aire, y eso nos empujó a los puestos de comida, que nos ofrecían una tentadora mezcla de sabores exóticos y tradicionales. Tuve que obligarme a dejar de babear. Los sonidos de exquisiteces chisporroteantes se mezclaban con el suave murmullo de una fuente cercana.

Se me había olvidado lo mágico que era el mercado a finales de verano.

El rugido de los vítores brotó de la plaza, y yo desvié la atención hacia allá justo cuando apartaron un trozo de tela blanco y revelaron una estatua de mármol. Las aclamaciones se intensificaron a la par que una voz bramó entre las calles:

—Salve al rey Sydian. Largo sea su reinado.

Agarré a Osta del codo y tiré de ella para adentrarnos más en el anonimato de la multitud mientras contenía una mueca.

No era ningún secreto que los residentes de Sídhe compartían una devoción común por los monarcas. El rey Sydian era venerado como el mejor gobernador del milenio y había alcanzado lo imposible: una era de prosperidad casi universal.

La pobreza y la hambruna eran muy inusuales. La Corona, a través de su delegación real, se había asegurado de que todo el mundo tuviera acceso a las necesidades básicas. Aun así, la verdadera igualdad seguía siendo algo escurridizo. El sistema de clases perduraba, aunque con una división menos rígida entre la baja y la media.

Un silencio flotaba sobre el origen de esta nueva riqueza. A lo largo del reino, las cosechas se volvieron más que abundantes, el ganado crecía bien y especies casi extintas se recuperaron. Hasta la vitalidad de los aossí se vio afectada. Nuestra esperanza de vida de dos siglos parecía haberse alargado; algunos de los más mayores habían llegado casi a los doscientos veinte años. Era como si el reino

fuera un milagro en sí mismo. Aquellos que todavía rezaban afirmaban que se trataba de una bendición de los Esprithe.

Osta y yo nos pasamos la mayor parte del día yendo de un vendedor a otro, cogiendo muestras y explorando el laberinto de productos artesanales. En algún momento, me las ingenié para escapar de la atenta mirada de Osta.

Me llevé la mano al bolsillo y noté el brazalete de oro dentro. Con los dedos, rocé el grabado que tenía la superficie y espanté la tristeza que amenazaba con atenazarme.

Me abrí camino a través de las masas y me detuve justo delante de las ruedas de madera de una carreta cubierta. Caminé hacia la parte delantera y me encontré a un anciano común y corriente.

—¿Algo para comerciar? —Su voz áspera sobresalió entre los grupos de personas que paseaban. Se abrió la parte delantera de la chaqueta y reveló que estaba revestida con joyas y baratijas extrañas.

—Tengo un brazalete de oro —dije, y clavó la vista en mí del tirón, mirándome de arriba abajo.

—Muéstramelo —replicó, se cerró la chaqueta y se apoyó contra el lateral de la carreta.

Recuperé el brazalete del bolsillo, pero titubeé mientras lo hacía rodar entre los dedos. No quería hacer esto, aunque no me quedaba otra opción. Necesitaba dinero para el camino. En especial, porque no sabía cuánto tardaría en encontrar trabajo. O si es que llegaba a encontrarlo.

—No tengo todo el día, señorita. —Dio pisotones contra los adoquines.

Lo saqué despacio y lo coloqué encima de la mano que me había alargado. Se lo acercó a la cara para examinarlo.

Me lanzó una mirada de recelo.

—¿Estás segura de que este oro no es falso?

—Tú eres el experto —contesté con una voz apenas por encima de un susurro.

Mordisqueó el brazalete unas cuantas veces.

—Parece bastante auténtico. —Se llevó la mano al pecho y cogió unas gafas de aumento para examinar el oro otra vez.

—¿De dónde lo has sacado? —preguntó—. Lo has robado, ¿verdad? —De su garganta se escapó el murmullo de una risita al tiempo que entrecerraba los ojos hacia mí.

—Lo tengo desde que era pequeña —respondí molesta—. ¿Lo quieres o no? —La determinación para deshacerme de la pulserita de oro disminuía a cada instante que permanecía allí. El anciano la puso en el filo de la carreta y agarró un saco de monedas. Se me revolvió el estómago.

—Supongo que lo puedo fundir —señaló, y aquello fue como poner el último clavo en el ataúd. Deprisa, cogí el brazalete y salí corriendo de vuelta al centro del mercado con los pulmones a punto de explotar y mareada. Me lo guardé de nuevo en el bolsillo.

—Oye, ¿a dónde vas? —espetó a mis espaldas.

No podía hacerlo.

Era lo único que de verdad me pertenecía. Lo único que había venido conmigo de mi hogar en Riftdremar. Sentí la vergüenza colárseme por los huesos ante lo que había estado a punto de hacer. Tenía que salir de aquí.

Divisé a Osta, cuyos brazos estaban llenos de muestras de telas.

Me alargó unas cuantas bolsas de comida. Bueno, la mayoría lo eran.

—¿Dónde te habías metido? —Por la sonrisa radiante que tenía, sabía que estaba en su salsa. No quería que notara lo agitada que me encontraba, así que mantuve el tono indiferente.

—Solo estaba dando una vuelta. ¿Compramos una botella de vino para bebérnosla cuando lleguemos a casa? Necesito algo de ayuda para relajarme un poco después de tantos estímulos —comenté, alzando la bolsa de comida más arriba y apoyándomela a la altura de la cadera.

—¡Tengo una idea mejor! ¡Vamos a lo de Talia! Está a la vuelta de la esquina y seguro que hay ofertas ahora…

—Estoy mentalmente agotada. Vámonos a casa y bebamos allí. —No podía arriesgarme a perder más tiempo. Debía regresar y ponerme a hacer las maletas. También tenía que ver cómo se lo iba a explicar.

—Sabes que no es lo mismo. Aún es temprano, así que no habrá mucha gente. Y me debes una copa, Fia.

Hacía años que no acompañaba a Osta a su lugar favorito. Me sorprendió incluso que me lo pidiera. Su audacia era bastante evidente hoy, como si supiera que algo estaba a punto de cambiar. La culpa resurgió del fondo de mi mente, y deseé que no interpretara la situación por lo que era. Una de las razones por las que había venido hoy era para darle un último recuerdo perfecto conmigo.

—Osta, sabes que no es buena idea —susurré mientras cambiaba el peso de un pie a otro.

—Fia, jamás superarás tus miedos si sigues cediendo a ellos siempre. Estoy aquí contigo. Y podemos sentarnos en el patio. Suele estar vacío, y es privado. Venga… Conozco a todos los que trabajan allí. No hay nada de lo que preocuparse.

Me estrujé los sesos con tal de dar con cualquier excusa razonable para no ir o, como mínimo, con una que tuviera sentido para ella, pero me quedé en blanco. Eso era lo que de verdad quería, y era nuestro último día juntas; quizá podía intentarlo. Por ella. Solté un fuerte suspiro, bajé la mirada y vi a Osta con una sonrisa triunfante.

—¡Por aquí! —me guio con una exclamación, caminando ahora con una energía renovada.

Gemí y la seguí con una buena dosis de reticencia.

El camino era muy breve, algo que agradecí. Las rebosantes bolsas que llevaba en las caderas se habían vuelto casi imposibles de llevar. Los brazos prácticamente chillaban en represalia.

Osta llegó a la entrada, tiró de la puerta abierta y la bloqueó con el pie antes de guiarme al interior. Vi el letrero floral cuando pasé junto a ella:

SALÓN DE ELIXIRES DE TALIA.

—¿Shun? ¿Eres tú el que está trabajando hoy en el bar? —gritó Osta con una sonrisa.

—¡Qué alegría verte siempre, Osta! —respondió Shun sin mirarnos, al parecer ensimismado con la creación de uno de sus brebajes de renombre.

—Hola, Shun —saludé, y los ojos de él fueron al encuentro de los míos. No me podía creer que todavía siguiera trabajando aquí tras todo este tiempo.

—Fia, ¿eres tú? —preguntó con los ojos abiertos como platos.

—¡Por fin he conseguido que venga! —chilló Osta, y se giró para mirarme—. ¿Lo ves, Fia? No hay ni un alma aquí. Justo como te he dicho.

No pude reprimir el rubor que se me extendió por el rostro.

—¡Oye, Osta! Ven esta noche y verás las pocas almas que hay. —Le sacó la lengua, pero sonrió con aire guasón.

Osta soltó una risita y llevó las bolsas a la barra.

—Shhh, no digas eso. Podría irse.

Puse los ojos en blanco y la seguí a la barra.

—Llevo sin verte desde aquella noche en la que todos fuimos al espectáculo ese ambulante cuyo nombre no recuerdo. ¡Joder! ¿Cuánto ha pasado? ¿Cuatro o cinco años? Kieran se quedó semanas destrozado después de que lo rechazaras, Fia. —Había un vacile en las palabras de Shun, al que pude restar importancia con una pequeña carcajada.

Kieran no tenía nada de malo en sí. De hecho, estuvo de lo más encantador. La noche de marras, muchas mujeres trataron de ganarse su atención, pero él se empeñó en intentar acompañarme a casa. Al menos, no tuve que sentirme culpable por rechazarlo con tacto. Disponía de un montón de hombros sobre los que llorar.

Mis encuentros pasados tanto con hombres como con mujeres me habían desilusionado, y eso era decir poco. Demasiado a menudo, me sentía despachada como novedad pasajera tras una noche juntos. Esa parte de mi vida había quedado atrás hacía mucho tiempo. Había hecho las paces con el celibato.

Además, nunca había tenido interés en enrollarme con ninguno de los conocidos de Osta. No querría poner en riesgo su posición social. Ella sabía entremezclarse con los plebeyos y con los de la clase alta por igual.

La mayoría de la gente la encontraba encantadora y adorable a pesar de su estatus como riftborne. Estaba convencida de que hasta

los nobles caían víctimas de su hechizo cuando los viste para las galas, los solsticios y los bailes.

Osta era la asistenta de una conocida modista en Luminaria. Tenía la esperanza de crecer bajo la influencia de Thearna y convertirse en su protegida, pero parecía improbable. Osta era demasiado talentosa y visionaria, y eso significaba que representaba una amenaza. Thearna se aseguraría de tenerla perfectamente bajo control.

Lo sentía mucho en particular por las desafortunadas señoritas obligadas a desfilar por ahí con los diseños anticuados de Thearna. No sabría lo que era la moda ni aunque esta la apuñalara en el ojo con una aguja de coser. Pero el legado estaba por encima de cualquier cosa en Luminaria, y ella tenía mucho.

—¿Tienes sitio para nosotras en el patio? —canturreó Osta, mirando por la ventana el jardín que había fuera. Yo permanecí en la barra mientras hacía malabares con las compras.

—Para vosotras siempre hay sitio. —Shun hizo un gesto hacia la parte trasera—. Todo vuestro.

—¡Gracias, Shun! ¡Sabes que eres mi favorito! —Osta le guiñó el ojo con picardía y se sacudió el cabello castaño miel por encima del hombro.

Me dirigí a una mesa y, acabando por fin con el sufrimiento de mis brazos, me desplomé en una silla de cuero acolchada y solté las bolsas.

Suelos con baldosas de piedra, mesas de madera de caoba y cómodas tumbonas completaban la estampa. Me fijé en la ligera luz que pendía sobre nosotras y en las plantas en macetas que llenaban el lugar. Inhalé la fragancia de las flores que flotaba a mi alrededor y permití que mi cuerpo entrase en un tímido estado de relajación.

Osta llevaba razón. El salón no era un lugar bullicioso. Algún cliente aquí o allá, pero nada de multitudes. Mientras me ponía cómoda en el asiento, unas extrañas punzadas de consuelo se deslizaron por mi mente. Una parte de mí se hundió, pues sabía que no volvería a tener esta oportunidad con ella. Debería haber dedicado más tiempo a hacer cosas como esta, a pasárnoslo bien fuera de los confines de nuestro apartamento. La culpa se apoderó de mi corazón. Se merecía una amiga mejor que yo.

Unos cuantos minutos más tarde, Osta se abrió camino a la mesa con dos bebidas en la mano. Las copas de champán estaban llenas de tonos cambiantes de lavanda que se arremolinaban cuando las burbujas brillaban al subir por los lados de la copa.

—Shun dice que este se llama néctar de luna. —Osta esbozó una sonrisa, movió las cejas y se sentó en la silla frente a mí a la par que me acercaba una de las bebidas con aire juguetón.

Alcé la copa hacia Osta para brindar con ella antes de tomar un buen trago.

—¡Salud! —murmuró Osta.

Noté un sabor floral y dulce a medida que las burbujas se deslizaron por mi lengua. El cuerpo me vibró de regocijo.

—Te he dicho que valdría la pena venir aquí. Seguro que le han echado algún tipo de sustancia adictiva a esto. —Osta casi se había terminado el suyo.

—Sí, creo que se llama alcohol —bromeé, y di otro trago.

Osta puso los ojos en blanco, aún sonriendo con aire triunfante.

—Ya sabes lo que quiero decir —soltó—. Después de esta semana…, lo necesitábamos muchísimo. No creía que fuera a sobrevivir a Thearna.

—¿Qué ha hecho esta vez?

—He estado trabajando sin parar en bocetos para la próxima temporada. Sabes que me he quedado hasta tarde en el taller, ¿verdad? —Se echó el pelo hacia atrás por encima del hombro y suspiró irritada.

—Ajá —susurré, removiendo mi copa.

—Pues Thearna los ha destrozado. Justo ante mis narices. Los ha roto y ha soltado que no eran apropiados para la próxima colección. Me habría echado a llorar si no estuviera tan acostumbrada.

—No sé cómo sigues trabajando para ella. —Suspiré. A decir verdad, esto ocurría todas las semanas.

—¡Como si me quedara alternativa! No conozco a más modistas en el pueblo dispuestas a contratarme. Solo tengo a Thearna por lady Fairbanks. Ya sabes cuál es mi objetivo. Si paso unos cuantos años más con ella, quizá pueda conseguir los clientes suficientes para abrir mi propio taller o trabajar para una de las familias de

nobles, pero eso solo ocurrirá si la gente ve mis diseños… —continuó Osta.

Intenté escucharla con atención, pero me di cuenta de que no tenía la mente allí. Nos habíamos sentado por primera vez en horas, y el ajetreo de la ciudad había pasado a un segundo plano. Ya llevaba un néctar de luna y los efectos comenzaban a notarse, pues los pensamientos que había enterrado estaban saliendo a la superficie.

—¡Fia! —Osta me dio un codazo; la molestia se notaba en su voz.

Volví a la realidad.

—¡Te estaba escuchando!

—Ya, claro. Los ojos te hacían eso que te suelen hacer cuando estás ida. Acuérdate de que mi don es la percepción. ¿En qué estás pensando?

Respiré hondo y solté la copa en la mesa. Supongo que ahora era tan buen momento como otro cualquiera. Tenía que entenderlo. Merecía entenderlo.

—El general Ashford vino a verme ayer —declaré, y presté especial atención a la reacción de Osta.

Ella abrió mucho los ojos.

—¿Y me lo cuentas ahora? —preguntó de forma entrecortada.

—Intentaba procesarlo todo. Se presentó en la botica antes de que cerrara. Me dijo que Bekha y Jordaan siguen vivas… —Me interrumpí.

Osta se reclinó y soltó un suspiro de alivio.

—Sabía que las había visto marcharse.

Asentí con la cabeza.

—Tenías razón, como siempre. Los sanadores pudieron curarlas a tiempo. —Dudé antes de proseguir—. Pero eso no es todo. El general cree que puede entrenarme para utilizar…, bueno, lo que sea que yo pueda hacer. —Puse los ojos en blanco e hice una mueca de desprecio con el labio superior.

—Pues… eso tiene pinta de ser una oportunidad interesante, ¿no? —Alzó una ceja.

—¿A qué te refieres con *interesante*? Quiere usarme como algún tipo de arma para la Guardia, Osta. Que me una a la Guardia. ¿Por

qué iba a acceder yo a ponerme en semejante posición?

—Ya lo sé… Pero me pregunto si deberías considerarlo… Sobre todo tras lo sucedido en la fiesta. Podrías aprender al fin a controlar lo que te impide llevar una vida normal. ¿Ni siquiera piensas intentarlo?

Le mostré deprisa la marca de riftborne que tenía en la mano. Echó un vistazo a nuestro alrededor con precaución y volvió a mirarme cuando confirmó que estábamos solas.

—Ya se aseguraron de que jamás tuviéramos esa oportunidad hace mucho —siseé.

—Fia, la gente no es tan odiosa como te empeñas en creer.

—¿Piensas que nuestros amigos fallecidos estarían de acuerdo? —La observé con la vista clavada en ella y un cosquilleo en la piel. Los crueles ojos azules del guardia se me vinieron a la mente como si me provocara. Había sido muy fácil para él tirar de las palancas de la presa. Muy fácil soltar el agua. Matar a nuestros amigos.

«Cálmate».

—Fia, a veces tienes que sacar provecho de lo que tienes. Y otras debes saber cuándo soltar y continuar. Y cuándo ayudarte a ti misma si se te presenta una oportunidad excepcional. —Sacudió la cabeza con la decepción en su cara.

—Para ti es fácil decirlo —murmuré a la vez que me pinzaba el puente de la nariz. Era cierto. Ella no tenía ni idea de lo que era vivir con esta cosa dentro. ¿Cómo iba a saberlo?

—Mira, Fia… No puedes vivir el resto de tu vida así. ¿Y si pudieras evitar que siguiera ocurriéndote? ¿Y si pudieras ayudar de verdad a la gente?

—Creo que las dos sabemos que mi foco no sirve para ayudar a la gente, Osta. No me puedo creer que pienses que sea una buena idea. Ni siquiera sé qué decir.

Se me llenaron los ojos de lágrimas, pero no pensaba venirme abajo aquí.

—Pues claro que no. Porque rechazas cualquier ayuda. Siempre huyes de todo… —Osta se quedó callada, bajó la vista y se mordió el labio. Ni siquiera le había explicado que pensaba huir.

—Eres tonta si crees que el general Ashford o cualquiera con autoridad en esta isla intenta ayudarme. Lo único que ve es un poder del que sacar provecho y que reclutar para su pequeña facción. Y, por desgracia, se equivoca. No puedo ser de ayuda. Tú lo sabes. Y yo también. —Se me crisparon los dedos, y sentí una oleada de calor recorriéndome.

—No aguanto tu pesimismo nato hoy, Fia. Acabamos de pasar un día estupendo. Solo intento razonar contigo, ofrecerte otro punto de vista, pero eres incapaz de ver más allá de ti misma. Eres muy negativa. ¡Eres incapaz de imaginar que tu vida pueda cambiar a mejor! —Osta contenía las lágrimas.

Antes de que pudiera responder, arrastró la silla hacia atrás y salió del bar.

Bufé y meneé la cabeza. «Increíble».

La electricidad estática que me corría por los brazos había disminuido, pero la maldición seguía deslizándose en las sombras. Respiré hondo.

«¿Cómo podía Osta ser tan ilusa?».

Los de la élite siempre jugaban con gente como nosotras de este modo. ¿Cómo era posible que ella no lo viera?

La cabeza se me fue a ese lugar peliagudo. Es que no quería verlo. Ella los adulaba como si fuera la próxima *groupie*; yo me limitaba a ignorarlos la mayor parte del tiempo.

¿Y por qué era culpa mía no haber aprendido a controlar mi foco? A todo el mundo a mi alrededor le salía de manera natural. Yo no debería convertirme en el proyecto de un general para averiguar cómo dominarlo.

Incliné la copa de nuevo y saboreé las últimas gotas. Cerré los ojos ante la calidez del alcohol que se arremolinaba en mi interior.

Osta y yo rara vez nos peleábamos, y esta era la segunda vez en cuestión de días. Tenía que marcharme de aquí. Se me aceleró el pulso.

Algo más fuerte que el alcohol se agitó dentro de mí cuando me tranquilicé. Cogí mis cosas aprisa y salí corriendo por la puerta del patio sin mirar siquiera atrás. La furia se había incrustado en cada pensamiento. Estaba confundida, dolida y bastante achispada.

Aunque Osta intentara ver mi punto de vista, jamás lo comprendería. A pesar de que las dos compartíamos el estatus de riftborne, llevábamos vidas completamente distintas. En ocasiones, parecía como si ignorara a propósito esa ineludible verdad.

Ella tenía demasiada fe en mí. Yo nunca había sido la persona normal y extrovertida que ella quería que fuera. Era tan imposible como irresponsable. ¿Acaso no había quedado del todo claro en los últimos días?

Otro ramalazo de ira me recorrió entera.

Un trueno retumbó en la distancia; el aroma de la lluvia se notaba en el aire cargado y húmedo. El cielo, que amenazaba con explotar de un momento a otro, bañaba las nubes que se arremolinaban en tonos violetas y plateados.

Mis emociones eran un reflejo del cielo agitado sobre mi cabeza, estrellándose unas contra otras como una ola y luchando por el derecho a arrastrarme consigo. Se suponía que si alguien lo iba a entender iba a ser Osta. El sentimiento de pérdida se apoderó de mí a medida que continué avanzando. Ni siquiera había tenido la oportunidad de decirle que me marchaba.

«No llores».

Aceleré el paso mientras parpadeaba para alejar las lágrimas y respiraba hondo. Tenía que llegar a casa.

Los sonidos de los fiesteros silbaron hacia mí justo cuando doblé la esquina. Un segundo, estaba escuchando las carcajadas; al siguiente, me estrellé contra ellos. Se me torció el tobillo y cojeé hacia atrás unos pasos, perdiendo el equilibrio. El contenido de mis bolsas se derramó sobre la calzada, y observé horrorizada cómo el brazalete de oro se me caía del bolsillo y chocaba contra el pavimento antes de rodar por las rejillas del alcantarillado. El aire se detuvo a mi alrededor.

—Pfff, ¡vámonos, Graem! —gritó uno de ellos.

El culpable empujó a su amigo, retrocedió arrastrando los pies y me pisó las cosas. Un melón aplastado soltó jugo en el suelo.

—Perdona, chica, ¡pero tenemos que ir a un sitio!

El grupo siguió su camino sin importarle nada.

Me quedé boquiabierta, incapaz de formular palabra. Un fuerte zumbido en mis oídos ahogaba todo lo demás a mi alrededor.

«No, no, no».

Noté que se me puso el vello de punta en los brazos y me quedé en blanco. Un dolor agudo se disparó a través de mi piel, azotándome con terror como un latigazo.

La conocida telaraña translúcida latía con un estruendo repugnante y veloz, que me abrumó en un instante.

El miedo se convirtió en una jaula a mi alrededor.

Cada músculo de mi cuerpo se tensó hasta que estaba prácticamente temblando. Percibí el poder desbordándose, reventando las costuras. Mis entrañas quedaron atrapadas en la telaraña en un intento por liberarse. Mi mente rugió con dos voces diferentes: una rogaba por la liberación; la otra gritaba para mantener la destrucción a recaudo a toda costa.

Pero daba igual. Estaba sucediendo.

El tiempo se paralizó, y noté cómo el poder empezaba a filtrárseme por los poros. La esencia incandescente se apoderó de mi visión.

Y, justo cuando estaba a punto de explotar, las gotas de lluvia me cayeron sobre la frente.

«¡Respira!».

El trance se rompió en el mismo segundo en el que el cielo se abrió. El agua cayó a chorros, estrellándose contra el suelo con tanta fuerza que se levantó una neblina de los adoquines e hizo que todo a mi alrededor estuviera difuso como un reflejo de la confusión que había en mi cabeza.

Una sensación agradable de frío me recorrió la piel y sofocó el incendio de mi interior. Perdí el sentido de la gravedad y me caí de rodillas. Me quedé sin aire en los pulmones cuando el dolor me abrumó y trajo consigo claridad.

Una claridad no bienvenida.

Una claridad innegable.

El cuerpo, que aún sentía ajeno a mí, se me dobló contra el suelo en busca de la frialdad de las piedras.

Entonces, empecé a llorar.

El grupo giró una esquina y desapareció de mi vista, sin reparar en el caos que habían evitado por poco.

Las palabras de Osta se colaron en mi consciencia. Mi cabeza intentaba alejarlas, un esfuerzo que se había convertido en un acto reflejo. Sabía por qué estaban ahí, qué querían que hiciera. Lo que implicaban. No podía afrontar la verdad. La idea de tener esperanza en algo me aterrorizaba. Había dejado de hacerlo hacía mucho tiempo.

Y ese era mi miedo si lo reducía a lo básico: creer que mi vida podría ser algo más que esto era peligroso y cruel y no me había traído más que dolor. Tan solo quería huir de todo, ignorarlo.

Sin embargo, ignorarlo ya no funcionaba.

Las palabras me asestaron un golpe, como un puñal en el pecho, y atravesaron cada pensamiento, cada muro que había construido en torno a mí.

¿Cuántas veces había ocurrido esto en las últimas semanas? ¿Cuántas veces había notado que tropezaba? ¿Cuántas veces había sentido los zarcillos de fuerza estremecerme la piel, amenazando con estallar y apoderarse de mí?

Y por cosas simples. Ineludibles. Cosas que eran inevitables a menos que me refugiara en mi habitación y no saliera jamás.

Daba igual a dónde fuera, cuánta distancia pusiera entre Luminaria y yo. Siempre habría riesgos. Siempre sería peligrosa.

Si lo de esta noche era una señal, mis poderes solo irían a peor. Se harían cada vez más incontrolables hasta que destruyeran todo a mi alrededor.

Era una bomba a punto de explotar en cualquier momento.

Una asfixiante verdad se asentó en mis huesos: una parte de mí no quería que parase. El poder era apabullante, enloquecedor, hambriento… y una tentación de lo más oscura y brutal. La próxima vez ganaría como lo había hecho en la arboleda.

«¿Y si eso ocurre mientras estoy con Osta?».

No me podía permitir dejarme llevar por ese hilo de pensamiento.

Me sequé las lágrimas y me senté. Notaba como si hubiera tomado una decisión. Debía dejar de ser una egoísta y de tener miedo. Huir no iba a arreglarlo.

Si había una salida, una luz al final del túnel, tenía que aprovecharla.

Tenía que intentarlo.

Se lo debía a Osta, a Ma.

Tal vez incluso a mí misma.

Capítulo 8

A la mañana siguiente, di un paso tembloroso hacia el camino de adoquines observando la tarjeta que había dejado el general Ashford. Conocía la calle; todo el mundo lo hacía. Era donde la Guardia residía en Luminaria.

Aunque solo porque supiera dónde se encontraba no significaba que me hubiera aventurado en los alrededores. De hecho, evitarlo era uno de mis pasatiempos favoritos.

Ahora me dirigía hacia allí voluntariamente. Vacilante, pero por voluntad propia.

Me aproximé a los límites conocidos del distrito oeste, con el corazón latiéndome a toda velocidad mientras giraba por una calle en la que nunca había puesto un pie. Dejé que mi vista divagara. La arquitectura se parecía bastante al resto de Luminaria: las enredaderas caían en cascada sobre los edificios de piedra y el moho salpicaba los adoquines.

No obstante, mientras me centraba en la estampa que tenía enfrente, todo comenzó a volverse más estructurado, más ordenado. La naturaleza se desvaneció y reveló un compendio de torres enormes que componían el cuartel de la Guardia de Sídhe. Las calles estaban plagadas de soldados armados y uniformados paseándose y hablando entre ellos. La enorme cantidad de serpientes con esmeraldas incrustadas era repugnante. Agaché la cabeza y aceleré el paso.

«Por todos los Esprithe».

Mis andares se volvieron cada vez más inseguros mientras me aproximaba a la monstruosidad acechante del cuartel. Las

estructuras que invadían el espacio estaban talladas en piedra oscura y los bordes dorados adornaban el exterior. La insignia de la Guardia se extendía por la fachada en los mismos tonos. La tarjeta del general decía que debía pasar por la entrada exterior, la que me llevaría directamente a su despacho. Eché un vistazo a las calles que se alineaban al lado este e identifiqué las escaleras gigantes que él indicaba en sus instrucciones. A regañadientes, me dirigí hacia el acceso con cuidado de no llamar mucho la atención.

Cuando subí los escalones, encontré una puerta de hierro. En ella, estaba grabado «GENERAL LARYK ASHFORD».

Antes de que pudiera cambiar de opinión, estiré el brazo y toqué tres veces con el pesado llamador de la puerta. Ya no podía echarme atrás.

Esperé y esperé. Tal vez ni siquiera se encontrara allí hoy. Al fin y al cabo, era fin de semana…

Acababa de hacerme pasar todo ese sufrimiento de paseo para nada. Me sobrevino una oleada de enfado mientras me daba la vuelta.

Entonces, oí un sonido de pies arrastrándose que provenía del interior seguido de una risa de mujer. Casi inmediatamente después, la puerta se abrió con un chirrido metálico. De ella salió el general Laryk Ashford en toda su pomposa gloria.

Su cabello cobrizo estaba despeinado, le caía sobre el pecho y se movía con la brisa. Llevaba una camisa negra desaliñada y abierta, que revelaba las líneas esculpidas de su abdomen. Los pantalones estaban abrochados al azar. Bajé la vista…

Y se me puso colorado todo el rostro.

Él me miró fijamente con sus ojos esmeralda. Ni siquiera trató de esconder la sonrisa que se le estaba formando en los labios.

Se apoyó contra el marco de la puerta, se cruzó de brazos y ladeó la cabeza hacia un lado.

—Has venido antes de lo que esperaba. Supongo que estás aquí para aceptar mi propuesta —dijo con confianza—. Es una sabia elección.

Aquello se estaba volviendo más complicado de lo que había esperado. Solté un profundo suspiro y me insté mentalmente a mantener mi promesa a Osta y a permanecer afable. Traté de esbozar una sonrisa de amabilidad, aunque más bien me salió una mueca.

—Veo que todavía no hemos perdido la actitud. Tal vez esa sea nuestra primera lección —espetó con diversión en la voz.

—Buena suerte —me burlé.

—Sí. Va a ser un problema.

Capítulo 9

El general lanzó una mirada al interior de sus aposentos y ladeó la cabeza como si le hiciera una señal a alguien para que se marchara. Un intento de sonrisa a modo de disculpa le adornaba la cara, aunque parecía torpe y poco familiar, como si rara vez la utilizara.

Segundos más tarde, salió una morena, que le dio un beso en la mejilla y se aseguró de lanzarme una mirada de desprecio al irse corriendo.

Le devolví el sentimiento con la misma sonrisa que le había ofrecido al general. Ella entrecerró los ojos aún más cuando se aproximó a las escaleras.

Se me ocurrió que tal vez un poco de entrenamiento para dominar mis expresiones faciales sería útil en el futuro.

Parecía que el general podría beneficiarse también de unas cuantas lecciones.

—¿Has venido a vigilar mi puerta? —Sus palabras me sacaron de mi ensimismamiento. Me esforcé por evitar el contacto visual con su abdomen. Soltó un fuerte suspiro y retrocedió a su despacho, dejando la puerta abierta a sus espaldas.

—¿Quieres que la cierre? —pregunté tras seguirlo dentro. Sacudió la mano mientras andaba.

«¿Eso es un sí?».

Por los Esprithe, qué borde era. Había venido aquí, me había presentado en una bandeja de plata, ¿y así era como quería comportarse?

«Parece un niño caprichoso».

¿Por qué no me sorprendía? La opulencia prácticamente le salía por los poros. No cabía duda de que se habría criado en alguna finca inmensa con padres complacientes y acceso a todo lo que su pequeño corazón despreciable desease. Nos separaban mundos de distancia, eso era muy evidente. Esperar que alguien que jamás las había pasado canutas y que nunca había comprendido la soledad fuera cortés era absurdo. Y peligroso.

Un depredador. Eso es lo que él era en realidad. Si quería sobrevivir a esto, esa verdad debía calarme bien hondo para que nunca la olvidase. Cualquier otra conducta por su parte era mentira, solo otro aspecto más de su deslumbrante fachada.

Eso era Laryk Ashford.

Apreté los dientes, me giré y cerré la pesada puerta con un chirrido.

—Voy a cambiarme. No toques nada. —Dobló la esquina.

El lugar era inmenso, con paredes que parecían adoquines, ásperas y con relieve de distintos tonos de gris. Era como si se extendiesen hasta el infinito antes de encontrarse al fin con el techo alto, decorado con travesaños de madera enormes.

El despacho en sí era descomunal. A la izquierda, una mesa de madera de caoba oscura dominaba la estancia. Su superficie lisa, carente de carácter o personalidad, soportaba el peso de documentos ordenados y un conjunto de herramientas de escritura alineadas al milímetro. Sobre el respaldo de la silla del escritorio yacía un abrigo negro con la parte superior llena de medallas.

La parte opuesta de la estancia albergaba una zona para sentarse. Unos muebles bajos descansaban sobre una alfombra de piel de vaca, tapizados en sobrias telas de terciopelo gris carbón y cuero apagado. Era muy extraño lo organizado que estaba todo. Casi resultaba inquietante.

Como si un sociópata viviera allí.

Observé los sofás de cuero en la otra punta. Parecía que nadie los hubiera usado nunca… No tenían pliegues ni abolladuras. Estuve a punto de poner los ojos en blanco. Todo ese espacio, y ni siquiera lo apreciaba. Muchos de nosotros teníamos que recoger sofás de la calle. Porque ni de coña iba a permitir que Osta, ni yo misma,

aceptara una sola moneda de oro de la delegación real, el programa que proporcionaba ayuda a las clases más desfavorecidas del reino. Esta gente ya se pensaba que le debíamos algo. Y yo no iba a consentir que fuera verdad.

El enfado, y puede que la curiosidad, hizo que me acercara. Me había dicho que no tocara nada, pero no había mencionado que no pudiera ponerme cómoda. Tomé asiento con torpeza, cambiando el peso de una pierna a la otra sobre el cuero firme. No cedía mucho.

Tal vez la comodidad no fuera el objetivo.

El general regresó a la habitación sin volver a dedicarme una mirada. Había reemplazado el aspecto desaliñado por una camisa negra y unos pantalones grises a medida. Por suerte, ahora lo tenía todo abrochado.

Llevaba el pelo recogido con firmeza hacia atrás y la cicatriz parecía mucho más oscura esta mañana. Se sentó enfrente de mí y se ató las botas negras en silencio como si se hubiera olvidado de que yo estaba allí. Como si mi presencia no importara en absoluto.

—Tenemos algunos ungüentos en la botica que podrían irle bien a tu cicatriz —solté en un intento de rebajar la tensión.

Él alzó la vista con la sorpresa pintada en los ojos mientras terminaba de atarse la bota izquierda.

Resultaba molesto lo atractivo que era.

—Aprecio tu preocupación —replicó—, pero me temo que no hay mucho que pueda curar este tipo de herida. —Se reclinó en la silla y me analizó, lo que hizo que la energía de la habitación cambiara. El silencio nos envolvió al tiempo que me taladró con la mirada como si buscara algo en las curvas de mi cara. Un calor familiar me recorrió la piel, amenazando con exponer mi incomodidad. No obstante, lo reprimí con ganas. No pensaba enseñarle nada que pudiera interpretar como debilidad.

Pasó una eternidad antes de que él frunciera el ceño y hablara de nuevo.

—Bueno, supongo que podemos empezar con tres días a la semana. He reservado un gimnasio privado para nosotros cerca de tu trabajo. No debería interferir con tu cometido en la botica. Al menos, el entrenamiento inicial. Puedes reunirte conmigo por las

tardes. Cada dos días será suficiente. Los fines de semana no. Estoy convencido de que tu vida social es emocionante —señaló con indiferencia.

Su arrogancia no conocía límites. Me di con la espalda contra el cuero frío cuando traté de pillar la postura en el rígido sofá, pero me pareció incómodo. Toda esta situación me parecía incómoda.

—Puedo apañármelas. —Mi tono era neutro, aunque la ansiedad por todo el asunto seguía atenazándome.

—Estupendo. Y, para que lo sepas, este entrenamiento es técnicamente extraoficial. No tienes que trasladarte al cuartel hasta que alcances el estatus de iniciada. —Me miró de arriba abajo—. Ni siquiera te unirás a la Guardia como recluta hasta que no hayamos logrado dominar tu foco. Y lo haremos.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? —pregunté mientras me inclinaba hacia delante sobre las rodillas.

—Porque sé lo que hago. No eres la primera cadete insensata que tengo el placer de entrenar. —Se recostó en la silla y se cruzó de brazos.

Me obligué a asentir con la cabeza y desvié la mirada hacia el rincón de la habitación. Le dejaría ganar la batalla por hoy.

—Tengo un don especial con la gente. Sé lo que la mueve. Averiguaré qué te bloquea y lo eliminaremos. ¿Alguna pregunta más? —Su voz era cortante.

—Creo que ya lo has respondido todo.

La tensión se propagó, restallando en el aire entre nosotros como una tormenta a punto de desatarse. Lo que fuera que pensara era un misterio, pero sus ojos tenían una forma de analizarme que parecía que veía a través de mí. No podía esconderme aquí.

—Bueno, ahora que hemos puesto en orden todos los detalles, te acompañaré a la salida —dijo tras romper el silencio ensordecedor que amenazaba con hundirme. Se encaminó al escritorio y cogió el abrigo y un montón de papeles.

El alivio me invadió cuando me puse de pie y me dirigí a la puerta, quizá demasiado rápido.

—Por aquí —me avisó mientras iba a una puerta distinta en la otra punta de la habitación. Un escalofrío me recorrió la espalda. Me

quedé quieta.

«¿Qué?».

—Pensaba llevarte por el cuartel. ¿No tienes ganas de ver cómo será tu futuro? —me reprendió.

Pues no, la verdad.

Por un momento, se me pasó por la cabeza salir a toda velocidad por la puerta exterior, aunque me encontré caminando con esfuerzo hacia él. Solté un suspiro fuerte y audible. La cortesía era el objetivo del día, pero mi fuerza estaba siendo sometida a una enorme prueba. Insultarlo con mi aliento era lo mínimo que podía hacer para ser fiel a mí misma.

Me señaló que pasara delante. Yo vacilé, tal y como lo había hecho antes en el invernadero.

—¿Es que le tienes aversión a las puertas? Venga —se burló, y luego le dio un puntapié a la parte de atrás de mis botas, haciendo que me tropezara hacia delante.

«Imbécil».

El corazón me iba a mil cuando salí a un balcón que daba al cuartel, que estaba debajo. En cada esquina se podían encontrar escaleras que subían a la planta superior. Las paredes eran de color carbón oscuro, como los aposentos del general.

Abajo, el espacio era inmenso y se extendía a lo largo de todo el edificio. Unas mesas descansaban en líneas uniformes a lo largo del comedor, atestadas de miembros de la Guardia que charlaban, comían y estudiaban.

—Esto es el centro de todo —informó el general mientras cambiaba a un tono formal, casi instructivo—. Todas las facciones utilizan este espacio. Para comidas, sesiones informativas, reuniones sociales, etcétera. Pasarás mucho tiempo aquí una vez que te hayas iniciado oficialmente.

Asentí y tomé nota de la cantidad de personas que transitaban por la extensión que había debajo. Me seguía pareciendo irreal.

—Vamos —dijo él a la par que gesticulaba hacia las escaleras—. Te lo enseñaré antes de que te vayas.

Lo acompañé escaleras abajo sujetando la barandilla con firmeza. Cuando llegamos a la planta principal, el estruendo del comedor nos

envolvió: voces, risas, el estrépito de platos y cubiertos…

Ashford me condujo a través de la multitud y yo mantuve la cabeza gacha en un intento de no llamar la atención. Guardias con diferentes atuendos informales pasaron por allí. La mayoría llevaban camisas blancas, pero algunos las vestían negras al igual que el general.

Nos detuvimos cerca de un sitio cerrado en la parte derecha del pasillo.

—Estos son los gimnasios de entrenamiento del campus —explicó con un gesto de la cabeza hacia las paredes de cristal.

A través de la gruesa cristalera, atisbé la actividad del interior. El sudor se notaba en el aire, visible incluso desde aquí. Dentro, unas figuras se movían con gracia, pero sus contornos se emborronaban cuando hacían los ejercicios. El choque rítmico del acero contra el acero reverberaba, interrumpido por gruñidos de esfuerzo.

—Este alberga la facción Escamas —continuó Ashford mientras señalaba el primer gimnasio, donde un grupo de guardias estaban haciendo *sparring*. Un hombre derribó a otro sobre el tatami con tal fuerza que escuché el impacto desde donde nos encontrábamos—. La infantería. Los focos son la fuerza y la agilidad. Son la primera línea de defensa.

Nos condujo al siguiente gimnasio.

—Esta es la facción Colmillos.

Los guardias estaban sobre plataformas elevadas. Una mujer tensó la cuerda de un arco, y observé cómo la flecha brilló a mitad del vuelo y se movió a una velocidad imposible antes de acertar en el objetivo situado en el otro extremo de la habitación con una fuerza explosiva.

—La artillería —aclaró el general—. Especialistas en combate a distancia.

—¿Y esa? —pregunté, y señalé hacia el tercer gimnasio donde unos aossí se movían en lo que parecía un circuito de obstáculos.

—Cuerpo —dijo con sencillez—. Los cimientos. Patrullan las ciudades, se encargan de los fuertes y velan los puestos fronterizos. Mantienen todo bajo control.

Conforme dimos un rodeo para volver a las verjas de la entrada, llegamos a otra ala. El olor era más limpio, con trazas de hierbas que impregnaban el aire a nuestro alrededor. Las reconocí; se trataba de plantas medicinales.

—La facción Inmunidad —explicó él, haciendo una seña hacia un par de puertas dobles—. Los médicos. Los sanadores con focos que pueden coser heridas, arreglar huesos, curar envenenamientos…

Eché un vistazo a través de una ventanita que había en la puerta y vi a unos guardias atender a soldados heridos en catres. A uno de los sanadores le resplandecían las manos con una luz azul claro mientras las pasaba sobre el brazo lesionado de un guardia.

—Esto es… mucho que asimilar —señalé, pues de pronto me sentía abrumada.

—No te preocupes, tardarás en entrenar aquí. —Me dedicó una sonrisa perversa antes de susurrar—: No puedo dejar que prendas fuego por accidente a mis guardias, ¿verdad que no?

Sentí un hormigueo en la piel cuando noté su mano en mi espalda, instándome a seguir.

—Todos nosotros formamos el conjunto mayor, la serpiente. Escamas, Colmillos, Cuerpo, Inmunidad y Veneno, por supuesto.

Pronunció la última palabra con cierto orgullo.

—Veneno —repetí en voz baja.

—Mi facción —aclaró, y me condujo de vuelta hacia el pasillo principal—. Actuamos fuera de los protocolos habituales. Tenemos reglas diferentes. Somos… —Se detuvo—. Somos el último recurso. Los que entran a matar cuando los demás ya han hecho su parte.

—El arma secreta —murmuré más para mí que para él.

Esbozó una pequeña sonrisa.

—Algo así.

Caminamos en silencio un rato y, acto seguido, añadió:

—Empezarás como recluta, eso si no huyes o mueres antes.

Lo fulminé con la mirada.

—Los generales responden directamente ante el rey —prosiguió—. Somos cinco, uno por cada facción. Sin embargo, Veneno es… único en su estructura.

—¿Porque rompéis las reglas? —pregunté con frialdad.

—Porque somos eficaces —me corrigió, aunque había un brillo de diversión en sus ojos. Ashford me guio a la izquierda, y, al fin, las verjas de la entrada principal aparecieron ante nosotros. Solté un suspiro de alivio.

—La verdad es que tengo el día libre mañana si quieres comenzar pronto —musité, medio deseando que no aceptase mi propuesta.

—Reúnete conmigo mañana a las nueve en punto. Y no llegues tarde.

A medida que pronunciaba las palabras, me fijé en la verja principal, donde un rostro familiar me llamó la atención. Ojos azules fríos, cabello dorado. Su armadura portaba el símbolo de la Guardia, serpientes esmeraldas retorcidas sobre el pecho cubierto, que reflejaron mi horror en aumento. La boca se me volvió amarga. Se me tensaron los músculos. No podía respirar.

—No me hagas repetirme —dijo el general con exasperación.

No podía moverme. Lo único que podía hacer era observar.

El general siguió mi mirada, y la confusión se le extendió por el rostro.

Tenía que marcharme de aquí.

—Sí. Allí estaré —me las arreglé para susurrar mientras me giraba y salía corriendo por las verjas.

Ese era el guardia.

El de la presa.

El que había tirado de las palancas.

El que había matado a mis amigos.

Un ardor me surgió en la parte de atrás de los ojos y me emborronó la vista. Eché a correr a toda velocidad y no paré hasta que llegué al apartamento y me golpeé la espalda con la puerta cuando se cerró detrás de mí. El corazón se me encabritó a medida que los miedos volvían a aflorar.

Mi mente estaba en el río Sprithe, ahogada en algún punto bajo la corriente.

Capítulo 10

«Supera este primer día. Después sabrás qué esperar».

En menos de una hora, estaría a solas con él. Me sobrevino un escalofrío mientras lo asimilaba. Podría acabar conmigo con un giro de muñeca y nadie se enteraría de ello. Sin lugar a dudas, no habría repercusiones.

Yo era un ratón en un mar de serpientes. A pesar de que por algún milagro sobreviviese a este entrenamiento personal, estaba convencida de que otro soldado encontraría la oportunidad de matarme demasiado tentadora una vez que me convirtiera en iniciada.

Osta, siempre tan optimista, me había colmado de deseos de buena suerte, dichosamente ajena al pavor que me revolvía las entrañas. Mencionar haber visto al guardia ahora parecía inútil. No iba a cargarla con mis preocupaciones. En el fondo, sabía que iba a ocurrir, pero verlo allí… me había alterado más de lo que esperaba.

Tragué saliva con fuerza y me obligué a concentrarme.

Ashford no había especificado que debiera traer nada aparte de mi persona. Tampoco me había dicho qué ropa ponerme. Tal vez no importase.

«¿Qué lleva una para una práctica de gimnasia mental de todas formas?».

Con un suspiro, opté por unos pantalones entallados suaves, elásticos y que me permitieran moverme. Una camiseta de manga larga del mismo material se me ceñía a los hombros.

Todo negro. Parecía apropiado. Por lo visto, a él le encantaba ese color.

Me eché un último vistazo en el espejo, intentando sin éxito recogerme con la cinta los rizos que tenía sueltos. Desde luego, el negro era una forma de acentuarme… todo. Una oleada de timidez se apoderó de mí y me removí incómoda, pues de pronto me sentí descontenta con mi reflejo.

El lugar en el que habíamos quedado estaba cerca de la botica, por lo que no me costó llegar. Era un gimnasio privado por el que debía de haber pasado cientos de veces, pero al que nunca le había prestado atención.

Vacilante, empujé la puerta para entrar. Ashford estaba vuelto de espaldas, lo que me otorgó una vista de sus anchos hombros y el cabello cobrizo intenso que se había recogido con una cinta de cuero en la nuca.

Me aclaré la garganta.

—Un momento —dijo sin expresión alguna y sin siquiera otorgarme la gentileza de girarse.

«Imbécil».

Paseé la vista por los alrededores. La mayoría era lo que esperarías ver en un gimnasio: suelo de goma, mancuernas, máquinas que parecían recreaciones avanzadas de dispositivos de tortura.

—Me alegro de que hayas llegado puntual, aunque esa elección de atuendo es interesante. ¿Creías que haríamos combates cuerpo a cuerpo? —El general me miró un instante, dignándose por fin a reconocer mi existencia.

Me puse colorada de la vergüenza.

—No me dijiste con exactitud qué ponerme. No tenía ni idea de qué esperar. —Me crucé de brazos de manera instintiva, un pequeño intento de ocultar mi incertidumbre.

El general llevaba su uniforme militar básico: una camisa negra de algodón bien planchada con la insignia especial de su facción, pantalones y un recio cinturón sin adornos abrochado a la cintura. Unas botas de combate con cordones negras completaban el conjunto.

—Tu entusiasmo es adorable, de verdad —comentó mientras pasaba por delante de mí—. Pero hoy empezaremos con lo básico.

Alcé una ceja.

—¿Y cómo hacemos eso?

Retiró dos sillas que se encontraban pegadas a la pared y las puso en el centro de la habitación una frente a otra, más cerca de lo que me hubiera gustado. Él se sentó en una, con las piernas abiertas a ambos lados, antes de hacer un gesto hacia la otra.

—Siéntate.

Decidí que era mejor no discutir. Seguí sus instrucciones, me deslicé por delante de él y me desplomé en la silla mientras evitaba con cuidado el contacto físico.

Me coloqué las manos en el regazo, muy consciente de que me estaba observando. Tenía una mirada penetrante e intensa que llegaba a ser molesta. Hice todo lo posible por mantener la compostura.

Más allá de sus ojos, su proximidad de por sí ya era perturbadora y sofocaba cualquier confianza que hubiera reunido desde que me había despertado.

—¿Siempre pareces tan cansada? Creía que al menos pondrías de tu parte y tratarías de descansar bien anoche antes de lo de hoy —comentó antes de suspirar y hundirse un poco en su silla.

«¿Primero mi atuendo y ahora esto?».

—Por desgracia para ti, este es mi estado permanente. No importa cuánto descanse. —Lo fulminé con la mirada, dolorosamente consciente de la impresión que mi piel pálida y mis ojeras daban.

—Es bueno saberlo —respondió mientras entrecerraba los ojos en mi dirección.

Esa diversión inquietante que tenía se había esfumado y había sido reemplazada por una mirada calculadora que hizo que me removiera en mi asiento.

«Vaya rostro tan apuesto malgastado en una personalidad tan horrible».

—Cierra los ojos —me indicó mientras se deslizaba hacia el filo de la silla. Se inclinó hacia delante y apoyó los antebrazos en las rodillas.

Parecía que los párpados se me habían quedado paralizados. ¿De verdad era necesario que estuviera tan cerca? Podría matarme en un

segundo con un sencillo movimiento, y esperaba que confiara en él lo bastante como para cerrar los putos ojos.

—No te lo pediré otra vez. —La impaciencia se notó en su voz.

Ahora se le habían oscurecido los iris. Inhalé hondo y al final me obligué a cerrarlos, pero todavía tenía los nervios a flor de piel.

—Cálmate. Casi puedo ver cómo te late el corazón en la garganta.

Qué revelador. Tragué saliva y respiré hondo, permitiéndome relajarme. Bueno, lo que pude, dada la situación.

—Tu cuerpo es un conducto para tu poder. Piensa en el lugar en el que sientes que se origina, la parte de ti de la que emerge. Ese será tu centro. Visualiza cómo ocurre y presta atención —dijo más sosegado.

Fruncí el ceño mientras miraba en la negrura de mi mente, esperando ver alguna chispa de… algo, pero lo único que encontré fue la más absoluta oscuridad.

—¿Qué ves? —preguntó en voz baja.

—La parte interior de mis párpados.

El ruido de él removiéndose en su asiento sonó en medio del silencio de la estancia. No sabía qué más hacer. Sus instrucciones eran vagas y saltaba a la vista que también inútiles.

—Inténtalo con más ahínco —dijo con voz cortante—. Todo el mundo tiene la habilidad de canalizar. La esencia late en cada fibra de la isla, y eso te incluye a ti… —Se le fue apagando la voz—. Tu foco es el resultado de utilizar y dirigir esa esencia, de manipularla para que te sirva. Todo el mundo tiene un punto de acceso distinto. Solo tenemos que encontrar el tuyo. —Exhaló—. Escucha a tu cuerpo. Busca la fuente. Está en algún sitio. —Ahora su voz era más amable.

Parecía que me faltaba algo clave. No pasó mucho tiempo antes de que me sintiera ridícula observando la oscuridad infinita.

«¿Está él ahí sentado observando cómo me esfuerzo?».

—¿Qué quieres decir con que escuche a mi cuerpo y busque la fuente? Eso ni siquiera tiene sentido. No tengo ni idea de qué buscar.

—Intenta centrarte en tus extremidades una a una. No te agobies por hacerlo todo a la vez. Empieza por las manos. Puede ser un

destello rápido. Calor, electricidad, estática, luz, incluso un color en tu mente. Piensa que es como un punto detonante.

Dirigí la atención hacia mis manos, que se encontraban en mi regazo con las palmas hacia arriba. Aun con los ojos cerrados, comencé a visualizarlas y a intentar sentir alguna palpitación o calor. Nada.

—No creo que la tenga en las manos —murmuré más para mí misma.

—Han pasado menos de dos minutos, Fia —dijo de manera inexpresiva.

Transcurrió una eternidad y no hubo ningún progreso. No pretendía dominarlo en un día, pero esperaba algún tipo de avance. Si acaso, aquel día había reforzado la idea de que el entrenamiento igual había sido una gran pérdida de tiempo para ambos.

Desde mi reciente percance en la calle, no había sentido mi foco ni un ápice. Era como si hubiera desaparecido por completo.

—Es evidente que esto no está funcionando —espetó el general al fin mientras se pasaba una mano por el pelo y se le soltaban unos cuantos mechones de la cinta de cuero.

—Estoy abierta a otras sugerencias. —No pude evitar hacer el comentario sarcástico.

—Explícamelo todo al dedillo.

—¿El qué?

—La arboleda. Qué pasó. Con todo lujo de detalles.

Me dio un vuelco el estómago.

—¿Por qué?

—Porque tal vez, si lo revives, recuerdes la sensación de activación de tu foco. La sensación exacta. —Me miró fijamente—. A menos que prefieras quedarte ahí sentada sin más.

Tragué saliva con fuerza.

—Vale.

—Cierra los ojos. Empieza por el principio. ¿Qué estabas haciendo allí?

—Entregar unos tónicos por Ma. Trataba de irme cuando me encontré con Osta. —Había tensión en mi voz.

—¿Y luego?

—Me convenció para que me quedara y me tomara algo. —Podía ver cómo sucedía todo tras los párpados. Las luces, la música, la multitud aplastante—. Me aparté y subí la colina, lejos de todo el mundo.

—¿Por qué?

—Porque necesitaba espacio. Aire. Me sentía… agobiada. Solo quería estar sola.

—Pero no lo estabas.

—Al principio sí. —Bajé la voz—. Después, Bekha y Jordaan me encontraron.

—¿Qué hicieron?

—Me… insultaron. Dijeron cosas sobre los riftborne. Sobre lo que nos merecíamos. —Ahora los recuerdos eran más nítidos, más hirientes—. Hablaron sobre nuestro pasado.

Oí cómo se removía en su asiento y se acercaba más.

—Sigue.

—Una de ellas dijo que debería estar agradecida por que nos dejaran con vida. Que tuvimos suerte de que el rey Sydian no… —Me detuve y tragué el nudo que sentía en la garganta.

—¿Que no qué? —preguntó teniendo cuidado de que su tono fuera neutro.

—Nos matara a todos. —Las palabras salieron en apenas un susurro.

El silencio se instaló entre nosotros durante un rato. Pude sentir cómo él me examinaba incluso con los ojos cerrados.

—Pero eso no fue lo que te hizo estallar —apuntó tras un silencio demasiado largo.

Tomé aire antes de proseguir.

—Dijeron algo. Algo que ocurrió hace años. Con mis amigos y… —Mis palabras se desvanecieron.

—Tienes que ser sincera conmigo para que esto funcione —insistió Ashford con amabilidad.

Sin embargo, era imposible que le contara lo de ese día.

—No fue nada específico —mentí—. Pero algo dentro de mí se resquebrajó. Intenté empujarlo hacia abajo, aunque no pude… —

Abrí los ojos de golpe y me encontré con los suyos—. Se adueñó de mí.

—Pero ¿cómo lo sentiste al principio? —preguntó—. Trata de recordarlo.

Sacudí la cabeza.

—No sé. Todo es un borrón. —Había dedicado mucho tiempo a intentar eliminar ese recuerdo.

Él suspiró e hizo una pausa momentánea antes de recostarse y mirar por la ventana.

—Bueno, sigue intentándolo en casa. —Estiró los brazos—. Por desgracia, debemos terminar por hoy. Tengo una reunión dentro de nada y necesito comenzar a prepararme para ello. —Las patas de su silla chirriaron contra el suelo cuando se puso de pie. Hizo movimientos circulares con el cuello y los hombros.

—Esto ha sido divertido y tal, pero dime que tienes otros planes alternativos para seguir, por favor —inquirí.

Compuso una mueca con la boca; no obstante, se quedó quieto, mirando al frente.

—Sí, bueno, espero que la próxima vez te esfuerces más —dijo sin rodeos mientras se giraba hacia la puerta. No me volvió a dirigir la vista antes de marcharse.

Me levanté de la silla de un salto y caminé dando grandes zancadas para alcanzarlo.

—¿Todavía estás tan seguro de que esto no ha sido una enorme pérdida de tiempo? —lo increpé.

—Nos vemos pasado mañana. El segundo día de Eibhlín, si no me equivoco. —El general se echó hacia un lado y me mantuvo la puerta abierta. Yo suspiré y pasé por delante de él.

—Me muero de ganas. —Apenas pude contener el sarcasmo.

No me atreví a mirar hacia atrás mientras me dirigía dando pisotones hacia mi apartamento. Seguro que repetiría en bucle en mi mente las últimas cuatro horas y mi falta de progreso durante el resto de la tarde.

Podría haber jurado que el peso de su mirada seguía sobre mí hasta que alcancé la cima de la colina.

Capítulo 11

Esquivé los adoquines desnivelados a un ritmo más lento de lo habitual, con la vista fija adelante, reconociendo los arcos familiares de la botica en la distancia. Por fin había reunido el coraje para dejar el apartamento y encaminarme a trabajar ese día, pero solo después de demorarme todo lo posible.

Deambulé por la ciudad tras haber elegido la ruta más larga y justificado mi aprensión convenciéndome de que el bienestar de Ma era mi preocupación principal. Que no se trataba de que mi ansiedad me estuviera jugando una mala pasada.

Una parte de mí estaba decepcionada conmigo misma. No sabía cómo iba a reaccionar Ma a mi nueva actividad extracurricular, pero mantenerla en secreto me parecía inútil. Aunque ahora solo me dedicara a entrenar, Ashford había dejado muy claro que me uniría a la Guardia en algún momento y abandonaría el empleo que había amado durante seis años, el lugar que, más que un trabajo, sentía como un segundo hogar. Tenía que contárselo a Ma.

Se me formó un nudo en el estómago.

Para ella, la Guardia era el mal supremo. Rara vez hablaba de su familia, distanciada por motivos que no alcanzaba a comprender del todo. No obstante, gracias a retazos que había ido cogiendo con el tiempo, había atado algunos cabos.

Ma tenía un hermano gemelo llamado Miguel. Los dos habían sido inseparables hasta que la Guardia se lo arrebató con diecisiete años. Ella observó cómo se le atenuó la luz de los ojos cuando se convirtió en un cascarón de su antiguo yo, consumido por la ambición.

Mientras sus padres se regocijaron de su éxito, Ma lloró la pérdida de su hermano mucho antes de que muriera en combate. Al contrario que el resto de Sídhe, ella no culpó a Riftdremar. Su odio iba dirigido a la Guardia en sí, pues era un recordatorio constante de lo que le habían arrebatado.

Enterré la punzada de culpabilidad que amenazaba con hacer que me diera la vuelta. Respiré hondo y recé una plegaria antes de abrir la puerta y entrar.

Ma estaba reabasteciendo nuestros tés de hierbas cerca del escritorio principal. El repique de la campana me delató cuando se cerró la puerta. Alzó la vista, y la mirada se le suavizó cuando vio que se trataba de mí.

—¡Fia! Qué alivio. Parece que hace días que no te veo —bromeó Ma con una exasperación fingida.

—Pues eso podría ser cierto si tenemos en cuenta que hace justo tres días que no te veo tampoco. —Una sonrisa se me dibujó en la cara cuando me acerqué al escritorio y me impulsé hacia arriba para sentarme—. Bueno, ¿qué tal tu viaje a Costa Escarlata?

Ma soltó la caja y se limpió las manos antes de reclinarse contra el estante.

—El viaje en sí ha sido insoportable. Los guardias de Cuerpo habían puesto controles fronterizos en casi cada carretera principal que salía de Luminaria. Menudo horror tener que pasarlos. —Sacudió la cabeza.

¿Controles fronterizos? ¿Por qué? Sídhe llevaba sin enfrentarse a una amenaza importante veinte años, pero la proximidad de la Guardia a la ciudad sí que me hizo preguntármelo. Y también estaba el asunto de la cicatriz del general. Jamás había visto una herida como aquella. Los sanadores debían poder curarla. O incluso los alteracionistas, que cambiaban las apariencias.

—Fia, ¿me oyes? —me preguntó Ma con la ceja alzada.

—Ay, sí, perdona. Estaba pensando en lo de los controles fronterizos. ¿Tienes alguna idea de lo que se traen entre manos? —le pregunté con demasiado entusiasmo, por lo que ella alzó la ceja aún más.

—Pues no. ¿Propagar el miedo, como de costumbre? —Suspiró y señaló hacia la parte trasera de la tienda—. Sin embargo, cuando por fin llegué a la costa, pude recolectar gran cantidad de esa alga roja. Está ahí atrás, lista para descargarla. A su alrededor, los peces actuaban muy raro, como si se movieran más despacio de lo habitual, y el agua parecía tan quieta que resultaba escalofriante. Qué ganas de estudiarla. —Ma se frotó las manos con un brillo de entusiasmo en los ojos.

—Vaya, me alegro de oír eso. Iré derechita a la parte de atrás y empezaré a descargar —canturreé mientras me bajaba con prisas del escritorio.

—Eh, Fia, no tan rápido. —Ma entrecerró los ojos en mi dirección —. No creas que te vas a librar de esta así como así. Todavía tenemos que hablar de lo que sucedió la semana pasada. —Se cruzó de brazos—. Sé que Osta no le tiene miedo a nada, pero ninguna de las dos debería haberse acercado a una fiesta como esa —me regañó—. Ahora cuéntame por qué un general vino a mi tienda la otra noche. —Frunció los labios y se apoyó contra el mostrador.

—Conocí al general Ashford en la arboleda durante la fiesta… —Traté de encontrar las palabras exactas.

—¿Conociste por casualidad a un general de Sídhe en un evento social enorme plagado de gente a la que sueles evitar y os pusisteis a hablar? ¿En serio, Fia? ¿Tú? —Sacudió la cabeza y soltó una carcajada que me daba a entender que no se lo tragaba. «Genial».

—No exactamente… —Tragué saliva y me estrujé los sesos. Se me habían estado viniendo a la cabeza ideas de qué decirle. Toda la puta mañana. Pero, en cuanto llegué, todo se volvió muy confuso.

—Casi me da algo cuando Eron me dijo que habías ido tú sola. Sabes que no apruebo la violencia, pero una parte de mí quiso darle un guantazo allí mismo. Su trabajo es encargarse de las entregas. Es él quien puede zafarse en un pispás de una situación peligrosa si lo necesita.

—Jacquelina se puso de parto. ¿Qué se supone que tenía que hacer? Tampoco es que yo fuera a socializar. Solo iba a dejar la caja de los tónicos, la verdad. No obstante, Osta me vio allí y me rogó que me quedara. —Me pasé una mano por el pelo y puse los ojos en

blanco—. Le prometí que me tomaría solo una copa con ella. —Hasta ahí, todo era verdad, aunque parecía que no salían más que mentiras de mis labios—. Osta se dio una vuelta por la fiesta y yo decidí subir la colina para que me diera un poco el fresco. Supongo que estaba demasiado… estimulada. —Me mordí el labio.

Ma abrió los ojos de par en par.

—¿Demasiado estimulada? —preguntó con las mejillas como un tomate.

Inspiré hondo.

—No como crees, Ma. Había sido un día muy largo. Estaba más que hecha polvo. Y sabes lo nerviosa que me ponen las multitudes… —Alcé los ojos para calibrar su reacción. Su rostro denotaba tranquilidad, pero podía atisbar destellos de preocupación en sus ojos—. En fin…, creo que empecé a…, bueno, canalizar un poco. Resulta que el general me vio cuando ocurrió. Se interesó por mis habilidades. Bueno, a ver, lo llamó mi foco, lo que es gracioso —divagué con la esperanza de distraerla con detalles erróneos.

Tal vez entonces no me preguntara cosas concretas. Hasta ahora, no había mentido exactamente, pero lo más importante de la historia desde luego que lo había omitido. Cambié el peso de un pie a otro en el escritorio.

Ma se quedó mirándome con la boca abierta.

—¿Usaste… usaste tus… poderes… delante de él?

Aquel era un tema que nunca nos habíamos atrevido a abordar. Le lancé una mirada furtiva, dando por hecho que vería formarse el terror en sus ojos, aunque solo parecía preocupada.

—No exactamente. Solo me sentía como si pudiera. Como si hubiera patinado un poco. Me vio en un estado de… Bueno, no era mi mejor momento. Estoy convencida de que parecía un caso perdido, pero me hizo una proposición… —Me interrumpí con los nervios jugándome en contra.

—¿Que qué? —replicó ella con demasiado énfasis. No sabía lo que estaba pensando, pero tenía que reconducirla.

—Me propuso entrenarme. Controlar mi… lo que sea que sea esto.

Ma se sentó a meditarlo en silencio.

—¿Que quiere ayudarte a controlarlo? ¿Por qué? ¿Por la bondad de su corazón? —La expresión de Ma reflejaba el más puro escepticismo.

—No exactamente. Me propuso entrenarme para convertirme en parte de su facción. Cree que podría ser un activo para la Guardia.

Me miró con llamas en los ojos, literalmente. El fuego la consumía.

—Qué cara más dura. Esos puñeteros cabrones se creen que pueden controlar todo lo que los rodea. Me pone enferma. —Meneó la cabeza—. Bueno, ¿y cómo reaccionó cuando le dijiste que no? —Suavizó el tono, riéndose un poco—. Habría pagado una buena suma de dinero para ver qué cara puso cuando tú…

—Le dije que sí… —solté las palabras a la carrera.

Ma me miró horrorizada. No podía culparla. Su reacción era de esperar. Su odio por la Guardia era férreo.

—¿Que hiciste qué? —preguntó; se le quebró la voz un poco. A mí me dio un vuelco el corazón.

—Ma…, sé que parece una locura. Sé que es complicado de entender… A ver, jamás se me habría ocurrido que podría aceptar algo así. No parece algo propio de mí, pero las dos sabemos… —Le lancé una mirada cargada de intenciones—. Las dos sabemos lo peligroso que puede ser que pierda el control. Si hay algún modo de evitar que suceda, debo intentarlo. Tengo que hacerlo. No puedo arriesgarme a hacerle daño a nadie más. —Los ojos se me llenaron de lágrimas.

—Pero has avanzado mucho por tu cuenta, Fia. No has vuelto a tener ningún incidente desde… ya sabes.

Hice una mueca. Había muchas cosas que le había ocultado.

—No ha sido fácil, Ma. Espero que puedas comprenderlo.

Ma abrió la boca como si fuera a responder, aunque la acabó cerrando y se alejó hacia el taburete que había en el lado opuesto del escritorio. Se desplomó y se llevó la cara a las manos. Nos quedamos sentadas en silencio.

—Entiendo lo que dices, Fia, pero debe haber otra forma. No puedes renunciar a tu vida. No por ellos —declaró.

—Ma, ya llevo una vida a la que parezco haber renunciado —susurré, y sentí el peso de aquellas palabras por primera vez.

Ma solo me miró. Sabía que estaba intentando pensar en qué decirme, un argumento que me hiciera cambiar de opinión.

Al final, respiró hondo y se levantó.

—Puedes guardar los especímenes de algas en los tarros cerca del fregadero. Ya los he esterilizado. No te olvides de las etiquetas —dijo en voz baja.

Dejé atrás el escritorio, atravesé la estancia para ir a su lado y le ofrecí un apretón de consuelo en el hombro. Consideré decirle algo más, pero me encontré con que no me salían las palabras.

Capítulo 12

Necesitaba que esta semana se acabara, en serio.

Las últimas dos habían pasado a la velocidad de un caracol hasta arriba de sedantes. No avancé absolutamente nada en mis sesiones de entrenamiento con el general.

Él se limitó a seguir con sus sinsentidos y a hablar como una especie de monje que pudiera navegar por los entresijos de mi mente si yo por lo menos me concentrara o buscara la fuente de mi foco. Y ahí estaba yo, sentada como un vegetal sin sentir ni una chispa de energía o pulso de la esencia.

Las ganas de estrangularnos el uno al otro al final de cada sesión se habían vuelto palpables.

Las mañanas en la botica no me habían dado ningún respiro con las miradas no muy sutiles de Ma y la sensación de agobio de las palabras no dichas.

Me había puesto muy contenta cuando Eron se pasó por allí para vernos y toda la atención se desvió a su nueva paternidad.

—Me sorprende ver que sigues viva después de la reacción de Ma del otro día. Pensaba que algo horrible de verdad te había sucedido. —Eron sonrió mientras se acercaba a mi escritorio y me entregaba un par de paquetes.

—Bueno, como bien puedes ver, estoy de una pieza. —Extendí los brazos hacia los lados y me encogí de hombros.

Ma lo miró con los ojos entrecerrados y Eron soltó una carcajada.

—¿Algo emocionante por aquí? —preguntó mientras yo rebuscaba entre los paquetes.

—En realidad, sí. ¡Ma, las muestras de corteza que pediste por fin han llegado! —grité, esperando ver que un deje de alegría le iluminara la cara.

—Pues sí que han tardado —soltó impasible. Me volví a sentar en mi asiento y suspiré.

—Solo necesito que firmes aquellos —dijo Eron mientras me tendía un paquete. Se le levantó la manga de la camisa, lo que reveló su marca de riftborne. Detuve la vista en ella un segundo.

Él se aclaró la garganta y se puso bien la manga mientras me dedicaba una ligera sonrisa. Yo inspiré hondo y firmé con el nombre de Ma en el papel antes de devolvérselo.

Eron y Jacquelina habían estado en el grupo de niños que habían traído a Luminaria tras la rebelión sofocada. Él tenía diez años cuando el levantamiento llegó a su tumultuoso fin. Ella, siete. Eran los niños mayores de la casa de acogida en la que vivíamos con los Fairbanks, y las dos más pequeñas éramos Osta, que era tan solo una bebé, y yo, que tenía tres años.

Después de aceptar la invitación de Eron a cenar el fin de semana siguiente para que Osta y yo pudiéramos ver a Jacquelina y a la recién nacida, pronto me encontré de vuelta en el entrenamiento de la tortura mental. Y encima hoy el general parecía menos divertido que nunca.

Podía asegurar que la paciencia que este había reunido para aquel día pendía de un hilo.

—Y, por cierto, ¿cuál es tu foco? —pregunté, con mi propia falta de paciencia rivalizando con la suya.

—Ese conocimiento está por encima de tu escala salarial —replicó con rotundidad.

—No me pagan por esto.

—Por eso. Basta de preguntas. Estoy al borde de la paciencia y preferiría que hoy sí hiciéramos algún progreso —espetó, con el enfado grabado en la frente.

Cerré los ojos y traté de concentrarme durante unos segundos más antes de soltar un quejido y desplomarme en la silla. Aquello era un círculo vicioso e inútil.

De repente, se hizo el silencio en la habitación y comenzó a hacer frío. Podría decir por cómo me miraba que se encontraba sumido en sus pensamientos, y no parecía que aquello fuera a terminar bien para mí.

—Esto no está funcionando. —Se levantó de un salto de la silla y la arrastró hacia un lado de la habitación—. Dos semanas, Fia. Llevamos dos semanas sentándonos en silencio y no has accedido a tu foco ni una sola vez. Ni siquiera una chispa.

Me crucé de brazos.

—¿Y qué? ¿Te vas a rendir y ya está?

—No. Voy a cambiar de táctica. —Me examinó mientras yo me quedaba sentada—. En la arboleda, no estabas sentada con tranquilidad. Te sentiste amenazada.

—Soy muy consciente de lo que pasó en la arboleda.

—Entonces, ya sabes que tu foco no responde a la calma. —Me hizo un gesto—. Levántate.

No me moví.

—¿Qué haces? —Un escalofrío de miedo me recorrió la columna.

—Vamos a probar algo distinto, así que limítate a hacerme caso en vez de discutir.

El instinto me gritaba que me marchara, pero me encontré poniéndome de pie, y sentí las piernas de pronto un poco flojas.

—Bien. —Dio un paso en mi dirección y noté su cambio de comportamiento: el movimiento de sus hombros, la tensión de su mandíbula—. Déjame recordarte que tú accediste a este entrenamiento. Accediste a mis tácticas.

—No me voy a echar atrás.

Un destello de diversión le titiló en el rostro y le suavizó la dura línea de la boca durante un instante.

—Pues ven aquí.

Obligué a los pies a moverse y me acerqué a él. Sentí sus ojos en mí todo el camino.

En cuanto llegué a su lado, comenzó a dar vueltas a mi alrededor despacio. Yo seguí su movimiento, pues me negaba a darle la espalda.

—¿Estás cómoda? —preguntó.

—Para nada.

—Bien. Esa es la cuestión. —Se detuvo—. Tu foco habita en la incomodidad. En el miedo. Vamos a buscarlo.

Y, entonces, me agarró la muñeca con una mano.

Rápido.

Antes de que pudiera reaccionar, él ya me había bloqueado las manos detrás de la espalda y las agarraba con una de las suyas. Con el otro brazo, me rodeó la cintura y me atrajo contra su pecho.

El contacto me dejó sin aire. Su cuerpo era todo músculo.

—Qué cojones… —Me moví hacia delante, intentando liberarme.

—Haz que pare —me dijo al oído en voz baja, con su aliento cálido contra mi piel.

—Suéltam… —Me removí con violencia, pero su agarre era firme. Se me iba a salir el corazón por la boca, y odiaba poder sentir también sus latidos acelerados contra mi espalda.

—Usa tu foco, Fia.

Recurrí a él con desesperación, buscando esa presencia oscura que habitaba en los rincones de mi mente.

Nada.

—No puedo…

—Sí, sí puedes. —Me hizo andar hacia delante, y yo iba trastabillando con los pies para seguirle el ritmo. Su cuerpo se movió con el mío con un control absoluto—. Lo hiciste en la arboleda. Búscalo.

Cruzó la puerta abierta, y el pánico se apoderó de mí.

—¡Para! —La voz me salió ahogada.

—Oblígame a hacerlo. —Sus palabras, más una orden que cualquier otra cosa, despertaron algo en mí. Algo que no se parecía en nada al miedo.

Puse más resistencia y eché todo mi peso hacia delante, intentando liberarme de un tirón. Él aferró aún más el brazo alrededor de mi cintura. El calor le emanaba del cuerpo y se filtraba en mi ropa. Podía sentir cómo se le elevaba y se le hundía el pecho.

—¡No lo siento! —admití de cuajo.

—No te estás esforzando lo suficiente.

Apartó el brazo que tenía en mi cintura. Me presionó el hueco entre los omóplatos con la mano y me empujó hacia delante y hacia abajo. El fuego me recorría el cuerpo dondequiera que él tocase.

Luché contra ello, intenté mantenerme erguida, pero él era más fuerte. Me fallaron las rodillas y me di con ellas contra el suelo con fuerza. Él también se agachó conmigo, se arrodilló detrás de mí, todavía agarrándome de las muñecas detrás de la espalda con una mano. Sus muslos rodearon los míos, sólidos e inamovibles.

—Estás en peligro, Fia. —Ahora su voz era ronca, tensa—. Así que ¿dónde está?

Cerré los ojos y busqué con frenesí. «Por favor, por favor, funciona. Te liberaré. Te dejaré matarlo si eso es lo que tienes que hacer. Él se lo está buscando. Pero FUNCIONA».

Nada.

Se inclinó sobre mí, y su peso me mantuvo inmovilizada.

—No hay nada ahí —solté con un grito ahogado, sofocando mis palabras—. Te lo juro. No hay nada…

—Vuelve a intentarlo. —Apretó el agarre de mis muñecas y sentí cómo se le expandía el pecho contra mi espalda mientras tomaba aire.

—¡Lo estoy intentando! —Mis respiraciones eran entrecortadas; el pánico se mezclaba con la furia—. ¿No crees que lo estoy haciendo? ¡No hay nada!

La maldición que me había pasado años reprimiendo había desaparecido.

Me dolían las muñecas por su agarre. Me ardían las rodillas contra el suelo. Me rugían los hombros por el ángulo. Y, bajo todo aquello, la vergüenza amenazaba con inundarme entera. La vergüenza por saber por qué mi foco no se estaba manifestando.

Los minutos pasaron. O quizá solo fueron segundos. Ya no estaba segura.

—Suéltame. —Mi voz ahora sonaba apagada. Vacía.

Despacio, él me liberó.

Me alejé hacia delante sobre las manos y las rodillas, poniendo distancia entre nosotros antes de volverme para mirarlo. Él todavía estaba de rodillas en el centro del suelo, con la mandíbula apretada

y el pelo revuelto. El pecho le subía y bajaba a toda prisa, y los ojos…

Eran tan transparentes que podía leerlo todo.

Me puse de pie con las piernas temblorosas, y la furia sustituyó a la humillación.

Alcé la voz.

—¿Agarras a la gente y la fuerzas a tirarse al suelo? ¿Esa es tu idea de entrenar?

—No tenía intención de hacerte daño, Fia —rugió—. Pero estoy perdido. Te limitas a sentarte ahí día tras día y no veo nada. No siento nada. Ni una pizca de poder. Sé lo que hiciste en la arboleda, pero ¿aquí? No hay nada reseñable. Nada en absoluto.

Las palabras me golpearon con fuerza.

—Siento no estar a la altura de tus expectativas —espeté—. Pero ¿no fuiste tú el que vino a mí? ¿El que me forzó a esto?

—Eso era cuando pensaba que lo intentarías de verdad. No que fingirías que te estabas esforzando. Es ridículo.

—Tal vez no seas tan bueno en tu trabajo.

Los ojos le brillaron. Dio un paso en mi dirección y yo me mantuve firme, a pesar de que el corazón se me iba a salir por la boca. A pesar de que aún podía sentir sus manos en las muñecas.

—Los de tu clase siempre son los más difíciles de entrenar. —Las palabras le salieron frías. Premeditadas.

—¿Te refieres a los riftborne?

—No, Fia. —Se acercó más, y odié cómo se me tensó el cuerpo, cómo una parte de mí todavía seguía siendo hiperconsciente de él—. Me refiero a la gente que es demasiado obstinada para ayudarse a sí misma. Eres imposible.

Apreté los puños, negándome a retroceder aunque él fuera más alto que yo.

—Solo estoy aquí porque no me diste otra alternativa.

—Si quieres seguir con esta insolencia, márchate. —Su voz era apenas más alta que un gruñido.

—¿Sabes qué? Creo que lo haré. —Agarré mi bolso—. Se acabó.

Puse rumbo hacia la puerta antes de que su voz me detuviera.

—Tienes razón.

Me di la vuelta.

Estaba de pie en medio de la habitación, con la mandíbula apretada, mirándome con una fría determinación en los ojos.

—Esto ha sido una pérdida de tiempo.

No esperé a oír nada más. Abrí la puerta de un tirón y eché a correr en la noche.

Capítulo 13

—Este baile va a acabar conmigo —gimió Osta cuando entró en el salón, dejó caer los portatrajes y se soltó el cabello bronce del moño.

—Me alegro de que por fin entres en razón —musité mientras jugaba con el corcho de un vial que guardaba en el cinturón de boticaria.

—Ya puede valer la pena. Thearna me prometió que intentaría llevarme con ella, pero aún no ha llegado ni su propia invitación. —Osta se tiró a mi lado en la caja de madera desgastada a la que llamábamos «mesa de comedor».

—Osta, ¿es que no hemos aprendido nada? No sé por qué quieres ir a una cosa de esas. —Estaba siendo injusta, pero no lo podía evitar. Hablar del Baile Tributo me recordaba al general, lo que hacía que no parara de darle vueltas al creciente nudo que tenía en el estómago.

—Sabes que no quiero trabajar para Thearna toda la vida. Tengo que comenzar a hacer una lista de clientes. Y eventos como este son la única manera de que me haga un nombre. Es el único modo de enseñar mis propios diseños —afirmó Osta a la par que colocaba las manos con cuidado encima de la inestable mesa.

El Baile Tributo tenía lugar una vez al año y conmemoraba los avances de la Guardia. Bueno, al menos ese fue el motivo de su creación hace siglos. Ahora solo era una excusa para una fiesta, otro evento exclusivo que requería una invitación real. No comprendía por qué alguien querría someterse a semejante pesadilla.

—Es que no creo que sea seguro, Osta. Sobre todo después de cómo ha terminado todo con el general —dije en voz baja. Le eché un vistazo a mi amiga cuando se estaba metiendo una uva en la boca.

—Si pensara tomar represalias, creo que ya lo habría hecho —replicó ella, mirándome—. Ha pasado una semana.

—Es posible.

No podía creerme que se hubiera hartado de mí con tanta facilidad.

—¡Madre mía! ¿Has visto qué hora es? —chilló cuando me asomé a la ventana. La habitación se había oscurecido y había quedado iluminada tan solo por los tenues rayos del sol poniente—. ¡Tenemos que prepararnos! Eron y Jacquelina nos esperan pronto. —Osta se levantó volando de la silla y echó a correr por el pasillo—. No te preocupes, ya te he elegido un modelito —canturreó antes de ir a su dormitorio.

Me acerqué a mi cama y eché un vistazo al atuendo que había escogido Osta. La sencillez de este solo podía significar una cosa: que me estaba dando cuartelillo. Sonreí.

Por lo general, Osta aprovecharía esta oportunidad para arreglarme e ir a por todas con la esperanza de convencerme de usar uno de sus diseños más arriesgados. Había estado a punto de caer en esa trampa demasiadas veces.

Suspiré y levanté el vestido verde claro de la cama. Tenía las mangas largas, un escote modesto y una falda suelta a la altura de las rodillas; era una elección cortés. Me prometí darle las gracias luego.

Me quité el atuendo de trabajo, me puse el vestido y me acerqué al diminuto escritorio para mirarme al espejo. Los rizos enmarcaban mi rostro con un halo salvaje. Gruñí un poco y me senté en el taburete.

Tras un rato intentando peinar los mechones plateados hacia atrás para hacerme un moño pulcro, me rendí. Esta noche se iba a quedar salvaje y revoltoso. No llegaban a ser ondas, aunque tampoco eran rizos definidos; más bien un punto intermedio, con encrespamiento.

Eron vivía al final del distrito central, pero aun así había un buen trecho. Emprendimos la ardua marcha en la noche con mi brazo enganchado al de Osta. Los nervios se abrieron paso en mi interior cuando escudriñé la ajetreada calle. Me estremecí cuando unas cuantas miradas se clavaron en nosotras y tiré de ella para seguir adelante.

Después de media hora, los huecos de los adoquines me informaron de que nos aproximábamos a nuestro destino. Nuestros amigos vivían muy lejos del centro, donde la rígida arquitectura de Luminaria cambiaba a viviendas más sencillas.

Nos acercamos a su casita adosada y nos fijamos en los arreglos que Eron había hecho hacía poco en el exterior. Era pintoresca pero encantadora, con enredaderas que caían hacia abajo por la fachada de madera pintada de marfil.

La mayoría de los edificios de esta parte se encontraban en diferente estado de ruina, aunque, como Eron trabajaba de repartidor y Jacquelina había decidido quedarse en casa con la recién nacida, las opciones eran limitadas. Él se dejaba la piel, echaba muchísimas horas, curraba los fines de semana y cogía turnos extra siempre que podía para asegurarse de mantener cierta apariencia de una vida cómoda para su familia.

El trabajo de servicio era en realidad la única alternativa para los riftborne. Y eso si conseguías trabajo. Jacquelina lo había intentado durante años como profesora de canto para niños, pero nadie la contrataba. Antes de la bebé, cuando la pareja trataba de reunir el máximo dinero posible, ella se emperifollaba, cantaba en las calles y aceptaba propinas de los generosos transeúntes mientras ocultaba con sumo cuidado la marca de los riftborne con un guante.

Osta echó un vistazo y me lanzó una mirada reconfortante antes de llamar a la puerta.

—Oye, intenta no pensar en eso esta noche. Divirtámonos —dijo mientras observaba mi estado de ánimo más bien malo. Yo sacudí la cabeza para tratar de disipar la decepción que se había aferrado a mí toda la semana.

—No te preocupes. Pienso ahogar las penas —me burlé, esbozando una sonrisa forzada.

—Vale, eso es lo que quería escuchar. Ya era hora de que te soltaras un poco —replicó Osta antes de hacer una mueca y darse cuenta de la implicación de sus palabras—. Bueno, quizá no con la bebé alrededor… —añadió mirándome con cuidado.

Le eché el brazo por el hombro en un gesto reconfortante.

—No te preocupes, seré una niña buena —dije mientras se abría la puerta y aparecía la cara familiar de Jacquelina.

Ella siempre había sido la más guapa de los niños riftborne que compartíamos casa de acogida. Su piel rosa apagada relucía bajo la luz de la luna y exponía sus delicados rasgos. El cabello del color del cuervo descendía en espiral por su espalda en bucles apretados. Recorrí su cuerpo de arriba abajo y me fijé en el largo vestido violeta que le caía justo por encima de los tobillos. No había indicios de que hubiera dado a luz a una bebé hacía apenas unas semanas.

—¡Me alegro mucho de veros a las dos! Hacía siglos. —Nos dedicó una sonrisa de bienvenida y se acercó a abrazarnos.

—Sí que hacía siglos. Qué bien que nos hayáis invitado. ¡Ahora hazte a un lado y déjanos conocer a la bebé! —arrulló Osta, balanceándose sobre sus tacones y mirando con ganas más allá de Jacquelina hacia el interior de la casa.

—¡Claro, pasad! —Se apartó y Osta entró corriendo. Sonreí y me adentré en el umbral.

—Fia, no te veo el pelo suelto así desde que eras pequeña. Me encanta. Te queda muy bien, en serio —comentó Jacquelina; su voz era como una melodía.

—Ay, gracias. —Tiré de uno de mis rizos y me lo metí detrás de la oreja—. No había manera de que cooperara hoy.

—Pues tiene sentido. Es tan terco como la cabeza de la que crece. —Su risa vibrante resonó a través de la entrada. Me dio un empujoncito con el codo antes de cerrar la puerta.

No pude evitar sonreír mientras me conducía al salón. Se trataba de una estancia sencilla con paredes del color del mar. La luz de las velas relucía en la sala alumbrando una mesa de madera preparada para cuatro.

La risa y los chillidos de Osta reverberaron por toda la casa cuando Eron y ella entraron. Mi amiga llevaba en brazos a la recién

nacida y los ojos ya le brillaban de adoración.

—¡Fia, ven a conocer a Leila! —exclamó Osta sin aliento. Le lancé una breve sonrisa y me acerqué, intentando ocultar mi vacilación.

—Hola, Leila, encantada de conocerte. —Las palabras me salieron con torpeza, y miré a Eron en busca de aprobación. Él puso los ojos en blanco y sonrió.

—Solo es una bebé, Fia. No hay por qué encogerse de miedo.

Todo el mundo se rio, incluida yo. Siempre me había sentido algo nerviosa rodeada de niños. No sabía cómo interactuar con ellos.

Como Jacquelina le estaba dando los últimos toques a la cena, yo aproveché la ocasión para practicar mis dotes con los bebés e intenté unirme a Osta, que reflexionaba sobre los rasgos que era evidente que provenían de Jacquelina y los ojos con motas doradas igualitos a los de Eron.

Este nos dio copas a todos y nos las llenó de un vino que tenía una tonalidad granate. Tomé un sorbo, dejé que el líquido aterciopelado se me arremolinara en la boca y distinguí notas de vainilla, especias y bayas de invierno. Entré en calor al instante. No había sido mejorado con magia, como el vino de las Tierras Altas de Bloodthorne, pero hacía el apaño.

Jacquelina danzó por la habitación con fuentes humeantes de tubérculos y una bandeja de codorniz asada que olía a miel y hierbas. Se me hizo la boca agua. Una comida casera era una exquisitez que Osta y yo rara vez experimentábamos últimamente. No teníamos mucha mano para la cocina, por lo que nuestra alimentación consistía en patatas asadas, salchichas ahumadas y fruta. Debíamos aprender a ser mejores adultas, la verdad.

Acabamos de cenar enseguida y sin apenas conversación, una prueba de lo buenas que eran las habilidades de Jacquelina como cocinera. El repiqueteo de los cubiertos y los ruidos de pasos llenaron el aire mientras quitábamos la mesa. Poco después, los cuatro estábamos de vuelta en nuestros asientos con copas de vino hasta arriba. Yo había empezado a notar los efectos del alcohol, pues ya tenía la sonrisa tonta. Osta no tardó en coger el punto; su voz adoptó esa octava extra de drama que solía adquirir cada vez que bebía.

—Eron, jamás se me olvidará el día que desapareciste por primera vez —señaló Osta mientras su carcajada resonaba por toda la estancia.

—¡Siempre será una de las cosas más desternillantes que he vivido! —Jacquelina rompió a reír, a punto de tirar su copa.

—Bueno, me alegra ofreceros tanto entretenimiento —canturreó Eron. Se le formó una sonrisa torcida en los labios—. Para mí solo fue un poco aterrador.

Osta sonrió.

—Sí, Eron, ninguna de nosotras se esperaba que te tomaras el juego del escondite de forma tan literal. —Agarró a Jacquelina del codo y se tronchó.

Jacq correspondió al sentimiento con los ojos abiertos como platos.

—¿Cuánto tiempo lo estuvimos buscando ese día? ¡Debieron de ser horas!

Eron sonrió y sacudió la cabeza.

—Os gusta fingir que lo hice a propósito, pero yo no tenía ni idea de que no podíais verme.

—Eron, ¿sabes…, eh, de dónde viene tu invisibilidad? Por ejemplo, ¿hay algún lugar concreto al que accedas cuando lo haces? ¿Una chispa o…? —Me interrumpí, con las palabras precipitándose unas sobre otras.

Todos me miraron con perplejidad.

—La verdad es que lo hago sin más… A ver, supongo que nunca me he parado a pensar en eso antes —musitó a la par que se frotaba la barbilla—. Espera. —Y, sin más, Eron desapareció.

—¡Fiaaaaaa! —canturreó Osta, e inclinó la cabeza sobre la mesa —. ¿Tienes que hacer que todos los hombres se esfumen?

Abrí la boca, aunque no me salieron las palabras. Todos nos desternillamos de risa. Unos segundos más tarde, Eron volvió.

—Creo que lo noto primero aquí —explicó, tocándose la parte de atrás del hombro—. Parece propagarse a partir de ahí, pero no estoy muy seguro de qué buscar. Solo sentí un ligero cosquilleo. ¿Por qué lo preguntas?

Me mordí el labio.

—Por nada, es que he estado… hablando con Ma sobre el asunto y tenía curiosidad —susurré. No me imaginaba a Eron y a Jacquelina tomándose bien la idea de que yo entrenase con el general. Tampoco servía de nada que se lo contara de todas formas. Ya se había acabado.

Se produjo un incómodo silencio en la sala. No sabía cuánto les había contado Osta a los dos sobre mi foco. Mi habilidad para canalizar siempre había sido un asunto que evitábamos.

—Jacq, ¿no me dijiste que compartías foco con tu padre? —preguntó Osta, cambiando de tema.

—Bueno, según recuerdo, sí. Aunque creo que el suyo iba más allá. Su voz no era solo preciosa, podía hacer… otras cosas.

Osta tomó un trago de vino.

—Pero generaciones en tu familia han tenido dones musicales, ¿verdad? Los suficientes para inspirar el apellido familiar. ¿Cuál era, por cierto?

Eron bajó la mirada. Jacquelina se removió en su asiento.

—Nightingale, como los ruiseñores.

—No vayamos por ahí; esta noche no —murmuró Eron tras romper el silencio.

—Lo sé, es que he pensado… —comenzó a decir Osta, pero él la cortó.

—No hay nada de lo que hablar. —Soltó su copa con más fuerza de lo necesario—. Ese apellido ya no existe. Ninguno de ellos.

Jacquelina le cogió la mano al otro lado de la mesa.

—Eron…

Me dio un vuelco el estómago. No había pensado mucho en cuál había sido mi apellido antes, la verdad. Era muy pequeña para tener otro nombre. «Riftborne» era lo que siempre había conocido.

Osta se puso pálida.

—Lo siento, no pretendía…

—No pasa nada —dijo Eron. Respiró hondo.

Miré a Osta al otro lado de la mesa. La cabeza le descansaba sobre el hombro y tenía los ojos vidriosos. Nos habíamos metido en un tema peligroso. Incluso en la casa de acogida rara vez

mencionábamos detalles de nuestras vidas pasadas. Aunque tampoco es que lo tuviéramos permitido.

—A veces pienso en ellos. En nuestros padres. —A Osta se le quebró la voz. Eron y Jacquelina intercambiaron una mirada rápida de preocupación. El llanto lejano de Leila cortó la tensión. Eron se puso de pie para ir a verla y yo aproveché la oportunidad para salvarnos.

—Creo que esa es nuestra señal para marcharnos. Se hace tarde —susurré con una leve sonrisa.

Nos despedimos con prisas. Enganché mi brazo con el de Osta y nos adentramos dando tumbos con torpeza en las calles. Notaba que todavía seguía teniendo la cabeza en el salón, a la espera de una conversación que nadie quería tener.

Atravesamos la ciudad mientras nos manteníamos en equilibrio mutuamente. Había tanto silencio que resultaba escalofriante. Sentía el aire nocturno helado contra mi piel ruborizada; el olor del humo salía de los tejados, mezclándose con el aroma salobre de los canales.

Noté el suspiro de Osta cuando dejó caer el hombro contra el mío.

—Fia, ¿alguna vez te preguntas cómo eran? —susurró. El corazón me dio un vuelco. No estábamos en el estado mental adecuado para hablar de eso ahora mismo.

—Osta…, ya sabes lo que pienso de esto —contesté con la esperanza de ser amable al callarla. Llevábamos mucho sin mantener esta conversación—. No podemos preguntarnos eso. Tú lo sabes. No sirve de nada.

—Sí, aunque no lo entiendo. Nosotras no nos acordamos de nuestros padres. Eron y Jacquelina sí recuerdan a los suyos un poco, pero no hablan. No sabemos nada de ellos —lloriqueó Osta.

Suspiré.

—Es mejor no ir por esos derroteros. Jamás obtendremos las respuestas que queremos.

—Pero no es justo… Sé que formaron parte de la revuelta. Es que… —Osta se calló y contuvo las lágrimas que yo sabía que estaban a punto de caer—. Todos los niños merecen saber quiénes eran sus padres, incluso si estos cometieron errores.

Empezó a temblar y yo envolví mi brazo en torno a ella. Sí que merecíamos saber quiénes éramos antes de todo esto. Quiénes habríamos sido de no ser por la guerra.

—Sé… que hemos tenido muy mala suerte. —Intenté pensar en lo que Osta diría en una situación así. Consolar a la gente nunca había sido uno de mis puntos fuertes, pero consolarla a ella en esta situación era especialmente complicado. Mi amiga rara vez reparaba en el mal que había en el mundo, y, aunque pudiera ser irritante a veces, su optimismo innato era una de las pocas cosas que me mantenían a flote. La idea de arruinar esa parte de ella me resultaba inconcebible.

Respiré hondo y le di en el costado mientras caminábamos bajo la tenue luz de las calles.

—Pero fíjate en todo lo que has conseguido a pesar de tu situación. Estás prosperando, Osta. No importa quiénes fueran, sé que estarían orgullosos de ti.

Ella me abrazó y continuamos el resto del camino calladas.

Cuando llegamos a casa, las dos nos fuimos dando tumbos a nuestras respectivas habitaciones para pasar la noche. Yo me tumbé en la cama y me quedé mirando al techo. Emociones no deseadas comenzaron a aparecer. Mi mente se fue al general y nuestro último entrenamiento, y los pensamientos salieron a borbotones, densos y embriagados de vino.

Recordé la frustración de su cara. Recordé hasta dónde llegó para intentar sacar mi foco. Nuestra decisión de dejar el entrenamiento. Él tenía razón.

Todo había sido una pérdida de tiempo.

Había vivido hasta ahora sin pizca de control. Era una tontería creer que algo podría cambiar entonces. No había visto nada en mi interior que se asemejara a lo que el general describía. Ninguna chispa, ningún zarcillo de luz, estática o electricidad.

Sin embargo, a pesar de mi resistencia, una semilla diminuta se había abierto camino hasta mi mente. Una semilla que traía consigo el destello de la esperanza. Y, ahora que había empezado a echar raíces, no sabía cómo deshacerme de ella. Vaya juego más peligroso aspirar a algo distinto de lo que era.

Parpadeé para aclarar la visión borrosa de los ojos.

Por primera vez en mi vida, me había permitido de verdad pensar.

Las lágrimas comenzaron a caer. Me las sequé enseguida con la manga del vestido.

«Ya sabías que este sería el resultado», me recordé a mí misma.

Capítulo 14

Ma no estaba allí aquella mañana, así que yo aproveché para ordenar las estanterías en la trastienda de la botica. El deseo de ponerme a ello me llevaba invadiendo un tiempo, pero aquel trabajo no era el que Ma priorizaba. Por lo general, solo lanzábamos nuestras pociones recién destiladas en las estanterías sin ningún cuidado. Con aquel hábito, tardábamos siglos en reponer cualquier cosa.

Empecé por quitar todos los frascos y limpiarles el polvo. Algunos ya se habían pasado bastante de la fecha de caducidad. Suspiré. Este era el motivo por el que necesitábamos con desesperación un sistema nuevo. El dinero y los recursos que podríamos ahorrar con tan solo poner las cosas siguiendo algún sistema de clasificación lo cambiarían todo.

Al mirar los cubículos de la izquierda, me inundó una oleada de cansancio. Había un montón de piedras desperdigadas alrededor de las cestas en las que deberían estar metidas. Agarré un trozo de amatista y le quité el polvo de un soplido. Froté la superficie contra mi delantal hasta que reflejó la luz.

Había unas cuantas piedras que no sabía identificar. Una en particular destacaba. Estaba convencida de que nunca había visto nada igual. A medio camino entre el azul profundo y el violeta, los destellos de luz atravesaban su centro como si tuviera vida.

La campana de la puerta sonó. Me recorrió un escalofrío de ansiedad mientras los pasos de Ma se aproximaban. Las cosas habían estado tensas entre nosotras últimamente. Esperaba que mis planes para aquella mañana no fueran la gota que colmara el vaso.

Entrecerró los ojos al tiempo que observaba la nueva disposición.

—Fia, ¿qué has hecho ahora? —preguntó Ma mirándome con una ceja alzada.

—He organizado un poco. —Tragué saliva. No parecía muy contenta. Algo vacilante, me acerqué a las estanterías y empecé a explicarle el nuevo sistema.

—Entonces ¿ya no puedo tirar los productos ahí y ya está? ¿Tengo que ponerlos en su sección correspondiente? —Me observó. Solo Ma tendría tanta aversión a la eficiencia.

Deambuló alrededor de las estanterías, inspeccionándolas. No tenía ni idea de lo que se le pasaba por la cabeza.

—Supongo que no está mal. Puede que debiéramos haber hecho esto hace mucho tiempo. —Se giró hacia mí, puso los ojos en blanco y me dedicó una sonrisa que llevaba semanas sin ver.

Una oleada de alivio me invadió.

—¿Te gusta entonces? —pregunté con quizá excesivo entusiasmo.

—Bueno, yo no diría eso. Pero entiendo que se necesita un poco de orden por aquí. Sabemos que no es mi punto fuerte. —Se dirigió a su escritorio y se sentó.

—Oye, tengo que preguntarte algo —dije mientras la seguía.

—¿Hum?

—¿Qué es esto? Nunca lo había visto antes. —Extendí la mano para revelar la misteriosa piedra azul violeta.

—En realidad, llegó ayer. —Sonrió y la examinó con orgullo—. Llevo tiempo intentando echarle el guante a una pieza de estas. Se llama arcanita.

—Parece que esté viva. —La acerqué junto a la llama de una vela y miré a través de las luces que danzaban en su interior. El nítido exterior reflejaba un caleidoscopio de colores en la pared.

—Es muy inusual. Algunos piensan que tan solo es un conductor de la esencia o que la puede almacenar. Nadie lo sabe con seguridad, pero parece que todo crece a su alrededor.

—¿Cómo funciona? —pregunté.

—Es un misterio, aunque tengo algunos experimentos en mente. Iba a enterrar una de las piedras en una maceta en el invernadero y ver si mejora la tasa de crecimiento o la cosecha.

—Interesante. Tendremos que echarle un ojo. —Esbocé una pequeña sonrisa y me volví a mi puesto.

Ma se quedó en silencio durante un rato, rebuscando entre unos pergaminos. Al final, suspiró y alzó la vista para mirarme.

—Oye, Fia, sé que las cosas han estado tensas entre nosotras últimamente. No quiero que pienses que me he enfadado contigo. Solo estoy tratando de procesarlo todo. Ya sabes lo que pienso de la Guardia. Después de todo lo que le pasó a mi hermano… A ver, no te voy a mentir, me da pavor…

—No te preocupes. Ya no voy a entrenar más con el general —la interrumpí, desesperada por que las cosas volvieran a la normalidad entre nosotras. Por mucho que quisiera, no podía acelerarlo.

Puso los ojos como platos.

—Yo… Bueno, no estaba funcionando. —Le dediqué una media sonrisa antes de mirar hacia abajo. Empecé a sentir una leve tristeza, pero me la quité de encima.

Ma se limitó a quedarse mirándome. Tomé asiento en la silla de mi escritorio y me recosté, contemplándola con tranquilidad.

—Fia…, no sé qué decir. Tú querías intentarlo. Lo entiendo. Creo que es muy noble por tu parte. De verdad… —Me dirigió una mirada de compasión—. Pero, siendo egoísta, me alivia que hayas acabado con eso. No tienes ni idea de lo preocupada que me has tenido. No me fío de él. Hay algo en el general que no me encaja.

Ma se reclinó sobre el escritorio mientras sacudía la cabeza. Parecieron suavizársele las líneas del rostro.

—Lo entiendo. Fue un error. —Suspiré—. Solo quiero que volvamos a estar bien.

Ma asintió y me sonrió. El resto del día transcurrió en una perfecta monotonía.

Me fui a la parte de atrás de la tienda para asegurarme de que los calderos se hubiesen enfriado antes de agarrar mi bolso. Ma me estaba esperando en la parte delantera, apoyada contra el marco de la puerta y tarareando en voz baja para sí misma. Por primera vez en semanas, la tensión en su postura había desaparecido.

—Dile a Osta que venga pronto. Hace mucho tiempo que no se pavonea por la tienda y te distrae de tu trabajo. Lo echo de menos. —Ma soltó una carcajada. Las cosas parecían deliciosamente normales.

—Se lo haré saber. Estoy convencida de que ella también echa de menos tus burlas incesantes. —Me reí y me dirigí a la puerta. Ella me dio un empujoncito juguetón mientras salíamos.

La brisa nocturna era fresca. Me abracé a mí misma para mantener los escalofríos a raya. Ma se giró para cerrar con llave. El sol apenas se podía atisbar en el horizonte y la calle zumbaba con los sonidos de la ciudad mientras la gente se marchaba del trabajo a casa.

Miré a Ma y me la encontré con los ojos entrecerrados clavados a la izquierda.

—Fia. —Eso fue lo único que dijo.

Laryk Ashford andaba hacia nosotras con su paso seguro habitual.

«Por todos los Esprithe».

Entrecerré los ojos y sentí cómo Ma me miraba.

Me giré hacia ella y me encontré con su expresión de desconcierto.

—Ma, yo me encargo de esto. Deberías irte a casa —dije, pero las palabras no surtieron efecto en ella.

Observé cómo él se acercaba. Llevaba un abrigo de lana largo y su atuendo negro habitual.

—Buenas tardes, Fia. Espero que todo te vaya bien —espetó con su típico tono aterciopelado—. Maladea, me alegro de volver a verte. —Hizo un gesto de asentimiento en su dirección.

Ambas nos quedamos calladas.

Él cambió su peso de un pie a otro y miró hacia abajo antes de cruzarse de brazos. Parecía nervioso. O al menos intentaba parecerlo. No estaba segura.

«¿Qué sucede?».

—Fia, me gustaría mucho tener una conversación contigo. —Con un brillo en los ojos y una ligera sonrisa, alzó la vista y se encontró con la mía. El encanto forzado no es que le sentara muy bien, pero era evidente que me estaba dorando la píldora.

Me burlé. Una parte de mí quería reírse de su numerito.

—Fia, sé que nuestra última reunión acabó en malos términos, y asumo mi parte de culpa en eso. —Se le tensaron los labios.

«Ahí está».

Una grieta en su fachada.

—Entonces ¿por qué estás aquí? —pregunté, manteniendo la voz plana. Ma me dirigió una mirada de desaprobación, aunque se quedó en silencio.

—Quiero que lo intentemos una vez más. Creo que he encontrado un enfoque alternativo. Si no funciona, no volverás a saber nunca más de mí. Tienes mi palabra. —Alzó las manos como si ofreciera alguna clase de rendición.

«¿No volveré a saber nunca más de él?». Sonaba demasiado bien para ser verdad. No me lo creí ni un solo instante.

—¿En qué consiste ese enfoque diferente? —inquirí, cruzándome de brazos y apartando la sensación fantasma de sus manos agarrándome las muñecas.

—Podemos hablarlo en el gimnasio —respondió sin rodeos. Le echó un rápido vistazo a Ma, que seguía aún ahí plantada, callada e intentando ocultar su desdén.

—Hasta ahora, no ha funcionado nada. —Traté de mantener el volumen de mi tono, pero me salió más frío de lo que pretendía—. Y tu última táctica no sirvió de mucho, ¿no?

—Fia, confía en mí y dame una última oportunidad. Inténtalo, te lo debes a ti misma. Sé que quieres aprender a controlarlo. Y podemos marcharnos ya para acabar de una vez por todas. Sin esperas y sin jueguecitos. Y te prometo que me comportaré lo mejor posible en esta ocasión. —Sonrió.

Entrecerré los ojos.

«Tus promesas no valen nada».

Las palabras resonaron en mi mente. Me había grabado aquella verdad en lo más profundo de mi ser. Jamás confiar en su palabra. Siempre sospechar que había otro motivo oculto. La única prioridad del general era él mismo. Esta actuación no podía despistarme. Lo veía como era en realidad, como siempre había sido: una serpiente

devastadoramente preciosa, idéntica al símbolo que se alzaba en cada bandera de este reino y en cada armadura de la Guardia.

Nada había cambiado. Miré a Ma, que estaba negando sutilmente con la cabeza en señal de desaprobación.

—Ma, deberías irte a casa. Yo… —Desvié la vista hacia el general —. Yo voy a marcharme con él a ver en qué consiste ese plan milagroso antes de acceder a nada.

Ella no lo sabía, pero en realidad no es que yo tuviera otra opción.

Me volví a girar hacia Ma. Si su expresión amarga era indicativa de algo, no se estaba tragando nada de esto.

—Estaré bien. Te lo prometo. Te veré mañana. —Le di un rápido abrazo que ella no me devolvió. Suspiró y se marchó en dirección a su apartamento.

Exhalé con brusquedad. El don de la oportunidad de este hombre era insoportable. ¿De verdad que no se podía haber esperado a que estuviera sola?

«Por el amor de los Esprithe».

—¿Vamos? —murmuró mientras se acercaba a mi lado. En cuanto perdimos a Ma de vista, su comportamiento volvió a ser el del general. La serpiente. Comenzamos a andar hacia el gimnasio. Con cada paso que daba, la satisfacción parecía irradiar de él.

Mientras nos aproximábamos a las conocidas ventanas reflectantes, sentí un nudo en el corazón. Él se detuvo y me agarró del brazo con delicadeza para girarme hacia él. Yo me aparté al sentir el calor de su tacto.

—¿No vamos a entrar? —pregunté, alzando una ceja.

—Sí, pero antes tenemos que hablar. —Ahora estaba serio—. Sé que he sido duro contigo y tal vez te haya frustrado más que animado. Para mí también es una situación nueva. Yo suelo entrenar a gente para mejorar una habilidad que ellos ya pueden canalizar. Contigo ha sido un poco ensayo y error. Puede que haya cometido algunos errores en mi enfoque…

—Dime cuál es el plan y ya está —lo interrumpí. A este hombre le gustaba andarse por las ramas, o quizá solo le gustaba el sonido de su propia voz. No estaba segura.

—Necesito que olvides todo lo que hemos aprendido. Que abordes esto con la mente abierta. Que prestes atención. Encontrar el foco. Esa es la prioridad. —Me estaba observando fijamente. No había ni rastro del general que había conocido. La cara que me devolvía la mirada estaba desprovista del misterio que solía enmascararle los rasgos.

—Necesito que confíes en mí.

Ni de coña. Ni por un segundo. No obstante, la intensidad de sus ojos me hacía querer creerlo. Me detuve, pero al cabo de un rato asentí. Tampoco es que pudiera cambiar de parecer en ese instante.

Se giró hacia la puerta.

—Encuéntralo —me recordó antes de tirar del pomo y hacerme un gesto para que entrara.

Esta vez no vacilé. Pasé directamente por delante de él y entré en el gimnasio poco iluminado. La puerta se cerró a mis espaldas. Los pasos del general eran lentos, comedidos. Miré hacia nuestra zona de práctica y me quedé paralizada. Un escalofrío me recorrió de la cabeza a los pies mientras hacía contacto visual con el guardia de ojos azules de la presa.

Capítulo 15

El guardia alternó la mirada entre los dos. La confusión y el estupor me revolvieron el estómago cuando me giré para encarar a Ashford.

Él estaba atento al guardia situado a mis espaldas. La suavidad que tenía antes en los ojos se le había ido y una mirada despiadada la había reemplazado. Una sonrisa nauseabunda se le formó en los labios. Se me emborronó la vista con una mezcla de traición y rabia, y mi estómago amenazó con devolver la comida cuando abrí la boca para hablar.

Seguí los movimientos del general mientras él caminaba delante y me separaba del guardia.

—He tenido que investigar bastante para dar con la conexión entre los dos. Pero, una vez que lo he hecho, todo ha quedado claro. —El general se giró despacio y me señaló—. Vi el modo en el que reaccionaste ante él en el cuartel. No paré de darle vueltas a la cabeza tratando de adivinar las circunstancias en las que los dos podríais haber coincidido en el mismo lugar.

Me iba a dar algo.

—Cuando me trajeron tu expediente a mi despacho, Jeremiah, me pasé horas buscando y me fijé en el incidente del río. Me pareció algo inocuo al principio, hasta que me di cuenta de que todos los fallecidos resultaron ser riftborne. —El calor me invadió. El sonido de ese nombre procedente de su boca me hizo tener más ganas de vomitar. El guardia estaba paralizado, cosa que no le pasó desapercibida al general. Esbozó una sonrisa aún más grande y asintió en señal de reconocimiento—. Sabía que esta era la conexión, pero me seguían faltando detalles. Me moría por

desentrañar esto. Es muy divertido jugar a los detectives. —Sacudió la cabeza y se mordió el labio.

No podía pensar con claridad.

—Entonces miré en tu expediente. —Me miró de nuevo—. Los que murieron… estaban en una casa de acogida contigo. La Casa de la Unión. —Apretó los dientes—. Muchas cosas cobraron sentido. Lo entendí. No me sorprendió que la muerte de unos cuantos riftborne se barriera bajo la alfombra. Sucede todo el tiempo.

No podía respirar.

—Fia, estabas en la orilla del río, ¿verdad? Con Osta. Las dos tuvisteis que presenciar cómo vuestros amigos se ahogaban. —Se giró al guardia, cuya cara había perdido todo rastro de color—. ¿Sabías que te había visto?

El guardia dio un traspié.

—General, por favor. Creo que debe de haber algún malentendido…

A este le llamearon los ojos cuando alzó la mano y cortó al guardia. El poder puro de ese simple gesto reverberó por la estancia como una onda sonora.

—¿Es insubordinación lo que detecto en tu tono? Mantén la boca cerrada, oficial —ordenó él con palabras cortantes. No entendía lo que estaba ocurriendo.

El guardia abrió los ojos como platos mientras retrocedía unos pasos. El general se giró poco a poco para encararme. Le devolví la mirada con ira, luchando contra la urgencia de arañarle la cara con mis propias manos.

—Fia, este hombre es la razón por la que tus amigos están muertos. Tiró de la palanca. Lo sabes. De no ser por su odio e ignorancia, Mairyen…, Luka…

—No te atrevas a decir sus nombres —espeté con la furia corriéndome por las venas. El cuerpo entero me temblaba.

El general se acercó a mí, despacio y calculador. Se detuvo a pocos centímetros de mi cara y se inclinó.

—Dirige esa rabia hacia el hombre que la merece —susurró, y se hizo a un lado. Ahora, el guardia estaba justo delante de mi vista. El general se movió en círculos a mi alrededor, lo bastante cerca como

para que notara su aliento en la nuca—. Tienes todo mi permiso para castigarlo como creas oportuno. —Su voz era como una cuchilla de afeitar. Me encontraba al límite del control, y lo estaba perdiendo a cada segundo que pasaba.

El general se acercó más que nunca. Noté cómo me rozó la oreja con los labios y la espalda con la mano.

—Suéltalo, Fia.

El tiempo se detuvo. Escuché el repiqueteo en la cabeza. El aire a mi alrededor crepitó con energía. Se me volvió blanca la visión. Luché contra la urgencia de dejarme llevar del todo, pero me estaba quedando sin tiempo. Iba a explotar. Una corriente de electricidad estática se propagó por mi piel.

Y entonces lo noté.

La telaraña translúcida. Podía verla en mi mente. La sentía agarrándoseme a la espina dorsal y comenzando a entretejerse por las vértebras hacia arriba, enviando pulsos de energía a los cartílagos adyacentes. Se enredó y se retorció hasta que alcanzó la base del cráneo, y una luz incandescente me recorrió con una fuerza brutal.

Se me abrieron los ojos de golpe justo cuando el guardia empezó a levitar del suelo. La mirada de pavor que tenía rebotó en mi mente. Abrió la boca para chillar, pero le robé la voz. Oleadas de esencia vibraron a su alrededor. Ladeé la cabeza cuando la tentación de acabar con él se hizo más fuerte. Sentía cómo mi poder le envolvía la mente. Apenas tardaría unos pocos segundos en hacerlo papilla…

Pero no pensaba convertirme en el monstruo que los demás creían que era. No cuando aún necesitaba aprender a detenerlo.

La revelación superó mi rabia. Matarlo no era importante. Había servido a su propósito. Había encontrado mi escurridizo foco, y podía encaminarlo.

Cerré los ojos de golpe y comencé a visualizar la misma fuerza de energía, la red de fibras translúcidas que se había aferrado a mí hacía tan solo unos instantes. Apreté los puños, tensé los músculos y noté un golpe agudo cuando me di con las rodillas en el suelo gélido. Justo cuando noté que la cabeza me iba a explotar, los hilos

se deshilacharon y se me soltaron de los huesos. Se arrastraron hacia abajo por mi columna vertebral y se replegaron de vuelta a su lugar de reposo, y el aire a mi alrededor se tranquilizó.

Volví a la realidad y me tambaleé, pero me las ingenié para estabilizarme plantando una mano firme sobre el suelo. A regañadientes, abrí los ojos y vi que el guardia tenía el rostro retorcido de dolor mientras jadeaba en busca de aire. Estaba consciente.

Vivo.

Exhalé aliviada. Un calor repentino a mis espaldas me indicó que el general se había agachado junto a mí.

—Impresionante —murmuró.

Me sujetó los hombros con las manos.

—Respira.

Jadeé en busca de aire, con la cabeza dándome vueltas.

—Respira, Fia. —Me tocó con cuidado. Demasiado cuidado. Como si estuviera hecha de cristal.

Lo miré, y, durante una fracción de segundo, tenía una expresión extraña. La preocupación le atravesaba la cara.

O el miedo. ¿Por mí? ¿O de mí?

—Te odio —susurré.

Apretó las manos sobre mis hombros.

—Lo sé.

—¿Así es como tratas a todo el mundo? —Se me quebró la voz—. ¿Como si fueran peones en lugar de personas?

Se le tensó la mandíbula. Deslizó las manos de mis hombros a la parte superior de mis brazos y me estabilizó cuando me tambaleé.

—Sí.

La palabra debería haber escocido, pero no me sorprendió.

—Pues suéltame —dije. No lo hizo. No de inmediato.

Nos miramos a los ojos. Fijamente. El aire a nuestro alrededor se cargó. La mirada del general descendió a mi boca. Apenas un latido. Luego retrocedió. Me soltó como si lo quemara. Se levantó y puso casi un metro de distancia entre los dos de una sola zancada.

Era incapaz de procesar todas las emociones que ahora se amontonaban sin control en mi mente ya revuelta. Un orgullo

arrollador encabezaba la lista. Lo había logrado. Había descubierto dónde estaba el punto de acceso. Y, lo que era aún mejor, lo había canalizado y controlado.

Había ganado.

No quería matar al guardia. Sabía que era probable que mereciera la muerte, pero había obtenido mucho más que su sangre en mis manos.

Ashford dio una zancada hacia el guardia; sus botas resonaron en el tenso silencio. El hombre estaba hecho polvo, jadeaba, resollaba y el sudor le resbalaba por la cara. Alargó la mano hacia el brazo extendido de Ashford con un estremecimiento antes de agarrarlo por fin con tanta fuerza que se le pusieron los nudillos blancos y así el general pudo ponerlo de pie.

—Aprecio mucho tu cooperación esta noche. —Noté la sonrisa en la voz del general, y aquello prendió algo en mí. Todo con este hombre era fingido.

Ojalá el orgullo hubiera sido lo único que me invadió en ese instante, pero había un peso que envolvía todo ese logro, un sentimiento de traición y explotación. No pude evitar desear haber conseguido esto por mí misma, yo sola, sin que el general me manipulase de nuevo. Un dolor sordo me carcomió en lugares a los que me costaba llegar.

Ashford colocó la mano en la parte de atrás de la armadura del guardia y le dio una palmadita en el hombro.

—Lo que sucedió en la presa no fue más que un trágico accidente, por supuesto. Una cuestión de estar en el lugar equivocado en el momento equivocado —declaró el general, y le dedicó una sonrisa intencionada al guardia.

Las náuseas me invadieron otra vez.

El guardia paseó la mirada entre los dos y la expresión de confusión se le desvaneció. Al fin, se volvió hacia el general de nuevo y extendió una mano.

—Por supuesto, un trágico accidente.

Me rodeé el torso con los brazos y cerré los ojos mientras rezaba para que las lágrimas no brotaran. No debería doler tanto. Sabía quién era. Un manipulador. Un depredador. Un embustero…

De súbito, un ruido metálico retumbó en la quietud de la sala, el sonido de una espada desenfundándose. Dirigí la vista hacia los dos hombres justo cuando el chirrido de una hoja golpeó el metal duro y resonó en la estancia. No fue un corte limpio, sino más bien una puñalada brutal directa en el corazón. La hoja se hundió hasta el fondo y un sonido enfermizo reverberó cuando topó con la carne. El jadeo del guardia se convirtió en un gorgoteo ahogado.

Yo misma me quedé sin aliento en los pulmones un instante. Un chorro escarlata brotó de la herida a través de la armadura de malla, me salpicó el uniforme y me llenó las puntas de mis rizos blancos. El guardia se desplomó; su armadura dio contra el suelo con un espeluznante golpe definitivo.

Ashford limpió la hoja en sus pantalones negros y tarareó algo para sí mismo.

—Disculpa el estropicio —soltó, chasqueando el cuello.

Abrí la boca para hablar, mas solo salió de mis labios un tartamudeo confuso.

—Pero ¿qué has…? —comencé a decir; sin embargo, una inesperada oleada de alivio me acalló.

Se produjo un momento de quietud antes de que Ashford me mirara y alzara una ceja.

—Justicia —respondió mientras me sostenía la mirada un segundo de más.

Recuperé el equilibrio a pesar del temblor de mis extremidades y me levanté del suelo retrocediendo unos cuantos pasos a trompicones. No obstante, no pude apartar los ojos. Él me devolvió la mirada, impenetrable.

El general acabó suspirando.

—Te dije que confiaras en mí.

Capítulo 16

No importaba cuánto frotara; la sangre seguía salpicada sobre las manchas de hierbas que tenía desde hacía años en mi blusa color crema. No sabría decir dónde terminaba el hibisco y dónde empezaba su sangre.

Con un quejido, lancé la blusa a un lado y me desplomé contra los armarios astillados. La frialdad de la madera me caló. Nuestro apartamento estaba en silencio, y recé para que Osta no llegara a casa pronto.

Aún tenía la mente aturdida y en conflicto por el impacto emocional que el general me había provocado. El recuerdo era una herida fresca.

¿Sería aquello el sino de los miembros de la Guardia? ¿Se volverían todos insensibles al acto de quitar una vida?

Pero era peor que eso. Lo que el general había hecho era un asesinato a traición; se había llevado al guardia aparte y había hecho que se sintiera cómodo para luego clavarle una espada directamente en el corazón. Un indicio del depredador que yo siempre había sabido que era acechaba bajo la superficie.

El crujido de la puerta interrumpió mis pensamientos, y me levanté del suelo corriendo y di un paso al lado para ocultar el cubo de espuma teñida de rosa que llenaba el fregadero.

—¿Fia? —dijo Osta al doblar la esquina. Se paró de sopetón cuando me vio y abrió los ojos de par en par—. ¿Qué te ha pasado? —gritó mientras dejaba las bolsas llenas de ropa y se acercaba corriendo hacia mí. Me tiró de los enredos del pelo.

No eran enredos. Era sangre seca.

—E-estoy bien —respondí, apartándole con cuidado la mano de mi pelo—. No es sangre mía. —Paseó la vista rápidamente de las puntas de mi cabello a mi rostro antes de dirigirse por fin al cubo situado detrás de mí.

—¿De quién es esta sangre? —susurró, abriéndose paso a través de mi bloqueo y mirando lo que había dentro del fregadero—. ¿Has…? ¿Has… hecho eso de… reventar mentes, Fia?

Abrí la boca para contestar, pero solo pude sacudir un poco la cabeza.

—No —respondí; la palabra al fin me salió de los labios.

Osta me empujó hacia nuestro sofá desvencijado y me obligó a sentarme. Solo la luz dorada de una vela titilante sobre la mesa alumbraba la sala.

—Ahora mismo vuelvo. Quédate aquí. —Me dirigió una mirada severa antes de echar a correr hacia su habitación.

Unos minutos más tarde, avanzó lentamente hacia el sofá con un vaso de agua y un peine.

—Te voy a intentar quitar toda esta… sangre… de encima. —Tragó saliva con fuerza mientras hablaba—. Cuéntame lo que ha ocurrido.

—Ashford… —dije con la voz ahogada.

—¿Es la sangre del general Ashford? —De pronto, me pasó a toda velocidad la mano por el pelo con el peine—. Lo siento —murmuró, y volvió a sus movimientos delicados pero temblorosos.

—No. Fue a la botica cuando Ma y yo estábamos cerrando. Me dijo que quería intentar algo nuevo. —Tragué saliva e inspiré hondo—. Una parte de mí desearía no haberle contado nunca que las emociones eran las que desataban mi foco. Debería haber sabido que se aprovecharía de eso. Soy estúpida. —Ahora mi voz sonaba más segura y se había teñido de irritación al recordar el suceso.

—Me estás asustando, Fia. ¿De quién es la sangre?

Casi podía sentir cómo temblaba a pesar de sus intentos de parecer fuerte y serena. Los pequeños cambios en su voz la delataban.

—Me llevó al gimnasio en el que entrenamos, y, cuando abrí la puerta…, el guardia de la presa estaba allí.

Detuvo la mano, y yo sentí cómo bajaba los brazos a los costados. Me giré para mirarla. Ella parpadeó con rapidez; parecía contener las lágrimas, aunque su boca estaba en calma, casi indescifrable.

—¿Ese guardia? —fue todo lo que preguntó.

—Sí —le confirmé.

Mis manos buscaron las suyas. Ambas estábamos temblando. Jamás habíamos hablado de lo ocurrido en el río. Había sido demasiado doloroso después de los funerales, pero aun así había pasado muchísimo tiempo y se había convertido en un secreto que las dos guardábamos bajo llave en nuestras mentes. Cada vez que intentaba sacarle el asunto, ella cambiaba corriendo de tema.

—¿Está muerto? —preguntó, mirándome con una intensidad desconocida.

—Sí.

Osta inspiró hondo y se colocó el pelo detrás de las orejas puntiagudas.

—¿Cómo ha sucedido? —preguntó.

—A Ashford se le había ocurrido una idea nueva, como ya te he contado antes —comencé a decir al mismo tiempo que me ponía cómoda en el sofá. Ella necesitaba oír todo aquello. Cada detalle. Ambas nos lo merecíamos.

Me pasé la hora siguiente explicándole lo que había acontecido antes aquella noche. Cómo había descubierto mi foco, había encontrado su punto de acceso, lo había desatado y lo había replegado sin matar al guardia solo para que el general le clavara una espada en el pecho.

Osta se quedó sin palabras una vez que terminé.

Nos quedamos en ese instante silencioso durante lo que pareció una eternidad. Al final, relajó los hombros.

—Me alegro de que esté muerto. —Su voz apenas era más alta que un susurro, pero algo en el tono me sorprendió más que las palabras.

Alivio.

—¿Cómo te sientes? —me preguntó.

—Yo también me alegro de que esté muerto —murmuré. Ni siquiera sabía lo que significaba todo aquello o si era real incluso.

¿Cómo separar la conmoción de las auténticas emociones? ¿De verdad se había hecho justicia?

Me invadió un gran vacío. El general había asesinado a la persona que había matado a nuestros amigos y había traído tanto dolor a nuestras vidas, pero ¿de qué iba a servir su muerte? Ni siquiera lo colgarían en el cuartel para que sirviera de ejemplo. Nadie se enteraría del crimen que había cometido. Ni del motivo por el que estaba muerto. Nada cambiaría para nosotros.

Me removí, me desplomé más en el sofá hundido y me envolví con los brazos. Cuando había observado cómo se le desvanecía la vida de los ojos, algo aterrador había chisporroteado en mi interior. Por mucho que odiara admitirlo, una oscura parte de mí sintió satisfacción.

¿Ya estaba pasando? ¿Ya me estaba convirtiendo en una de ellos? ¿Podría pronto tener la habilidad de matar con una fría eficacia y sin que mis acciones me remordieran la conciencia o me hicieran vacilar?

—Entonces ¿el general ha matado a uno de los suyos… por ti? —inquirió Osta en voz baja. Subió las piernas al sofá y se sentó sobre sus pies.

—No puedo hablar de sus razones. Está claro que ese hombre está pirado —murmuré mientras me cambiaba de posición. Aunque pensé en el modo en el que me había examinado después. Sus ojos habían carecido de esa mirada misteriosa. No. Aquella vez había habido seguridad en ellos.

—Pero, Fia, ¿te das cuenta de la magnitud de esto? —Entrecerró los ojos en mi dirección y me agarró de la mano.

—Creo que le estás dando demasiadas vueltas.

—Tal vez esté loco. No lo conozco. Lo único que sé es lo que se ha arriesgado al hacer aquello. Debe de tener un significado más profundo… —La voz de Osta se apagó. La habitación se sumió en el silencio.

Se inclinó hacia delante y cambió el punto de apoyo en el sofá. Incluso bajo la luz tenue pude ver la seriedad inusual de sus ojos. Se aclaró la garganta antes de hablar.

—Sé que esto va a sonar a disparate, pero es que tengo la sensación de que… Creo que puedes confiar en él, Fia.

El general tenía un aire de entusiasmo en nuestra siguiente sesión de entrenamiento.

Era evidente que estaba muy satisfecho consigo mismo a pesar de mi reciente trauma. Eso me hizo cabrearme, pero lo dejé pasar. No servía de nada señalar lo obvio. Él sabía lo que había hecho.

Nos sentamos como solíamos hacer, uno enfrente del otro, aunque había un peso palpable en la habitación que ninguno de nosotros iba a reconocer.

Se quedó mirándome fijamente antes de alzar una ceja. Supuse que era un acto de apoyo, pero yo ya me estaba calmando y tratando de despejar la mente. Además, ignorarlo me otorgaba una extraña satisfacción.

Cerré los ojos y dirigí la atención a la base de mi columna vertebral, donde la telaraña se había generado la otra noche; no obstante, la visualización no fue tan fácil esta vez.

Fruncí el ceño por la concentración mientras me inclinaba para intentar forzar físicamente los zarcillos. Me eché hacia delante, hacia atrás, a un lado, pero se quedaron atascados en lo más profundo de mi espina dorsal. Parecía que, sin circunstancias de peso, mi foco iba a continuar su juego de evasión.

Tres horas más tarde, sentí un hormigueo en el lugar exacto. Centré toda mi atención justo en esa zona, tratando de extraer el poder por medio de la fuerza de voluntad. Una neblina translúcida ondeó en mi mente, un pequeño destello de la telaraña. Sin embargo, en cuanto emergió, volvió a descender y desapareció de la vista.

Era obstinado. Como si tuviera mente propia.

—Puedo verlo, pero no puedo hacer todavía que coopere. —Me mordí la parte interior del labio.

—Es una gran mejora con respecto a la semana pasada —espetó.

Se quedó mirándome un segundo antes de ponerse de pie y estirarse.

—Yo diría que es suficiente progreso por hoy.

Desentumecí mis músculos cansados, que sentía pesados y tensos tras pasarme tanto tiempo sentada. Los ojos me estaban matando y notaba las punzadas de un dolor de cabeza apoderándose de mí.

—Supongo. Esperaba poder lograr más. —Se me escapó un suspiro entrecortado cuando me di cuenta del largo camino que tenía por delante. Quizá nuestras sesiones individuales duraran más de lo que me había imaginado antes.

La sala se sumió en un silencio mientras yo recogía mis cosas. Los pensamientos de la última sesión me rondaban los rincones de la mente. Ya no podía contenerme más. Las palabras iban a salirme atropelladas en contra de mi voluntad y con torpeza si no tomaba el control en ese preciso instante y me limitaba a dejarlas salir.

—Lo que me hiciste no estuvo bien —susurré.

Sentí cómo cambió el peso de un pie a otro desde el lado opuesto de la habitación. La tensión era palpable, pero los nervios no me dejaban mirar en su dirección. Pensé que iba a ahogarme en el silencio si no respondía pronto. Aquella era la primera vez que había mostrado debilidad. La primera vez que había mostrado cualquier tipo de vulnerabilidad en mi vida.

—Lo sé —contestó en voz baja. Volteé la cabeza en su dirección.

«¿Qué?».

—Parecía ser la única forma de avanzar. —Se sentó despacio y se pasó una mano por aquel cabello tan suave.

—Entonces ¿tenías intención de que yo lo matara? —pregunté, dando un paso hacia él.

—No habría importado mucho si hubieras sido tú o yo. No iba a salir de esa habitación con vida. Desde luego, me pregunté si aprovecharías la oportunidad —murmuró—, pero entiendo que fuera una situación complicada para ti.

¿Aquello era empatía? ¿Cómo era posible?

—¿Una situación complicada? —Solté una carcajada estridente—. Me metiste en una sala con el hombre que mató a mis amigos y me dijiste que me lo cargara. ¿Qué creías que iba a pasar?

Se quedó callado durante un largo momento, y, cuando volvió a hablar, su voz era más suave:

—Creí que te merecías decidir tú.

—¿Decidir convertirme en una asesina?

—Decidir tomarte la justicia por tu mano. —Por primera vez desde que lo conocía, parecía… cansado—. No me disculparé por brindarte esa oportunidad. Pero podría haberte advertido. Podría haberte preparado mejor para lo que sentirías.

Me quedé mirándolo, sin saber qué decir. No se equivocaba, aunque tampoco tenía razón.

Se acercó al banco que había a lo largo de la pared y se sentó, apoyando los codos en las rodillas y juntando las manos. Tras un momento de duda, tomé asiento a su lado, dejando un espacio entre nosotros.

—Todos recordamos la primera vez que quitamos una vida —dijo en voz baja mientras se miraba las manos—. Yo tenía dieciocho años. —Sacudió la cabeza y soltó una oscura carcajada—. Ya era oficial.

—Te ascendieron pronto. Supongo que tu historial familiar tendrá algo que ver con eso, ¿no? —pregunté en el mismo tono de voz.

—Siempre supe que la Guardia sería mi futuro —contestó con una voz distante—. Tenía ocho años cuando se me manifestó el foco. Mi padre observó lo que podía hacer y decidió en aquel mismo instante. En realidad, él no me consideraba un hijo. No de la misma manera que la mayoría. —Cruzó la mirada conmigo un breve segundo—. Sé lo que es no tener elección en lo que te vas a convertir. Pero también sé que incluso en una senda predeterminada puedes decidir quién eres a lo largo del camino.

—¿Eso es lo que hiciste?

—Todavía sigo averiguándolo —respondió con una pequeña sonrisa.

La vulnerabilidad en su confesión me provocó una calidez inesperada en el pecho. Este no era el manipulador que había visto en la arboleda o el frío comandante que me había obligado a entrenar. ¿Era el verdadero Laryk Ashford, que por fin estaba mostrando lo que guardaba bajo esa capa exterior?

El silencio se alargó entre nosotros.

—¿Cuál es tu foco? —pregunté, cambiando a un tema más trivial —. Si ha determinado toda tu vida, debería al menos saber lo que es.

Un destello travieso le brilló en los ojos.

—Bueno, pero ¿qué diversión habría en contártelo? —Se inclinó hacia atrás un poco con esa sonrisa de suficiencia familiar en los labios—. A la mayoría de la gente le gusta un buen misterio.

—A mí me gustan más las respuestas.

—Qué pena. Tendrás que aguantar la curiosidad un poco más.

Su tono de guasa me puso de los nervios. ¿Estaba… provocándome?

Un rubor me calentó las mejillas y me esforcé por reprimirlo, irritada.

Él bajó aún más la voz.

—A menos que esperes conocerme mejor, Fia. En ese caso, me halagas.

Le puse mala cara.

—No te precipites.

—No me atrevería. —Sin duda, disfrutaba de mi incomodidad en ese instante; la vulnerabilidad de hacía unos minutos había desaparecido.

—Eres bastante hermético. ¿Estás seguro de que deberías entrenar a otras personas?

—Y lo dice la mujer que acaba de encontrar su foco gracias a mis técnicas. —Se puso de pie y se alisó las arrugas de la camisa negra.

—Bueno, ¿y ahora qué? —pregunté, levantándome también y apoyándome en la pared. ¿Me obligaría a guardar el secreto? ¿Sabría alguien más lo que le había ocurrido al guardia?

—No te preocupes por los detalles. Ya está solucionado. —Pasaron unos cuantos segundos, y abrí la boca para responder, pero él me interrumpió—. Y ahora solo importa el asunto del baile —añadió, cambiando de tema.

Espera. ¿El Baile Tributo? La confusión se apoderó de mí. Desde luego, yo no era la persona apropiada con la que hablar de ese tipo de eventos.

—No me había dado cuenta de que también organizas fiestas. Me temo que no seré de mucha ayuda con eso, pero buena suerte. —Me giré hacia mis cosas, aún sin saber cómo la conversación se había desviado con tanta rapidez.

—Fia. —Me detuvo con una mirada de exasperación—. Vas a tener que hacer acto de presencia.

—¿Perdón? —Abrí los ojos como platos.

—Pronto te unirás a la Guardia. Es importante empezar a hacer contactos.

—Sea como sea, no recuerdo haber accedido a unirme a una de esas veladas pretenciosas —repliqué mientras me dirigía hacia la puerta.

Él fue más rápido y me bloqueó el paso.

Me detuve en seco y casi me choqué con él. Tras el momento que acabábamos de compartir, la proximidad se sentía distinta. De pronto, era consciente del olor a ámbar quemado que desprendía, de la forma en la que él bajaba la vista para mirarme con aquellos ojos indescifrables. Se me aceleró el pulso, y odié no poder decir si era por la irritación o por algo más.

—El acuerdo que tenemos depende de que hagas lo que te aconsejo, y eso incluye las veladas elitistas a las que te estás refiriendo. Fomentan el compañerismo.

Solté una carcajada.

El general se cruzó de brazos y se quedó contemplándome.

—¿Le vas a negar a Osta la posibilidad de que la nobleza de Sídhe la vea?

—¿Osta?

—Claro. He dado por hecho que te acompañaría. Puedo incluso presentarle a algunas nobles si ella quiere.

La ira me invadió. Tenía la costumbre de usar a Osta como baza.

Levanté una ceja.

—¿Y por qué ibas a hacer tal cosa?

—¿No quieres que le proporcione un buen número de potenciales oportunidades laborales? No eres la amiga que creía. —Negó con la cabeza, arrugando la frente.

—Iba a preguntarte cómo sabes tanto sobre Osta, pero luego he recordado tu costumbre de espiar a la gente. —Puse los ojos en blanco, y me di cuenta de que seguir discutiendo iba a ser inútil.

Él sonrió y ni siquiera trató de ocultar su satisfacción.

—Estoy deseando veros a las dos este fin de semana.

Osta se iba a volver loca cuando se lo contara.

Capítulo 17

—Osta, ¡¿qué has hecho?! —Clavé la mirada en el espejo.

—¡Sabía que te encantaría! —Osta sonrió satisfecha cuando echó la cabeza hacia atrás y se tiró en el sofá con los brazos extendidos en señal de logro.

—El vestido es precioso, Osta, en serio…, pero… ¿no es mucho? —pregunté, y me di la vuelta para mirarme la parte de atrás, que prácticamente era inexistente.

Había pasado una semana desde que Ashford me había obligado a asistir al baile. Yo había accedido a que Osta me vistiera esta noche y ella me había convencido al instante para ponerme uno de sus diseños porque decía que era fundamental para que ella pudiera causar buena impresión entre la nobleza; un argumento que no pude refutar.

No obstante, se le había ido completamente la pinza con el diseño. Iba dando la nota. Una nota muy bonita, es cierto, pero la iba dando al fin y al cabo.

El vestido estaba hecho de terciopelo brillante en un tono a medias entre plateado y blanco. Las largas mangas se entrelazaban entre mis dedos con una sencilla cinta y el escote iba más allá de mis clavículas y terminaba justo debajo de mi barbilla. La tela abrazaba cada curva de mi cuerpo antes de ensancharse en la parte inferior. Los adornos iban que ni pintados con mis ojos, opalescentes y brillantes. Parecían atrapar cada destello de luz que les daba.

Una parte de mí quería abrazar a Osta por crearme algo tan bonito. Me pareció el mejor cumplido que había recibido nunca:

verme a través de sus ojos, aunque estos estuviesen contaminados por un velo rosa que no me merecía.

Sin embargo, otra parte de mí quería chillar. El vestido hacía destacar cada rasgo que yo me esforzaba por rebajar normalmente, los que siempre provocaban una atención indeseada. Era algo raro. Parecía yo, pero no me sentía yo misma.

Osta me recogió el pelo hacia atrás en trenzas sueltas, aunque unos cuantos bucles rebeldes se escaparon en el aire y me enmarcaron la cara. Ella insistió en utilizar broches incrustados con las mismas joyas que las del vestido y yo accedí de mala gana. Se debía al acuerdo al que habíamos llegado después de que yo le vetara con énfasis el tocado que había diseñado para complementar el atuendo.

Ya le había permitido empolvarme las mejillas de rojo y perfilarme los ojos con delineador, lo que solo contribuyó a enfatizar la oscuridad que los rodeaba. Hacía que mi apariencia, que de otro modo habría resultado fantasmagórica, resultara más intencional…, tal vez incluso atractiva.

Si entrecerrabas un poco los ojos.

Osta dio saltitos a mi alrededor mirándome con orgullo y me tomó las manos entre las suyas.

—Fia, ¡eres un sueño! —musitó—. He esperado taaaaaanto tiempo para vestirte para algo. —Sacudió la cabeza y esbozó una sonrisa—. En serio, pareces una estrella fugaz, ¡quizá hasta uno de los Esprithe! ¡Es justo lo que tenía en mente!

Le robé otra mirada al espejo; jamás me había visto tan arreglada. Inhalé hondo y asentí.

—Eres mi heroína. Las ladies se van a morir cuando vean tu trabajo. —Le di un empujoncito a Osta—. Hablando de eso, a lo mejor va siendo hora de que te prepares. Yo ya estoy. Tengo muchas ganas de ver lo que te vas a poner tú. —Le lancé una mirada traviesa y le hice un gesto con la cabeza hacia el pasillo.

—¡Todavía no me puedo creer que hayamos conseguido asistir! ¡Retiro todo lo malo que he dicho del general!

Gruñí.

—No hace falta —empecé a musitar, pero ya había girado la esquina. Un débil grito reverberó por la estancia cuando cerró la puerta de su dormitorio de golpe.

Cuando salió, me quedé boquiabierta.

El vestido era exquisito. Atemporal. Parecía la personificación de un rubí centelleante. La tela era de un escarlata intenso adornada con joyas a juego. Caía en cascada, abrazándola por los hombros, en un elegante drapeado que dejaba su escote al descubierto.

La silueta cambiaba a un corsé a medida, que acentuaba su feminidad. Llevaba la mitad del pelo recogida encima de la cabeza y la otra mitad suelta en tirabuzones a lo largo de la espalda. Deslumbraba.

—Estás alucinante, Osta —susurré, llevándome las manos a la boca. Ella me sonrió mientras se giraba para asegurarse de que viera el vestido desde todos los ángulos.

—Es bonito, ¿a que sí? —preguntó, y pasó junto a mí hacia el salón. La seguí al tiempo que ella se situaba delante del espejo para admirar su trabajo.

—¿Bonito? Es increíble.

Bajó la mirada y se mordió el labio.

«Ay, no». No teníamos tiempo para esto.

—Fia…, ni siquiera puedo decirte lo mucho que esta oportunidad significa para mí. Es posible que esto me cambie la vida, en serio. No sé cómo agradecértelo. —Sorbió.

—Osta, no es necesario que me des las gracias. De verdad, todo ha sido cosa de Ashford. —Me apoyé en la pared y le dediqué una sonrisa tranquilizadora—. Ya sabes que a mí no me va esto, pero me hace mucha ilusión por ti. Y me siento muy honrada de llevar semejante obra de arte. Haré lo que esté en mi mano para lucirlo como se merece.

Ella alzó la mirada; los ojos empezaban a brillarle en las comisuras. Cogí un pañuelo de la encimera y se lo entregué. Sonrió y se los secó con cuidado.

—Igual necesito eso por escrito, Fia —bromeó—. Nada de esconderse esta noche. En serio.

—Tomo nota —asentí, obligando a que las palabras me calasen. «Esta noche no pienso decepcionarla», me prometí a mí misma.

Se dirigió a la puerta.

—¿Vamos? —Osta alargó la mano y yo enganché el brazo con el suyo. Cuando salimos a la calle, todos nos miraron. Me puse como un tomate.

—¿Eres Fia? —Volví la cabeza hacia la derecha. Un hombre vestido con el traje de gala de la Guardia de Sídhe me observaba con la ceja alzada.

—Eeeh, ¿sí? —Respiré hondo en un intento de parecer segura, pero fallé estrepitosamente.

—Os acompañaré a ti y a tu amiga al baile esta noche. Estaba casi convencido de que no ibais a aparecer ya. Venid, pongámonos en marcha. No queremos llegar tarde. —Se giró con brusquedad y se encaminó hacia el canal.

Le lancé a Osta una mirada perpleja y ella se encogió de hombros antes de echar a andar tras él. Yo me crucé de brazos y los seguí vacilante.

El hombre bajó a una barcaza hecha de madera oscura. Esos barcos navegaban por los canales a diario cerca del apartamento, aunque nunca me había subido en uno.

Tendió la mano y ayudó a Osta a bajar antes de hacerme señas a mí. Ella se subió sin esfuerzo. Yo respiré hondo y acepté la mano del hombre. En cuanto puse los pies en el suelo del barco, perdí el equilibrio y caí sobre el asiento, pero me enderecé enseguida y me ajusté el vestido.

—¡Fia la grácil! —Osta soltó una carcajada y vino a sentarse conmigo. Si esta era una señal de cómo iba a ir la noche, la llevábamos clara. Se me retorció el estómago de mala manera cuando el barco echó a navegar canal abajo, poniéndome los nervios de punta.

Nos aproximamos a la parte más oriental de Luminaria, y me fijé en cómo se ramificaba el cauce para rodear la fortaleza imperial. Sus

imponentes chapiteles arañaban el cielo nocturno. Un tropel de guardias de Cuerpo vigilaba el perímetro y los canales de alrededor.

Uno de ellos se acercó a zancadas a nuestro barco y le hizo señas al guardia que nos había llevado allí.

—Invitadas del general Ashford —anunció antes de enseñar su insignia. El otro guardia se limitó a asentir con la cabeza y se apartó.

Por suerte, bajarse del barco era una tarea mucho más fácil que subirse en él. Osta y yo nos removimos mientras nos arreglábamos los vestidos tras poner los pies sobre los adoquines. El sonido de la música en directo se colaba entre las calles y se mezclaba con las voces de los asistentes, que charlaban cerca de la enorme entrada. No me hizo falta mirar a mi amiga para notar su ilusión. Le salía por los poros. Prácticamente vibraba.

Nos tranquilizamos y nos abrimos paso hacia la entrada. Bajé la vista cuando nos acercamos a la multitud que había fuera, pero fue un intento más bien pobre de conservar el anonimato. Noté los ojos sobre mí en el instante en el que llegamos a las escaleras.

Hicimos lo que pudimos para adentrarnos entre el laberinto de cuerpos y alcanzar al fin el centro de la fortaleza. Osta respiró hondo mientras asimilábamos la opulencia del gran salón.

Adornos dorados se extendían de modo intrincado por el techo y a veces daban paso a pinturas que honraban el panteón de los Esprithe. Paredes de marfil estaban recubiertas de telas de un esmeralda intenso y tapices que presentaban el emblema real. Las dos nos quedamos ahí plantadas sin salir de nuestro asombro mientras paseábamos la vista por la sala.

Inmensos candelabros de cristal colgaban del techo y arrojaban un destello etéreo que danzaba por todo el suelo de mármol pulido. El aire era dulce por la fragancia de flores exóticas, dispuestas en jarrones altísimos. La enorme escalera del centro del salón se alzaba imponente delante, y llevaba a galerías superiores en las que los invitados podrían disfrutar de las festividades desde arriba.

Los juerguistas aossí hacían piruetas y se deslizaban por la sala al ritmo de la melodía de la orquesta. Sobre una elevada tarima, el rey y la reina estaban sentados en sus tronos, vestidos con los tonos esmeralda de la corte real.

—No me puedo creer que estemos aquí —murmuró Osta con los ojos abiertos de par en par.

—Y que lo digas —farfullé mientras intentaba no pensar en las personas que claramente nos miraban con atención.

—Fia, intenta comportarte —resopló.

—Todo el mundo nos está mirando. Es alucinante —susurré, y enganché mi brazo con el suyo.

—Claro, Fia, porque somos las mejor vestidas de aquí. No eres el ombligo del mundo. Deja de torturarte tanto y de ser tan negativa —siseó con una sonrisa.

El calor me recorrió las mejillas. Estaba tan acostumbrada a que la gente se me quedase mirando por mi apariencia que no se me había ocurrido que podría ser por el gran trabajo de Osta. Me invadió la culpa, y reprimí la vergüenza.

—Tienes razón, perdona.

Osta paseó la vista por la estancia; sin duda, evaluaba las elecciones de moda de los asistentes. Una sonrisa satisfecha se le dibujó en la cara. El brillo que se le reflejaba en los ojos podría haber cegado a cualquiera.

—¿Qué…? ¿Qué hacemos ahora? —le pregunté, dudosa.

—Veo una barra al fondo. ¿Tomamos una copa? —Osta me guiñó el ojo.

—Sí. Por supuesto. Vamos. —Las palabras no pudieron abandonar mi boca más rápido. Mi amiga me tiró del brazo y yo la seguí.

Alcé la vista y divisé un destello de pelo cobrizo en la distancia. El general se encontraba rodeado de una patrulla de guardias de Sídhe, todos de negro. Estaba reclinado contra una columna; parecía ajeno a las conversaciones que se desarrollaban a su alrededor. Cuando cruzamos la mirada, se le dibujó una sonrisa en los labios.

Capítulo 18

Ashford murmuró algo al grupo que lo rodeaba antes de acercarse a nosotras. Tenía el largo cabello cobrizo atado, pero se le habían escapado unos cuantos mechones de los lados. Llevaba una camisa negra almidonada y unos pantalones de vestir a juego. Un largo abrigo con hileras de insignias y medallas caía en cascada por su cuerpo.

Tenía las manos en los bolsillos y una expresión curiosa en el rostro. Osta me miró confundida antes de seguir mi mirada hasta el general, que aún seguía con los ojos fijos en los míos.

Me agarró de la muñeca y jadeó.

—¿Por qué te está mirando así? —susurró Osta.

Apenas podía oírla por encima de los latidos de mi propio corazón.

—¿Hum? —murmuré.

—Fia. O quiere matarte, o quiere acostarse contigo. No hay término medio —chilló mientras el general se acercaba a nosotras. Yo negué con la cabeza y traté de parecer imperturbable. Los nervios me subieron por los hombros y noté un hormigueo en la nuca.

Se paró delante de nosotras; la mirada en su rostro ahogaba todos los sonidos a mi alrededor. Me recorrió todo el cuerpo antes de volver a clavar los ojos en los míos.

Me sentí desnuda al instante. Algo en la naturaleza escrutadora de su mirada hizo que me removiera en el vestido.

¿Por qué me estaba observando así?

Osta se aclaró la garganta. El general parpadeó cuando salimos de nuestro trance. Los sonidos de la habitación volvieron a retumbar

como un cuerno de guerra y me arrastraron de vuelta a la realidad.

A Ashford se le suavizó el rostro, pero le volvió la sonrisa pícara. Miró a Osta.

—Tú debes de ser el motivo por el que Fia está tan presentable esta noche —bromeó. Ella soltó una risita como si fuera una puñetera colegiala.

No pude poner los ojos en blanco lo bastante rápido.

—Me alegro mucho de conocerte, general Ashford. Es un honor haber sido invitada esta noche, en serio. No puedo agradecerte lo suficiente la oportunidad —dijo Osta con mucha efusividad, batiendo las pestañas y haciendo reverencias.

Si la sonrisa del general era indicador de algo, lo estaba disfrutando. Prácticamente rezumaba satisfacción.

—El placer es todo mío, de verdad. —Le agarró la mano y se la llevó a los labios. Sus ojos se dirigieron de vuelta a mí mientras se la besaba—. Eres como un rayo de sol. He de admitir que no estaba seguro de qué esperar tras haber conocido a tu amiga.

Osta soltó una risita nerviosa. ¡Una risita nerviosa!

—Bueno, ¿cuál es el plan? —lo interrumpí antes de que la farsa siguiera mucho más.

—Pues supongo que sería mejor hacer algunas presentaciones antes de que todo el mundo se entusiasme demasiado con la barra libre. —Sonrió—. ¿Vamos, Osta? —Extendió el codo. Ella nos miró a uno y a otro vacilante.

—Eh… A ver… Fia puede venir con nosotros, ¿no? —inquirió.

El general se rio.

—Me temo que su mala cara espantará a cualquier cliente potencial, pero allá tú.

—Id vosotros dos. Yo voy a… ¿Cómo lo has expresado? «Entusiasmarme con la barra libre». —Empecé a pasar por delante de ellos. No me encantaba la idea de que mi mejor amiga deambulara por las profundidades de la fortaleza con un asesino, pero mi objeción podría convertirla a ella en otra criminal.

Además, Osta se merecía tomar decisiones por sí misma.

—¡Mercer! Ven a hacerle compañía a Fia, por favor —gritó el general a mis espaldas.

«Ah, genial».

Miré en la dirección hacia la que había gritado y vi a un guardia con el mismo atuendo negro que se apartó de un hombre muy bien vestido que casi medía la mitad que él y comenzó a moverse. Tenía el pelo negro azabache corto y la piel bronceada. Era tan alto como el general, pero más corpulento. Mientras se acercaba, nos dedicó una ligera sonrisa, y me percaté de las motas ámbar de sus ojos.

—Tú debes de ser Fia. —Hizo un gesto de asentimiento con la cabeza en mi dirección.

—Siento apartarte de Halloway, pero estoy seguro de que ya habéis superado la fase de luna de miel. Será solo un momento. Échale un ojo. Tiene la costumbre de meterse en situaciones peligrosas —espetó el general mientras se volvía para adentrarse con Osta entre la multitud—. No seas dura con Callum, Fia. Compórtate.

Osta me dirigió una mirada comprensiva antes de desaparecer.

—¿Siempre es tan encantador? —pregunté de forma sarcástica.

El guardia se rio y se rascó la nuca.

—Sí, sin lugar a dudas, tiene un don.

Sacudí la cabeza.

—Iba directa a la barra cuando te ha llamado. —Arqueé una ceja.

—Te acompaño. Seguro que voy a necesitar una copa antes de que termine la noche.

Anduvimos juntos e hicimos cola antes de que nos dieran nuestros cócteles. Me bebí el mío de un trago al instante.

—Laryk me ha contado mucho sobre ti.

Por el uso informal de su nombre debía de ser alguien… cercano. Lo hacía parecer más un conocido y menos mi tormento personal.

—No me puedo ni imaginar las cosas que te ha dicho —murmuré, y me puse colorada—. Tiene pinta de que le gusta exagerar bastante. —Algo de la presencia de Callum era extrañamente reconfortante. Quizá era que parecía alguien normal comparado con Laryk, el general.

—¿Vives aquí? —pregunté.

—Me han destinado al oeste, pero me quedaré en Luminaria unos cuantos meses entrenando a las nuevas incorporaciones a su

facción. Incluida tú. —Frunció el ceño—. Supongo que después de esta noche tendrás que dirigirte a mí como teniente Mercer. —Sonrió y le dio su primer sorbo a la bebida.

Charlamos cerca de la barra durante más de media hora antes de que el general y Osta volviesen. No me podía creer que alguien tan despreocupado y amable como Mercer fuera el segundo al mando del general.

Osta estaba rebosante de alegría cuando se acercó a mí dando saltitos.

—¡Creo que ha ido muy bien! —chilló.

—Voy a por una copa para que lo celebres y luego me lo cuentas todo. —Me giré hacia la barra y anduve unos cuantos pasos antes de sentir la calidez de una mano en el brazo.

—Fia, ¿me concedes este baile? —El aliento del general era cálido contra mi oreja. Me giré para encontrarme con su mirada.

El horror me invadió mientras Osta contestaba por mí.

—¡Sí! ¡Vamos, Fia!

Ni siquiera había formulado una respuesta antes de que él estuviera llevándome al centro de la sala, hacia el remolino de colores.

«Esto parece muy inapropiado».

Paseé la vista por la habitación y noté los movimientos sincronizados a la perfección de las parejas que giraban a nuestro alrededor y creaban un borrón de vestidos de satén y trajes de gala negros.

Se me formó un nudo en la garganta.

—No conozco ninguno de estos bailes…

—Tú solo sígueme. No permitiré que nos dejes en ridículo. —Los ojos le brillaban.

De pronto, me rodeó la cintura con los brazos y los deslizó por mi espalda desnuda. El corazón se me iba a salir por la boca. Atrajo mi cuerpo sonrojado al suyo.

Yo estaba ardiendo, y necesitaba apagar aquel fuego con desesperación.

¿Por qué me sentía así? Tenía que ser la vergüenza colosal de bailar con mi superior, o de bailar en general… Esto se salía

muchísimo de mi zona de confort.

O tal vez era porque hacía mucho tiempo que nadie me agarraba así.

Empezamos a movernos y nos entremezclamos con los cuerpos que daban vueltas. Era una buena pareja de baile, al menos según mi experiencia.

—¿Por qué haces esto? —La pregunta se me escapó antes de poder retenerla.

Presionó la mano con más firmeza contra la parte baja de mi espalda mientras nos guiaba en la rotación.

—¿Hacer el qué?

—Esto. —Hice un vago gesto entre nosotros—. ¿Por qué estamos bailando?

Se quedó callado por un instante y nos hizo girar.

—La gente te está observando —dijo al fin en voz baja—. Una riftborne en un baile de la nobleza llama la… atención.

Se me hizo un nudo en el estómago.

—Entonces ¿estás haciendo que dé el espectáculo?

—No. —Me miró fijamente—. Estoy haciendo una declaración.

—¿Qué es lo que estás declarando?

—Que estás bajo mi protección. Que cualquiera aquí que tenga un problema con tu presencia tiene un problema conmigo.

Las palabras provocaron algo extraño en mi pecho. Alcé la vista para mirarlo y escrutarle el rostro.

—Qué estratégico.

Los ojos le destellaron con humor.

—Tengo mis momentos.

Nos hizo girar, y de repente estuve aún más cerca, con su pecho contra el mío.

Agachó la cabeza hasta que me rozó el oído con los labios.

—El vestido te queda genial, aunque preferiría que fuera negro. —Su susurro hizo que me recorriera un escalofrío de la cabeza a los pies.

—Como has dicho antes, todo es mérito de Osta. —Giré la cabeza en un intento de ocultar mi rubor—. Gracias por presentarle a gente esta noche. Ella sí que se merece atraer la atención.

Todavía podía sentir cómo me estaba clavando la mirada.

—Me alegro de hacerlo. Estoy cansado de ver los mismos estilos y diseños reciclados una y otra vez en estas fiestas.

—Debía haber sabido que tenías un interés personal en esto —dije con una leve sonrisa. No pude evitarlo.

El alcohol. El baile ridículo. Lo absurdo que era que yo, Fia Riftborne, estuviera en un baile, por el amor de los Esprithe. Había demasiado que procesar.

Él ignoró mi comentario a propósito.

—Su atención al detalle es bastante impresionante.

—Sí, tiene que serlo. Al fin y al cabo, es su foco.

—Ya me he dado cuenta —murmuró antes de bajarme en una caída impresionante que hizo que me diera una sacudida el corazón. Cuando me levantó, nuestros cuerpos chocaron y una mezcla de conmoción y fuego me invadió. Le estaba mirando fijamente a los ojos esmeralda, con nuestras caras casi tocándose.

—Laryk —jadeé por el movimiento repentino y al instante me arrepentí. Me ruboricé mientras se me escapaba su nombre de pila de la boca con tanta facilidad.

«Malditos cócteles».

Él alzó una ceja.

—Ten cuidado.

Sentí sus brazos muy tensos, pero acercó aún más la cara, que fue más allá de mi mejilla y se quedó cerca del lóbulo de mi oreja.

—No dejes que mis soldados te oigan llamarme así —susurró.

Asentí de manera instintiva y traté de ocultar que me faltaba el aire. La cabeza me daba vueltas. Iba a desmoronarme en el suelo. Él estrechó más los brazos alrededor de mi cintura mientras la canción terminaba, casi como si dudara si soltarme o no. El momento quedó suspendido entre nosotros. Yo no pude librarme de su agarre; había una fuerza innombrable que me mantenía unida a él.

—Deberíamos volver con Osta y Mercer ya. —Miré hacia abajo y desperté del trance.

Mientras se me enfriaba el cuerpo por la ausencia de su tacto, un pensamiento se me vino a la mente.

«Sigues siendo un ratón en un mar de serpientes».

Solo porque él estuviera actuando con amabilidad no significaba que todo esto fuera real…

No obstante, por alguna razón, aquella noche fue más complicado convencerme de la verdad a la que me había aferrado toda mi vida. Tenía que ser el alcohol. Estaba haciendo que me volviera vulnerable y que actuara como una estúpida. Y eso podría dar lugar a situaciones peligrosas.

Repetí el pensamiento, intentando atenerme a él.

—La cena debería empezar pronto. Podemos ir a buscarlos y dirigirnos al salón del banquete. —Se aclaró la garganta y se ajustó el cuello de la camisa antes de ofrecerme el brazo. Me condujo a través de la estancia en dirección a la barra. La multitud se abrió ante nuestro paso y no nos quitaron los ojos curiosos de encima, pero por una vez no sentí la necesidad de huir de ellos. La confianza de Ashford era contagiosa.

Osta me lanzó varias miradas muy sospechosas e inquietantemente pícaras a nuestro regreso, lo que provocó que le diera un codazo con un poco de fuerza de más. Ella soltó una risita baja que solo yo pude oír.

Los cuatro nos encaminamos a las escaleras después de reencontrarnos, y Osta aprovechó la oportunidad para contarme las conversaciones que había mantenido con las damas de la nobleza.

—La mayoría de ellas parecían receptivas, en serio. Algunas estaban buscando activamente una modista interna, lo que sería un buen trampolín para abrir mi propio taller un día. —Me dio un fuerte apretón en la mano mientras hablaba—. Diría que lady Soleil y yo hemos conectado de verdad. Alabada sea Niamh, estoy muy contenta. No sé si podré dejar de sonreír esta noche. —Sacudió la cabeza y miró hacia abajo para tratar de contenerse.

—Estoy muy orgullosa de ti. Te lo mereces. —Yo también le di un apretón en la mano, y ella soltó un gritito cuando llegamos a la parte superior de las escaleras.

—No sé… No sé cómo darte las gracias por esto. —Osta miró al suelo—. Has conseguido hacer por mí en una noche lo que llevo casi toda mi vida intentando.

Sentí una punzada de culpa en el pecho, pues por mucho que yo quisiera ser la que la ayudase, la que la salvase de Thearna, no había sido yo.

Había sido él.

Laryk había empleado su posición y poder para ayudar a una riftborne, algo que jamás habría pensado que fuera posible.

Había matado a uno de los suyos…

—Fia, Osta, ambas cenaréis con los demás miembros de mi facción. Os mostraré vuestros asientos.

Las palabras de Laryk se colaron en mis pensamientos, y entonces los abandoné por completo. Los sentimientos eran demasiado confusos para sopesarlos en un ambiente como este.

Me centré en cambio en el inmenso espacio y permití que la auténtica opulencia se convirtiera en mi distracción.

En una esquina, nos esperaba un generoso banquete. Las mesas estaban dispuestas con cristalería y cubertería de plata como muestra de que iba a ser un suntuoso festín. El olor a pan recién hecho se entremezclaba con el del glaseado balsámico y el aroma apetecible del jabalí asado. Los cortesanos participaban en conversaciones animadas, y las risas se oían por toda la habitación y se mezclaban con la música de la orquesta de abajo.

—¡No tan rápido, Ashford! —ordenó una voz a nuestras espaldas.

Laryk se giró primero con una brillante sonrisa y pasó por delante de nosotras. Yo me di la vuelta para ver al rey y a la reina acercándose. El rey alzó una ceja y me señaló.

—¿Esta es la persona de la que me has hablado?

Capítulo 19

Eran el epítome de la realeza, vestidos con ropajes vibrantes de sedas esmeralda. El rey tenía una ardiente sonrisa y una abundante cabellera oscura salpicada de canas. A pesar de que sus ojos parecían amables, prácticamente destellaban con un brillo violeta.

A su lado, la reina irradiaba fulgor, engalanada con una cascada de joyas. Llevaba los tirabuzones rubios arreglados con minuciosidad en perfectos bucles que le caían por la espalda de un modo natural. Contrastaban mucho con sus inquietantes ojos ónice, que estaban clavados en mí. Parecía que ella tenía más curiosidad.

Los dos monarcas portaban coronas de oro adornadas con gemas verdes. Su presencia era abrumadora.

Jamás los había visto tan… accesibles. Cada aparición en público de la que había sido testigo conllevaba un muro de guardias y apenas se les podía distinguir entre el mar de uniformes. Pero estaban aquí de pie, aparentemente abiertos y cercanos, mezclándose con los invitados…

Paseé la mirada por la sala y de pronto lo comprendí.

La guardia personal no había desaparecido. Estaban situados en cada esquina, apostados en cada pared y flanqueando cada entrada. Todos llevaban uniformes verde esmeralda, símbolo de la Guardia Real. Sus ojos vigilaban toda la sala.

Y más de unas cuantas miradas se clavaron directamente en mí.

La piel me hormigueó al percatarme de ello. La ilusión de accesibilidad no era más que eso.

Una ilusión.

El rey había encontrado a su reina cuarenta años atrás, y bardos en tabernas humildes y orquestas en banquetes reales entonaban canciones de su historia de amor por todo el reino. Las canciones hablaban de un flechazo a primera vista tan poderoso que el rey tuvo que abandonar a la mujer con la que había estado prometido desde su nacimiento. Lo arriesgó todo para casarse con una miembro de una familia noble de los confines más alejados de Sídhe.

Desde entonces, el rey la contemplaba con tal orgullo que casi resultaba incómodo presenciarlo.

Osta y yo intercambiamos una rápida mirada de pánico antes de postrarnos en una reverencia. El rey, con su retumbante voz, se rio por lo bajo. Nos erguimos y vimos que los tres sonreían divertidos.

—Qué adorables, queridas —comentó la reina Ophelia a la par que lanzaba una mirada hacia mi marca de riftborne y ladeaba la cabeza. Cambié el peso de un pie al otro, nerviosa—. Fia, ¿verdad? Laryk tenía razón. Es difícil pasarte por alto. —El calor se apoderó de mí y la vergüenza me coloreó las mejillas. Estaba deslumbrada, y me odiaba por ello. Puede que la Guardia fuera la responsable de la destrucción de Riftdremar, pero el rey era quien había dado las órdenes.

El rey sonrió.

—Las dos os veis de lo más radiantes.

Osta estaba petrificada a mi lado. Ni siquiera parpadeaba. Le di un codazo con cuidado.

—Majestad, es un placer conoceros. ¡Qué baile más espléndido! Todo es absolutamente perfecto. —La voz de Osta subió una octava. Temí que se cayera redonda al suelo en nada.

—La adulación te llevará a todas partes —contestó el rey antes de mirar más allá de nosotras, como si hubiera perdido el interés en la conversación. Sin embargo, la reina no apartaba los ojos de mí—. Ashford, hablaremos más tarde —continuó el rey—. Ha sido un placer conoceros. Fia, bienvenida. Estamos encantados de tenerte en la Guardia. Me he enterado de que tienes un gran potencial. —Le dio unas palmaditas a Laryk en el hombro antes de coger a la reina de la mano.

—Sí, por supuesto. Iré a buscaros después de la cena —replicó Laryk con una sonrisa tensa.

—Encantada —me las ingenié para decir mientras se marchaban.

—Osta, cielo, ¿estás bien? —Laryk estaba conteniendo la risa.

«¿Cielo? ¿En serio?».

Me volví para mirarla. Por una vez, ella parecía más pálida que yo. Asintió temblorosa.

La sujeté mientras Laryk nos guiaba hacia la mesa. Estaba llena, a excepción de unas cuantas sillas vacías en ambos extremos. Las personas sentadas ya se encontraban charlando entre ellas; el alcohol había elevado sus voces lo bastante como para que fuera fácil oírlas.

—¿Te has enterado de que se va a unir a la facción una riftborne? —trataba de susurrarle alguien a otra persona.

Laryk se inclinó y le contestó en el mismo tono:

—Sí que me he enterado, y parece que es cierto.

Los dos guardias se giraron en sus sillas con los ojos abiertos como platos cuando lo vieron.

—Ay, general, no me había fijado en que estabas aquí —soltó uno de ellos con el calor extendiéndosele por el rostro.

Laryk desestimó la respuesta con la mano antes de dirigir su atención a la mesa al completo.

—Gente, esta es Fia. Fia, gente. —Gesticuló para señalarlos a ellos y luego a mí con un movimiento rápido de muñeca. No quería darle importancia al intercambio, pero una parte de mí sintió que establecía un precedente. Normalizaba mi presencia—. Bienvenida a Veneno —me susurró Laryk antes de irse.

La piel me hervía a fuego lento debido al ardor de los ojos de los presentes sobre mí, aunque me las apañé para saludar y tragué saliva. Osta y yo tomamos asiento, y Laryk ocupó su lugar a la cabeza de la mesa. Callum estaba sentado a su izquierda. Cruzamos la mirada, y él me dedicó un ligero asentimiento.

Paseé la vista por toda la mesa para asimilar lo que parecían cincuenta miembros. La mayoría de los guardias de la fortaleza llevaban camisas de vestir blancas, pero todos los presentes las tenían negras. A pesar de tratarse de la facción más pequeña de la

Guardia, no alcanzaba a comprender las reservas de poder que ocupaban los asientos delante de mí. Tal vez fueran un ejército por sí solos.

A la derecha de Laryk se hallaba sentada una mujer pelirroja que parecía… ¿Estaba mirándome? Enseguida aparté la vista y me giré hacia Osta. Ella ya se estaba presentando al chico que se encontraba a su lado, que tenía una cara redonda y pelo castaño. Era evidente que la presencia de Osta lo había dejado de piedra.

—Fia, este es Val, y ese que está enfrente de ti es Gentry —canturreó, gesticulando entre nosotras.

«¿Cuándo le ha dado tiempo de averiguar sus nombres?».

—Bienvenida —dijo Val con una sonrisa.

Les sonreí con timidez mientras saludaba. No se veían preocupados por las marcas de nuestras manos izquierdas. De hecho, parecía que nada relativo a nosotras les inquietaba.

La cena transcurrió despacio, pero me dio lo mismo. La comida me hizo sentir como si nunca hubiera comido antes. Creo que ninguna de las dos paramos de gemir mientras nos dábamos un festín.

Val me contó que se habían llevado al cocinero de la región occidental después de que el rey hubiera degustado su cena. Al parecer, aquello había provocado una disputa entre el rey y el lord de Emeraal. Cuando tienes un foco de ese tipo, supongo que es normal que la realeza se pelee literalmente por ti.

Me incliné hacia Osta.

—¿Crees que nos mirarían horrorizados si intentamos llevarnos un poco de esta comida a casa?

Ella me dio en el hombro.

—¡Fia!

—¿Qué? Parece que hay de sobra —refunfuñé, y me encogí sobre la silla.

Me encontré paseando la vista hacia el extremo de la mesa otra vez. Laryk se reía entre sorbos de vino. Jamás lo había visto tan despreocupado. Se me dibujó una sonrisa en la comisura de los labios, que se esfumó en un periquete cuando me fijé en la cabeza

pelirroja que se inclinaba hacia él y en la mano que desaparecía bajo la mesa.

Laryk se reclinó y continuó hablando con Callum. Llevó la mano al respaldo de la silla de la chica. Por unos instantes, los ojos de ella revolotearon por la mesa y se detuvieron en mí, y acto seguido esbozó una sonrisa.

—Oye, Gentry —dije. Él se volvió hacia mí y se inclinó—. ¿De qué va esa? —Hice una seña con la cabeza en dirección a la punta de la mesa.

—¿Te refieres a Narissa? —preguntó antes de bajar el tono de voz a un susurro—. Yo me mantendría alejado de ella si pudiera. Su foco es una locura. Es una coaguladora de la sangre. Y no le temblará la mano en mostrártelo.

Me detuve y fruncí el ceño confundida. Nunca había escuchado algo así.

—¿Qué es…?

—¿Acabasss de decir que esss un coágulo de sssangre? —preguntó Osta arrastrando las palabras mientras se inclinaba sobre mi regazo para unirse a la conversación.

Gentry estuvo a punto de atragantarse con su copa, y los cuatro soltamos una carcajada tremenda.

Cuando al fin recuperamos el aliento, alcé la vista y me fijé en que Laryk me observaba con la mandíbula apretada y la cara desprovista de cualquier rastro de diversión previo.

Otra hora pasó volando, y la gente comenzó a moverse de un lado a otro mientras cogía sus cosas. Miré a Laryk, pero mantenía una intensa conversación con Mercer y Narissa. Los tres se habían apartado de la mesa. Hablaran de lo que hablaran, parecía serio.

Le di un codazo a Osta.

—Creo que es hora de largarse.

Nos levantamos de las sillas; yo sujeté a Osta y recé a los Esprithe para que hubiera un barco. Volver a casa a pie resultaría prácticamente imposible.

—¿Ya os marcháis? Podemos acompañaros —dijo Gentry, alargando los brazos a los lados.

Los cuatro nos abrimos paso a través de la fortaleza y nos encaminamos hacia la enorme entrada que habíamos atravesado tan solo unas horas atrás. Parecía como si hubiera transcurrido toda una vida desde entonces.

La noche había acabado siendo… mejor de lo que me esperaba. Había sobrevivido. Osta había hecho algunos contactos, y, de alguna forma, ¿las dos habíamos trabado amistades? La cabeza aún me daba vueltas por la sorpresa de todo aquello. Gentry y Val eran divertidos y muy normales. Algo cálido se agitó en mi interior.

Divisé el canal reluciente a la luz de la luna justo delante. Cuando nos volvimos para despedirnos, un guardia apareció detrás de Gentry y le puso una mano en el hombro. Yo aparté la cabeza para tratar de darles algo de privacidad, pero no pude evitar escuchar la conversación.

—Ha sucedido de nuevo en Stormshire. Parece que los de arriba nos van a desplegar mañana hacia el oeste —susurró. Me costó descifrar las palabras, aunque su tono me dio la impresión de apuro, tal vez incluso de miedo.

Gentry y Val se giraron hacia nosotras y se despidieron rápido antes de desvanecerse entre la multitud. Osta y yo nos miramos con las cejas alzadas.

Nos agarramos del brazo antes de pasear canal abajo.

Me atreví a girarme para mirar la fortaleza y me fijé en un par de cabezas pelirrojas que se marchaban juntas, agarradas de la mano. Me volví hacia Osta con el rostro acalorado mientras clavaba los ojos en el camino de adoquines.

Me recordé a mí misma que lo odiaba.

Capítulo 20

Había pasado una semana y Laryk no se había puesto en contacto conmigo y nuestras sesiones de entrenamiento parecían haberse parado. Osta se estaba aprovechando de mi tiempo libre recién adquirido para convencerme de que fuera con ella al parque para dar un paseo matutino antes del trabajo, insistiéndome en que aquello me despejaría. Al menos, ese era su modo de expresarlo. Lo que quería de verdad era que me deshiciera del mal humor que parecía haberme asolado desde el baile.

Así que ahí estábamos, paseando por el sendero más lejano, evitando el centro lleno de gente. Dirigí la vista hacia abajo cuando una rana saltó de un nenúfar a un pequeño estanque.

—¿Todavía no sabes nada del general? —preguntó Osta por encima del hombro.

—Pues claro que no —contesté con el ceño fruncido.

Casi toda la Guardia había partido a Stormshire después de que sucediera un incidente cerca de la frontera del que no habían revelado nada.

—Estoy a merced de su horario. Sea cual sea.

Laryk no había considerado necesario informarme de la interrupción de nuestro entrenamiento. Se hizo obvio cuando llegué al gimnasio hacía unos días y me lo encontré vacío.

—Estoy segura de que pronto volverá. Y tal vez quiera que practiques en su ausencia. —Osta soltó un sonido de desaprobación y pasó las yemas de los dedos por unos tulipanes con flecos. Desde el baile, Laryk no podía hacer nada malo ante sus ojos, lo que era exasperante.

—Pues entonces debería haberme dejado alguna carta —murmuré, y le di una patada a una piedra solitaria que había en el sendero de tierra. A decir verdad, había estado practicando sola, pero no había visto mucho progreso, lo que era una de las razones por las que estaba de mal humor.

Osta tarareó para sí misma.

—¿Y el taller? ¿Se ha quitado Thearna ya el palo del culo? —pregunté mientras le daba un codazo a Osta en el brazo.

—No creo que pudiera, aunque lo intentase —respondió al tiempo que se encogía de hombros.

Osta se había encontrado en un estado constante de euforia desde el baile, y parecía que la tensión se había desatado en el taller en consecuencia. La ausencia de Thearna de la lista de invitados tenía pinta de ser una medida de contención, y a Osta nunca se le había dado demasiado bien ocultar su emoción. Podía imaginármelo con mucha claridad: las venas en el cuello de Thearna palpitando con cada palabra que Osta soltaba sobre el evento.

—Sé que se siente amenazada por mí, pero, en vez de ignorar mis sugerencias, tal vez podría escucharme más —arrulló mientras se examinaba las uñas. El enfado de Thearna parecía haberse incrementado por el nuevo descaro de Osta.

Ella tampoco había tenido noticias de ninguna de las miembros de la nobleza que Laryk le había presentado; sin embargo, aquello no parecía ninguna sorpresa. Todo el mundo estaba mucho más preocupado por la ausencia repentina de la Guardia. Aun así, Osta tenía la confianza de que alguna de las ladies le ofreciera trabajo. Yo solo esperaba que no cruzara los límites con Thearna antes de que eso ocurriera.

—Supongo que aquí es donde se dividen nuestros caminos —dije de mala gana cuando llegamos a una de las puertas arqueadas del parque.

Osta compartió mis sentimientos haciendo un puchero.

—Te veo esta noche. Deséame suerte.

—Será mejor que me guarde un poco de suerte para mí misma.

Las cosas con Ma habían… vuelto a su intensidad habitual, o a la falta de ella. Ahora que sabía que yo había seguido entrenando con

la Guardia, simplemente no nos hablábamos.

Me pasé la mañana moliendo capsaicina. Era muy complicado trabajar con los chiles secos de los que la habíamos extraído. Los ojos me habían estado picando y lagrimeando todo el día. A pesar de que sabía que no era así, no pude evitar sentir que era una manera de castigarme.

Tamicé el polvo en una bolsita para infusiones y la metí en un caldero que ya estaba calentando aceites infusionados y vi cómo el polvo rojo comenzó a desangrarse en el líquido brillante.

Sonó la puerta principal, lo que me sacó de mis pensamientos. Alcé la vista hacia Ma, que se hallaba rellenando viales con un líquido ámbar.

—Voy yo —me ofrecí, lanzándole una pequeña sonrisa antes de dirigirme a la parte delantera de la tienda y desatarme el delantal—. ¿Te puedo ayudar en algo? —pregunté cuando doblé la esquina.

—Qué encantadora. —Aquella voz hizo que el corazón me fuera a mil.

Sentí una inesperada punzada de alivio recorrerme, pero me apresuré a deshacerme de ella.

Alcé la vista al instante para ver a Laryk inclinado sobre el mostrador con una sonrisa divertida en los labios. Abrí los ojos de par en par un segundo y me fijé en el uniforme de cuero ajustado que llevaba. La vista no estaba nada mal…

Sacudí la cabeza y reemplacé mi estupor con una mirada entrecerrada.

—¿Qué haces aquí? —susurré, apresurándome hacia él. Volteé la cabeza para asegurarme de que Ma no me había seguido a la parte delantera.

Parecíamos estar solos, al menos, por ahora.

—Bueno, no ha sido una bienvenida muy educada. ¿No me has echado de menos? —Se puso recto y arqueó una ceja.

—Estoy muy ocupada ahora mismo. —Fruncí el ceño aún más. Si Ma lo veía aquí…

Él se acercó a mí y me quitó una hoja del pelo. Yo me aparté de un salto mientras él sonreía.

—Ya veo que dejaste la versión más agradable de ti en el baile —reflexionó al tiempo que inspeccionaba la hoja.

—Supongo.

—Qué pena. —Suspiró mientras me miraba de arriba abajo. Parecía que me estaba desnudando con los ojos.

Se me ruborizaron las mejillas, pero me calmé intentando dejar de fruncir el ceño. Necesitaba que se marchara lo más rápido posible. La manera más fácil sería tranquilizándolo.

—Laryk —dije su nombre con dulzura, esperando que él me lo consintiera—. Por favor, dime lo que quieres para que pueda volver al trabajo. —No me salió tan neutral como pretendía. Él se detuvo un momento, con un destello de curiosidad en los ojos, antes de parpadear y desviar la vista hacia la salida.

—Nuestras sesiones seguirán como siempre, pero, debido al incremento de la tensión en la frontera, tu iniciación a Veneno empezará antes de lo esperado. Mañana, en realidad. Debido a la falta de tiempo, no recibirás una ceremonia de bienvenida oficial. Lo siento —soltó con una voz que había vuelto a su fría formalidad habitual.

—¡¿Mañana?! —espeté—. ¿Y has esperado hasta ahora para contármelo?

—Acabo de volver esta mañana de Stormshire. No tenía ninguna forma de avisarte hasta ahora. Pero eso no importa. Es mañana, así que estarás allí mañana.

Se cruzó de brazos y me sostuvo la mirada con intensidad. La sangre me hervía. Había tenido el descaro de presentarse aquí después de desaparecer sin avisar.

—¿Y si no lo hago? —Se me escapó. La ira inexplicable me corría por dentro. ¿Cómo se atrevía a dejarme atrás sin decirme ni una palabra y luego volver con exigencias?

Se aproximó a mí con los ojos entrecerrados. Yo luché contra el impulso de retroceder. Laryk me agarró rápidamente del brazo y me acercó.

—No voy a jugar a estos jueguecitos contigo, Fia —susurró—. Después de mañana, serás una recluta oficial de la Guardia y

tendrás que mostrar respeto. No solo a mí, sino a todos tus superiores. ¿Lo entiendes?

Liberándome de su agarre de un tirón, retrocedí, anticipando el enfado que encontraría en su rostro. No obstante, lo único que me encontré fue una expresión peculiar. Se le había suavizado la mirada, y se apreciaba en ella casi interés.

Casi… preocupación.

Arrugué el ceño. Él apartó la vista y se pasó la mano por el pelo antes de inhalar hondo.

—No he venido aquí a discutir. Haré que te envíen el uniforme a tu piso más tarde esta misma noche.

Se dirigió hacia la puerta sin mirar atrás. Con otro sonido de la campana, se marchó.

Yo suspiré y me giré. Ma salió del pasillo con los brazos cruzados y sacudiendo la cabeza. Parecía disgustada.

—¿Cómo puedes continuar con esto? —Tenía la voz ronca. No sabía cuánto había presenciado. No me imaginaba cómo se vería…

—Lo he provocado, Ma. Me ha sacado de quicio y no he podido morderme la lengua. —Pasé por delante de ella, directa a mi caldero. Me siguió a la parte de atrás. Sus pasos parecían reverberar en la habitación.

—¡Vas a hacer que te maten, Fia! —espetó en voz alta. Yo me di la vuelta con los ojos abiertos de par en par. Jamás me había gritado así antes. Contuve la respiración.

—Necesito que confíes en mí, Ma. Sé que no lo entiendes y que a lo mejor nunca lo harás, pero al menos confía en mí —le rogué.

—Sí que confío en ti, Fia. En quien no confío es en ellos. ¡Seguro que a la mitad de los guardias les parece divertida tu muerte! Y lo sabes. —Se le quebró la voz.

—Ma, voy a hacerlo, pero necesito que lo aceptes. Yo puedo cuidarme sola. Por favor, intenta entenderlo. No puedo perderte.

—No sé si puedo hacer eso, Fia. Soy incapaz de ver cómo te diriges hacia la muerte por voluntad propia. —Sorbió por la nariz y se limpió los ojos con la manga—. Ya lo sabes. Sabes lo que me pasaría a mí si algo te ocurriera.

No me salían las palabras, pero las lágrimas se me agolparon en las comisuras de los ojos y amenazaron con derramarse. Esta conversación no iba a cambiar nunca. Suspiré y empecé a remover otra vez el caldero.

Sentí los ojos de Ma en mí durante unos minutos más antes de que se volviera a su escritorio y se repantigara en la silla. Se volvió a hacer el silencio.

Quizá aquella vez fuera lo mejor.

Capítulo 21

Incliné la cabeza hacia atrás cuando la luz del sol me deslumbró, intensa y opresiva. Me atreví a echar un vistazo a la parte de arriba del cuartel, pero tuve que apartar los ojos antes de quedarme ciega.

No me hacía a la idea de que venir aquí ahora sería algo casi diario. Me había pasado mucho tiempo evitando este lugar y, ahora que estaba aquí, me sentía en conflicto. Entrenar con el general era una cosa, pero meterme a recluta era otra del todo distinta.

Enterré el desasosegado sentimiento de incertidumbre y emprendí la marcha con paso firme.

Al menos, en esta ocasión podría de algún modo pasar desapercibida gracias al uniforme que me habían dejado anoche en la puerta del apartamento.

La camisa de algodón, los pantalones y las botas eran parecidos a los que Laryk llevaba durante nuestras sesiones de entrenamiento, excepto por el distintivo con mi nombre. El símbolo de la facción del general Ashford estaba estampado en la parte de atrás.

Me hallaba cerca de la entrada cuando escuché voces familiares a mis espaldas.

—… y fíjate lo que te digo. Las raciones que han preparado van a ser un tremendo mierdón. Deberíamos habernos parado en el mercado.

—No nos daba tiempo. El convoy sale en una hora.

Me giré y vi a Val y a Gentry aproximándose. Había algo extraño en sus expresiones.

—¡Fia! —A Val se le iluminó la cara cuando me divisó—. ¿Primer día?

—¿Tan evidente es? —pregunté, y me señalé el uniforme nuevo.

—Te acostumbrarás —dijo Gentry mientras intentaba esbozar una sonrisa relajada. Entonces, me fijé en sus pesados petates.

—Oye, ¿os marcháis? —pregunté confundida—. ¿A dónde vais?

Intercambiaron una mirada. Val se cambió el petate de un lado al otro.

—Al oeste. Nos han desplegado esta mañana.

¿Al oeste? Arrugué el entrecejo.

—¿Qué es lo que está pasando exactamente allí?

Val abrió la boca para responder, pero, acto seguido, puso una cara rara, como de dolor. Junto a él, Gentry se había quedado igual de rígido.

—No podemos… —comenzó a decir Val, y luego se detuvo de forma abrupta con pinta de estar frustrado.

—… no podemos hablar de ello —acabó Gentry en un tono de disculpa.

Una sensación fría se me asentó en el estómago.

—Pero ¿estaréis bien? —pregunté en voz queda.

Intercambiaron otra mirada cargada de significado. Val me dio un golpecito en el hombro.

—Tú… tómate el entrenamiento en serio, ¿vale? Presta atención a todo lo que te enseñe Mercer.

—Debemos ir yéndonos —anunció Gentry, ajustándose el petate. No obstante, se detuvo y me volvió a mirar—. Ha sido un placer conoceros en el baile, Fia, en serio. A ti y a Osta.

—Ya hablaremos cuando regresemos —añadió Val con una sonrisa forzada—. Las copas corren de nuestra cuenta.

Vi cómo se dirigían a las verjas con la cabeza confusa. ¿Qué los habían mandado a hacer? ¿Y por qué motivo no podían contármelo?

Me quité de encima esa sensación y me giré hacia la entrada.

Aguardé en la pequeña cola y me preparé para la mirada de reproche que seguro me lanzaba el guardia de la entrada. Estaban comprobando la identificación de todo el que pasaba.

«Allá vamos».

Arrastré los pies hasta el hombre innecesariamente alto y le enseñé enseguida la identificación. Un destello de curiosidad le cruzó

los ojos cuando me inspeccionó. Sin embargo, se desvaneció por completo y lo reemplazó con una mirada de indiferencia. Se enderezó y me hizo un gesto con el mentón para que siguiera adelante.

Se me escapó un suspiro de alivio.

No había ido tan mal.

Avancé otro paso, pero vacilé antes de atravesar las enormes verjas de hierro. Apreté los labios cuando eché un vistazo detrás de mí. Todavía podía volverme.

No obstante, ese pensamiento no duró mucho. No lo permití. Clavé los pies en el suelo y me obligué a avanzar, agaché la cabeza y evité por instinto el contacto visual.

Hacía frío en el inmenso espacio circular del vestíbulo a pesar de los numerosos cuerpos en movimiento. Un borrón de acero, carbón y grava se mezcló a mi alrededor. El tañido del metal llenó el aire y me provocó un estremecimiento.

«Y, ahora, ¿a dónde voy?».

Me estrujé los sesos tratando de recordar si Laryk había mencionado dónde se suponía que me esperaban en esta monstruosidad de edificio. Por supuesto, no lo había hecho. Seguro que se encontraba en su despacho divirtiéndose de lo lindo ante la idea de que yo estuviera deambulando por ahí al tuntún. Al fin y al cabo, tampoco me había enseñado en el tour previo dónde entrenaba Veneno.

Paseé la vista por el inmenso espacio a la caza de cualquier señal que pudiera llevarme en la dirección adecuada. Noté una punzada de vergüenza, me mordí el labio y continué buscando.

Entonces, divisé una silueta familiar en la distancia.

Callum. O, más bien, el teniente Callum Mercer.

Se estaba abriendo camino entre las líneas de mesas. La gente se apartaba a su paso e inclinaba la cabeza en señal de respeto. Él alzó la vista, su mirada se cruzó con la mía y se detuvo, haciéndome un gesto para que me uniera a él.

Era extraño verlo en este ambiente después de nuestro primer encuentro. Estaba de pie con la espalda erguida y los hombros rectos. Parecía más severo e inflexible hoy. Tuve que recordarme

que debía ser formal y actuar conforme a su rango superior, como Laryk me había señalado con tanta elocuencia ayer.

Me aproximé con timidez, alcé la mano en un saludo torpe y me puse delante de él.

—Pareces perdida. —Aunque no sonreía, sus ojos sí que resultaban bastante amistosos.

—Mucho. Esperaba que supieras a dónde tengo que ir.

Me tiré de las mangas de la camisa.

—Puedes acompañarme. Vamos al mismo sitio.

Dejé que liderara el camino. Pasamos por los gimnasios de entrenamiento que ya había visto antes.

El teniente Mercer se detuvo de un modo abrupto y abrió la puerta del final. Pasé junto a él arrastrando los pies y entré en una sala pequeña. Había otros cinco reclutas sentados desperdigados en sillas de metal que parecían incómodas. Reconocí unas cuantas caras del baile. No me prestaron mucha atención, pues estaban hablando entre ellos. No pude evitar notar lo a gusto que se encontraban. Parecían totalmente en su salsa. Bueno, al menos la mayoría. Había un chico sentado a un lado, leyendo un libro.

Hice un breve contacto visual con un chico cuyo pelo era rubio platino, un tono o dos más oscuro que el mío. Lo llevaba encerado hacia atrás y mostraba cada contorno de su mandíbula cuadrada. Su mirada se volvió cortante cuando me vio la muñeca izquierda. Parecía como si quisiera decir algo, pero no lo hizo. Me di la vuelta al momento y me metí las manos en los bolsillos.

—Esta es Fia Riftborne. Se unirá a nosotros a partir de ahora. Por favor, haced lo que podáis para posponer las preguntas y las presentaciones hasta el final de la sesión —explicó Mercer mientras lanzaba miradas intencionadas a cada uno de nosotros antes de indicarme con señas que me sentara.

Conforme avanzaba hacia los otros reclutas, noté todos los ojos sobre mí. Se propagaron unos cuantos murmullos por la habitación. Eran un grupito interesante. Cuatro chicos y una chica. Me pregunté cuáles serían sus focos individuales y pensé en lo que Laryk habría visto para ponerlos en esta unidad especial.

Mercer regresó a un escritorio que había en la esquina y sacó unos cuantos viales del cajón.

—Raine, estarás a cargo de poner a Fia al día de lo de la semana pasada.

—¿Por qué? ¿Porque soy una chica? —Escuché una risita y seguí la voz. Su dueña tenía una negra melena larga apartada de la cara en trenzas finas. Su cálida piel caoba hacía juego con el color de sus ojos. Sin duda, era preciosa.

—No, porque me cuesta que te calles si no, así que pareces perfecta para la tarea —contestó Mercer impertérrito.

—Sí, teniente —canturreó la chica mientras sacudía la cabeza antes de girarse hacia mí con un guiño.

Mercer colocó los viales en el estrado delante de él.

—Recibiréis la primera parte de información confidencial hoy —anunció mientras sujetaba uno de los viales de cristal en el aire. Dentro había un trocito de papel—. Esto garantizará que quede entre los miembros de la Guardia. —Se paseó por la habitación y nos entregó uno de los recipientes a cada uno. Algunos intercambiaron miradas de confusión.

Yo eché un vistazo al contenido. El trocito de pergamino tenía la fecha de hoy escrita en él y mi nombre estaba grabado en el cristal del vial.

—¿Qué hacemos con esto? —preguntó Raine mientras ponía el vial a la luz.

—Proporcionaréis una gota de vuestra sangre —explicó él tan tranquilo, como si estuviera hablando de algo normal como el tiempo —. Una vez que lo hagáis, no podréis hablar de ninguna información confidencial con nadie ajeno a la Guardia.

Me hundí en el asiento y miré a los demás reclutas. No les había cambiado mucho la cara, pero, en el fondo, me pregunté si estaban tan espantados como yo.

—Un juramento de sangre —dijo Mercer, y me ofreció una daga pequeña—. Apenas una gota. Necesitaré que estés muy atenta durante la lección —añadió.

—¿Cómo funciona? —pregunté en un intento de enmascarar con curiosidad el miedo en mi voz.

—Eso no es asunto tuyo —fue lo único que dijo antes de entregarme la daga. Alcé la vista para mirarlo a los ojos, pero eran ilegibles.

Asintió despacio, como si intentara asegurarme que todo saldría bien. Y parecía que no me quedaba otra opción. Así que agarré la daga y presioné la punta contra mi dedo hasta que brotó una gota escarlata. Lo puse contra el vial y dejé que cayera la gota, que cubrió el pergamino con una mancha roja.

Mercer continuó con el resto de los reclutas. La sala permaneció en un silencio sepulcral mientras todos hacían el juramento. Cuando acabamos, Mercer colocó los viales individuales en su escritorio y una mujer rubia con el uniforme esmeralda de la Guardia entró en la sala para llevárselos y se marchó tan deprisa como había llegado.

Mercer carraspeó para recuperar nuestra atención.

—Como ya os habréis enterado a estas alturas, están ocurriendo algunas cosas en Stormshire y en los alrededores de la frontera. De lo que aún no se os ha informado es de lo que está sucediendo exactamente. En circunstancias normales, no trataríamos esto tan pronto, pero la tensión en el oeste no nos ha dejado otra alternativa. —Mercer nos miró a cada uno de nosotros con el ceño fruncido.

Oí cómo se echaban hacia atrás las patas de una silla.

—Sé que la riftborne ha dado su sangre, pero ninguno debería confiar en ella. Nos rebanará la garganta en cuanto nos demos la vuelta. Mi padre lo ha visto de primera mano. —El comentario llegó de varias sillas atrás. Giré la cabeza hacia allí en un acto reflejo y me encontré al chico de pelo rubio platino de pie mirándome. El que estaba sentado a su lado, con el cabello negro azabache y la piel trigueña, paseó la mirada entre nosotros y asintió un poco. Me hirvió la sangre ante la franqueza. Siempre había sabido cómo se sentían de verdad respecto a nosotros, aunque nunca había visto a nadie admitirlo tan directamente.

—Tus prejuicios no te llevarán a ningún lado, Baelor. Tu padre sirvió bien a este reino, pero los tiempos han cambiado. Todos debéis aprender a confiar los unos en los otros. De lo contrario, estaremos perdidos —espetó el teniente Mercer—. Tenemos problemas mucho más importantes de los que preocuparnos.

Me puse colorada.

Baelor se sentó con la mandíbula apretada.

—Fia, que sepas que no todos somos unos intolerantes. —Un rostro pecoso apareció detrás de mí, con el cabello del color del tofe prácticamente cayéndole sobre los ojos—. Soy Briar Glennwood, por cierto.

Noté una presencia deslizarse en la silla que había junto a mí.

—Yo soy Raine Ampere —se presentó la única otra mujer de la habitación. A continuación, en voz baja, añadió—: Un soplo de estrógenos por fin. Prepárate para una sobredosis de sabiduría masculina y debates sobre el foco superior. A lo mejor eres mi salvadora. Y, lo que es más importante, ignora a Baelor. Los demás lo hacemos.

—¡He dicho que nada de interrupciones hasta el final de la sesión! —gritó el teniente, y todos pegamos un bote en los asientos y volvimos a prestar atención. Respiré hondo y me tragué las palabras que querían salir.

Mercer se aclaró la garganta.

—Como iba diciendo, para que nuestro entrenamiento continúe, todos debéis saber a lo que nos enfrentamos.

Se fue a la parte de atrás de la sala y nos volvió la espalda. Oí el tintineo del cristal antes de que se diera la vuelta con un matraz en una mano y un tintero en la otra. Poco a poco, echó la tinta en el agua. El líquido espeso se abrió en un oscuro vacío de formas dentro del vidrio transparente; luego, se transformó en patrones similares al humo.

—Esto es a lo que nos enfrentamos —anunció con un tono punzante y directo—. Recientemente, ha habido una serie de ataques directos a nuestras bases occidentales de criaturas que tienen este aspecto. —Mercer inhaló antes de proseguir—. Los llamamos espectros. Se mueven entre la oscuridad y las sombras, y son casi imposibles de atrapar. —Observó el matraz de su mano antes de soltarlo.

Por el rabillo del ojo, atisbé alzarse una mano. Pertenecía al único chico que todavía no había abierto la boca. Tenía pinta de ser mucho

más bajito que los demás reclutas, y su cabello negro estaba revuelto.

—¿Qué, Draven?

—¿De dónde han salido? —preguntó nervioso.

—Desconocemos muchas cosas. Dado que han aparecido de la nada, suponemos que no proceden de este mundo. Quizá hayan creado alguna puerta a Sídhe, una grieta en el tejido de la realidad. Sabemos muy poco de su especie.

Me removí en mi asiento y miré alrededor para ver si a alguien más le preocupaba que estas criaturas espectrales se colasen por una grieta entre mundos o si se trataba de algo habitual.

La sala permanecía en silencio. Yo tragué saliva con dificultad. No, esto no parecía algo habitual.

Todos estaban en el borde de sus asientos, excepto Baelor, que ahora hacía girar una pluma entre sus dedos como si nada en una cómoda postura relajada.

—Debemos suponer que están aquí para intentar arrebatarnos algo vital de nuestra tierra… o, peor, robarnos todo Sídhe.

—Entonces ¿cómo los aniquilamos? —interrumpió Baelor.

El teniente tarareó para sí mismo.

—Claro, ¿cómo se mata un vacío de imperceptible rapidez y oscuridad? Las armas parece que son de poca o nula utilidad contra ellos; la razón principal por la que el general Ashford ha ampliado la cantidad de miembros de esta unidad tan especial.

Baelor resopló.

—Vamos, que nadie ha podido matar a ninguno todavía, ¿no? Hace mucho que un Soleil no lucha en el frente. Seguro que no escapan de mis llamas.

—Mmm, ajá, el foco de la familia Soleil brilla con fuerza en ti. Estoy convencido de que el general Ashford opina lo mismo —replicó Mercer con tono neutro.

Baelor se reclinó en el asiento, aceptando el cumplido.

Raine levantó la mano antes de hablar.

—Has mencionado que tenéis una idea de a por lo que van, ¿no?

—Algo sospechamos. Parece que anhelan poder. Al menos, se ven atraídos por él. —Mercer se cruzó de brazos—. ¿Alguien sabe lo que

es la arcanita?

Reconocí el nombre. Alcé despacio la mano.

—Es un conductor de la esencia, ¿verdad? —pregunté con la voz no tan confiada como me hubiera gustado. Baelor bufó unos asientos más allá, removiéndose con ruido.

—Es cierto. Albergamos grandes reservas de ese cristal tan raro en las fortificaciones occidentales, y parece que a las criaturas les interesa mucho. Es evidente que, si se hacen con él, solo los Esprithe sabrán qué efectos devastadores tendría para Sídhe. Nunca nos ha faltado. Existe la posibilidad de que, sin él, nuestros focos no sirvan para nada.

Mercer se metió las manos en los bolsillos antes de continuar.

—Ahora mismo, parece que las fuerzas de los espectros se han limitado al oeste. Una de nuestras teorías es que sus poderes se han debilitado al estar lejos de su hogar. Hemos defendido nuestros recursos de cualquier intento por obtenerlo. También tememos, por supuesto, que, si se aseguran la arcanita, eso les permita conseguir el poder suficiente para moverse con libertad por toda la isla y tal vez incluso llegar a Luminaria.

Un escalofrío me recorrió la espina dorsal ante la idea de que una desconocida oscuridad trepadora causara estragos sobre la ciudad que consideraba mi hogar. Sobre Osta y Ma.

—Los ataques parecen haberse incrementado. Creemos que se están desesperando. Nosotros ya hemos perdido muchos guardias, y todo ha sido en vano.

Miró más allá de nosotros, con los ojos clavados en la pared del fondo como si estuviera recordando algo.

—Es como luchar contra el humo en la más absoluta oscuridad; lo único que escuchas son los susurros de su forma retorciéndose a tu alrededor. No puedes ver, no puedes respirar, y sucede tan deprisa que apenas tienes tiempo de pensar. Una vez que te atrapa entre sus garras, puedes darte por muerto. —Apretó la mandíbula—. Espero que ninguno de vosotros tenga que enfrentarse a ellos pronto.

Frunció los labios y exhaló con brusquedad antes de mirarnos a todos a los ojos.

—Os juro por Conleth que no estáis preparados.

Capítulo 22

Mi mente era un hervidero de pensamientos mientras salía a toda prisa de clase. El estómago me burbujeaba con náuseas. ¿Espectros? ¿Sombras invencibles en movimiento? Sacudí la cabeza mientras las puertas se cerraban a mis espaldas. Aquello era demasiado para mí.

Y no se lo podía contar a nadie. A ni un alma. Había hecho un juramento de sangre literalmente para mantener todo esto en secreto. ¿Cómo lo hacían los demás? Si la amenaza era tan seria, ¿cómo podían dormir por las noches sin confiárselo a sus seres queridos? Mercer tenía razón: no estaba preparada para esto.

Pasé por la verja y los guardias de antes y tomé el camino de la derecha hacia el distrito central.

—¡Fia! ¡Eh! ¡Para! —La voz se abrió paso a través de mi colapso emocional. Me detuve en seco e hice una pausa antes de girarme para ver a Raine corriendo hacia mí. Una pequeña dosis de alivio me inundó.

—Hola, Raine. —Era un saludo corto y no tan amable como me habría gustado, pero era lo único que podía hacer en ese momento.

—¿Estás entrenando para una maratón? —se burló mientras se apoyaba en las rodillas y hacía unas cuantas inspiraciones profundas.

Se me dibujó una sonrisa en los labios, pero no llegó a formarse del todo, pues aún me invadía el miedo.

—Supongo que estoy un poco conmocionada por la información que hemos descubierto hoy. —Hice una mueca y miré nerviosa a mi alrededor.

—Ya, lo entiendo. A mí también me ha impactado bastante. —Se encogió de hombros al tiempo que se enrollaba una trenza en los dedos.

—¿Vives en el cuartel? —pregunté, todavía con la voz temblorosa.

—Por ahora, sí. Solo durante el entrenamiento. —Echó un vistazo a la calle con los ojos muy abiertos—. Pero esta ciudad es increíble. No tiene ni punto de comparación con las Tierras Altas —caviló, negando con la cabeza.

—¿Eres de las Tierras Altas? —Había oído que la gente no paraba de ir por lo bonitas que eran. El territorio estaba repleto de bodegas y vergeles. Parecía un agradable respiro de las multitudes de Luminaria.

—Por desgracia. —Suspiró y me volvió a mirar—. Pero quiero saber más cosas sobre ti. ¿Estás ocupada ahora mismo?

Aparté la vista, intentando inventarme alguna excusa. Raine parecía bastante simpática, pero yo todavía me sentía conmocionada y no me encontraba en condiciones de intentar socializar.

—Bueno, yo…

—Mercer me ha pedido que te ponga al día de lo que te has perdido. —Inclinó la cabeza hacia abajo y sonrió con malicia. —A ver, a menos que te haya afectado demasiado la pesadilla andante de la que nos hemos enterado hoy. —Se le intensificó el brillo en la mirada.

Sopesé sus palabras. Ser vista como alguien débil por mis compañeros reclutas parecía una manera pésima de comenzar las sesiones en grupo.

—No tengo planes. —Sonreí y me tragué mi ansiedad—. ¿Qué tienes en mente?

Amplió la sonrisa.

—Genial. Hay un bar al final de la calle. ¿Te apetece tomar algo? —No sonó como una pregunta. Me guiñó el ojo cuando pasó por mi lado.

—Claro —murmuré entre dientes, y obligué a mis pies a ir tras ella. Me puse a su altura y me adapté al ritmo de sus pasos. Irradiaba confianza moviendo las caderas mientras se movía y sin apenas parpadear.

Tenía la vista fija en algún punto desconocido que había más adelante y una sonrisa juguetona. Parecía una puñetera leona acechando por las calles de Luminaria. Sentí pena por cualquiera que hubiera despertado su interés. Podría destrozarlo.

—¿Has estado aquí antes? —Raine se detuvo de golpe y abrió una puerta. Yo casi me choqué con ella antes de alzar la vista y leer el letrero de madera que colgaba de unas cadenas sobre la puerta: RUNAS Y JUERGA.

—No. No he pasado mucho tiempo en este lado de la ciudad —admití, metiéndome las manos en los bolsillos.

—Perfecto. A la primera ronda invito yo. —Me hizo un gesto para que entrara. Todo el lugar estaba lleno de miembros de la Guardia. Tragué saliva y miré a mi alrededor para buscar unos sitios libres en la barra. Ella pasó tranquila junto a mí y fue directa al camarero. El bar estaba fabricado en su totalidad de madera que crujía, desde el suelo hasta las vigas que recubrían el techo abovedado. Olía a sudor y alcohol.

Me acerqué a Raine, que ya se había sentado. Estaba murmurándole algo al camarero cuando yo me deslicé sobre el taburete alto a su lado.

—Creo que ambas nos merecemos esto después de lo que hemos descubierto hoy. —Frunció los labios mientras el camarero volvía con dos jarras—. ¿Por la supervivencia? —susurró a la par que la sostenía en alto hacia mí.

—Por la supervivencia. —Asentí con una sonrisa forzada.

Choqué mi jarra con la suya y tomé un gran sorbo.

—Bueno, si no te importa que te pregunte, ¿cuál es tu foco? —No estaba segura de cómo se debían tratar esos asuntos, pero la forma preferida de comunicarse de Raine parecía ser ir directa al grano—. El mío es dominar los rayos. —Sonrió y extendió una mano. Unas chispas le emanaron de los dedos, retorciéndose y girándose. Puse los ojos como platos.

—¡Eso es increíble! —Me quedé observando cómo ella giraba la palma y las chispas se desvanecían.

—He de admitir que es bastante divertido. —Se rio—. Aunque no servía de nada en las Tierras Altas. Cuando el general me encontró, supe que aquí sí podría ser útil. De todas formas, me alegro de haber salido de ahí. Lo único que quiero es viajar y ver la isla, y este parece el mejor modo de hacerlo. —Apoyó los codos en la barra—. ¿Y el tuyo?

Vacilé, intentando descubrir la mejor manera de explicar mi… foco.

—Eh…, bueno, no es tan específico como el tuyo. Al menos, no creo que lo sea —murmuré mientras le daba otro sorbo a la bebida —. El general Ashford explicó que… hacía papilla las mentes de la gente… o algo así. Mi mejor amiga lo llama «reventar mentes» —susurré mientras miraba a mi alrededor. Hice una mueca por la vergüenza. Sonaba muy infantil.

Raine me agarró el brazo mientras se quedaba con la boca abierta.

—Hostia puta. Nunca había oído algo así. Qué puta genia —espetó, inclinándose hacia atrás para verme de lejos. Su mirada me hizo sudar—. Recuérdame que no te toque las narices.

—En realidad, todo esto es nuevo para mí —admití, paseando la vista por la sala. A ver, el controlarlo sí era nuevo. Deseaba con desesperación desviar la conversación de mí—. ¿Y el resto de los reclutas?

—Bueno, está Baelor Soleil. Es insoportable estar cerca de él. Es el que… —Alzó la vista para encontrarse con mis ojos y evaluar mi respuesta.

Yo me limité a asentir.

—Puede utilizar el fuego. Si nos fiamos de su palabra, puede incinerar un pueblo entero. Su familia es venerada en la nobleza por hacer eso. No solo ha nacido en la élite, sino que su padre también es un general retirado, Bron Soleil. Es prácticamente una leyenda. —Me miró vacilante antes de proseguir—: Es al que le atribuyen la victoria contra Riftdremar.

Algo dentro de mí se retorció, pero lo mantuve oculto. No estaba segura de si fue por la revelación sobre el linaje de Baelor o por lo considerada que había sido Raine al hablar del lugar en el que yo

había nacido. Como si el desenlace de la guerra hubiera sido de todo menos una victoria. Aquello era nuevo para mí.

—Me cuadra —respondí al fin. Raine se rio.

—Sí. Y luego está su amigo, Nazul Halstead. Bueno, no sé si son amigos en realidad, pero parece estar de acuerdo con todas las gilipolleces que suelta Baelor. Sé que se criaron juntos. Su familia también es noble, claro. Puede formar escudos poderosos, aunque solo en un radio pequeño a su alrededor. En verdad, es bastante inusual.

—Bueno, parece valioso —murmuré, y el enfado me bullía bajo la piel. Por supuesto que una habilidad defensiva tan importante le sería otorgada a alguien tan egoísta. El destino funcionaba de manera muy misteriosa.

—Pero Briar… es genial. Te caerá muy bien, creo. Puede controlar el paisaje. Bueno, a ver, eso es simplificarlo. Puede modelar la naturaleza a su antojo en cierto sentido. Hace crecer las enredaderas con rapidez, provoca hoyos y convierte las piedras en barro. Impresiona bastante.

Sonrió con dulzura antes de proseguir:

—No me ha contado mucho, aunque, por lo que he deducido, se apuntó a la Guardia él solo con la esperanza de ser un recluta de Cuerpo. Eso causó algún tipo de tensión entre su familia y él. Al parecer, están muy en contra de la guerra y, por tanto, muy en contra de la Guardia. —Se encogió de hombros—. Pero él quiso hacerlo por su cuenta. El general se enteró de su foco y lo ascendió al equipo V de inmediato.

—¿Equipo V? —Dejé escapar una pequeña carcajada.

—No me obligarán a llamarla facción Veneno. Me da muchísima vergüenza ajena.

Casi escupí un sorbo de cerveza.

—No podría estar más de acuerdo.

—Solo sé que fue al general Ashford al que se le ocurrió. —Se rio y puso los ojos en blanco.

Algo cálido se me instaló en el pecho. ¿Cuándo fue la última vez que me senté con alguien así y simplemente… charlé? ¿Que me reí de algo estúpido? Bueno, alguien más aparte de Osta. La actitud

cercana de Raine hacía que no me costara apenas, como si nos conociéramos desde hacía tiempo y no desde hacía unas cuantas horas. No estaba acostumbrada a eso. No estaba acostumbrada a permitirme bajar la guardia con nadie. Sin embargo, aquí me hallaba, disfrutando de verdad.

—¿Y el otro muchacho?

—¿Draven Porter? En realidad, es bastante misterioso… Ninguno de nosotros sabe mucho de él. Es muy tímido —contestó.

—No parece el tipo de persona que se une a la Guardia —comenté, sacudiendo la cabeza.

—¡Dímelo a mí! Pero debe de ser bastante poderoso para llamar la atención del general.

El grupo era mucho más interesante de lo que al principio pensaba. Jamás había estado rodeada de tantos aossí con focos tan poderosos. Una parte de mí se sintió pequeña por no haber dominado el mío todavía. A juzgar por las descripciones de Raine, ninguno de los otros reclutas tenía problemas para controlar sus habilidades.

Se apoyó en la mano y me observó mientras yo me removía en el asiento. Su mirada era quizá más intimidante que la de Laryk.

—Pareces muy interesante —afirmó, mirándome fijamente a los ojos. Un rubor familiar me recorrió las mejillas mientras me moría de vergüenza. Miré hacia abajo—. No pretendía que fuera un insulto. Nunca he visto a alguien parecido a ti. Eres única. Deslumbrante. —Tomó un largo sorbo de cerveza antes de sonreír.

—Eh…, gracias —murmuré, apartando la vista.

—No saques conclusiones equivocadas. —Soltó una risita y sacudió la cabeza—. Está claro que eres preciosa, pero no eres exactamente mi tipo. —Suspiró antes de girarse hacia la izquierda y señalar—. Esa es mi tipo.

Seguí su mirada por la barra y vi a una mujer con el pelo corto marrón chocolate y una sonrisa amplia que estaba sentada con un grupo de compañeros de la Guardia. Por el emblema verde oscuro de sus camisas blancas, eran reclutas de Cuerpo.

—Pues ve a hablar con ella. —Le di un empujoncito en el brazo.

—Puede que lo haga después de unas cuantas más de estas. —Volvió a girarse hacia su bebida y rio—. Pero quiero saber más sobre ti. Te puedo decir que todo el grupo tiene curiosidad. Que una riftborne se una a la Guardia no pasa todos los días, ya sabes. Mi mejor amigo de mi pueblo también es riftborne.

Algo suave se agitó en mi interior y se mezcló con la cerveza.

—A ver… Jamás tuve la intención de poner un pie cerca del cuartel, la verdad. —Suspiré—. Pero el general Ashford me encontró, empezó a entrenarme… y aquí estoy ahora.

—¿Has estado haciendo entrenamientos personales con el general? —Un destello de curiosidad le brilló en los ojos.

—Por desgracia.

Echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada; casi tiró su cerveza. Yo le di un sorbo nervioso a la mía mientras esperaba su aclaración.

—Da gusto conocer a alguien que piensa que es tan insoportable como yo —confesó al final, negando con la cabeza y sonriendo de oreja a oreja.

—Raine, sé que nos acabamos de conocer hoy, pero ¿te importaría no contarle nada a nadie sobre mi entrenamiento con el general? —le pedí mientras arrugaba la frente—. No quiero darle a ninguno de ellos un motivo para que desconfíen de mí o… —Se me fue apagando la voz.

Raine me agarró del codo.

—Fia, no voy a contar nada de lo que me digas. Sé lo violento que puede ser este lugar. No voy a añadir un estrés extra a lo que imagino que ya sientes cada vez que atraviesas esas verjas —me aseguró con una sonrisa.

—Gracias… Te lo agradezco mucho, de verdad —mascullé mientras me pasaba los dedos por el cabello despeinado. Confiaba en Raine, por extraño que fuera. Algo en ella parecía innatamente genuino. Directo, pero genuino.

—Las chicas tenemos que mantenernos unidas. —Me guiñó un ojo.

Asentí, y nos quedamos en silencio unos minutos. Me moría por hacerle la pregunta, y la cerveza ya estaba tendiendo sus trampas,

así que me rendí a mi curiosidad.

—¿Narissa era una de sus reclutas? —Di un trago.

—Por lo que sé, él escogió a dedo a todos los miembros de su facción —respondió ella examinándome.

—Su foco… He oído que tiene que ver con la sangre, ¿no? —susurré, acercándome al tema con cuidado.

Ella hizo una pausa y le dio otro sorbo a la cerveza. Recorrió la habitación con los ojos antes de contestar.

—Es bastante raro —dijo antes de bajar la voz—. Y sí, es una coaguladora de la sangre. De tipo ácido, por lo que he oído.

—¿Qué hace exactamente?

—Solo necesita unas cuantas gotas de su sangre. Si te toca la piel, te la derretirá hasta los huesos. Ni los sanadores pueden arreglarlo. Al parecer, es el dolor más insoportable que puedas imaginarte.

Le entraron escalofríos mientras las palabras le salían a borbotones.

—Es la única recluta que ha tenido entrenamientos personales con el general… Bueno, aparte de ti.

El corazón me dio volteretas mientras me bebía el resto de la cerveza.

Capítulo 23

La sensación de caer me envolvió.

La ingravidez repentina envió mi estómago revuelto al pecho; una tumultuosa danza con la gravedad que me dejó jadeando en busca de aire en la oscuridad.

El tiempo se estiró hasta el infinito cuando me precipité hacia el suelo. El vacío que rodeaba mi descenso era una de las sombras, que devoraba cualquier rastro de luz antes de que pudiera penetrar en sus profundidades. Intenté chillar, pero tenía la garganta cerrada.

No podía hacer ningún sonido.

Crac.

Impacté contra el suelo con una fuerza descomunal; el sonido de los huesos y los tendones rompiéndose hizo eco entre la devastación.

La agonía fue inmediata y me abrasó cada nervio. Una sinfonía de dolor me sumió en la desesperación en busca de un aliento que no llegaba.

Aun así, incluso mientras yacía destrozada e inmóvil, el consuelo de la muerte me rechazó. De algún modo, seguía con vida, atrapada en los confines de mi propia mente, prisionera de la pesadilla.

Esta parecía muy real.

En silencio, le declaré la guerra a mi mente, anhelando el refugio del mundo de los despiertos.

No podía seguir ni un segundo más en este sueño.

Despierta, joder.

Con una violenta sacudida, abandoné la oscuridad. Abrí los ojos de par en par mientras jadeaba en busca de aire con el pecho agitado a un ritmo caótico.

Los ecos de los gritos mudos reverberaban en mis oídos.

«Me cago en los Esprithe, putos sueños».

Me estremecí. Las lágrimas me corrían por las mejillas y tenía los músculos doloridos. Solo había sido un sueño. Me obligué a calmarme y a apaciguar el ritmo frenético de mi corazón.

«Respira».

La habitación en la que estaba se volvió nítida. Agarré las sábanas y exhalé despacio mientras repetía la palabra varias veces hasta que noté que se me relajaba el cuerpo.

Este sueño era nuevo. Me pregunté si habría sido propiciado por lo que había descubierto durante la clase. Sacudí la cabeza. Raine tenía razón: sí que era carne de pesadillas.

Me levanté de la cama y me preparé para el día. Iba a ser uno muy largo. Por primera vez, de alguna manera tendría que hacer frente a un turno en la botica, empezar el entrenamiento y asistir a mi sesión personal con Laryk.

La idea hizo que me entraran ganas de meterme en la cama y ahogarme bajo las mantas.

No traté de darle conversación a Ma hoy. Tenía los nervios de punta y no me apetecía llevarlos al límite. Ahora que solo trabajaba por las mañanas debido al estricto horario del entrenamiento de los reclutas, estábamos más ocupadas que nunca. Era mucho más fácil evitar los silencios incómodos con la carga extra de trabajo.

Tras terminar la última de mis tareas, me quedé en la trastienda a la espera del momento ideal. Me cambié con prisas y me puse el uniforme de la Guardia mientras Ma estaba de espaldas, pero el conocido sentimiento de tristeza persistió cuando pasé junto a ella para marcharme. No respondió cuando me despedí. ¿Cuánto tiempo más íbamos a seguir así?

Cerca de la entrada del cuartel, divisé dos rostros familiares apoyados contra los muros exteriores. Raine y Briar. Raine me miró

cuando avancé por el cruce peatonal y me saludó con ganas.

Les dediqué a los dos un gesto sencillo con la mano mientras reducía la distancia entre nosotros.

—Veo que has sobrevivido a la noche —resopló Raine a la par que me lanzaba una sonrisa.

—La próxima vez que decidáis iros de bares, apreciaría que me invitarais —refunfuñó Briar, cruzándose de brazos.

—Briar, ya te lo he dicho. Solo fue un bar. Tampoco te perdiste gran cosa. —Raine le dio un golpecito en el brazo.

—En serio, la mayor parte estuvimos aprendiendo los fascinantes entresijos de la Guardia —murmuré con sarcasmo—. Y, dado que tú ya lo sabes todo de ese tema tan interesante, supongo que te habrías aburrido como una ostra.

—Me repatea que tu primera impresión de nuestro grupo haya sido de Raine. Yo soy mucho más divertido. Y un compañero de copas mucho mejor.

Raine soltó una carcajada y le dio un empujoncito juguetón a Briar en el hombro. Sonreí y bajé la mirada. No estaba acostumbrada a que la gente quisiera estar conmigo de tan buena gana. Tampoco es que yo le hubiera dado a nadie la oportunidad.

—¿Estás libre esta noche tras el entrenamiento? —me preguntó Briar con una chispa en los ojos.

Raine me lanzó una mirada de curiosidad. Le había hablado de mi horario con el general. Parecía que había mantenido su palabra y no le había contado a nadie lo de mis sesiones personales.

—Ojalá… —dije, deteniéndome mientras me estrujaba los sesos para dar con una excusa coherente—, pero debo irme derecha al distrito central justo después. Tengo planes con mi compañera de piso. —Me encogí de hombros con un poco de dramatismo de más.

—Qué pena. ¿Y mañana? —Su voz estaba cargada de entusiasmo —. Me muero por hacerte unas preguntas. Creciste en la ciudad, ¿verdad? Seguro que conoces los mejores lugares. —Le resplandecieron los ojos.

—Pues… sí, pero me temo que no te podré ayudar mucho con eso. No suelo salir a menudo —admití.

—Bueno, entonces tendremos que descubrirlo juntos. Quizá es hasta más divertido —reflexionó Briar observando las calles.

—Creo que es mejor que vayamos a clase. Me molestaría que Mercer nos mirara mal todo el tiempo por llegar tarde —dijo Raine con una sonrisa descarada antes de girarnos hacia la verja.

A medida que entrábamos en el cuartel, no pude evitar sentirme algo más tranquila. Atravesar los pasillos con un grupo era mucho menos intimidante que hacerlo sola. Esbocé una sonrisa y me felicité para mis adentros por conseguir no espantar a mis nuevos amigos. Llegamos a la sala pequeña al final de la fila de gimnasios y Briar fue hasta la puerta, la abrió y se hizo a un lado.

—Si llegamos tarde, creo que vosotras dos estáis mucho más preparadas para enfrentar la ira del teniente. Al fin y al cabo, yo solo soy un granjero. —Briar sonrió con dulzura y gesticuló para que entráramos primero.

—Qué considerado —señaló Raine cuando pasó junto a él. Yo la seguí con una risa ligera.

Mercer se encontraba apoyado en la mesa que había en la parte delantera de la sala. Nos hizo una señal con la cabeza cuando entramos. Baelor y Nazul llegaron detrás de nosotros, seguidos de Draven, que parecía que había visto un fantasma. Me pregunté si Baelor habría tenido algo que ver con eso.

Eché un vistazo y me detuve en los asientos de la última vez, que ahora estaban ocupados por cinco montones de tela negra.

—Cambiaos. Hoy vamos a comenzar el acondicionamiento físico —indicó Mercer, y luego salió de la habitación y cerró la puerta tras él.

Todos echamos un vistazo a nuestro alrededor, lanzándonos miradas inseguras entre nosotros. Todos excepto Baelor, que había arrastrado una silla y había cogido las prendas. En un periquete, se desvistió. Miré a Raine, que me devolvió la mirada con un encogimiento de hombros confuso antes de desabotonarse la camisa.

Supongo que la privacidad era un lujo que ya no podíamos permitirnos.

Después de lo que quizá hubiera sido la serie de eventos más incómodos de mi vida hasta el momento, acompañamos a Mercer al exterior a través de un campo cubierto de hierba en la parte trasera del cuartel. La extensión estaba llena de miembros de las facciones Escamas y Colmillos, que hacían ejercicios.

Cambié el peso de un pie a otro mientras avanzaba y estiré los brazos a los dos lados en un intento de ajustarme el nuevo uniforme de cuero negro que todos llevábamos, el que Laryk había ayudado a diseñar. Era rígido y no ofrecía mucha flexibilidad; parecía una elección extraña para un atuendo atlético. Aunque, por lo visto, lo habían cosido con las fibras más fuertes conocidas en todo el reino y lo habían reforzado con encantamientos que potenciaban su fuerza y lo hacían prácticamente impenetrable. No podíamos llevar la armadura de los soldados de Cuerpo porque pesaba demasiado, así que vestíamos uniformes de cuero en su lugar, por lo que tendríamos que acostumbrarnos a movernos con ellos.

Mercer se detuvo cuando pisamos el césped, se volvió hacia nosotros y se llevó los brazos a la espalda.

—La agilidad es lo único que podría salvaros si os encontráis rodeados. —Empezó a pasear—. Cuando os veáis atrapados entre las garras de un espectro, vuestro foco no os servirá de nada. Y las habilidades de combate tampoco. Llegados a ese punto, la única opción que tendréis es encontrar una vía de escape. Y rápido. —Se giró para mirarnos.

—Solo los cobardes huyen —dijo Baelor, cruzándose de brazos.

El teniente fue hasta el chico de cabello negro azabache y se paró a apenas unos milímetros de su cara.

—Interrúmpeme otra vez, Soleil, y te haré correr el doble. —La voz de Mercer era firme. Baelor le mantuvo la mirada sin inmutarse. El aire a su alrededor parecía palpitar con tensión. Mercer se dio la vuelta y se crujió el cuello—. Manteneros con vida no es de cobardes. Es vuestra prioridad. Los cinco os uniréis a nuestra facción más fuerte. Vuestra supervivencia es vital para nuestra misión. —Se aclaró la garganta—. La velocidad va a ser primordial para todos vosotros. Al igual que la resistencia y la flexibilidad. Pero antes tenemos que poneros en perfecta forma para el combate. ¿Veis

estas marcas? —preguntó mientras señalaba diez líneas blancas en el suelo, espaciadas de manera uniforme a lo largo del terreno—. Cuando lleguéis a la primera, regresaréis y tocaréis el suelo antes de correr a la segunda, y haremos lo mismo con las demás. ¿Entendido? —Arqueó una ceja—. Correréis hasta que os diga que paréis.

Un gemido colectivo se extendió por el grupo cuando Mercer se puso de espaldas.

—A vuestros puestos. Os daré la señal para empezar.

Todos nos desperdigamos. Miré a Raine, que hacía un puchero en silencio. Creo que ninguno esperábamos esto hoy. Me tiré del cuello de la camiseta, intentando estirar la tela ceñida alrededor de la garganta.

El sol brillaba implacable sobre nosotros. El aire era denso y cálido, casi sofocante. Ya llevábamos unas semanas en Eibhlín, pero hoy hacía más calor de lo normal. Ya podía notar las gotas de sudor en la frente.

Mis pulmones inhalaron por instinto en busca de aire y exhalé largo y despacio. A continuación, giré la cabeza e inspeccioné la postura de los demás reclutas. Todos estaban hincados de rodillas, a la espera de la orden. Hice lo mismo.

—¡Ya! —gritó Mercer, y todos nos lanzamos hacia delante. Baelor se puso en cabeza, girando con destreza sobre sus talones cuando llegó a la primera marca.

Me esforcé por intentar llevar un ritmo constante, pero ya me ardían los pulmones.

Cuando acabó el acondicionamiento físico, todos estábamos tirados jadeando, hasta Baelor, que había logrado adelantarnos numerosas veces a lo largo de la tarde con una mirada de orgullo en la cara.

Siguió aprovechando cada oportunidad para lanzarme una mirada despectiva, como si quisiera fulminarme con ella o reducirme a cenizas. No lo tenía muy claro.

Cuando alcanzamos las verjas del cuartel, me acomodé sobre los adoquines y estiré los músculos cargados. Me dolía el cuerpo en lugares que no sabía que existían.

Guardias de todas las facciones llenaban la calle delante de las verjas, yendo y viniendo, charlando y recogiendo el correo y las entregas.

Raine se deslizó a mi lado y gimió cuando tocó el suelo. Las dos jadeamos a la vez durante unos instantes.

—Menuda tortura —dijo sin aliento. Me incliné y agaché la cabeza. Todavía me temblaba el cuerpo de la intensidad de las carreras.

—Ya te digo —coincidí. Una brisa apartó los rizos sudados de mi cara, y suspiré con alivio. Estos uniformes de cuero daban tanto calor que era insoportable.

—¿Y ahora vas a ir a ver al general? —preguntó ella con aprensión en la voz. Al fin se calmaron nuestras respiraciones y volvieron a su ritmo habitual.

—Sí —resoplé—. Aunque no sé si estoy en la mejor forma para rendir. Ni siquiera me siento las piernas. —Se me escapó una carcajada de los labios.

—Yo no me siento nada. Me voy a echar agua helada antes de meterme en la cama —murmuró. Sonaba a broma, pero su mirada era seria.

—¿No vas a salir con Briar?

—Ni de coña. —Se rio.

—Supongo que te veré mañana…, si es que no me muero en las próximas horas. —Suspiré e intenté levantarme. Las piernas querían ceder. Me temblaron cuando me enderecé.

—Buena suerte. —Cerró los ojos y respiró hondo. Se notaba que era el único sentimiento que podía expresar. Giré sobre mis tambaleantes talones y me encaminé cojeando hacia el gimnasio que había cerca de la botica.

Capítulo 24

El general Ashford acababa de llegar al gimnasio cuando yo entré. Esta sería la primera vez que nos encontraríamos realmente solos desde el baile.

Notó que me acercaba y mantuvo la puerta abierta en silencio, pero me examinó de arriba abajo.

—Hola a ti también —bromeé mientras pasaba a su lado hacia el espacio familiar. Él entró detrás de mí sin decir ni una palabra.

Cogí una silla de la pared y me senté; los músculos suspiraron de alivio mientras me recogía el pelo en un moño apretado en la nuca.

—Imagino que tu entrenamiento con Mercer está yendo bien, ¿no? —Su voz rompió el silencio mientras agarraba su propio asiento.

—Estoy agotada, pero podría ser peor —respondí, siguiendo sus movimientos.

Se tomó su tiempo para apartar la silla, y me molestó mucho el sonido chirriante. No parecía estar prestándome atención en absoluto.

—Los reclutas son interesantes, salvo Baelor, que tiene pinta de que podría matar a cualquiera a sangre fría —medio bromeé. Matarme a mí en todo caso. Aquello sí que pareció llamarle la atención un poco.

—Ah, ¿Soleil? Sí, es una joyita, como su padre —contestó Laryk.

—En realidad, me recuerda un poco a ti. —Alcé una ceja, anticipando su respuesta. Dirigió la vista hacia mí con curiosidad.

—No vuelvas a insultarme así, Riftborne. —Me dedicó una sonrisa antes de que sus ojos adquirieran otra vez esa expresión ausente al

pensar de nuevo en lo que fuera que le ocupara la mente.

Me aclaré la garganta y sentí un poco de inquietud.

—Bueno, ¿cuál es el plan para hoy?

Vi cómo arrastraba los dientes y estos liberaban su labio inferior voluptuoso, y, cuando por fin me miró, tenía la boca un poco entreabierta.

—¿Hum?

—¿Cuál es el plan? —insistí; mi cansancio se estaba convirtiendo en irritación.

«¿Qué le pasa?».

Estaba convencida de que tenía algo que ver con los ataques de los espectros. Seguro que había mucha información que no estábamos autorizados a saber todavía. Mucha por la que aún no habíamos dado nuestra sangre para enterarnos. Necesité una gran fuerza de voluntad para no comenzar a hacerle preguntas sobre todo. Saqué un fragmento de jaspe rojo del bolsillo y lo mantuve agarrado en la mano. Lo último que necesitaba era perder la paciencia.

—Tenemos que hacer que te pongas al día con el resto de los reclutas. Mientras no puedas entrenar de verdad para usar tu foco como los demás, debemos hacer que llegues a controlarlo del todo sin liberarlo.

—Entonces ¿mi meta es dejar que mi foco tome forma en todo su esplendor, pero no usarlo?

—Exacto.

Asentí.

—Vale, lo intentaré.

Cerré los ojos y centré mi atención en la parte baja de la espina dorsal, de donde saqué la telaraña translúcida y observé cómo empezó a tejerse hacia mis vértebras, pero volvió a retroceder.

—¿Cómo crees que mi foco funcionará contra los espectros? —me encontré preguntando.

«Adiós fuerza de voluntad».

Me pregunté si estaba sonando nerviosa.

—Cuando me encontraste y viste de lo que era capaz, entiendo que me trajiste teniendo en mente a estos oponentes, ¿no?

—Tengo mis teorías —replicó con la mirada perdida.

Abrí los ojos otra vez y me percaté de que él se estaba volviendo a morder el labio.

—¿Me mantendrás bien informada de estas teorías?

Suspiró mientras se apartaba el pelo de la cara. Aquella noche lo llevaba suelto y le caía en ondas sobre los hombros.

—En algún momento, sí.

Se me formó una línea recta en la boca mientras me quedaba mirándolo con la esperanza de ver su brillo habitual, pero parecía tener la cabeza en otra parte.

—Eso me tranquiliza —murmuré. Agarré la piedra con más fuerza, aunque el sudor de mi palma hizo que se me resbalara y se cayera al suelo con un ruido estridente. Fue a parar a los pies de Laryk. Él se agachó para recogerla y por fin le prestó atención a algo más que a sus pensamientos.

—¿Jaspe rojo? —dijo pensativo mientras observaba el fragmento.

—Creí que podría ser de ayuda para mi concentración. Pienso que es muy importante prestar atención durante nuestras sesiones. Tal vez podrías cogerlo tú —repliqué, y exhalé con brusquedad.

Él sonrió un poco sin mirarme, pero mantuvo la piedra agarrada, ladeando la cabeza antes de fruncir el ceño.

—¿De verdad funciona? —preguntó en voz baja.

Parpadeé, sorprendida por la pregunta.

—No… No sé si es la propia piedra o solo tener algo que me mantenga con los pies en la tierra. Ma me dio lecciones sobre cristales y plantas hace muchos años. Dijo que podían ayudar a canalizar la energía, la intención del foco. —Me encogí de hombros, de pronto muy cohibida—. Seguro que a ti te parece ridículo.

—No. —Su voz era amable, curiosa—. No me lo parece.

Él seguía cerca, todavía con la piedra en la mano, girándola con los dedos como si tratara de resolver un rompecabezas con ella.

Entonces, alargó el brazo y me la tendió. Nuestros dedos se tocaron cuando la agarré y él se apartó. Rápido, como si el contacto le hubiera quemado. Volvió a su silla, pero no se sentó. Se quedó allí de pie, con una mano apoyada en el respaldo.

—Los ataques están empeorando —dijo de pronto—. En el oeste.

—Me lo he imaginado. —Lo observé con detenimiento—. Por eso has estado…

—¿De mal humor? Sí. —Al final se sentó, aunque con una postura rígida—. La semana pasada perdimos a un montón de soldados.

—Lo siento mucho. —Tragué saliva con fuerza.

—No lo sientas. Tú no hiciste que los mataran. —Su voz era monótona. Fría—. Yo sí.

Arrugué la frente.

—Si ni siquiera estabas allí.

—Pero yo los envié. —Se inclinó hacia delante, apoyó los codos en las rodillas y juntó las manos—. Eso es lo que hago. Evalúo las amenazas, despliego soldados y confío en que vuelvan. —Se le tensó un músculo en la mandíbula—. No siempre lo hacen.

—Supongo que es un riesgo del que todos somos conscientes —susurré mientras me metía las manos bajo los muslos.

Laryk negó con la cabeza. Parecía estar librando una batalla consigo mismo.

—Tú no tenías opción. —Las palabras salieron en voz baja. Con cuidado—. Otros sí se unieron por voluntad propia.

Apretó las manos sobre las rodillas.

—Yo te obligué. Y ahora estás aquí, entrenando para una guerra en la que nunca has querido luchar.

Se me aceleró el pulso.

—Es cierto. Pero no es nada personal. En eso consiste tu trabajo. Jamás he fingido no saberlo.

—Sí. —La palabra sonó vacía—. Hice exactamente lo que tenía que hacer. Lo que exigía mi deber.

—En ese caso, ¿por qué te preocupa? —Cruzó su mirada con la mía un instante antes de bajarla al suelo—. Porque es obvio que lo hace.

Se levantó de golpe.

—Estamos perdiendo el tiempo. Vamos a seguir con tu entrenamiento. —La dulzura de su voz había desaparecido y había sido reemplazada con algo más duro.

—Laryk…

—Es una orden, recluta. —Los muros volvieron a erigirse, firmes en su sitio. No obstante, había visto lo que había debajo y ahora no podía dejar de verlo.

Aun así, cerré los ojos de golpe e intenté olvidarme de los últimos minutos y de lo que significaban. De lo que habían cambiado. Se avecinaba la guerra, y, si yo iba a tener posibilidades de luchar contra este enemigo, tenía que controlar esta mierda.

Solté el aire despacio, busqué los zarcillos e hice que me ascendieran por la columna. Necesité toda mi concentración, pero llegaron hasta la mitad. Seguí adelante pese a mi cansancio; sin embargo, no subían más.

Permanecimos bloqueados en esta batalla durante unos momentos antes de que los liberara en las profundidades de mi espalda. Sacudí la cabeza y suspiré. Aquello era un progreso, pero no mucho.

—He podido controlar mi foco parte del camino antes de que comenzara a escurrirse. Creo…

—Qué bien, Fia. —Cuando abrí los ojos, él me estaba mirando—. Te aconsejo que practiques en tu tiempo libre también. Me gustaría que dentro de quince días fueras capaz de tener todo el control.

—¿Qué tiempo libre? —Sentí que se me empezaba a formar un dolor de cabeza en las sienes mientras pensaba en la agenda ya llena con la que estaba lidiando.

Alguien golpeó el cristal.

A él se le tensó la mandíbula. No se giró.

—Laryk, ¿has terminado ya? —arrulló Narissa apoyada en el marco de la puerta.

Ella desvió su atención hacia mí, y su expresión se volvió amarga.

Él cerró los ojos un instante. Inspiró hondo.

—Sí —contestó, aunque no había calidez en su voz—. Acabamos de terminar.

Al final, se levantó y se giró hacia la puerta, pero se detuvo y me miró a mí.

—En la próxima sesión tendremos más tiempo. —Sonaba como una promesa—. Me aseguraré de eso.

Entonces, Narissa y él se marcharon, y la puerta se cerró tras ellos con una última ráfaga de viento.

Capítulo 25

El tiempo cálido fue transformándose en días más gélidos a medida que transcurrían las semanas. Hacía una noche particularmente fría cuando volví a mi piso después del entrenamiento, con el viento colándoseme por el pelo. La luz de la luna se reflejaba en el canal y se alteraba cuando las corrientes se dispersaban al pasar los barcos. Estaba más que hecha polvo, y las piernas me dolían y me temblaban.

Se me escapó un suspiro de alivio en el momento en el que llegué a los escalones de nuestro pasillo, pero cuando me acerqué a la puerta vi que no se encontraba del todo cerrada. Me quedé congelada con los nervios a flor de piel. ¿Me había olvidado de cerrar?

Se escucharon unos gemidos del interior.

«Osta».

Abrí la puerta del tirón y entré corriendo. Se me estabilizó el pulso cuando la vi acurrucada en el sofá y llorando con la cabeza enterrada en las manos.

—Osta, ¿qué pasa? —pregunté mientras me apresuraba a sentarme junto a ella.

—Fia, esa vieja bruja… Ella… —masculló Osta entre sollozos—. Me ha despedido. Por insubordinación. O, al menos, eso es lo que ha dicho.

«Mierda».

—Es una imbécil, Osta. A ver cuánto trabajo puede conseguir ahora que se ha quedado sin su arma secreta. —Intenté sonreír y la

rodeé con un brazo—. Seguro que pronto tendrás tus propias clientas…

—Eso espero —hipó Osta.

—¿Qué ha pasado exactamente? —pregunté.

—Thearna quería que combinara dos telas que desde luego no pegaban ni con cola y me negué. No podía hacerlo, Fia —sollozó Osta—. Y me dijo que estaba harta de que la cuestionara. ¡Pero yo trataba de hacerle un favor!

—Siempre estaba refrenándote. Eras una amenaza para ella. Ya lo sabes. —Apreté el brazo a su alrededor—. Además, ahora…

—Pero ese trabajo era lo único que tenía, Fia. Ahora no sé qué hacer. —Todavía seguía temblando, aunque su voz había bajado a apenas un susurro. Había clavado los ojos en el suelo, pero era evidente que habían perdido su chispa habitual.

Me moví en el sofá para mirarla a la cara y le cogí las manos.

—Osta, todo va a salir bien.

—Se ha ido a la mierda. Mi vida entera se ha ido a la mierda. Tenía que haberme quedado con la boca cerrada. Ahora no tengo futuro. Ni posibilidades —murmuró aflojando las manos entre las mías.

—Vamos a superar esto. Puedo intentar hablar con Ashford otra vez y preguntarle si conoce a alguien de la nobleza —añadí. No es que me apeteciera especialmente, pero por ella lo haría.

—Es inútil. Si estuvieran interesadas, ya se habrían puesto en contacto.

—Osta, no pareces tú. Venga, me estás comenzando a asustar. —Le agarré la mano con un poco de fuerza de más—. Se supone que la amiga deprimente soy yo.

Se le escapó una risita y, tras unos segundos, volvió a mirarme.

Suspiré.

—Vamos a solucionar esto. Te lo prometo.

—¿De veras lo crees?

—Pues claro. Eres tú. Y hagas lo que hagas ahora será mejor que trabajar para Thearna.

—Supongo que una pequeña parte de mí está contenta de no tener que verla todos los días. —Osta se encogió de hombros y se

sentó un poco más derecha.

—Eso es.

—Solo necesito distraerme. —Hizo un mohín; la Osta que conocía casi había vuelto.

Tuve una idea. Era inusual que yo pudiera solucionarle algo a ella. No pensaba desaprovechar la oportunidad.

—Pues… mañana voy a salir con unos compañeros reclutas. No sé si te interesaría unirte… —solté despacio. Arqueé una ceja, expectante.

Osta dirigió los ojos inyectados en sangre hacia mí. Los abrió aún más cuando se fijó en mi expresión.

—¿Perdona? Fia, ¿que vas a hacer qué? —La postura entera de Osta cambió cuando se acercó y me miró con las piernas cruzadas. Se secó las lágrimas de las mejillas, y una sonrisa se le dibujó en la cara.

—Me han invitado después del entrenamiento. Creo que te caerían bien. Y ellos te van a adorar. Todo el mundo te adora.

Osta chilló.

—¡Fia, estoy tan orgullosa ahora mismo! ¡Mi mariposilla social! Qué bien te he enseñado. —Suspiró, satisfecha de sí misma.

«Misión cumplida».

—Briar, uno de los reclutas, esperaba que conociera algunos sitios buenos para salir por Luminaria. Es obvio que tú estás mucho más versada en estos temas. ¿Te apetece reunirte con nosotros en el cuartel mañana por la noche con un plan? —La miré, anticipando una explosión.

—Fia, qué emoción. ¡Sí, sí, sí! Ay, madre, hay tantas opciones… —Se detuvo, con los ojos moviéndosele mientras pensaba.

—Lo que tú quieras. —Le apreté el hombro antes de levantarme.

—Gracias, Fia. En serio, no me creo que hayas hecho amigos. ¡Es alucinante!

Le guiñé un ojo antes de ponerme de pie y encaminarme hacia mi habitación, pero me detuve.

—¿Fiesta de pijamas en el salón? —pregunté a la par que me giraba con rapidez hacia ella.

—Pues claro. —Sonrió y me lanzó un cojín.

Me reí, lo atrapé y lo arrojé de vuelta.

—Iré a por más mantas. Podemos hacer un fuerte como en los viejos tiempos.

—Sí, ahora que ninguna de las Fairbanks está por aquí pululando para destrozarlo. —El sonido de nuestra carcajada se hizo eco a través del pequeño apartamento mientras doblaba la esquina.

—¿Quieres ducharte en los dormitorios de los reclutas? No debería haber mucha gente ahora mismo. Cuerpo, Escamas y Colmillos no terminan hasta tarde —dijo Raine, sin aliento, cuando regresábamos del campo al cuartel.

—Seguro que no huelo muy bien. —Me reí—. Así que sí. Gracias.

El entrenamiento se había vuelto más brutal, pero no sabía si culpar a las carreras o al dolor de mis músculos, que se había hecho casi permanente.

—¿Van a ser así todos los días? —pregunté mientras seguía a Raine a través de la verja principal. Nos tuvimos que apretujar entre la enorme afluencia de cuerpos del vestíbulo, todos con inmaculadas camisas blancas.

—Ni idea, pero espero que no, la verdad. —Suspiró—. Digo yo que en algún momento tendremos que aprender habilidades de combate propiamente dichas, ¿no? No va a ser todo defensa y evasión.

—Se supone —murmuré mientras me conducía por el vestíbulo del cuartel. Atravesamos el comedor y la zona social y llegamos a la puerta que había en mitad de la pared negra entre dos sofás. La abrió y vimos unas escaleras que descendían al alojamiento de los reclutas.

Cuando volví a entrar en el cuarto de Raine, la encontré en un rincón poniéndose un cinturón sobre unos pantalones de seda azul grisáceo. Llevaba una blusa de cuello alto del mismo color remetida a la perfección y las trenzas recogidas en un moño en la parte de atrás de la cabeza.

Briar descansaba en un banco y llevaba puestos una camisa con el cuello verde oscuro y unos pantalones de vestir marrones. Igual me

había traído el atuendo equivocado para la quedada. Eché un vistazo a mi ropa habitual típica de la botica. Al menos había cogido la camisa que tenía menos manchas.

Osta nos esperaba fuera de las verjas conversando con un recluta de cabello negro. Cuando nos aproximamos, me di cuenta de que jugueteaba con su pelo, como era típico en ella. Pues claro que ya había encontrado a un miembro con quien coquetear… «Espera». Entrecerré los ojos al reconocer al hombre.

Nazul.

«Oh, venga ya».

Aligeré el paso e intenté llamar su atención.

Nazul se volvió y se fijó en que nos acercábamos. Le asintió a Osta y le susurró algo en el oído antes de echar a pasear calle abajo.

—¡Vosotros debéis de ser los nuevos amigos de Fia! —exclamó Osta saltando hacia nosotros. Ella me dio un codazo a modo de aprobación, lo que hizo que me pusiera colorada.

—Osta, estos son Raine y Briar. —Señalé a un lado y a otro.

—Encantada —saludó Raine con una sonrisa radiante.

—Eres monísima —musitó Briar—. ¡Y qué vestido! Estás absolutamente divina.

Osta rebosaba de alegría.

Llevaba un vestido de color marfil claro que le llegaba justo por debajo de las rodillas en sencillos volantes. Las mangas le caían sobre los hombros, ondeando al viento. Iba todo sujeto con un tenue corsé florido abrochado a la espalda.

—¡Gracias! Me alegro de conoceros a los dos —dijo con entusiasmo antes de dar un paso hacia mí y susurrar—: Te he traído algo para que te lo pongas. —Me volví a ruborizar cuando me miré los simples pantalones marrones y el top beis. Ya me imaginaba lo que Osta había elegido para mí.

Con un gemido, alargué la mano hacia ella y me entregó la mochila con entusiasmo.

—Ve a cambiarte a mi cuarto —sugirió Raine mientras me daba una llave pequeña. Sonreí y agaché la cabeza antes de atravesar de nuevo las verjas del cuartel.

Me planté delante del espejo para ver bien el vestido. Confeccionado de una tela de seda del color del vino especiado, se movía como si no pesara nada mientras me giraba para inspeccionar mi reflejo. La parte superior estaba hecha a medida e iba sujeta al cuello con una tira delgada, que me dejaba el escote al aire. El largo caía en una falda acampanada sencilla.

Osta sabía cómo causar impresión, eso había que concedérselo. El vestido era simple, pero aun así muy elegante. Con él, parecía tener estilo, algo ya bastante impresionante de por sí.

Fruncí los labios y cambié el peso de una pierna a otra mientras mi reflejo me devolvía la mirada y observaba la apretada melena recogida hacia atrás y los permanentes ojos con ojeras.

Osta había dejado algunos de sus productos de belleza en la bolsa…

Antes de que pudiera arrepentirme, saqué el lápiz delineador negro y empecé a pintarme los ojos.

Retrocedí y examiné mi trabajo. Ni tan mal. Le daba de nuevo ese toque de seducción a mis rasgos. Me mordí el labio. El pelo era caso aparte.

Me lo solté, dejé que los rizos blanquecinos cayeran ligeros sobre mis hombros y respiré hondo. Si íbamos a uno de los lugares favoritos de Osta, sí que podría dar el pego, y… verme de esta guisa la animaría aún más, sobre todo si no había rastro de la resistencia habitual. En este momento, me había comprometido con la fachada. Me calcé las zapatillas a juego que Osta me había dado y me fui a la puerta.

Sin embargo, en cuanto toqué el pomo con la mano, se me paralizó el cuerpo. No había pensado en el hecho de que tendría que atravesar el cuartel con esta pinta.

Sola.

Se me revolvió el estómago, pero ya era demasiado tarde.

Respiré hondo para tranquilizarme antes de asentir para mí misma y salir al pasillo.

Empecé a subir las escaleras que llevaban al comedor mientras trataba de caminar deprisa y evitar el contacto visual. No obstante, esa fue una tarea difícil, ya que seguía teniendo las piernas

entumecidas por el acondicionamiento físico. Una parte de mí se preguntó si sobreviviría a esta noche con estos zapatos.

«Más vale que vayamos a un sitio donde se fomente el sentarse».

Unos cuantos miembros de la infantería estaban sentados en el sofá en la parte de arriba de las escaleras. Lanzaron una mirada en mi dirección cuando atravesé la puerta. Intenté no prestar atención a los susurros mientras caminaba entre las mesas del comedor y los cuerpos de gente que comía, escribía cartas y conversaba. Unos pocos se giraron hacia mí cuando mis zapatillas hicieron unos chasquidos que sonaban muy diferente de las botas que solían reverberar en este lugar.

Un escalofrío me recorrió cuando escuché un silbido de algún lugar a mis espaldas, pero no pensaba darme la vuelta. El vestíbulo quedaba solo unos pasos más allá. Notaba cómo los ojos me taladraban la espalda.

Me recompuse y atravesé las verjas, saboreando el aire frío de la brisa. Osta, Raine y Briar seguían hablando. Desde fuera, una podría pensar que llevaban tratándose años.

Briar se percató de que me aproximaba a ellos y se quedó boquiabierto.

—Riftborne, ¿eres tú? —preguntó Raine, impactada. Yo meneé la cabeza y miré a Osta mientras daba los últimos pasos en su dirección.

—Todo es gracias a Osta. —Puse los ojos en blanco y eché el brazo por encima de los hombros de mi vieja amiga. Ella sonreía de oreja a oreja, satisfecha de sí misma.

—Es nuevo. Justo acabé de terminarlo la semana pasada en el taller —explicó—. Sabía que tú eras la indicada para llevarlo. Aunque ahora mismo siento una envidia que me muero. Es un vestido genial.

—No tenía ni idea de que tu pelo fuera tan rizado —comentó Raine.

—No lo suelo llevar suelto así. —Cogí uno de los bucles y tiré de él hasta que volvió de nuevo a su sitio.

—Pues deberías. Si yo tuviera tu pelo, lo llevaría así todos los días. Es precioso. Parece que su textura no pesara, es como si flotara —murmuró Briar antes de engancharse del brazo de Osta.

Saltaba a la vista que esos dos habían hecho buenas migas.

—Bueno, ¿habéis decidido el plan? —pregunté. A Osta los ojos le hicieron chiribitas cuando miró a Raine y a Briar antes de girarse hacia mí con una sonrisa traviesa.

«Por todos los Esprithe, ¿qué tiene en mente?».

—Vamos a ir al Enclave —chilló.

—¿El Enclave? ¿Cómo es eso posible? —pregunté nerviosa. Era uno de los clientes más gordos de la botica, así que era muy consciente de los tipos de elixires que proporcionaban a la clientela. El establecimiento era un misterio para la mayor parte de Luminaria; un club solo para socios que atendía casi exclusivamente a la élite. Tragué saliva.

—Shun es el mejor amigo de la camarera que trabaja esta noche. Ha movido algunos hilos y nos ha conseguido una reserva en una de sus mesas —contestó Osta mientras una expresión satisfecha se le extendía por la cara.

—He oído rumores sobre ello, pero jamás se me habría ocurrido que alguna vez iría de verdad —soltó Raine con los ojos reluciendo de entusiasmo.

—Pues a mí no me suena de nada, pero sí, sí y sí. Mil veces sí. Por supuesto que sí. —Briar prácticamente vibraba.

Contuve el vuelco de mi corazón y me recordé que esta noche no era para mí. Era para Osta.

—Está cerca, ¿no? —pregunté, intentando sonar tan emocionada como mis compañeros reclutas.

—Calle abajo. ¿A que soy la mejor? —arrulló Osta, y se giró para caminar en dirección al club. Fui hasta ella y me enganché de su otro brazo.

—Eres única —susurré, dándole un empujoncito. Ella se limitó a sonreír aún más mientras nos abríamos paso por la bulliciosa calle—. Por cierto, tenemos que hablar de ese pequeño coqueteo que he visto en el cuartel. —La miré, poniendo los ojos de lo más serios.

—¿Qué? ¿Te refieres a aquel chico? Era muy majo. ¿Por qué me miras así?

—Es un rotundo no. Es horrible, Osta. Te lo digo en serio. Además, es un intolerante. Su mejor amigo es el que no para de lanzarme

puñales con la mirada.

—Ah, ¿sí? —Osta bajó la vista hacia su marca de riftborne, con la decepción apoderándose de sus facciones.

—Sé que tienes buena mano hasta con los más estirados de la nobleza de Sídhe, pero no pierdas el tiempo con este, Osta. Puedes aspirar a algo mejor.

Ella suspiró y me miró con una débil sonrisa. Yo le di un codazo.

—Pero dejemos de hablar de ello. Esta noche es para ti, así que divirtámonos. —Le guiñé un ojo mientras continuamos paseando calle abajo.

—Aquí es —musitó Osta cuando todos nos quedamos mirando el exterior deslucido de una vivienda baja con una entrada modesta.

—¿Estás segura de que no nos hemos equivocado de sitio? —pregunté dudosa. Osta dio un paso adelante y llamó a la puerta con un patrón inusual. Raine me lanzó una mirada confusa a la que yo respondí con un encogimiento de hombros.

La puerta se abrió con un chirrido y dio paso a una mujer con una túnica de gala negra.

—Santo y seña, por favor —solicitó.

—Espejismo —respondió Osta con confianza.

—Adelante. —La mujer retrocedió y nos acompañó a una salita. Estaba vacía, a excepción de una puerta en la pared más alejada, y el suelo cambió a medida que lo cruzamos. La mujer dio un paso atrás y deslizó el dedo por la puerta hacia abajo. Un dorado brillante resplandeció con el patrón que había trazado.

—¿Eres una tejedora de la luz? —preguntó Briar.

—Casi todos los que trabajamos aquí lo somos. Es el único modo de abrir puertas y moverse —replicó con una sonrisa misteriosa.

Enseguida, oí lo que parecía una cerradura girar, y la puerta se abrió despacio.

—Bajad las escaleras. La camarera os acomodará —explicó la mujer.

Todos intercambiamos una mirada antes de cruzar la puerta y abrirnos paso por el tramo de escaleras de madera.

La habitación a la que entramos estaba pintada de negro, y sonaba una música que surgía del suelo. Una mujer con el cabello negro se aproximó a nosotros con una tablilla de madera en las manos.

—Nombre, por favor —pidió mirándonos.

—Osta Riftborne.

La camarera ni siquiera pestañeó ante la mención de nuestro apellido compartido. Se limitó a sonreír y suavizó los rasgos.

—¿Eres amiga de Shun? —preguntó la camarera.

—Sí, y te agradecemos mucho que nos hayas colado en el último minuto —habló Osta con entusiasmo y destilando emoción.

—La verdad es que ha sido pura suerte. Hemos tenido una cancelación —susurró la mujer—. Seguidme.

Abrió una puerta, y una luz brillante iluminó el pequeño vestíbulo.

Me quedé impactada cuando entramos. Era como si nos hubiéramos adentrado en un valle cubierto de césped maravilloso en mitad de una cordillera. Las estrellas titilaban en un interminable cielo negro y una vorágine de cuerpos danzaban en medio del claro. La música era parecida a la que habían puesto en la arboleda, pero más movida y más violenta. Sonaba por todo el espacio.

En mitad del cielo había una inmensa flor que brillaba en un caleidoscopio de colores. Una niebla salía en espiral de ella.

Era obvio que había ilusionistas trabajando aquí.

Y fue entonces cuando al fin percibí la encantadora fragancia de jazmín en el aire. Se me relajó el cuerpo y lo sentí más pesado.

Había unos salones individuales dispuestos alrededor del perímetro, cada uno con su propia fogata que destellaba en tonos de rojo, azul y morado.

Seguimos a la mujer totalmente asombrados mientras nos conducía a un reservado al final de la fila. Tres sofás de terciopelo negro formaban una figura en U sobre el terreno cubierto de hierba.

—Esta es vuestra mesa esta noche. Si queréis un aperitivo, echad uno de estos al fuego —explicó al tiempo que le entregaba a Osta una bolsa pequeña.

Todos nos acomodamos en los sofás y nos deslizamos sobre los suaves cojines.

—Espero que disfrutéis de la noche. —La mujer nos guiñó un ojo antes de volverse y abrirse paso de vuelta a través del campo.

—Madre mía. Por todos los Esprithe… —soltó Raine, meneando la cabeza asombrada.

Osta ya estaba abriendo la bolsa y metiendo la mano para ver qué había dentro. Sacó un cristal de ámbar pequeño.

—¿Lo echo? —preguntó, con los ojos reluciendo de picardía.

—¿Para qué hemos venido si no? —Aplaudió Briar dando saltitos en su asiento.

Osta alargó la mano sobre el fuego y dejó caer el cristal. Tras unos instantes, un humo de tono dorado surgió de la hoguera, y la fragancia del copal quemándose me llenó los pulmones.

—No me creo que estemos aquí de verdad. —Osta suspiró—. Después de lo de ayer, este tipo de distracción es justo lo que necesitaba.

—¿Qué ocurrió ayer, cielo? —Briar se incorporó y se puso con los codos sobre las rodillas.

Los ojos de Osta volaron hacia mí.

—Su jefa la despidió —contesté en tono neutro.

—Porque le hice algunas sugerencias a un diseño en el que estaba trabajando. La tela que quería utilizar no tenía sentido con la estructura de la blusa —añadió Osta exasperada.

—Si estos dos vestidos son indicativos de tu talento, me parece que es ella la que debería haber estado trabajando para ti —dijo Raine—. ¿Dónde me inscribo para pedirme el siguiente vestido?

Osta se ruborizó y esbozó una sonrisa tímida. Era una respuesta poco habitual en ella.

—Me encantaría hacerte algo, en serio. Aunque no estoy segura de cómo voy a tener acceso a ciertos materiales ahora que ya no trabajo con una modista. —Se le pusieron los ojos vidriosos.

De las profundidades de la fiesta, un hombre ataviado con ropajes amarillos brillantes se acercó con una bandeja de relucientes viales dorados. Los cuatro intercambiamos miradas de confusión.

—Eeeh… Creo que te has equivocado de mesa —dijo Osta nerviosa mientras se secaba las lágrimas derramadas y se enderezaba en el asiento—. Aún no hemos pedido nada.

—Ofrecemos las curas para el deseo y la juerga. Entregamos los cócteles tras evaluar la necesidad colectiva de un grupo —aclaró sin más, y nos acercó la bandeja.

—Bueno, ¿y esto qué es entonces? —inquirió Briar muerto de curiosidad.

—Lo que el grupo necesita —replicó el hombre.

Raine se acercó y cogió el vial, seguida de Briar. Osta me lanzó una mirada aprensiva, pero agarró despacio uno de la bandeja y me lo entregó antes de tomar el último para ella. El hombre hizo una reverencia y se esfumó en la oscuridad.

—¿Alguna idea de lo que es? —preguntó Briar, paseando la mirada por todas nosotras.

Carraspeé.

—Creo que se trata de euforia líquida, pero me parece que la han mejorado de alguna manera —declaré mientras inspeccionaba el vial. Nosotras hacíamos esta poción en la botica. Era muy sencilla en realidad, aunque esta rebosaba de encantamientos.

—Eso suena divertido —musitó Raine a la vez que le daba vueltas al contenido y el líquido brillante reflejaba la luz del fuego.

—Este sitio es la leche —coincidió Briar.

—No estoy segura de cuáles pueden ser los efectos… —Me detuve. Esto parecía una mala idea. Los nervios regresaron en un santiamén. Miré aprisa hacia la multitud.

—Si todo el mundo está de acuerdo, yo me apunto. —Osta destapó su vial del tirón y lo sostuvo sobre el fuego. Briar la copió.

—Por Osta —dijo Raine, e hizo lo mismo.

Todos sostuvieron sus viales por encima del fuego, y mi mente comenzó a dar vueltas. Parecían cautivados por la juerga que se desarrollaba a nuestro alrededor. Tragué saliva antes de llevar la mano a las suyas despacio y chocar los viales al unísono. Antes de que pudiera convencerme de lo contrario, lo incliné hacia atrás y consumí el contenido.

Me recosté en el sofá con inquietud, a la espera de los efectos que no tardarían en aparecer.

A medida que transcurría el tiempo, observé el claro, a la gente bailando más allá. La coronilla de cada persona irradiaba el mismo

tono plateado; decenas de orbes titilaban en la oscuridad como estrellas, respirando al ritmo de sus movimientos. Algunos brillaban más que otros, y me pregunté por qué.

Cerré los ojos en un intento de distraerme de los cambios de mi entorno, pero fue inútil. Algo en mi interior me urgía a mirar, a ver, a asimilar el mundo que me envolvía, así que abrí los ojos de nuevo.

El latido de luz que emanaba del cielo se intensificó, encajando con mi propio latido. El lugar parecía danzar a cámara lenta. Miré a mis amigos, que tenían pinta de estar experimentando el mismo estado de ensoñación. Boquiabiertos, asimilaban las vistas con esta magnífica perspectiva nueva.

No pude evitar la sonrisa tonta que se me extendió por la cara. Todo se sentía bien. Todo se sentía como se suponía que debía ser. Los nervios que antes pudiera tener desaparecieron en las profundidades de mi mente, reemplazados por curiosidad…, asombro…, euforia.

Como en un trance, nos levantamos del sofá, nos cogimos de las manos y nos abrimos paso al centro del campo, donde los rasgueos de la música eran más intensos.

Nos incorporamos a la masa de cuerpos que se balanceaban al compás. Eché un vistazo a Osta, que se reía, casi doblada. Raine y Briar se encontraban en un estado similar. Los cuatro giramos y dimos vueltas a través de la multitud conforme nos rendíamos a los efectos del elixir y dejábamos que se afianzaran por completo.

Entre la neblina, atisbé las luces plateadas alrededor de cada persona. Las cabezas de mis amigos resplandecían cerca; podía identificarlas sin apenas esfuerzo, como si hubiera memorizado la cadencia exacta de sus pulsos. Los orbes parecían latir con la música, expandiéndose y contrayéndose en perfecta sincronía.

Por un instante fugaz, sentí como si pudiera extender la mano y tocarlos. Como si pudiera meter los dedos entre esas brillantes esferas y sentir lo que ellos sentían, saber lo que ellos sabían. La urgencia era magnética, casi irresistible.

Pero el pensamiento se esfumó tan rápido como llegó.

Jamás me había sentido tan libre, dejando, sin pensar, que mi cuerpo reaccionara al mundo que me rodeaba. Se me pusieron los

ojos vidriosos cuando eché la cabeza hacia atrás y observé la flor de arriba. Cambiaba e irradiaba una luz destellante que iba al mismo ritmo que mis propias frecuencias. No pude evitar quedarme atrapada por su fuerza magnética.

Mis sentidos se vieron abrumados por el ambiente que me envolvía.

El aroma a jazmín era sobrecogedor; se me colaba por la nariz como si fuera una toxina adictiva. Me zumbaban los oídos por las melodías energéticas que me recorrían de arriba abajo con una intensidad sin límites.

Hasta la boca la tenía electrizada por el sabor del aire a mi alrededor, dulce y cautivador. Me relamí los labios, ansiosa por degustarlo más.

Algo oscuro me rondaba la cabeza… Algo de lo que necesitaba preocuparme. Algo que debía recordar. Pero estaba muy lejos, y las luces eran demasiado brillantes.

Los deslumbrantes orbes que me rodeaban latieron; una constelación de consciencia plateada que casi podía saborear. Y, en algún lugar en mi interior, algo más se agitó y después se adormeció de nuevo.

Acallé esa parte de mí y me entregué por completo al colorido caleidoscopio.

Capítulo 26

Los cuatro salimos trastabillando de las puertas deslucidas del Enclave unas cuantas horas más tarde, todavía bajo el efecto de los restos del elixir. Mi mente empezó a volver a la realidad que nos rodeaba y me percaté de lo vacías que estaban las calles.

—Osta, deberíamos irnos a casa —murmuré.

—Sí…, deberíamos irnos —repitió Osta con una sonrisa apacible y los ojos aún danzando.

—¿Estáis seguras? Podéis quedaros conmigo en el cuartel esta noche. —Raine alternó la mirada entre ambas.

—No pasa nada. No queremos molestar —contesté en voz baja, todavía distraída por las luces que brillaban a mi alrededor.

—Insisto. En serio, no quiero que volváis las dos solas andando a casa tan tarde. Y en este estado. —Su voz era severa, pero su vista seguía algo que resplandecía en la distancia.

—Estoy con Raine. Deberíais quedaros en el cuartel esta noche. No pasa nada —dijo Briar con calma, entrelazando un brazo con el de Osta.

Mi mejor amiga se atrevió a mirarme, aunque sus ojos no me enfocaron del todo. Me encogí de hombros. Tal vez no estuviéramos en el estado mental propicio para una caminata.

—Vale… Está bien. Si no es mucha molestia, entonces creo que aceptaremos tu oferta —respondí.

—Cuando queráis —contestó Raine al tiempo que nos adentramos en las calles oscuras de Luminaria, aún aturdidas.

Me volvieron los nervios, que me enviaron un cosquilleo por la espalda a medida que nos acercábamos a las verjas. Había un

silencio sepulcral, pero se podían ver guardias protegiendo la entrada.

Evité el contacto visual mientras Raine les proporcionaba su identificación. El guardia refunfuñó, aunque abrió las verjas. Sentí la irritabilidad que desprendía cuando entramos al vestíbulo.

Nos estábamos conteniendo la risa cuando entramos en el comedor. Todo nos parecía divertidísimo. Me dolían las mejillas de sonreír tanto. Di por hecho que era el efecto residual del elixir.

Darnos cuenta del silencio que había en el complejo nos hizo más hiperconscientes, lo que causó que camináramos de puntillas de manera exagerada e intercambiáramos miradas y sonrisas achispadas.

Justo cuando llegamos a las escaleras que conducían a los dormitorios de los reclutas, a Osta se le cayó el bolso de los brazos con un fuerte estruendo. Abrió los ojos de par en par preocupada antes de que todos nos partiéramos de risa en silencio y entre dientes.

Ella respiró agitada mientras recogía el contenido del suelo, y su postura provocó más risitas. A Briar se le escapó el chillido de una carcajada y Raine le tapó corriendo la boca con la mano.

A mí aún se me agitaba el cuerpo por tratar de controlar el ataque de risa cuando oímos el chirrido de una gran puerta de metal en la distancia.

Se me paró el corazón cuando unos pasos resonaron en el pasillo de arriba.

Oí cómo alguien se aclaró la garganta y reconocí el sonido de inmediato.

Dirigimos la vista hacia el balcón, pero no vimos nada. La voz parecía resonar por toda la habitación.

—¿Tan borrachos vais todos? —nos reprendió esa persona. Deslicé la vista hacia la escalera y vi aparecer una figura. Un escalofrío me recorrió de arriba abajo.

El pelo le caía sobre los hombros de su camisa negra. La cicatriz de su rostro parecía latir de ira.

Se detuvo unos pasos delante de nosotros, con los brazos cruzados y una ceja alzada. Los demás nos quedamos en silencio,

cambiando el peso de un pie a otro. Incluso en ese instante habría querido estallar en una oleada de risa frenética, pero me contuve. No me atrevía a hacer contacto visual con ninguno de mis amigos. Sabía que una sola mirada bastaría para que nos descojonáramos. Y aquel era, quizá, el momento menos apropiado para hacerlo.

—¿Os habéis quedado todos mudos? —inquirió Laryk con el ceño arrugado.

—No, señor —trató de contestar Briar. Todo el grupo se sacudió de golpe. Me atreví a mirar a Raine, que mantenía desesperada los labios en una fina línea.

Ashford nos miró a todos antes de poner los ojos en blanco.

—A la cama. —Su voz era suave y afilada como un cuchillo.

El alivio nos embargó cuando echamos a andar hacia el tramo de escaleras.

—Fia, un momento —dijo de forma inexpresiva. Sacudí la cabeza con firmeza a mis amigos para que mantuvieran la calma. Me di la vuelta y me acerqué despacio hacia Laryk. Los gritos de risa resonaron a nuestras espaldas.

Él me examinó durante un segundo con la mandíbula tensa antes de andar con tranquilidad hacia uno de los gimnasios acristalados.

Una chispa de rabia me recorrió mientras lo seguía con torpeza. En mi visión periférica, las luces todavía bailaban y se entrelazaban por el espacio.

Abrió la puerta de un tirón y me hizo un gesto para que pasara. No me atreví ni a mirarlo antes de entrar con dificultad en la habitación. Estaba a oscuras; solo la iluminaba la luz que se filtraba del comedor.

—¿En qué estabas pensando, recluta? —Su voz fría como el hielo resonó por toda la sala.

Me dirigí a la pared de piedra en un intento de mantener el equilibrio. La ira me invadió y libró una batalla contra la calma que me inducía el elixir.

—En fomentar el compañerismo —contesté inexpresiva. Mi espalda golpeó la piedra con menos gracia de la que pretendía.

—¿Así es como lo llamas? —Sus palabras eran tajantes mientras se acercaba a mí. El sonido me reverberó en los oídos.

—Así es como lo llamas tú —farfullé, y me percaté de la luz que relucía a su alrededor. Tragué saliva mientras mis ojos buscaron los suyos. Me recorrió una descarga eléctrica cuando noté la intensidad de estos.

Se aproximó y se detuvo a solo unos centímetros de distancia. Incluso en la luz tenue pude distinguir la línea marcada de su mandíbula, la manera en la que la camisa se le tensaba en los hombros. Olí el licor en su aliento.

—Fia, estás colocada —insistió mientras se pasaba una mano por el pelo. El calor que desprendía era desembriagador, pero no lo bastante para eliminar todos los efectos del elixir.

—Y tú has estado bebiendo —repliqué, ahora con palabras más firmes—. Supongo que ambos hemos roto el protocolo, general.

Se le tensó la mandíbula.

—Eso es distinto.

—Qué conveniente. —Incliné la cabeza, desafiándolo.

Su presencia era abrumadora.

—No me pongas a prueba esta noche.

Me aparté un poco de la pared. El movimiento me hizo tambalearme, y él me agarró corriendo del codo para sujetarme. El contacto me provocó un ardor en todo el brazo.

Me soltó al instante.

—Tú no cometes errores así.

—¿Y tú sí?

—Yo no soy el que está colocado ahora mismo.

—No, tú solo eres el que me arrastra a salas oscuras a solas —repliqué.

—Ten cuidado, recluta. —Había un brillo peligroso en sus ojos—. La gente de la calle no recibe los mismos privilegios que los miembros de la Guardia, y deberías saberlo.

—¿Y por eso intentas mantenerme a raya? —cuestioné.

—Por eso intento mantenerte con vida —gruñó.

Me acerqué, disminuyendo la distancia hasta que nuestros labios casi se tocaron. El aire vibraba en torno a nosotros, y a él se le tensó la mandíbula.

—No finjas que te preocupa de verdad lo que me ocurra —susurré.

—Tienes que tener cuidado.

—O, si no, ¿qué? —Las palabras me salieron más jadeantes de lo que pretendía.

De repente, sus manos estaban en mi cintura, empujándome contra la pared. El movimiento fue rápido y desesperado.

Me invadió una oleada de electricidad por todo el cuerpo al sentir su agarre. La tentación de obligarlo a acercarse era inmensa.

Antes de que pudiera hacer algo, estrelló su cuerpo contra el mío, y sentí su aliento en la mejilla. Contuve un gemido.

—¿Crees que esto es un juego? —dijo con voz ronca contra mi oído.

Una sensación deliciosa me atravesó. Era incapaz de decir nada. Lo único que sabía era que quería más.

Deslizó las manos por mis brazos, con brusquedad y posesividad, hasta que me agarró las muñecas. En un rápido movimiento, me las sujetó por encima de la cabeza contra la pared de piedra. La posición me dejó completamente expuesta a él, vulnerable. El pulso me latía en los oídos.

—Ahora mismo me deberías tener miedo —gruñó, con su agarre firme en mis muñecas.

Pero no tenía miedo. Ni por asomo.

Bajó la cara hasta la curvatura de mi cuello y se detuvo allí. Lo bastante cerca como para que yo sintiera el calor de su aliento contra la piel y lo tensísimo que estaba.

Inhaló hondo, y noté cómo le tembló todo el cuerpo. Deslizó la nariz a lo largo de mi garganta, casi rozándome la piel sensible.

El silencio era ensordecedor. Ninguno habló. Ninguno se atrevía.

Cerré las manos en su agarre, y se me escapó un sonidito de la garganta a medio camino entre un gemido y una súplica.

Él gimió y dejó caer la frente contra la pared de piedra junto a mi cabeza.

—Esprithe —jadeó.

Lo deseaba. Estar tan cerca de él sentaba bien.

Correcto.

Explosivo.

El éxtasis danzó por la superficie de mi piel. Quería una liberación. La necesitaba.

—Di algo —susurré desesperada.

De pronto, me liberó y dio un paso atrás.

—Eres imposible, Fia —masculló.

Me sentí abandonada cuando él se alejó de mí. Bajé la vista al suelo mientras la vergüenza amenazaba con arrollarme.

Él apretó la mandíbula y se dirigió a la otra punta.

—Contrólate —dijo con un suspiro mientras se aproximaba a la puerta.

—¿Y ya está? —Las palabras me salieron con un tono resentido.

Agarró el pomo, pero no lo giró. Tenía los hombros tensos. Durante un largo instante, se quedó ahí plantado.

Entonces, habló sin volverse.

—Esto… —Se detuvo—. Esto no volverá a pasar.

Las palabras me golpearon como si fueran una bofetada.

Abrió la puerta de par en par, salió y me dejó sola en la habitación poco iluminada. Podría haber jurado que se oían dos pares de pasos en el comedor.

—Bebe un poco de agua, joder —escuché que decía al otro lado del pasillo con una voz ronca y distante.

Con la espalda todavía apoyada en la pared, me deslicé hasta el suelo. ¿Qué me pasaba? Debería odiarlo. A todo él. Mis sentimientos no tenían sentido… Ya ni siquiera me reconocía. La vergüenza se apoderó de mi mente y solo compitió un poco con la necesidad que aún me atenazaba los huesos.

Él era general… Yo no era más que un arma para él. Eso había quedado muy claro.

Lo había dicho él mismo. Solo era una recluta. Nada más.

Era totalmente inalcanzable; y mis… deseos, inapropiados y totalmente erróneos.

Reproduje aquellos sentimientos una y otra vez en mi mente, esperando que surtieran efecto. Me abracé las rodillas y me balanceé hacia delante y hacia atrás, tratando de sofocar el dolor que estaba

surgiendo en mi interior, uno que no podía permitir que se extendiera.

Pronto la tristeza lo reemplazó.

No era más que la euforia líquida.

Tenía que serlo.

Y ahora estaba cayendo en picado.

Capítulo 27

Podía notar de verdad cómo me daba punzadas el cerebro en el cráneo mientras corríamos. Raine ya se había encorvado varias veces y había devuelto lo que fuera que se hubiera podido llevar a la boca antes. Briar parecía casi tan pálido como yo.

Le di un trago a mi agua, pero daba igual lo mucho que bebiera, seguía notando la boca pastosa y seca.

Saber que esta carrera era solo para calentar hacía que estuviera abrumada. Ojalá pudiera dejar de pensar todo el rato en el humillante encuentro que había tenido con Laryk. Tal vez eso habría reducido el palpitar de mi cabeza.

Menos mal que hoy las nubes cubrían el sol y que una brisa ocasional refrescaba nuestra piel sudada.

—Siento que me muero. —La voz de Briar sonó amortiguada. Se encontraba sentado en el suelo con la cabeza entre las rodillas.

Raine estaba repantigada como una estrella de mar al lado de él; sus largas pestañas le rozaban la parte superior de las mejillas.

Un trueno retumbó a lo lejos.

Sabía que, si me sentaba ahora, no podría volver a levantarme. Permanecí con las manos en las caderas tratando de recuperar el aliento.

Algo llamó mi atención cuando escuché que Draven alzó la voz unos metros más allá. Se estaba enfrentando a Baelor y a Nazul.

—Todo lo que se te ha dado y todo lo que tienes y lograrás será por el nombre de tu padre y de tu familia —declaró Draven con una determinación que nunca le había visto antes.

—He demostrado mi valía lo suficiente para que me elijan para esta facción. El mérito es mío. Sin embargo, estaré encantado de continuar con el legado de mi familia, como cada dominador del fuego antes que yo —contestó Baelor sin inmutarse.

Noté cómo la frustración de Draven iba en aumento.

—¿Cómo esperas que luchemos a tu lado cuando no sabemos siquiera cuál es tu foco? A lo mejor eres tú el que no debería estar aquí si tanta vergüenza te da —continuó Baelor.

—Draven, ¿por qué no nos lo cuentas y ya? —metió baza Nazul mientras alzaba las manos.

—Tendréis que luchar contra mí para descubrirlo —soltó Draven hecho una furia.

Abrí la boca para interceder por Draven, pero no me salieron las palabras.

—Como quieras. —Baelor balanceó el brazo un instante, y su puño impactó contra la cara de Draven. El sonido de huesos rotos hizo eco en el campo.

Jadeé y corrí hacia él.

—¡Por el amor de los Esprithe! Draven, ¿estás bien? —Me arrodillé a su lado e intenté ver el alcance del daño. La sangre le chorreaba de la nariz a la palma de la mano. Él se apartó de mi agarre.

—Estoy bien —me aseguró, aunque la cantidad de sangre me decía lo contrario. Hizo lo que pudo para alejarse.

—Draven, venga, deja que te ayude a levantarte. —Avancé de nuevo hacia él, pero me lanzó una mirada de horror.

Fue entonces cuando escuché un golpe fuerte a nuestras espaldas. Volví la cabeza y vi a Baelor en el suelo con la boca retorcida en una mueca apretada.

Tenía el puño, cubierto de sangre, mortalmente quieto. De hecho, todo su cuerpo se había quedado fijo en extraños ángulos, como si se hubiera congelado a medio camino antes de caerse. Habría pensado que estaba hecho de piedra de no ser por el movimiento desesperado de sus ojos.

Raine alternó la mirada entre los dos con una expresión de curiosidad en el rostro.

—Guau…, Draven. ¿Eres un coagulador de la sangre? —Tenía los ojos abiertos de par en par, y podía afirmar que intentaba no sonreír mientras miraba la forma congelada de Baelor.

Draven asintió e hizo un gesto de dolor ante el movimiento.

—De tipo parálisis. —Su voz era contrita.

—Deberíamos llevarte a ver a los sanadores. —Me alejé un poco de él; no quería acabar por accidente en el suelo como Baelor.

Nazul, atacado, pululaba alrededor de su amigo cuando por fin notó la presencia del teniente Mercer.

—Draven ha paralizado a Baelor. ¿Qué hacemos?

El teniente Mercer frunció los labios, evaluando la situación.

—Según lo que he visto y oído, Soleil tenía mucho interés en saber cuál era el foco de Porter. Me parece que lo ha averiguado.

Había estado allí todo el rato.

—¿Cuánto tiempo se quedará así? —preguntó Nazul mientras se ponía de rodillas.

—Solo unos minutos. No le pasará nada —respondió Mercer.

—No sé. A mí me parece la ocasión perfecta para practicar *sparring*. —Raine sonrió con los ojos brillantes.

—¡Esprithe! —espetó Baelor desde su posición en el suelo.

—¿Lo veis? Los efectos ya se le están pasando. —Parecía que Mercer estaba conteniendo una sonrisa.

Transcurrió otro minuto y, al final, Baelor se incorporó sobre los codos con el ceño fruncido. Nazul intentó ayudarlo a sentarse, pero Baelor lo apartó con el brazo.

Draven fue a ver a un sanador, y el teniente comenzó a montar nuestro circuito de agilidad del día. Volví a observar a Baelor.

—Ni me mires, Riftborne —me dijo Baelor con una mueca.

Arqueé una ceja, decidida a ignorarlo.

Exhaló con brusquedad y alzó el labio superior con una expresión de disgusto.

—Al menos, ya sabemos por qué se te permite la entrada en esta institución.

Todos clavaron los ojos en Baelor. A Raine le crepitaron unas chispas en la punta de los dedos.

—Ah, ¿sí, Baelor? ¿Y por qué?

—Ha corrompido al general Ashford. Se están acostando. Los dos deberían ser ejecutados —soltó satisfecho.

Abrí la boca mientras la vergüenza me inundaba. No había sucedido nada…, pero era incapaz de imaginar lo que parecíamos anoche… ¿Cómo nos había visto Baelor siquiera?

Me acordé del par de pasos de más que había escuchado.

No había ocurrido nada… Laryk, el general, así se había asegurado. Traté de disipar el pesar que me provocó darme cuenta de ello.

—Eso no es cierto —empecé a objetar.

—Él es una vergüenza para la Guardia —afirmó Baelor.

—Te enfrentarás al tribunal disciplinario por los sentimientos que has expresado contra nuestro general. Desearle la muerte a cualquiera de nuestros líderes será castigado con severidad —dijo Mercer con tono firme.

Baelor alzó la vista al sol y se sacudió el polvo de los hombros como si nada le preocupara.

—Soy el hijo del general más poderoso que ha servido a este reino. Te lo recuerdo, teniente.

Mercer se limitó a parpadear y se detuvo por un momento antes de dar por finalizada la lección del día.

El corazón me iba a mil mientras caminaba hacia el gimnasio. Después de la noche anterior, ¿cómo se comportaría Laryk? ¿Estaría disgustado? ¿Hablaríamos de lo que fuera que hubiera pasado?

Se me escapó un suspiro. Eso no debería importar. Él tenía razón, claro. Mi yo sobria jamás me habría puesto en esta situación, drogada en un cuartel lleno de gente que podría o no odiarme…, que podría o no matarme. No obstante, era una adulta, capaz de tomar mis propias decisiones.

Los comentarios de Baelor no paraban de darme vueltas en la cabeza. En el fondo, sus palabras me apuñalaron con más fuerza que si hubieran sido ciertas. El deseo aún perduraba en mi mente, aunque me obligué a creer que desaparecería con el tiempo.

Pero, aun así…, anoche…

Contra la pared…

Me puse colorada ante el pensamiento. Su presencia se me quedó grabada en la cabeza con vívidos detalles. Casi era enloquecedor. Sudé a mares. De pronto, fui hiperconsciente de lo rápido que me iba el corazón.

Casi a demanda, el cielo se encapotó. Ráfagas de lluvia caían de manera torrencial por la ciudad, lo que hizo que me empapara al instante y que se apagaran las llamas que habían empezado a arderme bajo la piel.

Dejé que el torrente se llevara el recuerdo mientras entraba en el gimnasio. Un rayo cayó detrás de mí e iluminó la calle.

Cuando llegué a la zona de práctica, me quedó claro que estaba sola. La oscuridad llenaba la habitación, cargada y silenciosa. No había ni rastro del general. Opté por comenzar sin él y practiqué ejercicios de visualización con los ojos abiertos; cualquier cosa con tal de no sucumbir a la tentación del sueño. Conté las vértebras a medida que los zarcillos me danzaban columna arriba.

No pude evitar preguntarme dónde se encontraría. Seguro que trabajando en algo mucho más allá de mi nivel de conocimiento. A lo mejor los espectros habían caído sobre Luminaria en este preciso momento. O tal vez se había buscado la compañía de Narissa esta noche. Ese pensamiento descarriado me carcomió, y enseguida lo aparté de mi mente.

«Deja de actuar como si fueras una puñetera colegiala, por el amor de los Esprithe».

Al final, el general apareció con pinta de no haberse dado cuenta de lo tarde que llegaba.

—¿Algún avance? —preguntó en tono de indiferencia.

Rompiendo mi concentración, lancé una mirada furtiva en su dirección.

Laryk tenía el cabello hacia atrás y mojado, lo que formó un charquito en el suelo. La camisa abotonada que llevaba prácticamente se había vuelto transparente por el aguacero y se le ceñía a cada curva y contorno de su figura.

—S-sí, la verdad. Hoy he estado practicando con los ojos abiertos. No duro mucho, pero he podido conjurarlo de forma constante —

tartamudeé mientras me removía en el asiento. Verlo me descentraba después de nuestro último encuentro.

No apartaba la vista de él, y, en contra de mi buen juicio, eso me indignaba. Odiaba lo mucho que me gustaba mirarlo.

Se tiró del cuello de la camisa sin prestar atención a mi persistente mirada.

—¿Y has podido hacerlo durante el entrenamiento en grupo? ¿No te ha molestado nada?

Se desabrochó con dedos hábiles los botones de la camisa, que fueron revelando uno a uno más piel de color marfil que brilló a la tenue luz del gimnasio y que dio paso a los músculos definidos y los hombros esculpidos que había debajo.

El fuego brotó de mí, seguido de un escalofrío. Agradecí de inmediato tener la tela fría ceñida a la piel.

Una serie de truenos reverberó por la estancia y agitó el equipo que nos rodeaba.

—Sí, supongo que el entrenamiento ha dado sus frutos —murmuré, y al fin pude desviar los ojos. Era verdad. Las cosas que Baelor me había dicho un rato antes, en otro momento, me habrían hecho saltar, pero, de algún modo, sin siquiera darme cuenta, había controlado con firmeza mi foco.

El rubor me cubrió las mejillas cuando las acusaciones se repitieron en mi cabeza. ¿Qué pensaría Laryk si estuviera al tanto de los rumores que habían circulado hoy en torno a nosotros?

Yo desde luego no iba a ser la que sacara el tema.

Caminó hacia la pared que tenía armarios cerrados con llave, sacó una llave de su bolsillo trasero y la metió en una de las puertas. Cuando la abrió, sacó ropa negra arrugada.

Me lanzó una camisa de algodón antes de ponerse la otra por la cabeza. Otro rayo cayó justo fuera de las ventanas y alumbró la habitación. Los ojos se me fueron a la camisa antes de volver a él.

—Noto cómo tiemblas desde aquí, pero, por supuesto, si prefieres el cuero mojado, déjatelo —dijo con un suspiro.

Parpadeé.

Se percató de mi indecisión, se rio, se dio la vuelta e hizo un gesto con la mano.

—La habitación es tuya.

Aproveché la ocasión para quitarme con rapidez el top de entrenamiento de cuero y lo reemplacé por una cálida camisa holgada. Mis sentidos se vieron enseguida envueltos por el aroma a vetiver y a ámbar quemado. Era embriagador.

Hice que mi mente dejara de derretirse y me aclaré la garganta.

—¿Estás presentable? —preguntó. Sus palabras resonaron sobre mi piel.

—Mmm —solté, no muy segura de poder hablar.

Sin mirarme, agarró una silla y se colocó a unos metros delante de mí. Por un instante brevísimo, me pregunté si habría algún motivo para la distancia.

Alejé el pensamiento; sería más fácil concentrarme así. Era incapaz de imaginar lo que su proximidad podría desatar en mí ahora mismo.

Me sentí patética.

Nunca había necesitado o deseado a nadie antes. Y, por Fírinne, no quería empezar a hacerlo ahora.

La lluvia continuó cayendo torrencialmente sobre nosotros, salpicando por todo el techo y oscureciéndonos la vista del exterior de la calle. Él paseó la vista más allá de mí, con la mirada perdida.

—Pareces distraído —no pude evitar señalar.

—Están sucediendo muchas cosas ahora mismo. —Sacudió la cabeza y volvió su atención a mí—. He estado trabajando sin parar. Cuando me encontré contigo anoche, acababa de salir de una reunión que había durado todo el día. Lo… siento si… fui un poco brusco. —Sonaba tan cansado como yo me sentía. Cuando me miró a los ojos, vi algo suave en ellos.

—No pasa nada —me apresuré a responder.

Él lo sentía.

Yo sí que lo sentía.

Laryk se reclinó en la silla y se pasó las manos por los tirabuzones cobrizos.

—Pero tengo que hablar de algo contigo. —Carraspeó.

—¿Debería preocuparme? —Alcé una ceja, liberándome de mis pensamientos no deseados.

—No es algo que deba preocuparte por ahora, pero… —se calló, como si tratara de dar con las palabras adecuadas— me van a mandar a Stormshire mañana, y no sé cuánto tiempo estaré fuera. Podrían ser unas pocas semanas, un mes tal vez. Quizá dos.

—¿Ha ocurrido algo? —Me enderecé en la silla.

Se iba. Un torrente de emociones entró en conflicto en mi interior.

Bajó la vista y apretó los labios. Tras un momento, volvió a mirarme a los ojos, muy serio.

—Necesito que esta conversación quede entre nosotros. No quiero que cunda el pánico en el cuartel.

—Ahora me estás asustando. ¿Tan malo es? —Noté cómo un escalofrío me recorrió de arriba abajo. Preocuparme por él me agitó, y me retorcí en el asiento en un intento de deshacerme de esa sensación.

Era un general. No le pasaría nada.

—Los espectros han logrado abrirse paso a través de nuestros guardias, por lo que hemos incrementado las torres de vigilancia a lo largo de la frontera para que no vuelva a ocurrir, pero debemos proceder con extrema precaución. Tengo que estar allí para poder… —Apartó la mirada—. Tengo que estar allí para ayudar. Mercer se quedará aquí. Debéis acabar con vuestro entrenamiento. Es vital que todos estéis listos para lo que venga.

Me quedé paralizada, observándolo.

—Dime algo, Fia, por favor. —Nunca lo había oído pronunciar mi nombre con tanta suavidad.

—Entonces… ¿nuestro entrenamiento individual quedará pausado de forma indefinida? —Mi voz sonó más débil de lo que me hubiera gustado.

La mirada de Laryk volvió a suavizarse.

—Por desgracia, sí. Aunque quiero que sigas practicando por tu cuenta. Has avanzado mucho. —Se movió como si fuera a acercarse, pero se detuvo y acabó bajando la mano al regazo.

—Ya. —No pude evitar el tono amargo de mi voz—. He avanzado mucho.

Arrugó el ceño.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Nada.

—Fia…

—No paras de decir que avanzo, pero ¡no es así! —solté a bocajarro—. Puedo invocar mi foco, sí. También puedo mantenerlo unos segundos. Pero en realidad no puedo usarlo. No puedo practicar el liberarlo sin… —hice un gesto de impotencia— sin que quepa la posibilidad de que mate a alguien.

—Por eso estás entrenando el control…

—¡El control no es suficiente! —Me levanté de manera abrupta mientras la frustración se apoderaba de mí—. Cuando tenga que enfrentarme a los espectros, necesito saber que puedo luchar contra ellos de verdad. No solo mantener mi poder en algún tipo de… —Sacudí la cabeza—. No tengo forma de practicar la aplicación real en combate. Me voy a quedar allí plantada paralizada. O, peor, perderé el control y les haré daño a los nuestros.

Él también se puso de pie y cruzó en dos zancadas el espacio que nos separaba.

—No lo harás.

—Eso no lo sabes.

—Sí lo sé. —Ahora estaba cerca. Demasiado—. Porque has demostrado que eres capaz de detenerte.

—No estoy preparada —susurré—. Y, cuando te marches, me voy a quedar aún más rezagada.

—Eres demasiado dura contigo misma.

—Y tú eres demasiado blando porque te sientes culpable.

Se le endureció la expresión.

—¿Eso es lo que crees? —Su tono era bajo. Peligroso.

—¿Acaso no es verdad? —lo reté—. Me obligaste a hacer esto. Y ahora coges y te vas, y yo estaré…

—Tú estarás bien. —Me agarró los hombros con firmeza—. Eres más fuerte de lo que piensas. Más lista. Más capaz. —Apretó las manos—. Y sí, te obligué a hacer esto. Pero eso no significa que no seas una fuerza impresionante que tuviera que considerar.

Nos separaban unos centímetros. Sus manos me quemaban a través de la delgada tela de mi camisa.

—¿En serio lo crees? —jadeé.

—Sí. —La palabra salió ronca. Cruda.

La lluvia golpeaba las ventanas. Un trueno retumbó.

—Laryk…

Sus ojos fueron a mi boca y se quedaron ahí.

Deslizó una de las manos de mi hombro a la mandíbula y me inclinó el rostro hacia él.

—¿Ella va contigo? —no pude evitar preguntar. No tenía derecho a saberlo, pero quería.

—¿Quién? —replicó; la confusión le hizo fruncir el ceño.

—Narissa. —Noté cómo me ardían las mejillas. De pronto, quise salir fuera a que me ahogara la lluvia.

—Pues claro. Es mi tercera al mando. Una oficial, por detrás de Mercer. —Ladeó la cara mientras me analizaba y apartó la mano de mi rostro mientras retrocedía unos pasos.

Me arrepentí al instante de preguntar. Un dolor desconocido me invadió. Quería olvidar esta conversación. Ojalá pudiera retirar lo dicho. No quería sentirme de este modo.

—Fia, debes prometerme algo. —Sus ojos se volvieron serios y me dejaron con la guardia más baja aún—. Tienes que prometerme que no te meterás en líos mientras esté fuera. Recuerda dirigirte a tus superiores como corresponde, con respeto. No intentes hacer amigos nuevos fuera de Veneno. No hagas nada peligroso.

La gravedad de sus ojos se transformó en una especie de súplica, casi como si estuviera desesperado por que sus palabras se grabasen en mi piel.

—No estaré aquí para protegerte —dijo en voz baja.

Abrí la boca y luego la cerré, sin saber qué decir. Me limité a asentir.

—¿Lo prometes?

—Sí —fue lo único que pude responder.

—Y debes continuar con tu entrenamiento. Ahora es más importante que nunca.

—Me aseguraré de tenerlo controlado del todo para cuando regreses. —Suspiré, y le lancé una mirada de confianza. Esperaba que pareciera auténtica.

Capítulo 28

La oscuridad me rodeó.

Era inmensa. Unos puntos de luz salpicaban la extensión mientras unas nubes de niebla flotaban.

Sentí cómo se me hundían los pies y por fin tocaban un suelo que no se podía atisbar.

Traté de dar un paso hacia delante y no tuve éxito. Mi cuerpo no se movía.

Empecé a ver un pequeño rayo de luz de algo reflectante a lo lejos que serpenteaba hacia mí. Mientras se acercaba, me di cuenta de que era translúcido, como si lo iluminaran desde dentro. Se parecía a la telaraña que se encontraba en la parte baja de mi columna vertebral.

Estiré el brazo, y empezó a arremolinarse entre mis dedos. Se me dibujó una sonrisa en los labios.

Al poco tiempo, otro voló en mi dirección y flotó hacia mi otra mano. Doblaron su tamaño y después se triplicaron, subiéndome por los brazos.

De pronto, comenzaron a tirar de mí, como si quisieran que anduviera hacia delante, pero mis pies no cedían. Se desenredaron y se retiraron hacia la oscuridad una vez más.

Me pregunté a dónde querían que fuera.

Qué era lo que querían que viera.

Osta se hallaba despatarrada en el sofá cuando entré en el salón. Se estaba cubriendo los ojos con una mano y agarrando unas cuantas

hojas de pergamino con la otra. Había tinta y una pluma sin usar sobre la mesa.

—Osta, ¿has dormido aquí? —pregunté, viendo la mantita que le cubría con descuido la mitad inferior del cuerpo.

—¿Hum? —murmuró ella mientras se frotaba los ojos. Se incorporó despacio sobre los codos y dejó caer la cabeza hacia atrás para mirarme, aún con los ojos entrecerrados por la luz matutina—. Ah, eh… He debido de quedarme frita —contestó en voz baja. Me acerqué a ella y le quité el pergamino en blanco de la mano con delicadeza.

—¿Qué estás haciendo con esto? —Alcé una ceja. Jamás había visto a Osta escribir en ningún otro lugar que su cuaderno de diseños.

—Nadie de la nobleza se ha puesto en contacto conmigo… —murmuró al mismo tiempo que se pasaba los dedos por el pelo. Me senté en un extremo del sofá. Podía dedicarle unos minutos antes de marcharme a la botica.

—¿Ibas a escribirles? —La miré vacilante.

—Bueno, solo a una. A lady Soleil. Fue a la que parecí gustarle de verdad. —Suspiró.

Me detuve durante un segundo, dándole vueltas a las palabras en mi mente. Soleil era de la que me había hablado en el baile, pero no la había relacionado con…

—¿La madre de Baelor? —pregunté, poniendo los ojos como platos. La idea de que Osta pudiera trabajar para gente con tantos prejuicios era repugnante. Conociendo las opiniones tan despreciables que tenían sobre los riftborne, no estaba segura de si debería permitirle que lo hiciera.

—Lyanna Soleil. Es la mujer de lord Soleil. No tienen hijos, por lo que pude averiguar.

«¿Lord?». Sabía que Baelor provenía de un linaje de nobles convertidos en héroes militares, pero no que alguno de ellos aún mantuviese su título nobiliario. Ser general, incluso uno retirado, de la Guardia de Sídhe era mejor que ostentar el título de lord o lady.

—Entonces ¿no es la mujer del general Soleil? —pregunté.

—¿Ysabeau? Ah, claro que no. Ella no me prestaría atención. —Soltó una pequeña carcajada y sacudió la cabeza—. Prácticamente me dio la espalda en cuanto abrí la boca para hablar. Lyanna y ella parecen polos opuestos. —Torció los labios y miró el pergamino en blanco—. Sus maridos deben de ser hermanos.

—No me contaste nada de eso —contesté al tiempo que me recostaba en el sofá.

—No era importante. Quería centrarme en lo positivo.

—Bueno, no te preocupes mucho. Escríbele, aunque no lo mandes. —Alcancé la pluma y la tinta y se las acerqué—. Me quedaría contigo, pero llegaría tarde a la botica. No quiero darle a Ma más motivos para enfadarse conmigo. —Suspiré y me levanté.

—¿Todavía no ha dado su brazo a torcer? —Osta me miró con dulzura.

—No, y no espero que lo haga. Creo que esta es la nueva normalidad. Al menos hasta que me manden al oeste, lo que parece inevitable ahora que…

Hice una mueca cuando un dolor desconocido me invadió y detuvo las palabras que iban a salirme de la garganta.

«El juramento de sangre».

No podía contarle a Osta nada de los espectros o de la destrucción inminente que parecía avecinarse vertiginosamente hacia Sídhe. Murmuré una maldición entre dientes.

Osta me miró.

—¿De qué estás hablando? —se apresuró a preguntar.

—Supongo que, al estar en la facción del general, me destinarán donde él pasa la mayor parte del tiempo. —Me encogí de hombros, tratando de restarle importancia.

Osta se tomó un instante para comprenderlo.

—Supongo que no había pensado que fuera tan lejos —susurró.

—No creo que ninguna de las dos esperase que me marchara tan lejos, si te soy sincera. —Me reí por lo bajo mientras miraba a mi alrededor.

Se produjo un silencio sepulcral en la habitación.

—Pero podría equivocarme. No sé qué planes tiene para mí… —Mentí—. No obstante, aunque me destinen, no será para siempre.

Tendré que volver a Luminaria en algún momento. —Tragué saliva con fuerza. Ella se quedó mirando la pared con los ojos vidriosos—. Y podré mandar dinero para mi parte del alquiler… —Mis palabras parecían no surtir efecto en ella.

Tras unos minutos, suspiró.

—Sé que dije que te apoyaba en todo esto, pero no puedo imaginarme estar aquí sin ti.

—No hay razón para disgustarse por eso ahora mismo. Vamos a esperar a saber algo definitivo. De todas formas, seguro que pronto estarás viviendo tu mejor vida en alguna finca de nobles.

Me acerqué y la estreché entre los brazos.

—En serio, céntrate en ti ahora mismo. No te preocupes por mí. Te veo después del trabajo, ¿vale? —Alcé una ceja, le dediqué una sonrisa tranquilizadora y aguardé a que ella me correspondiera antes de hacer otro movimiento.

Asintió. Yo me dirigí hacia la puerta y hui hacia el pasillo antes de que las lágrimas en mis ojos empezaran a desbordarse.

Levanté la vista cuando Ma dio un portazo con la puerta trasera de la botica, renqueando y dejando una jardinera en su escritorio y un reguero de tierra por el suelo.

—¿Cómo es esto posible? —casi gritó mientras se llevaba las manos a las caderas y suspiraba con intensidad.

—¿Qué pasa, Ma? —pregunté al mismo tiempo que me acercaba a toda prisa para ver por qué estaba tan molesta. Eché un vistazo dentro de la jardinera y vi que nuestra colección de flores raras había muerto. No les quedaba ni un poco de vida en los pétalos, que se cayeron al suelo a nuestro alrededor. Incluso la tierra parecía descolorida.

Ma se acercó a la jardinera y escarbó con las manos. Sacó un cristal azul violáceo lleno de tierra. Reconocí de inmediato que era arcanita por la forma en la que la luz parecía resplandecer dentro de ella, pero la piedra se veía más brillante e intensa de lo que recordaba.

—Se suponía que esto me iba a ayudar a que crecieran —dijo Ma mientras limpiaba la superficie del cristal. La tiró a su escritorio y dejó caer la cabeza entre las manos.

—Yo tampoco lo entiendo —murmuré, teniendo cuidado para no cabrearla aún más—. ¿Cuándo volverá el comerciante de plantas raras a Luminaria? —pregunté.

—Dentro de seis meses —contestó sin emoción alguna. Pude sentir su irritación. Odiaba este sentimiento, como si tuviera que andar con pies de plomo alrededor de Ma. La botica ahora parecía muy diferente. Un hogar lejos de mi hogar que en el pasado me había otorgado tanta paz y seguridad ahora hacía que mi ansiedad se disparara en violentas oleadas.

Quería mucho a Ma, aquello no había cambiado, pero que desaprobara mis decisiones estaba comenzando a pasarme factura. No sabía cuántas malas caras iba a poder aguantar ya.

La presión de la Guardia ya era suficiente por sí sola. Y había mucho más… Ahora tenía otras prioridades nuevas. Una consistía en protegerlas a Osta y a ella, y a toda Luminaria de hecho. A pesar de que no pudiera contárselo a nadie.

Me esforcé todo lo que pude por mantenerme concentrada, pero mi mente continuó divagando. No paraba de pensar en sombras, espectros y oscuridad. Y en Laryk. No tenía sentido fingir lo contrario.

Había conseguido moler la mitad de las hierbas que se necesitaban para un tónico concreto que Ma estaba creando cuando me percaté de que el sol ya se ocultaba por el horizonte. Debía marcharme o llegaría tarde al entrenamiento. Tendría que terminarlo al día siguiente.

Empecé a guardar el polvo cuando sentí a Ma acercarse por la espalda. Miró por encima de mi hombro.

—Fia, necesito esos diez frascos antes de que te vayas. Van a recoger el pedido más tarde. Ya sabes que me tiemblan demasiado las manos para hacer que queden con la textura correcta.

—Lo siento mucho, Ma, pero no puedo llegar tarde a entrenar. No me da el cuerpo para hacer una carrera extra. —Me mordí el labio,

observando con cautela su reacción mientras seguía recogiendo mis cosas.

—Fia, por favor, de verdad que necesito que lo hagas. Si no hubieras estado en las nubes todo el día, habrías acabado con tiempo de sobra —dijo con frialdad.

—Tengo un montón de cosas en la cabeza —espeté, tratando de controlar el tono.

—Sí, ese es tu estado últimamente. Ni siquiera te reconozco. —Ma alzó las manos y señaló mi apariencia—. Ya no llevas ni tu uniforme de trabajo. Solo te veo con eso puesto —soltó—. Otro recuerdo de la marioneta estúpida en la que te estás convirtiendo.

La ira estalló por su acusación, y me invadió la comprensión. Ma y yo habíamos sido en el pasado inseparables, y aquello antes me alegraba. Ella solía hacerme sentir que no estaba tan sola. No obstante, ahora, la verdad se filtró en mi sangre como un veneno. Aunque no lo hacía de manera intencionada, Ma siempre avivó mis mayores miedos para mantenerme a salvo, para mantenerme fuera de peligro. Sin embargo, lo único que había hecho eso era refrenarme. Buena parte de mi vida había cambiado a mejor desde que me había unido a la Guardia. Yo me di cuenta, pero tal vez ella nunca lo haría.

—Era una bomba de relojería y un peligro para todas las personas de mi alrededor. No me quedaba otra. No soy ninguna marioneta. Por fin puedo ser quien quiero ser sin miedo y ansiedad. Soy más fuerte, tengo más confianza. ¿No deseas eso para mí? —supliqué. Necesitaba que lo entendiera.

—¡Es que no entiendo tu decisión, Fia! Este cambio ha sido de la noche a la mañana. ¡Y no parece haber una buena explicación! Estás tirando tu vida por la borda. No soporto pensar que mueras por la Guardia. ¿Sabes lo que eso me haría? —gritó Ma frustrada.

Me detuve. Podría decírselo… Podría contarle al fin la verdad sobre la arboleda. Sobre lo que les había hecho a Bekha y Jordaan, pero todo dentro de mí se rebelaba. Contárselo sería peor. Era mejor así. Sería incapaz de soportar que me mirara con miedo. Prefería que me odiara por algo que no comprendía.

—Ma, no puedo explicártelo, pero ahora soy parte de algo. Puedo ser útil. Puedo ayudar a proteger a la gente que quiero en vez de ser un peligro para ella. No me tomo esto a la ligera. —Tenía los ojos inundados de lágrimas. Las palabras me salieron a borbotones, pero sabía que no servirían para nada.

Ella se detuvo un segundo y luego chasqueó la lengua.

—Parece que ya te han lavado la mente. Ya ni siquiera puedes entrar en razón, Fia. Eres una extraña. —Sacudió la cabeza a la vez que suspiró.

—Voy a dejar de repetir esta conversación contigo una y otra vez. Debes aceptar mi decisión…

—¿O qué? —siseó. Ahora los ojos le brillaban con llamas.

—O no tendré otra opción más que salir de esta situación. —Traté de mantener la voz fuerte, pero no pude evitar que se quebrase ante la rotundidad de mis palabras.

Ma soltó una risa sarcástica y me dio la espalda.

—Claro que sí, Fia. Vete a tu facción. No me hagas más favores. Es obvio que ya no quieres estar aquí.

—Yo no soy Miguel —susurré.

Volvió los ojos hacia mí al instante, y vi el dolor en ellos, ardiendo en sus iris.

—Puede que sí lo seas.

Nos quedamos en silencio; Ma no se movió, siguió dándome la espalda.

—Empezaré a buscar a alguien que te sustituya —soltó. El pergamino que tenía en la mano se convirtió en cenizas y cayó al suelo como si fuera nieve.

Sus palabras me golpearon e hice una mueca de dolor. Abrí la boca para protestar, pero entonces me percaté de que… tenía razón. Ya no quería estar allí. La verdad es que no había nada más que decir.

Agarré las pertenencias que me quedaban y salí corriendo sin mirar atrás, respirando el olor a humo y tinta ardiente mientras la puerta se cerraba a mis espaldas.

Capítulo 29

Conseguí llegar al cuartel con solo un minuto de sobra.

Al seguir el ritmo con los demás, dejé que el sonido de los pies golpeando en el suelo me calmara la mente y redujera el dolor de lo que acababa de vivir en la botica.

Mi humor de perros debió de haber sido notable para Raine y para Briar, ya que los dos me dejaron a mi aire hasta que terminamos el calentamiento.

Me pareció inútil sacar el tema de mi discusión con Ma delante de mis amigos. Parecería muy ridículo en comparación con aquello a lo que nos enfrentábamos. Ese era mi viejo mundo.

El nuevo consistía en entrenamientos, aprendizaje y, por supuesto, una creciente ansiedad por el oeste, los espectros y cuándo nos destinarían. Apenas dormía por las noches. El miedo me mantenía en un estado constante de alerta.

—¿Estás bien? —preguntó Briar mientras avanzaba con sigilo hacia mí y me daba en el hombro.

—Sí —contesté, y le lancé mi mejor mirada de confianza. No estaba acostumbrada a que otras personas aparte de Osta o Ma se preocuparan por mí. O a que me hablaran siquiera, ya que estábamos. Era raro tener gente a mi lado. Gente con la que podía contar. Gente que podía contar conmigo.

Traté de apaciguar el pesimismo que comenzó a invadir mis pensamientos. Crear vínculos sería mucho más complicado si alguien salía herido… Si alguien…

Alejé el pensamiento.

Raine, tan arrolladora como siempre, saltó detrás de Briar, le rodeó los hombros con los brazos, se inclinó y susurró alto:

—¿Os habéis dado cuenta de que un tal Baelor Soleil no estaba calentando hoy? —Meneó las cejas.

Me di la vuelta para confirmar sus palabras y me fijé en que Nazul parecía muy fuera de lugar unos cuantos pasos por detrás del grupo. Era muy extraño verlo por una vez como el marginado.

Tras correr, volvimos de la pista al edificio. Nos informaron en la última sesión de que teníamos que ver al teniente Mercer en una de las numerosas salas de *sparring* que había dentro del cuartel. A lo mejor íbamos por fin a empezar a aprender combate en lugar de pasarnos el rato corriendo y haciendo ejercicios.

—¿Creéis que está dentro con el teniente? —pregunté con el mismo tono de voz bajo que ella.

—Lo dudo. Mercer jamás permitiría que nos saltáramos el calentamiento. Haría que Baelor se quedara después —respondió Briar con una sacudida de cabeza.

Apenas habíamos dado un paso en el interior del comedor cuando una voz conocida reverberó por el vestíbulo. Me quedé congelada en el sitio por el pánico.

—¿Fia? —dijo Eron con los brazos llenos de paquetes.

Podía imaginarme su sorpresa al verme ahí plantada con el uniforme de entrenamiento y rodeada de otros reclutas.

Me dio un vuelco el corazón.

Ni siquiera les había contado a Eron ni a Jacquelina todo lo que había ocurrido los últimos meses. Me dio una repentina punzada de culpa. Logré avanzar y me acerqué a él mientras le hacía señas al grupo para que continuase sin mí. Eron tenía los ojos abiertos de par en par por la sorpresa, y se le resbaló un paquete.

—No esperaba verte aquí —repliqué, y me agaché para cogerle la caja que se le había caído.

—Fia, ¿qué haces tú aquí? ¿Llevas… un uniforme?

—No tengo tiempo para explicártelo en este momento. Perdona. Te prometo que te lo contaré luego, pero ahora tengo que irme. No puedo llegar tarde —contesté, desesperada por que lo entendiera. No podía perder a Eron igual que lo había hecho con Ma.

Eron asintió antes de desviar la mirada. Bajé la vista, dudando por un instante. Pero no sabía qué más hacer. Qué más decir. Me giré sobre los talones y me dirigí a los gimnasios de entrenamiento. La culpa me invadió y estuvo a punto de derrumbarme. Seguro que estaba muy confundido. Hasta se sentiría traicionado. Cada vez que creía que progresaba en mi vida personal, algún desastre me sacudía. No podía ganar.

Menudo día de mierda.

Me las arreglé para colarme en el gimnasio de *sparring* justo antes de que diera comienzo la sesión informativa del día. Intenté centrarme en la clase en lugar de en mi encuentro con Eron.

Eché un vistazo por la habitación mientras tomaba asiento. Baelor seguía sin hacer acto de presencia. Una sensación de calma me embargó. Las cosas como eran, Veneno parecía mucho mejor sin él.

Mercer se paseó por la sala y recogió nuestra sangre en viales individuales antes de empezar la lección. La misma recluta rubia con el uniforme esmeralda vino y se los llevó en cuanto los dejó en la mesa. Un escalofrío me recorrió entera.

—Vamos a comenzar a pasar del acondicionamiento físico a las maniobras tácticas y el entrenamiento estratégico. Aunque espero que todos y cada uno de vosotros sigáis con los calentamientos antes de clase —dijo el teniente Mercer mientras se dirigía al centro de la habitación—. Todos os habéis vuelto más fuertes, rápidos y resilientes. Pero eso no es más que el principio.

Miré alrededor y me fijé en las reacciones de los demás. No estaba segura de que me gustara cómo sonaba eso.

—¿Alguien recuerda lo que mencioné de los espectros en vuestra primera sesión informativa? —preguntó.

—Que eran prácticamente imposibles de atrapar —respondió Raine, inclinándose hacia delante en el asiento.

—¿Qué más?

Intenté hacer memoria en busca de algún detalle.

—Creemos que están limitados a la frontera occidental. Que pierden poder cuanto más se alejan de su hogar. De la grieta entre

mundos —dije.

—Anhelan poder. Parece que andan tras nuestras reservas de arcanita, lo que les permitiría adentrarse más en la isla —añadió Draven en voz baja y la mirada gacha.

—Cierto, pero no es la respuesta que buscaba. ¿Alguien recuerda lo que dije de su estilo de combate? —preguntó Mercer con calma.

—Te rodean, y, una vez que te atrapan, es prácticamente imposible escapar —contestó Briar con confianza.

Mercer se crujió los nudillos y se giró hacia la mesa.

—¿Conjuran la oscuridad y te distorsionan la vista? —se aventuró Raine.

—No puedes respirar —murmuré.

Mercer se detuvo en seco y se volvió hacia nosotros.

—Exacto —replicó él, asintiendo en mi dirección.

—Quieres decir que… ¿pueden asfixiarnos? —preguntó Nazul vacilante. Era la primera vez en todo el día que abría la boca.

—Te vacían el aire de los pulmones. Es como un vórtice de sombras. Salta a la vista que es una desventaja, dado que necesitamos oxígeno. —Mercer respiró hondo antes de proseguir—. Así que en eso es en lo que vamos a trabajar ahora.

—¿Hablas de practicar cómo contener la respiración? —preguntó Raine nerviosa.

—Algo así.

Por un momento, se me vino a la mente la cicatriz del general. Parecía una herida de hoja.

—Teniente Mercer, ¿atacan de otra manera? —pregunté. Los demás reclutas me lanzaron una mirada.

—Todavía hay mucho que no sabemos sobre ellos, pero sí. El vórtice no parece ser su único modo de combate. Solo es el que más utilizan. Ahora, prestad atención —añadió antes de girarse al escritorio y alargar el brazo. De repente, los trozos de pergamino que se acumulaban en la superficie de madera se alzaron y volaron en forma de espiral en el aire. Podía notar el viento desde mi silla.

—Conque ese es tu foco… —soltó Briar asombrado.

Un dominador del viento.

—Lo que significa que yo en concreto estoy cualificado para simular los efectos del ataque de los espectros —agregó antes de volverse hacia nosotros.

Noté cómo se me formaba un nudo en la garganta. Prefería salir fuera a correr. ¿Era una opción?

La inquietud se propagó cuando todos intercambiamos miradas furtivas. Mercer continuó con su expresión de calma.

—Quiero que todos os pongáis en fila al fondo de la sala. No hay técnica para esto, solo mucha repetición. Después de un rato, podréis estar sin oxígeno cada vez más tiempo. Y eso es lo que podría salvaros la vida. Muchos mueren en el campo de batalla por asfixia. —Mercer se paseó delante de nosotros—. ¿Alguien quiere ser el primero?

Todos nos quedamos tan quietos que resultaba inquietante.

—No voy a mataros. Eso sería de lo más contraproducente —señaló con suavidad.

Como si eso fuera a hacer que nos sintiéramos mejor.

Posó la vista en Nazul con los ojos entrecerrados. Mercer le hizo señas al chico de cabello negro para que se adelantara. Nazul nos miró en la fila antes de agachar la cabeza y caminar hacia el teniente.

—Intenta permanecer relajado. Es el único modo de afrontarlo —aconsejó Mercer.

Nazul asintió con los ojos clavados en el suelo.

—Raine, empieza la cuenta atrás.

La chica cambió el peso de un pie a otro nerviosa.

—Cinco… —tartamudeó—. Cuatro, tres, dos, uno…

Mercer estiró el brazo hacia Nazul de golpe. Noté que el pelo se me echó hacia atrás cuando una ráfaga de aire atravesó la estancia. Acto seguido, tiró de la mano hacia atrás, y el cabello me cayó por la cara justo en el momento en el que Nazul jadeó. Abrió los ojos de par en par, llenos de pánico cuando se agarró el cuello con las manos.

El teniente le estaba extrayendo el aire de los pulmones.

Solo unos segundos después, Nazul cayó de rodillas, pero Mercer continuó en la misma posición, todavía reteniendo el oxígeno.

Comenzaron a temblarme las manos. ¿Cómo iba yo a aguantar esto? Si ni siquiera era capaz de aguantar la respiración el tiempo suficiente para coger algo del fondo de una poza.

Esto continuó durante lo que pareció una eternidad antes de que Nazul se doblara y cayera al suelo, inmóvil. Al fin, Mercer transigió, y vi cómo el aire llenaba de nuevo los pulmones del chico, que se volvió sobre el estómago y jadeó sin parar. El sonido era horripilante.

—A decir verdad, eso ha sido bastante impresionante, recluta. La mayoría no aguanta tanto la primera vez.

Nazul ni siquiera se enteró de lo que dijo Mercer. Continuaba jadeando desesperado.

—Fia, te toca. —Mercer hizo un gesto con la cabeza en mi dirección mientras Nazul se arrastraba de vuelta a su sitio en la fila. Abrí la boca para hablar, pero no pude decir nada. Estaba hecha un manojo de nervios—. No tenemos todo el día. Venga —añadió, aunque su mirada se suavizó cuando se cruzó con la mía.

Fui delante. No había manera de escaquearse de esto. Intenté concentrarme y saborear el último aliento antes de la inevitable lucha.

—Raine, cuenta otra vez.

Miré hacia atrás a mi amiga y vi su expresión pálida, pero asentí para darle el visto bueno antes de girarme de nuevo hacia el teniente.

—Cinco —dijo ella con la voz titubeándole. Noté cómo se me aceleraba el pulso, aunque traté de tranquilizarme. Tenía que relajarme—. Cuatro, tres, dos…

De súbito, noté la sacudida de aire. Inhalé una última vez y cerré los ojos.

El cuerpo se me fue hacia delante cuando me quedé sin aire en los pulmones, y mi mente entró en pánico. Tragué e intenté centrarme en cualquier otra cosa, pero fue en vano. Todos mis sentidos estaban al límite, y noté un conocido calor irradiar desde la base de mi columna. El pánico me sacudió cuando sentí el primer zarcillo unirse a mis vértebras. Mi cuerpo iba a entrar en modo defensa. Tenía que pararlo. Abrí los ojos.

Por instinto, jadeé en busca de un aire que no llegó, y para lo único que sirvió fue para hacer que la telaraña ascendiera más y a mayor velocidad. Una luz blanca me latió en las venas. Noté cómo me tropezaba y perdía el equilibrio. Tenía los ojos clavados en Mercer justo cuando la oscuridad se apoderó de mi visión.

Capítulo 30

—¿Señorita Riftborne? ¿Puedes oírme? —oí que decía una voz masculina amable que me sacó de la oscuridad.

Intenté respirar hondo, pero los pulmones se me resistieron. Era como si estuvieran cargados de arena. Me ardía la garganta.

«Sí», quise decir, aunque en vez de eso me salió una tos.

Parpadeé con rapidez, tratando de enfocar la habitación.

—Tranquila, deja que te traiga un poco de agua. —Sentí cómo se retiraba una presión a los pies de la cama y después el sonido de un líquido echándose en un vaso.

—¿Dónde estoy? —pregunté con voz ronca mientras intentaba incorporarme.

Las paredes blancas y desnudas bordeaban la habitación, y las filas de camas estaban colocadas de forma ordenada separadas por cortinas finas. Las bandejas y el equipo médico se encontraban dispersos por todos lados.

—Has tenido algún problema con las pruebas de respiración —me contó el hombre mientras volvía a entrar en mi campo visual con un vaso en la mano. Lo agarré con ganas y me lo bebí de un trago.

Era bajito y tenía una sonrisa acogedora grabada en sus rasgos. Su túnica beis y sus pantalones anchos lo identificaban como miembro de la facción Inmunidad. Un oficial. Sentí que nos habíamos conocido antes, pero no sabía dónde.

—Les pasa algunas veces a los nuevos reclutas. —Suavizó la sonrisa y me dedicó un pequeño encogimiento de hombros—. Si quieres saber mi opinión, es una lección brutal, aunque me temo que necesaria.

—¿Se ha desmayado alguien más? —pregunté, acomodándome en la cama.

Arqueó una ceja.

—Bueno… —Miró al otro lado de la habitación vacía—. No, solo tú.

Suspiré y dejé caer la cabeza hacia atrás contra la almohada.

—Pero Callum me ha contado que has montado todo un espectáculo, así que no todo es malo. —Quiso alentarme, aunque pude sentir cómo me estaba sonrojando.

—¿Un espectáculo? —Me salió la voz más aguda por la vergüenza —. ¿Qué quieres decir?

—Por desgracia, no sé los detalles. Tendrás que preguntarle a mi marido. —Se encogió de hombros y me agarró el vaso vacío que tenía en la mano.

Abrí los ojos de par en par. De pronto, reconocí al hombre. Lo había visto en el Baile Tributo junto a Mercer antes de que Laryk lo llamara.

—¿El teniente?

—Halloway Mercer a tu servicio. Y no eres la primera que se sorprende. Él le da las gracias a los Esprithe todos los días por que yo al fin me rendí a su coqueteo. —Suspiró con una floritura dramática—. Tendrías que descansar un poco. Te he dado unos analgésicos que deberían calmarte la garganta, pero funcionan mejor si no usas la voz. —Se dirigió a la puerta antes de girarse—. Me alegro de conocerte, por cierto. Laryk no para de hablar de su nuevo descubrimiento. —Me guiñó un ojo antes de salir.

En cuanto desapareció de mi vista, me levanté y recogí mis cosas. Por muy segura que pareciera una habitación vacía, no me sentía cómoda sentada aquí sola. Saqué la cabeza fuera de la sala y eché un vistazo por el pasillo justo cuando una figura vestida con un uniforme esmeralda pasó con una bandeja de viales de sangre y entró en una puerta que había al final del pasillo.

Era la misma rubia que había venido a recoger nuestros juramentos de sangre a la clase de Mercer. Me pareció raro que guardaran los viales en la zona de los sanadores. ¿Qué hacían con ellos una vez que los recogían?

Esperé a que cerrara la puerta y luego recorrí el pasillo con la esperanza de encontrar a Mercer antes de dejar el complejo. Cuando di con él, me lo contó todo: cómo mi foco había empezado a manifestarse justo antes de que todo se volviera negro. Por suerte, no hubo ningún herido, pero todos los reclutas me vieron los ojos blancos brillantes antes de caerme al suelo. Aquello fue toda una revelación. No sabía que también me ardían los ojos junto con los de mi objetivo…

Si no había sido obvio antes, lo fue tras mi pequeña batalla con la consciencia: era el eslabón más débil de los reclutas. La única que había terminado en la enfermería después de las pruebas de respiración.

Pasaron cuatro semanas; ya estábamos en la primera semana de Niamh. Laryk todavía no había vuelto, seguía ayudando con la amenaza de los espectros en la frontera occidental. Pensaba en él a menudo y me preguntaba lo que estaría haciendo. Si se encontraría bien. Cómo de malas se habrían vuelto las cosas. Ocupaba más mis pensamientos de lo que me gustaría admitir.

Mercer había comenzado a instruirnos con las técnicas fundamentales del combate cuerpo a cuerpo. Habíamos aprendido ya los movimientos correctos de defensa y ataque, las posturas, el posicionamiento y los golpes básicos, pero aún teníamos que practicar con otros aossí, por ahora nos limitábamos a los sacos colgantes y los maniquíes. Las armas no eran de mucha importancia, pues parecían inútiles contra nuestros atacantes, pero aprendimos a empuñarlas y lanzarlas de la misma manera.

Muchos de nosotros estábamos deseando probar nuestras nuevas habilidades recién aprendidas en un combate real de *sparring*, pero Mercer insistió en que aquel era el paso más importante y que era fundamental trabajar la memoria muscular, perfeccionar nuestras habilidades y entender las mecánicas del combate antes de pasar a formas más interactivas de entrenamiento.

No obstante, los espectros acechaban cada uno de mis pensamientos.

Mientras se desplegaban cada vez más y más tropas a Stormshire, el miedo de lo que se avecinaba incrementaba. Solo sería cuestión de tiempo que nos encontráramos en el oeste, luchando esta guerra desde el frente.

Baelor no volvió a las clases, y ninguno de nosotros se atrevió a preguntar el motivo. Creo que todos podíamos adivinar la razón por la que se había marchado de repente. Amenazar la vida de un general no era algo bien recibido.

Nazul se mantenía reservado la mayor parte del tiempo. Participaba en todos los entrenamientos, pero apenas hablaba en clase, y desde luego no lo hacía con ninguno de nosotros. Sin embargo, las miradas de condescendencia y los comentarios por lo bajo habían cesado. Casi todo el tiempo me olvidaba de que estaba ahí.

—Ay, qué ilusión tengo por lo de esta noche —dijo Raine pensativa, sacudiendo la cabeza, mientras nos acercábamos a las verjas del cuartel. Estreché los ojos y le dirigí una mirada de desaprobación. Ya había expresado en más de una ocasión cómo me sentía sobre aquella pequeña reunión—. Vamos, Fia. Anímate. Es fin de semana. Todos nos merecemos liberar un poco de estrés, y ninguno usamos los focos en el cuartel. Ni siquiera has visto lo que puedo hacer en realidad. —Le emanaron chispas de la punta de los dedos, brillando en patrones a lo largo de su palma. Se le dibujó una sonrisa pícara en la cara.

—Si nos pillan, estaremos muertos —le recordé.

—No nos van a pillar, pero, incluso aunque así fuera, ¿qué iban a hacer? ¿Matar a los reclutas más valiosos junto con algunos de los iniciados más intrépidos…? —Apretó los labios y me miró a través de las pestañas.

«¿Iniciados?».

Me paré en seco en la calle.

—Por favor, dime que estás de broma.

—Relájate. No va a pasar nada. No nos delatarán. Ellos también quieren divertirse. Además, ya casi estamos terminando nuestro entrenamiento… Necesitamos empezar a hacer amistades con otros miembros del equipo V.

Puse los ojos en blanco; no obstante, seguí andando y acompasé el ritmo a los pasos agresivos de Raine.

—No quiero que nadie salga herido. Tenemos que tener cuidado. Y no beber. —Le di un codazo en un costado, muy consciente de que parecía una aguafiestas, pero la idea me resultaba muy irresponsable en un momento como aquel.

—Lo que tú digas, mamá. —Suspiró exasperada antes de guiñarme un ojo.

—¡Fia! ¡Raine! —gritó una voz aguda a nuestras espaldas. Ambas nos giramos para ver a Osta corriendo por la calle en nuestra dirección con una sonrisa radiante en el rostro.

Acortamos la distancia entre nosotras, y Raine me lanzó una mirada divertida.

Osta se encorvó hacia delante sin aliento, haciéndonos un gesto para que le diéramos un minuto.

—Pareces… más contenta de lo habitual. —Sonreí—. ¿Qué ocurre?

—Lady… Soleil… ha… —respiraba hondo entre palabra y palabra— respondido… a mi… ¡carta! ¡Me ha ofrecido un trabajo a tiempo completo en su finca! —chilló y comenzó a dar saltos, casi arrugando el pergamino que tenía en la mano.

Antes de enterarme, ya le estaba rodeando los hombros con los brazos.

—Estoy muy orgullosa de ti —le susurré al oído. Sentí cómo se me humedecían los ojos.

—¡Eso es increíble, Osta! ¿Vas a vivir allí también? —le preguntó Raine. Hasta la voz de ella había subido una octava.

Solté a Osta y di un paso atrás a la par que me cruzaba de brazos. No sabía si aquella sonrisa era la más amplia que había esbozado en mi vida.

—Sí… A ver, ¡lo doy por hecho! ¡Quiere que empiece dentro de dos semanas! ¡Estoy que no quepo en mí! —Comenzó a dar vueltas con la carta aferrada al pecho.

—Osta, tienes que venir con nosotras esta noche…

—¡Por todos los Esprithe, Raine! —la interrumpí, y abrí los ojos de par en par mientras pronunciaba un «no» en silencio.

«¿Qué cojones?».

—Espera, ¿qué? ¿Hay una fiesta? ¡Me apunto! —gritó Osta, y volvió a dar saltitos.

—No, Osta, no es eso. Y de ninguna forma vas a venir. Es demasiado peligroso. Lo siento, pero mañana podemos ir todos a tomar una copa y celebrarlo contigo —le propuse.

Iba a matar a Raine.

Osta dejó de saltar y alternó la mirada entre una y otra varias veces. Parecía estar a punto de llorar.

—Fia, no le pasará nada. Y va a ser muy divertido. ¡Vamos, vive un poco! Ella sabe cuidar de sí misma; además, todos estaremos allí para protegerla —me rogó Raine, poniendo ojitos y pasándole un brazo a Osta por los hombros.

Aquello era una idea terrible. Sin embargo, ambas se me quedaron mirando como dos niñas que acabaran de ver cómo se hacía pedazos su juguete favorito.

Al final, suspiré y dije:

—Osta, tienes que quedarte donde yo te vea toda la noche. Lo digo en serio.

Esbozó una sonrisa traviesa.

—Esperad, ¿a dónde vamos? —preguntó, mirándonos con recelo.

—Luego te lo contará Fia. Tenemos que irnos al gimnasio de *sparring*. Estoy muy contenta por ti, Osta. ¡Te veo esta noche! —arrulló Raine mientras me enganchaba el brazo con el suyo y empezaba a tirar de mí en dirección a las verjas de la entrada. Yo le di un apretón a Osta en la mano mientras nos marchábamos, y, a continuación, centré toda mi atención en la dominadora de los rayos que tenía al lado.

—Contigo no estoy yo tan contenta —le dije a Raine con rotundidad. Mis pasos reflejaban mi irritación.

—Fia, te preocupas demasiado.

Noté un sentimiento de desasosiego en la boca del estómago mientras andábamos hacia el cuartel.

Capítulo 31

—Una de nuestras partidas de investigación fue atacada durante una misión anoche mientras trataban de localizar la grieta —anunció Mercer en voz baja dirigiéndose a la parte delantera del gimnasio de *sparring*. Tenía la frente marcada con unos surcos profundos. Su conducta estaba desprovista de su templanza habitual.

Las bajas no eran inusuales, pero esto parecía distinto.

—Enviamos a un grupo de Veneno a la zona. Los acompañaban soldados e infantería de Cuerpo. Ninguno ha regresado vivo. —Un murmullo se propagó por la sala. Se me revolvió el estómago. Guardias del equipo V. Muertos.

«Espera».

—¿Quién iba en la partida de investigación? —pregunté en un tono apenas superior a un susurro. Se me aceleró el pulso con oscura anticipación. Tenía que saberlo, aunque no quisiera.

Mercer se frotó la nuca, se giró hacia el escritorio y cogió un trozo de pergamino.

—De nuestra facción…, Elyse Wellington, Devon Lanceburg, Val Stephens, Gentry Collins y Salara Marsh —dijo antes de restregarse los ojos y apoyarse contra la mesa. Oí un jadeo a mi izquierda.

—¿Salara ha muerto? —preguntó Raine con un hilo de voz.

Val… Gentry…

Estaban muertos.

Eran buenos, simpáticos y muy jóvenes. Demasiado jóvenes. Se me encogió el corazón y luché por contener las lágrimas. Algunos de los mejores y más brillantes de la Guardia. Muertos en un suspiro.

¿Cómo íbamos nosotros a sobrevivir a esto? No sabíamos lo bastante de los espectros para pararlos. Luchábamos una ardua batalla sin fin a la vista. Necesitábamos más tiempo. Necesitábamos saber más.

Y entonces me di cuenta.

No íbamos a sobrevivir.

Todos moriríamos luchando contra los espectros. Defendiendo a Sídhe. A la gente que amábamos, que estaba en sus hogares y no tenía ni idea de la oscuridad que asolaba la frontera occidental.

Debíamos hacer que nuestras vidas valieran la pena antes del inevitable final.

La ira y el miedo me invadieron. Cuando tuviera ocasión, lucharía hasta el último instante. No permitiría que esos monstruos llegasen hasta Ma u Osta…, Jacquelina o Eron…, Leila. Mataría a todos los que pudiera antes de que me robaran el aliento y me drenaran la vida. Encontraría la manera.

Noté una punzada en las palmas de las manos, bajé la mirada y me fijé en que me sangraban; me había clavado las uñas en la piel.

—Así que vamos a acelerar vuestro entrenamiento aún más. Lo cierto es que no tenemos otra alternativa —dijo Mercer, y caminó de vuelta a nosotros—. Hoy es el día. Vais a empezar a hacer *sparring* con los demás —acabó anunciando—. Os pondré por parejas y vais a rotar de compañero a diario hasta que todos hayáis tenido ocasión de enfrentaros a todos. Como sois impares, yo también participaré. —Nos lanzó una mirada triste cuando nos removimos inquietos—. No os preocupéis. No seré demasiado duro de momento. —Su tono era ligero, pero eso no evitó que me preguntara a qué Esprithe debería rezarle para derribar a este mamotreto de hombre.

Había pasado por muchas de las salas de *sparring* y visto la intrincada danza del combate cuerpo a cuerpo. Me sentía segura de todas las cosas que me habían enseñado hasta ahora, pero el corazón comenzó a irme a mil ante la idea de poner al fin esas lecciones en práctica.

—Puede que yo sea un contrincante formidable, pero no soy nada en comparación con nuestro enemigo. Esperemos que ninguno de vosotros se acerque tanto a un espectro como para tener que utilizar

estas habilidades. Que yo sepa, solo existe un hombre que ha luchado y ha sobrevivido a un ataque directo. —Mercer se tocó la cara en el mismo lugar que el general Ashford tenía la oscura cicatriz —. Dicho esto, no os dejaremos sin preparación. Así que venga.

No tardó en emparejarnos. Mi primer oponente sería Draven. Tendría que tener un cuidado extra para no derramar sangre. No me apetecía que me paralizaran el primer día de *sparring*, la verdad.

Miré por encima del hombro a las demás parejas y vi que Briar y Raine estaban juntos. El último lugar lo ocupaban Nazul y el teniente Mercer.

Algo malvado dentro de mí se agitó, y contuve una sonrisa. Era superior a mí, me moría por ver cómo le daba una paliza a Nazul.

Empezamos la sesión tanteando nuestros movimientos. Al principio, estábamos un poco torpes, pero enseguida nos movimos con facilidad, desviando los golpes del otro con maniobras calculadas. Con cada movimiento de mis pies, me sentía con más confianza mientras esquivaba los ataques; un equilibrio delicado entre ataque y defensa.

Una vez que cogimos el ritmo en serio, Mercer nos llevó a todos a un lado y señaló a Raine y a Briar para que se pusieran en posición y los demás observáramos.

Vi cómo mis dos amigos daban vueltas el uno alrededor del otro, pero, en este instante, eran rivales, ambos determinados a poner a prueba las habilidades del otro.

—No te preocupes, chico de la naturaleza…, te lo pondré fácil —lo provocó Raine con un destello de desafío en los ojos.

—Venga, Raine, a ver lo fiera que eres sin las chispitas de tus manos —replicó Briar con una sonrisa de diversión.

Cuando se acercaron, Raine hizo el primer movimiento y lanzó de lleno una serie de ataques rápidos dirigidos a las defensas de Briar. Este reaccionó por instinto y desvió sus golpes con entrenada precisión.

No obstante, a medida que el combate progresaba, quedó cada vez más claro que Raine llevaba las de ganar. Sus movimientos eran demasiado veloces y sus ataques demasiado precisos para que Briar pudiera defenderse. A pesar de sus mejores esfuerzos, el chico se

encontró todo el tiempo a la defensiva mientras intentaba seguirle el ritmo.

La frustración se acumuló bajo la superficie cuando la confianza de Briar comenzó a menguar.

Raine le dio un golpe tremendo en el vientre que hizo que Briar retrocediera tambaleándose.

El chico se tropezó tras perder el equilibrio y desorientarse.

—Parece que esta ronda he ganado yo —se mofó Raine con un brillo de triunfo en los ojos.

Briar apretó la mandíbula con una expresión amarga mientras aceptaba a regañadientes la derrota.

—Sí, sí. Has tenido suerte —musitó, alejándose del tatami.

El combate entre Draven y yo fue mucho menos interesante de presenciar, seguro. A pesar de la intensidad de nuestros movimientos, no pude evitar querer contenerme e ir con cuidado para no hacerle daño.

Después de lo que pareció un interminable tira y afloja en el que Mercer intervenía para comentar sobre el juego de pies o la colocación del cuerpo, acabó declarando un empate.

—Necesito ver más de vosotros dos. Es evidente que ninguno estáis dándolo todo —nos regañó. No podía negarlo, así que me limité a asentir y me hice a un lado, donde me tiré junto a Raine y Briar, que parecía haberse recuperado bien.

El combate del teniente y Nazul fue el último.

Me había esperado una paliza absoluta, pero saltaba a la vista que el selecto entrenamiento que Nazul había recibido de su familia estaba haciendo su tan esperado debut.

Aun así, el teniente Mercer lo superó, pero se le notaba el brillo del sudor en el ceño cuando terminaron.

Estaba bien que por fin pusieran a prueba nuestro entrenamiento. Sin embargo, no pude acallar la irritante voz en mi cabeza que me decía que daba igual lo fuertes que fuéramos, jamás estaríamos preparados para la batalla que se avecinaba.

Capítulo 32

La luna estaba baja y brillante tras la espesa niebla, y sus rayos de luz difusos se filtraban por las copas de los árboles. Íbamos de camino a las afueras de la ciudad, a un claro en la frontera del valle Reyanthe. El olor a lluvia reciente, pino y savia permanecía en el bosque, fluctuando en la brisa nocturna.

Briar y Raine se estaban riendo entre ellos mientras Osta y yo nos abríamos paso por la tierra húmeda bajo nuestros pies y sorteábamos las raíces enmarañadas y las zonas resbaladizas. Osta tenía una sonrisa casi permanente en el rostro desde que yo había llegado a casa después del entrenamiento.

Sentí un hormigueo en la nuca. No dejaba de mirar a mi alrededor para asegurarme de que nadie nos había visto o seguido. Tenía un mal presentimiento sobre esta noche, y se había vuelto más intenso desde que Osta se había unido a nosotros.

—Entonces ¿cuántos iniciados va a haber allí? —pregunté al mismo tiempo que miraba en dirección a Raine.

—No lo sé con exactitud. Solo he hablado con unos cuantos sobre ello —respondió despreocupada mientras centraba la atención en el camino por delante. Me percaté de que Briar le dio un codazo en el costado antes de ocultar una sonrisa.

Presioné los labios en una fina línea y gemí para mis adentros. Ya era demasiado tarde para darnos la vuelta, y a estas alturas Osta no lo iba a permitir. Su emoción era inigualable, y eso era irritante.

Inhalé hondo. Ella se aferró a mi brazo con más fuerza y se inclinó para susurrarme al oído.

—Fia, por favor, no te pongas tan cascarrabias esta noche. Vamos a pasarlo bien. Deja de estresarte. Por favor, hazlo por mí —me rogó mientras la brillante luna se le reflejaba en los ojos desde el cielo.

—Vamos a ver cómo va. Si se desmadra mucho, nos marchamos, ¿vale? —contesté en voz baja para que Raine y Briar no nos oyeran.

—Vale. —Sonrió y aceleró el paso, arrastrándome a mí junto a ella —. ¿Crees que le enseñarás a alguien tu foco esta noche? —me preguntó Osta vacilante.

—Bueno, la verdad es que no tenía intención de asesinar a nadie, así que lo veo poco probable. —Me reí por los nervios.

Un ruido sordo procedente del suelo hizo que Osta y yo nos detuviéramos de golpe.

—¿Qué ha sido eso? —le siseé a Raine, que aminoró la marcha y se volvió para mirarnos mientras andaba de espaldas por el sendero.

—Tal vez hayan llegado algunas personas antes. —Se encogió de hombros y nos tendió el brazo—. Nos tiene que quedar poco para llegar. —Osta aceleró el ritmo para alcanzarlos.

—¿No podrías manipular un poco el terreno, Briar? Tengo la sensación de que voy a tropezarme con una raíz a cada paso que doy —refunfuñé. Andar por el suelo irregular del bosque no era algo que disfrutase, y tampoco es que fuera muy buena en ello. Por un segundo, mi mente vagó hacia la noche en la que todo cambió en las afueras de la arboleda. Si no hubiera sido por la puta rama caída, mi vida ahora sería muy diferente…

—Qué va, cari. Estoy reservando toda mi energía para la fiesta —canturreó Briar, interrumpiendo mis pensamientos.

Mientras recorríamos el camino fatigados, empecé a notar los destellos de luz que danzaban por el sendero a lo lejos. Debíamos de estar acercándonos. El suelo volvió a retumbar, y yo casi perdí el equilibrio.

—¿Qué pueden estar haciendo? —pregunté, mirando a Raine.

—No tengo ni idea, pero suena bastante épico. —Esbozó una sonrisa.

A medida que nos aproximábamos, los murmullos de las conversaciones se elevaron. Entrecerré los ojos y giré la cabeza hacia un lado para oír mejor.

Había mucha gente. Y música.

Nos acercamos a la linde del claro y los sonidos se volvieron innegables. Miré mosqueada a Raine, que me estaba observando de reojo nerviosa.

—Imagino que se habrá corrido la voz. —Se encogió de hombros antes de entrar en el claro.

Resoplé y seguí a mis tres amigos, contemplando lo que debían de ser cien aossí bailando, charlando y haciendo *sparring*.

Por cómo vestían, eran reclutas e iniciados de todas las facciones de la Guardia: Cuerpo, Escamas, Colmillos e incluso Inmunidad habían venido. Además del equipo V. Aparte de nosotros, había por lo menos diez iniciados de nuestro sector. Sus uniformes negros eran fáciles de distinguir entre todas las camisas blancas que se dispersaban por el terreno.

Las mesas llenas de licores y frascos de elixires se alineaban en los límites del claro cerca del lago. La gente los repartía y brindaba junta antes de tomárselos. Las luces danzaban, serpenteaban entre la multitud y se elevaban para iluminar la niebla baja por encima de las copas de los árboles. La música retumbaba y enviaba un sonido enérgico a los cuerpos que bailaban.

Apreté los dientes.

Aquello era una puta fiesta.

Con alcohol.

Y elixires.

E idiotas borrachos haciendo trucos de magia.

Y a saber Fírinne qué más.

El calor me invadió al tiempo que el suelo bajo nosotros volvía a retumbar, en esta ocasión con mucha más fuerza. Giré la cabeza hacia la izquierda cuando un pedazo de tierra gigante voló hacia el cielo. Planeó un momento antes de caer a toda velocidad y explotar. La multitud estalló en vítores y alzó las copas.

—¡Otra vez! —gritó alguien.

Me quedé con la boca abierta.

—¡Supongo que no eres el único dominador de la naturaleza aquí esta noche, Briar! —se burló Raine, y le dio un empujón.

Él nos dedicó a todas una sonrisa pícara.

—Eso no es nada. ¿Qué tal si hacemos una entrada a lo grande? —preguntó en voz baja y con un destello extraño en los ojos.

Briar alzó las manos de los costados. El suelo comenzó a retumbar y sacudirse de nuevo. Yo me agarré a Raine para mantener el equilibrio.

Por el rabillo del ojo, vi lo que parecían cientos de serpientes enredadas volando del suelo y arremetiendo contra nosotros. Procedían de un lado y otro.

A medida que se acercaban, reparé en que eran raíces de árboles que Briar había manipulado con su foco. Los dos lados colisionaron con un fuerte crujido, y el chasquido de la madera reverberó en el espacio mientras las raíces se retorcían y se trenzaban entre sí para formar una pasarela elevada justo delante de nosotros que nos guiaba hasta el centro de la multitud. Ahora todo el mundo nos estaba mirando, y el claro se había quedado en silencio de una forma espeluznante.

Briar levantó las manos, se subió a su creación y se aclaró la garganta. Miró al mar de aossí y se encogió de hombros, arrepentido.

—¡Sentimos llegar tarde! —gritó. La multitud estalló en fuertes vítores. El mal presentimiento que tenía no hizo más que intensificarse cuando nos subimos a la plataforma.

Dos horas más tarde, me encontraba en un lado del claro con Raine, que todavía seguía tambaleándose debido a su actuación con los rayos. Tuve que admitir que era lo más impresionante que había visto en toda la noche.

Iluminó los cielos y creó brasas centelleantes que atravesaron las nubes sobre nosotros mientras unos rayos de luz rasgaron el horizonte. Todos en el claro quedaron asombrados, observando estupefactos. Recibió más ovaciones que los ilusionistas y los dominadores del fuego juntos.

Me apoyé contra un árbol y aguardé a que Osta nos trajera las copas que había insistido en ir a buscar. La seguí con la mirada cuando cruzó la multitud acompañada de Briar, sin perderla de vista

ni un segundo. Se me escapó un suspiro de alivio cuando los dos llegaron a la mesa más cercana al lago.

—Te dije que esto iba a ser divertido. —Raine me observó y alzó una ceja expectante.

—Es divertido, pero eso no quiere decir que no sea peligroso —bufé, aún con los ojos puestos en Osta. Raine soltó una risa grave y echó la cabeza hacia atrás.

—Qué cabezona eres, Fia. Te he pillado sonriendo antes cuando esos gemelos iniciados estaban haciendo una carrera. —Me dio un codazo en el costado.

La miré de reojo e intenté reprimir una sonrisa.

—Bueno, no se ve algo así todos los días. Se mueven tan rápido que son casi invisibles.

—Nos han regalado estos dones. Es una pena no usarlos. Sobre todo cuando son inofensivos —dijo Raine.

—Habla por ti. —Me reí. Mi «don» no tenía nada de inofensivo.

—Eh…, bueno, está claro que tú eres la excepción. —Me sonrió—. Reventadora de mentes.

No le había hablado nunca a Raine del incidente en el bosque. El que cambió por completo el rumbo de mi vida. Y ella jamás me había preguntado. Había habido muchas ocasiones en las que había pensado en contárselo todo, pero, cuando las palabras se me formaban en la punta de la lengua, no era capaz de sacarlas. Quizá algún día.

Volví la vista hacia las mesas cerca del lago en busca de Osta. Briar y ella se habían apartado de las bebidas y estaban en la orilla del lago. Mi amiga alzó los ojos para mirarme y me saludó con la mano, sonriendo con alegría. La distancia entre ellos aumentó cuando ella esquivó una rama caída y Briar entabló conversación con un grupo a la izquierda. Yo le devolví el saludo justo cuando unos puntitos de color naranja apagado se formaron detrás de su silueta.

Empecé a acercarme, tratando de poder ver mejor. Unas ramitas detrás de mí crujieron con las pisadas de Raine.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó, llena de curiosidad.

—No sé, pero vamos a descubrirlo. —Aceleré el paso.

De pronto, un torrente descomunal de fuego se elevó sobre el río.

—¡Osta! —grité al tiempo que echaba a correr en su dirección. No iba a llegar a tiempo.

El terror se apoderó de mí cuando el fuego crepitó a centímetros de Osta y el calor me estalló en la cara. Grité cuando ella tropezó en el terreno rocoso. Se cayó, se preparó para lo peor y puso los brazos por encima de la cabeza justo cuando un hombre corrió para interponerse entre la explosión y ella. Las llamas parecieron golpear un muro y rebotar. El tipo se quedó quieto hasta que el fuego se desvaneció en la noche.

Parpadeé, tratando de ajustar mi visión, y mis piernas siguieron bombeando al mismo tiempo que mis pies golpeaban la tierra húmeda bajo ellos. Todo el claro estaba sumido en un silencio cuando por fin llegué al lado de Osta. Respiraba con dificultad y aún le temblaba todo el cuerpo de miedo, pero no había sufrido ningún daño.

—¡Osta! —espeté al mismo tiempo que la agarraba de las manos.

—E-estoy bien —consiguió susurrar, pero estaba centrada en la figura que tenía delante.

Alcé la vista y vi a Nazul mirándonos a ambas.

«¿Nazul?».

Paseé la mirada entre los dos varias veces antes de ponerme de pie.

Estiré la mano para ofrecérsela a Osta en el mismo instante que Nazul. Sin siquiera pararme a pensarlo, lo fulminé con los ojos, pero él me ignoró.

Osta se agarró de su mano y se levantó despacio, intentando mantener el equilibrio. Él la estabilizó con la otra mano.

—Osta, ¿verdad? —preguntó con la voz más suave que jamás le había oído. Ella se limitó a asentir—. Vamos a buscar un sitio en el que sentarnos —añadió, y la guio a unos asientos que había a un lado del claro.

Una ira candente ardía bajo mi conmoción. Raine corrió hacia Osta, y Briar la siguió poco después.

—Raine, Briar, vigiladla. Voy a averiguar quién ha hecho esto —gruñí, y me giré hacia el lago para ver a unas cuantas figuras atravesando las aguas poco profundas.

Baelor Soleil. Y su nuevo grupito de fans.

—Eso ha sido una locura, Baelor. No me puedo creer que el general Ashford te haya degradado —dijo uno de ellos con efusividad.

Baelor se encogió de hombros y le hizo un gesto al hombre a su izquierda para que fuera a por unas bebidas. El tipo se apresuró a ir a las mesas.

Me dirigí hacia él hecha una furia, cuando al fin fui capaz de distinguir su pelo rubio platino y su uniforme blanco y almidonado de la Guardia. Tenía el emblema de Escamas cosido a la tela.

El barro me salpicó las botas a medida que recorría la distancia entre nosotros. La ira me rugía por todo el cuerpo, y ya podía sentir los zarcillos sacudiéndose con expectación.

Él clavó la vista en mí, y algo peligroso encajó en su sitio mientras observaba mis movimientos; una mirada de emoción contenida se le dibujó en sus rasgos por lo general fríos como el hielo.

—Hay dos riftborne hoy aquí. No me lo esperaba.

—¿Has hecho eso a propósito? —pregunté furiosa, plantando los pies justo delante de él.

—Los Soleil nunca perdemos el control de las llamas.

Sus palabras se me clavaron como una daga. Casi no pude ni formular una respuesta.

—¿Qué coño te pasa, Baelor? —gritó Nazul a mis espaldas. Sentí el calor de su presencia mientras se acercaba.

Baelor lo miró inexpresivo.

—¿Tú has salvado a esa abominación? —le preguntó.

—Te has pasado, Baelor. Estás loco —gruñó Nazul, pero había duda en su voz.

—Mi deber es proteger este reino. Y no estará a salvo hasta que todos los riftborne desaparezcan. Antes también pensabas así —dijo con altanería.

—Yo jamás he querido que muriera nadie, Baelor.

De pronto, en el cielo florecieron nubes de tormenta y unos truenos retumbaron en el claro. Raine se acercó, con el viento apartándole las trenzas hacia un lado. Alzó la mano, como si estuviera agarrando algo del cielo, antes de bajar el brazo a toda

prisa y de que un rayo cegador la siguiera. Cayó justo a los pies de Baelor.

Él ni se inmutó siquiera.

—Voy a acabar contigo, Baelor. Le estaré haciendo a este reino un puto favor —afirmó ella.

—¿Todos protegéis a los riftborne? Deberían trataros como traidores —dijo con voz firme.

—Raine, Nazul, id a ver cómo está Osta —ordené, siendo al fin capaz de formular palabras. Raine se detuvo y posó la vista en mí. Pareció que algo en mi rostro la tranquilizó.

—Jódele la vida, Fia —soltó con una sonrisa perversa al tiempo que se volvía y se marchaba pavoneándose. Nazul permaneció unos segundos más, mirando con fuego en los ojos a Baelor, que tenía la vista centrada en algún punto entre nosotros, en nada en particular.

—Eres un activo de la Guardia, Nazul. Déjame a la riftborne a mí. Odiaría que te vieras envuelto en un fuego cruzado —espetó Baelor.

Nazul dio un paso al frente con actitud desafiante y los puños apretados en los lados. Si las venas protuberantes de su cuello eran indicativas de algo, estaba listo para luchar. Deslizó la vista hacia mí y yo asentí. Se apartó y después caminó cansado hacia el grupo.

—Qué tragedia que una de tu clase haya podido infiltrarse en la Guardia. Nuestro mando es débil. Está corrompido. —Baelor dio un paso a un lado y pisó la tierra quemada por el rayo de Raine.

—No tienes ni idea de lo que estás hablando —contesté, llamando a la telaraña. Sus hilos vibraron de expectación mientras se me enroscaban en las vértebras. Cada fibra parecía tararear de satisfacción mientras se tejía hacia arriba, impaciente por cumplir su propósito. No obstante, esta vez la controlé yo. Pude sentir cada uno de sus movimientos como si fuera una extensión de mi propio ser.

—Has sido capaz de engatusar a un general de Sídhe. Lo has manipulado para que me degrade. Menuda blasfemia. Yo soy un Soleil, uno de los protectores elegidos de la tierra, dotado del foco más poderoso de todos: convertir a los enemigos en ceniza. —Baelor miró al cielo y cerró los ojos.

A esa distancia, podría incinerarme en un segundo.

—Has hecho que te degraden tú solito. Yo no he tenido nada que ver. —La telaraña canturreaba a través del vínculo como lo haría en mi mente, al acecho, aguardando el momento perfecto.

—Si te importa este reino tanto como finges, sacrifícate a las llamas ahora mismo. Haré que tu muerte sea rápida. —Me contempló con una sonrisa en los labios, pero aún tenía los ojos distantes, vacíos. Dio un paso hacia atrás y puso bastante distancia entre nosotros.

—Me encantaría verte intentarlo. —Las palabras se me escaparon antes de saber lo que estaba diciendo, pero sentaban bien.

Le ardieron los ojos, iluminados desde dentro. El fuego le envolvió las manos, y ensanchó la sonrisa.

Yo incité a los zarcillos a que se prepararan para atacar. Ahora salían de mí sin esfuerzo alguno. Casi pude sentir su furia entremezclándose con la mía. Querían atacar tanto como yo.

—Tu muerte fortificará la tierra —soltó. El claro se sumió en un silencio.

El fuego brotó de Baelor directo hacia mí; unas motas naranjas brillantes salieron volando en todas direcciones.

Con los ojos fijos en él llenos de rabia, la telaraña que orbitaba su mente cobró vida. No pude evitar sonreír cuando el viento se levantó a mi alrededor y me sacudió el pelo con un salvaje frenesí, como una tempestad arremolinándose por encima de mi cabeza.

El tiempo pareció transcurrir a cámara lenta.

En un instante, me sentí ingrávida. Los pies se me elevaron del suelo. La energía crepitó y se agitó, irradiando de lo más profundo de mi ser hasta que me ardieron los ojos y la visión se me volvió blanca.

Liberé el poder.

Lo golpeó y estableció contacto con la mente de Baelor, pero no atacó. No exprimió… Las fibras la acariciaron con delicadeza y empezaron a extenderse como una enredadera insidiosa, buscando, explorando. Era embriagador. Me inundó una oleada de euforia.

Los zarcillos parecieron vibrar aún más fuerte cuando encontraron su blanco, y un susurro avanzó por las fibras que nos conectaban, un significado que todavía no entendía bien.

Pero que deseaba comprender.

Mi visión se recuperó con rapidez para ver cómo las llamas, a solo un suspiro de mi rostro, retrocedían. Se revolvieron mientras se retiraban hacia las manos de Baelor.

Él continuó con el cuerpo rígido, como si no hubiera nadie tras aquellos ojos resplandecientes. Poco a poco, la última chispa se desvaneció, y Baelor tembló en respuesta.

Un silencio se apoderó de la gente cuando Baelor se agachó y se arrodilló ante mí.

Y entonces lo comprendí.

Yo tenía el control.

«Márchate de este claro». Mandé las palabras por medio del vínculo.

Pude notar cómo su mente oponía resistencia, pero no le sirvió de nada. Iba a hacer lo que le había dicho. No sé cómo lo supe. Pero así fue.

Baelor se puso de pie. Sus movimientos eran rígidos y poco naturales mientras caminaba hacia la linde de los árboles. Todos los ojos estaban puestos en él al tiempo que pasaba al lado de un árbol de hoja perenne y desaparecía de la vista.

Solté el control de la mente de Baelor; los hilos volvieron a mi ser mientras sentía el suelo sólido bajo los pies una vez más.

La realidad me sobresaltó cuando vi las caras de estupefacción de mis amigos. Notaba que todo el mundo me estaba mirando. Una parte distante de mí quiso desaparecer. Me removí nerviosa mientras Raine sacudía la cabeza sorprendida y comenzaba a aplaudir.

Briar siguió su ejemplo, junto con Osta y Nazul, y se extendió por la muchedumbre despacio de una parte a la otra hasta que todo el claro se hizo eco del sonido.

—¡La riftborne es una puta leyenda! —gritó alguien, y la gente estalló en vítores.

Aún tenía la mente aturdida por la conmoción de todo, pero forcé una sonrisa. Ni la mismísima Sibyl podría haber anticipado este giro de los acontecimientos.

Por primera vez, sentí cómo me inundaba un gran alivio. Siempre me había considerado la más débil de las dos especies, el ratón en

un mar lleno de serpientes.

Tal vez al final yo fuera una depredadora también.

Me giré para ver cómo mis amigos seguían mirándome sorprendidos.

—¡¿Qué coño, Fia?! —chilló Briar, marcando cada palabra. Se quedó otra vez con la boca abierta.

—¡Nos has estado engañando! —gritó Raine, que se acercó corriendo a rodearme con un brazo.

—¡Fia, no me puedo creer que acabes de hacer eso! —exclamó Osta, sacudiendo la cabeza—. ¿Qué has hecho exactamente?

—No estoy segura. —Me encogí de hombros.

—Tendrás que explicárnoslo todo —respondió Raine—. Pero, primero, vamos a celebrarlo con una copa. —Se giró hacia las mesas justo cuando un fuerte viento se levantó en el claro e hizo que las hojas volaran en remolinos por el campo.

Todo el mundo se detuvo. Algo no iba bien. El cambio de energía flotaba denso en el aire.

El aire de los pulmones se me volvió hielo.

Corrí hacia Osta y la puse detrás de mí mientras observaba la oscuridad con los ojos entornados.

Una voz resonó en el claro.

—Se acabó la fiesta. Volved al cuartel. ¡A la de ya! —gritó el teniente Mercer al mismo tiempo que el viento se intensificó, pasó con rapidez entre la multitud y casi nos arrolló.

Nos miramos los unos a los otros presos del pánico antes de correr a la linde de los árboles y huir en dirección a Luminaria.

Nos habían pillado.

Capítulo 33

—¡Otra vez! —gritó Mercer desde el borde de la pista, haciéndonos señas para que repitiéramos el circuito de agilidad.

—Teniente, ¿cuántas veces lo vamos a hacer? —preguntó Raine suplicante.

Había perdido la cuenta después de la repetición treinta y dos.

—He dicho «otra vez», recluta —gruñó, y volvió la atención a la parte contraria del campo. Nunca había visto a Mercer tan cabreado.

Nos preparamos antes de lanzarnos a otra carrera por el circuito. El corazón me martilleaba en el pecho y los pulmones rogaban por aire. «Reduce la distancia… Unos pasos más…».

Crucé la línea de meta y me desplomé en el suelo. Con fuerza. Los demás reclutas fueron justo detrás, sujetándose las rodillas e intentando no vomitar.

—Ahora vuelvo. Podéis descansar de momento —anunció Mercer en tono neutro antes de marcharse del campo en dirección al cuartel.

—No quiero decirlo, pero…

—Fia, no empieces —soltó Raine, resollando y derrumbándose de espaldas.

—Es que os lo dije. —Me encogí de hombros cuando Raine y Briar me lanzaron miradas de ultraje.

—¡Tengo que sufrir el castigo que nos han puesto por vosotros, y yo ni siquiera fui! —exclamó Draven sin aliento.

Murmullos de una leve disculpa se propagaron por el grupo.

—Tenías que haber venido, Draven. Fia por fin nos enseñó de qué pasta está hecha —dijo Nazul. Lo miré; esperaba verle una

expresión petulante en la cara, pero solo sonreía.

—No te preocupes. Ya me he enterado de todo. —Draven suspiró y colocó los brazos sobre la cabeza.

Al parecer, la revelación de mi foco había corrido como la pólvora por el cuartel.

Hice una mueca. Eso era lo último que quería.

No estaba segura de si había llegado ya a alguno de los altos mandos. Le di muchas vueltas durante el fin de semana y llegué a la conclusión de que nuestros superiores podrían considerar mi foco como una amenaza en lugar de una ventaja.

A decir verdad, no sabía que ocurriría eso. Creía que solo asustaría a Baelor un poco. Gemí. Todo el asunto no había sido más que un error. Tenía que haberme largado.

—¡Riftborne! —gritó Mercer a nuestras espaldas. Supuse que al fin empleaba mi apellido para dirigirse a mí. «Qué agradable».

Enderecé las piernas temblonas mientras me ponía de pie y me sacudí las hierbas y la tierra de la ropa de entrenamiento.

—Ven. Ahora mismo. —Mercer me hizo señas para que me acercara.

Atravesé el terreno en su dirección, y él se giró y me condujo hacia el cuartel.

No pude reprimir el tremendo nudo que se me había formado en el estómago y que ahora sentía como una losa.

Cuando nos aproximamos a la base de la colina, alcé la vista y me quedé sin aliento.

Laryk estaba en la verja oeste.

Había vuelto.

El corazón me dio volteretas en el pecho mientras yo urgía a mis piernas a avanzar más. Su primera misión al regresar sería imponerme su propio castigo personal, claro. Me dio un vuelco el estómago, y reprimí un indeseado escalofrío de emoción.

No había ni rastro de su pretenciosa diversión habitual en su cara, tan solo una indiferencia pétrea cuando reduje la distancia entre nosotros.

—Reúnete conmigo en el gimnasio en una hora. Hasta entonces, déjate ver por el cuartel —dijo de forma inexpresiva y se dio la

vuelta para marcharse.

—¿A qué te refieres con que me deje ver? —pregunté, pero siguió caminando.

Miré de reojo a Mercer, que tenía la vista clavada en mí, aunque su tono fue más suave cuando habló:

—Fia, asegúrate de que la gente te vea en el cuartel. El entrenamiento de hoy es en una zona demasiado aislada. Quédate fuera y hazte notar. Ashford te lo explicará luego en el gimnasio. Ahora, vete.

Le lancé una mirada confusa, pero seguí las instrucciones y me abrí paso hacia la verja principal.

Me perdí un poco entre la multitud, a mi aire e intentando evitar que la ansiedad me comiera viva. ¿Qué sucedía? ¿Por qué era todo el mundo tan hermético? No pude evitar pensar que Laryk había regresado porque se había enterado de lo que le había hecho a Baelor.

¿Estaría cabreado? Le prometí que no me metería en problemas. Esprithe, ahora me sentía una imbécil por haber atacado a Baelor. Su padre era un poderoso general retirado. ¿Habría exigido él un castigo?

Deambulé entre los guardias que charlaban cerca de la verja principal, asegurándome de que unos cuantos me miraran. No se me pasó por alto la falta de uniformes blancos. Cuando me convertí en recluta, las calles estaban tan abarrotadas que apenas se podía caminar. Ahora, no había más que un puñado de guardias en la entrada.

—¿Has visto a mi hijo? —preguntó una mujer, y me giré a la izquierda para mirarla—. Hace semanas que lo destinaron y no he sabido nada de él. Suele escribirme todos los días —dijo con las lágrimas empapándole las mejillas.

No me hablaba a mí, sino a un guardia a unos cuantos pasos.

—¿Quién es tu hijo? —le preguntó un moreno bajito de Colmillos prestándole atención a la mujer.

Ella alargó un trozo de pergamino arrugado con un retrato dibujado.

—Este es el aspecto que tiene. Era miembro de Escamas. —Vislumbré la esperanza en sus ojos incluso a la distancia a la que me encontraba.

—Lo siento, señora, no lo sé —contestó el guardia, y la mujer asintió y fue hasta otro grupo que había al otro lado de la verja.

Me sentí muy culpable cuando la vi implorar en busca de respuestas, pues sabía que lo más probable era que jamás regresara. Incluso si alguien quisiera contárselo, no podría. No por primera vez, la desesperanza me invadió.

Mientras yo continuaba paseando, el sol descendió y se puso poco a poco tras las torres del cuartel.

No me marché hasta que estuve segura de que varias personas me vieron. El gimnasio se encontraba ahora a una manzana de distancia. No sabía si había transcurrido ya una hora o no, pero no podía esperar más. Necesitaba enterarme de lo que ocurría.

Al acercarme al conocido cristal reflectante, la puerta principal se abrió lentamente y escuché la voz de Laryk.

—Entra. Corre —soltó de modo abrupto. Bueno, él desde luego no se había tranquilizado todavía.

Suspiré, entré y me dirigí al banco.

—¿Qué has hecho, Fia? —preguntó con tono cortante.

—No sé de lo que…

—Mentira. —Sacudió la cabeza y fue al otro lado de la sala—. Te di solo una instrucción antes de marcharme. Una. No hagas nada estúpido. Y, no sé cómo, te las has arreglado para…

—Yo no…

—… controlar la mente del hijo de un general delante de todos —terminó de decir, y se giró rápido para mirarme—. Así que o tienes un don espectacular para ignorar órdenes directas, o has intentado a propósito provocarme un puto aneurisma desde la otra punta de la isla.

Parpadeé.

—No era mi intención.

Se rio, pero el sonido salió apagado y cargado de frustración.

—Que no era tu intención. Estupendo. Me aseguraré de incluirlo en el informe para el rey.

—¿Estás enfadado de verdad conmigo o solo quieres sacarme de quicio?

Detuvo su caminar y me miró a los ojos. Los suyos parecieron cansados de pronto, agotados. No brillaban con su habitual lustre esmeralda.

—¿Tienes idea de lo que me he encontrado a mi llegada? No había atravesado siquiera las verjas de la ciudad cuando ya me habían puesto unos informes delante de las narices con tres versiones distintas de lo que había ocurrido. —Respiró hondo—. Fia, la gente te va a ver ahora como a una amenaza. Gente importante. Esa que no necesita pruebas para hacer desaparecer los problemas. Si antes no te querían muerta, seguro que ahora sí. —Bajó el tono de voz—. Y no puedo… —Se detuvo con la mandíbula tensa.

—La verdad es que ni siquiera sé cómo lo hice. Es decir…

—Eso da lo mismo. No podemos permitir que nadie crea la veracidad de esos rumores. —Se volvió hacia la pared y apoyó la frente contra las manos.

«¿Cómo?».

—Pero… pero la gente ya lo vio con sus propios ojos, como tú acabas de decir con tanta agresividad —repliqué despacio.

—Baelor lo está negando. Dice que eso jamás ocurrió. Tienes una suerte increíble de que tu objetivo fuera él. La gente de verdad se cree las palabras del hijo de un general, aunque no quiera —murmuró mirándome—. La información tiende a transformarse cuando se difunde entre las masas. Sacaremos provecho de eso. —Se acercó a mí y se cruzó de brazos—. ¿Comprendes lo que digo?

—¿Que mienta?

—Exacto. Estuviste bebiendo. Te envalentonaste. Quisiste darle un susto al chico y le dijiste que se disculpara, igual con un poquito de intimidación de más. Él se largó corriendo. Es todo lo que sabes. Déjalo así.

Me detuve.

—Atacó a Osta. ¿No habrá consecuencias por eso? —pregunté en voz baja.

—Ahora mismo, debemos elegir nuestras batallas de forma sabia, Fia. Ya se le ha degradado. Tenemos que capear esto. No puedo ir

demasiado lejos, no si tenemos en cuenta a qué familia pertenece.

Volví la cabeza y asentí sin más.

—Ya he hablado con los demás generales. Les he garantizado que lo que te he contado es lo que ha sucedido de verdad. Mientras se lo traguen y tu historia cuadre con la de Baelor, no deberíamos tener nada de lo que preocuparnos —prosiguió, y se sentó a mi lado.

—Pero ¿por qué? —pregunté, y entrecerré los ojos.

—Porque, si el rey se entera de esto, no creo que sea agradable para ti. Sydian es un buen tipo, pero no va a hacer la vista gorda con una riftborne que podría ejercer poder sobre él. —Se detuvo y me observó con esa mirada indescifrable en los ojos.

—Pero ¿por qué me proteges? ¿No estás rompiendo un juramento? ¿Por qué ibas a correr ese riesgo? —pregunté, asustada de escuchar su respuesta.

Me miró otra vez antes de desviar la atención a la otra punta de la sala.

—Eres demasiado importante, Fia. Vale la pena el riesgo. —Suspiró y se deslizó la mano por los largos tirabuzones cobrizos—. No me gusta mucho la situación en la que nos has puesto.

—Actúas como si lo hubiera hecho a propósito —solté indignada.

—Ahora debo pasar mucho de mi valioso tiempo limpiando tus desastres. —Pero había algo en su tono que contradecía sus palabras. Algo que se asemejaba más o menos al… ¿alivio?

—Yo no te he pedido que…

—No, nunca lo has hecho. Eso es parte del problema. —Se reclinó un poco, y, durante apenas un instante, se le suavizó la expresión—. No has podido ni aguantar un mes sin meterte en líos.

—No sabía que llevabas la cuenta.

—Alguien debe hacerlo. —La comisura de la boca se le contrajo.

—¿Estás arriesgando tu posición en la Guardia por esto? —pregunté con un tartamudeo mientras trataba de ignorar la manera en la que se me encogió el pecho.

—No te preocupes por eso. Solo necesito que te fíes de mí. No permitiré que te pase nada. Si no crees nada de lo que te he dicho hasta ahora, al menos cree esto.

Sus palabras agitaron algo en mi interior. La verdad era que… sí que confiaba en él. Y no estaba segura de cuándo había ocurrido eso.

—¿Lo sabías? —pregunté en un intento de apaciguar el dolor.

—¿El qué? ¿Que tenías esa habilidad? No. Pero desde el principio he pensado que tu foco era único. No se parece a nada que haya visto antes. Da la impresión de estar conectado con la mente de formas aún más fuertes de las que había creído en un inicio.

—Así es —solté antes de poder contenerme.

Se inclinó hacia delante, y noté que las mejillas me ardieron ante la cercanía.

—Continúa.

—Esta vez, cuando lo he llamado, en lugar de salir disparado contra la mente de Baelor como en ocasiones previas, he podido entrar en su cabeza con suavidad, casi con delicadeza, como si no fuera peligroso, como si no fuera una amenaza. Y he sido capaz de notar cómo mi foco buscaba algo, un punto de acceso de algún tipo. Y, en cuanto he dado con lo que estaba buscando en su mente, lo he sabido. He sabido que podía controlarlo. La verdad es que no sé cómo explicarlo mejor. Sé que no es mucho de lo que tirar… —Me detuve, dándome cuenta de que sonaba ridícula.

—Qué fuerte —susurró, claramente absorto en sus pensamientos.

Lo miré. Hacía mucho que no lo veía. Había echado de menos la cara que me devolvía la mirada, la misma que tenía esa misteriosa curiosidad que solía volverme loca. Ahora amenazaba con llevarme al límite.

—Supongo que es una forma de describirlo —susurré mientras ocultaba el rubor de las mejillas.

—Fia, esa es una habilidad peligrosa que conlleva un montón de riesgos. No puedes contárselo a nadie. Lo digo en serio. Debes convencer a tus amigos de que lo que vieron no era real. Sé que va a ser difícil, pero nunca sabes en quién puedes confiar. Todos aprendemos eso por las malas. De un modo u otro. —Me miró con tal fijación que parecía que me iba a hacer un agujero en un lado de la cara.

—Lo intentaré. Al menos, me aseguraré de que no lo difundan —dije, volviendo la mirada hacia él. Una parte de mí quería alzar la mano y tocarlo, pero entonces me percaté de lo oscura que estaba la habitación—. Bueno, tengo que irme. Llego tarde —murmuré, y me puse de pie. Mierda. La celebración de Osta iba a empezar de un momento a otro.

—¿A dónde vas? —Se levantó también; la preocupación grabada en su cara.

—Osta ha conseguido trabajo con lady Soleil. Gracias por eso, por cierto. Y Raine le va a hacer una fiesta para celebrarlo. No puedo perdérmela.

Laryk frunció los labios; era evidente que intentaba buscar una objeción válida.

—Como has dicho, tengo que hablar con ellos —lo tranquilicé, y me estiré hacia atrás para coger la bolsa.

—¿Dónde vas a decirles que has estado? —preguntó con la ceja alzada.

—¿Tienes alguna sugerencia? —repliqué, cruzándome de brazos.

Caminó hacia los espejos mientras se frotaba la barbilla.

Tras unos instantes, se dio la vuelta y me miró.

—Diles que el teniente Mercer te ha mandado a firmar unos documentos de tu primer día que se traspapelaron. Que, para cuando acabaste, la sesión ya se había terminado, así que te fuiste de compras.

Estuve a punto de reírme.

—¿De compras? —pregunté—. ¿En serio?

—Sí, Fia. De compras. Está claro que no tienes tiempo de ir a casa y cambiarte. Llevas la misma ropa de entrenamiento de antes. Y han pasado como mínimo dos horas.

—No lo pillo —admití, entrecerrando los ojos y cambiando el peso de un pie a otro.

—Ve atrás y dúchate. Ahora vuelvo —soltó, y se dirigió a la puerta principal.

—Espera…

—Dúchate, recluta. Es una orden —exigió sin volver a mirarme siquiera.

No tardé en salir de la ducha. Era innegable lo agradable que era estar limpia después de la atroz sesión de entrenamiento con Mercer.

Eché un vistazo al mueble del lavabo y me fijé en unos cuantos botes y frascos que no recordaba haber visto. Me acerqué y los inspeccioné. Productos para el pelo…, maquillaje…, ¿perfume? Observé mi reflejo en el espejo y vi que había un vestido colgando de la estantería de atrás. Eso desde luego que no había estado allí antes.

¿Había entrado mientras me estaba duchando? No tenía límites…

El calor me produjo un hormigueo en la piel; sin embargo, no podía perder el tiempo embobada con fantasías inútiles.

Me estrujé el pelo lo mejor que pude con la toalla, pero ni de coña se iba a secar antes de que llegara al restaurante. Observé los productos del lavabo y agarré uno de los botes. Era algún tipo de crema de peinado.

Respiré hondo, me lo eché en el pelo y me recogí los mechones detrás de las orejas puntiagudas. No tenía costumbre de usar ningún producto que aportara peso a mis rizos, pero la crema iba bastante bien.

Mi melena parecía pulida, a excepción de unos cuantos bultos en la parte de arriba de los que no me había podido deshacer.

Cogí el lápiz delineador que… Espera, ¿en serio él acababa de ir a comprarme todo esto? Puse los ojos en blanco al pensar en las veces que seguro que había hecho cosas similares por sus amantes en el pasado. Me dio un vuelco el corazón. Nosotros no estábamos en esa situación. Esto no era más que una tapadera.

Alejé los pensamientos de mi mente y me delineé los ojos. Aún no me salía perfecto, aunque había mejorado mucho desde la última vez que lo había intentado en la habitación de Raine en el cuartel.

Me apresuré hacia el vestido.

Era ceñido. Ni siquiera me había subido la cremallera de la espalda todavía y ya me quedaba increíblemente pegado. Cada condenada curva de mi cuerpo quedaría expuesta. Inhalé hondo.

El escote era cuadrado, con unos tirantes sobre los hombros. No llegaba a los tobillos, se quedaba bastante arriba, y, hasta que di un paso adelante, no me di cuenta de la tremenda raja que bajaba por

la pierna izquierda. Puse los ojos en blanco. Se creía en serio que mis amigos se iban a tragar que yo me compraría esto.

Alargué las manos para subirme la cremallera, pero no pude. No llegaba al tirador. Chasqueé la lengua y cogí los zapatos a juego antes de salir por la puerta. No me di tiempo a pensar en otra opción.

Laryk se hallaba sentado en el banco al otro lado del gimnasio, recostado, con las piernas cruzadas. Sus ojos parecieron volverse lava líquida cuando me vio. Se enderezó despacio mientras deslizaba la vista desde mis pies hasta donde nuestras miradas se encontraron.

—Vaya —soltó al fin con la voz más baja que antes—. Pero qué guapa estás.

El calor se propagó en mi interior ante la palabra, ante la forma en la que se le oscurecieron los ojos cuando volvió a recorrerme entera. Me obligué a apartar la vista, a romper cualquiera que fuera el hechizo que me hubiese lanzado.

—¿Puedes subirme la cremallera? —pregunté, girándome antes de poder ver su reacción.

Al segundo, posó las manos en mi espalda, buscando la cremallera. Estaba tan cerca que notaba su respiración en la nuca y el calor que irradiaba su cuerpo.

Dio con el tirador, pero no lo subió enseguida. En vez de eso, dejó los dedos en la parte baja de mi espalda; su tacto ardía a través de la tela.

—¿Sabes? —musitó, su voz apenas un murmullo—. Debo admitir que, cuando imaginaba en qué clase de problemas te meterías cuando me marchase, esto no se me pasó por la cabeza.

—¿Pensabas en los problemas en los que me metería? —susurré, intentando mantener la voz firme.

—Siempre. —La palabra me provocó un escalofrío de arriba abajo. Al fin agarró la cremallera, pero la subió con una insoportable lentitud—. Me quitaban el sueño la mayoría de las noches. Me preguntaba si volverías al cuartel tropezando ebria de nuevo.

La cremallera subió más, y me rozó cada centímetro de la columna vertebral con los nudillos.

—Parece un problema personal —solté.

—Me gusta tu melena así —susurró con los labios tan cerca de mi oído que casi los notaba. Alzó la otra mano y apenas me rozó con los dedos el otro lado del cuello como si admirase su obra. La caricia fue ligera como una pluma, pero prendió cada nervio de mi cuerpo —. Aunque debo decir que tampoco me importa que la lleves salvaje.

Se me cortó la respiración. No había apartado la mano de mi hombro y con el pulgar trazaba un patrón distraído sobre mi clavícula. Ninguno de los dos se movió. Ninguno de los dos parecía respirar bien.

—Bueno, no tenía muchas opciones, considerando lo mojada que estaba hace unos momentos —respondí al fin.

El pulgar se detuvo sobre mi hombro.

—Vaya, qué imagen más interesante —musitó él; a pesar de que me apretó un poco más fuerte, la advertencia en su tono ya era clara.

—No te pases, general. —Me aparté antes de hacer nada estúpido como recostarme contra él—. Solo es pelo.

Me agaché para ponerme los zapatos y aproveché el momento para recomponerme. Cuando me enderecé, él seguía con los ojos clavados en mí con una intensidad que hizo que se me acelerara el pulso.

—Bueno, tengo que irme ya… Gracias por todo esto. Puedo devolverte el dinero del vestido —dije, fijándome en cualquier cosa menos en el modo en el que apretaba la mandíbula.

—Tonterías. Es un regalo. El negro te queda bien. —Su mirada permaneció sobre mí un segundo de más. Una parte de mí se moría de ganas de que alargara la mano. De que me tocara como lo había hecho la otra noche. De que redujera la distancia entre nosotros.

Pero no se movió.

—He notado tu preferencia por ese color —susurré mientras me encaminaba hacia la puerta.

Percibí cómo se detenía a mis espaldas un instante antes de seguirme.

—Me iré un poco después de ti —acabó diciendo—. Diviértete esta noche. Y recuerda todo lo que hemos hablado. Me aseguraré de que Mercer esté al tanto del plan.

Asentí y me paré en la puerta.

—Y gracias… por…

—¿Venir a salvarte? —susurró con esa sonrisa maliciosa.

—Sí, eso —repuse sin poder contener la sonrisa.

—Intenta no meterte en más problemas —me dijo cuando agarré el pomo de la puerta.

—Me portaré muy bien —contesté con los ojos en blanco.

—Buena chica. —Su voz me siguió hasta la calle, y noté la sonrisa en ella.

Salí al aire fresco de la noche; la piel aún me quemaba donde me había tocado.

Capítulo 34

El paseo me tomó más tiempo de la cuenta, pues no había contado en un principio con los artilugios rompetobillos que Laryk consideraba zapatos.

Sentí el fantasma de su mirada fija en mí y me tiré del vestido hacia abajo con nerviosismo.

Osta había elegido un restaurante en el puerto.

El lugar ofrecía una vista deslumbrante de la ciudad y su reflejo en el agua a sus pies. En los muelles corría una brisa húmeda por el mar que hizo que se me estremeciera la piel expuesta. Inhalé el aroma del pescado asado.

No fue complicado encontrar a mis amigos tras navegar por las masas de aossí que poblaban el muelle. Raine se había asegurado de reservar la mejor mesa al aire libre.

—¡Siento muchísimo llegar tarde! —Me acerqué corriendo y encontré un hueco vacío al lado de Raine y enfrente de Briar y Osta.

Me sorprendió ver que Nazul se había atrevido a aparecer.

Había copas más o menos llenas sobre la mesa. Tenía ganas de tomarme algo y de la relajación que me proporcionaría, pero necesitaba estar en pleno uso de mis facultades para contar la historia con claridad.

—Eh…, ¿hola? ¿Quién es esta tigresa que hay entre nosotros? —susurró Briar con los ojos abiertos como platos.

—¿Fia? ¿Dónde tenías escondido este vestido? —En un movimiento instantáneo, Osta rodeó la mesa, me levantó de la silla y luego me giró con torpeza para poder verlo mejor.

—¡En serio, Fia! ¡Estás despampanante! —Raine sonrió y levantó la copa en mi dirección a modo de brindis.

Un rubor me tiñó las mejillas y puse los ojos en blanco mientras guiaba a Osta con delicadeza de vuelta a su asiento.

—Es que… quería traer algo nuevo, así que me he ido hoy de compras después de marcharme del cuartel. —Esperé sonar convincente, pero, cuando Osta abrió los ojos de par en par, supe que debía haberme limitado a morderme la lengua.

—¿De compras? ¿Tú? ¿Y no me has invitado? —Osta se llevó la mano al corazón como si le hubieran asestado una puñalada; el alcohol sacaba a relucir el dramatismo.

—¿Adónde te ha llevado Mercer, por cierto? —interrumpió Raine, salvándome de una mentira piadosa para obligarme a soltar otra.

Repetí las palabras del general:

—Tenía que firmar unos documentos de mi primer día que se traspapelaron.

—Pues has tenido suerte, porque Mercer no nos ha dado tregua durante el resto de la sesión —se quejó Briar.

Con una mueca, les ofrecí una mirada pesarosa a los dos.

—¿Os importa que me siente aquí? —Alzamos la vista y nos encontramos a Draven incómodo al lado de la mesa. Se había recogido el pelo negro que por lo general le caía por la cara. Al fin pude verle los ojos gris azulado enmarcados por unas pestañas oscuras. Era obvio que había ganado músculo debido a todo nuestro entrenamiento.

—¡Draven! Me alegro de que hayas decidido venir. ¡Siéntate, siéntate! —Briar tiró de un taburete vacío que había en una mesa detrás de la nuestra y lo puso en la cabecera.

—Sí, pensé que, si total iba a meterme en problemas por las actividades del grupo fuera de clase de todas formas, al menos debería participar también. —Nos dedicó una media sonrisa mientras tomaba asiento.

—¡Vamos a pedir una ronda de bebidas! —Osta dio palmaditas y le hizo una señal al camarero.

Tal vez una copa no me vendría mal.

Draven era sorprendentemente divertido cuando estaba borracho. Esperaba que se uniera a nuestras quedadas en el futuro.

Las siguientes horas pasaron en un suspiro.

Antes de pagar la cuenta, Osta se marchó a refrescarse.

—¿Sabes que el general Ashford ha vuelto? —preguntó Raine mientras esperábamos a que Osta regresara.

—No tenía ni idea —respondí demasiado rápido.

—Estoy seguro de que estás muy emocionada por que haya vuelto, Fia, ¿verdad? —La voz de Briar había subido una octava y arrastraba un poco las palabras.

—¿Qué quieres decir?

—¿Por qué pareces tan avergonzada? Te estás tirando al general. ¡Eso es un logro! —Soltó una risita, y, aunque estaba de broma, el volumen con el que lo dijo no lo parecía tanto.

—No sé de qué estás hablando, la verdad… —Me removí, con la esperanza de que nadie estuviera prestándonos demasiada atención.

—Briar, baja la voz un poco —dijo Draven.

—¿Por qué si no iban a estar teniendo lecciones privadas en un gimnasio fuera del campus? No me parece nada inocente. —Briar apretó los labios y movió las cejas.

Fulminé a Raine con la mirada mientras se me revolvía el estómago. No me podía creer que le hubiera contado esa información a alguien después de que le pidiera que no lo hiciera. Por la apariencia de su rostro, se estaba arrepintiendo.

No pude sino percatarme de que unas cuantas cabezas se giraron en nuestra dirección. Me incliné sobre la mesa y susurré:

—Ya hablaremos de esto luego. Ahora no es el momento, en serio. Haced el favor. —No fui capaz de evitar el matiz severo de mis palabras.

Briar se burló.

—Vamos a dejarnos de dramas. Se sabe que el general Ashford tiene sus favoritos. Tú no eres la primera, y seguro que no serás la última, cariño.

—¡Briar, para ya! —siseó Raine, dándole un golpe con la mano.

Necesitaba tomar un poco de aire.

—Voy a buscar a Osta —anuncié, y me puse de pie con las piernas agarrotadas. Cuando no la vi en el baño, salí a los muelles interconectados.

Miré a mi alrededor, y casi me había rendido cuando vi la silueta de Nazul inclinada sobre otra más pequeña; una lámpara titilante apenas iluminaba la vista. Estaban sumidos en un abrazo, y, en efecto, lo que tenía él entre los dedos era el vestido amarillo de encaje de Osta.

—¿Qué coño? —espeté, ya de camino a separarlos.

Ellos se apartaron aturdidos. Cuando Osta me vio, abrió los ojos de par en par.

—¡Fia! Iba a contarte lo nuestro, pero todavía es tan reciente…

—No, no, no. Esto no puede ser. Osta, no es buena persona. He visto la gente con la que se junta y sé con exactitud lo que piensan sobre los riftborne.

Miré a Nazul con furia. Él tuvo la decencia de desenredarse de mi mejor amiga y dar un paso atrás.

—No es como crees. Después de salvarme en el claro, seguimos hablando y te prometo que…

—Te lo digo en serio. Solo intenta usarte para echar un polvo. —No pude más que interrumpirla de nuevo—. Creo que es hora de que volvamos a casa esta noche.

—Fia, te prometo que no tengo malas intenciones con Osta. Me gusta de verdad… —comenzó a decir Nazul. Yo levanté una mano.

—Ni de coña. Con ella no —solté con una mirada de advertencia.

Enganché el brazo con el de Osta y empecé a tirar de ella detrás de mí, pero pude sentir cómo se resistía y miraba a Nazul.

Íbamos de camino a la barra de la terraza cuando Raine nos alcanzó.

—¿Ibais a marcharos sin decir nada? Fia, lo siento mucho. Se me escapó sin querer hace meses, antes de que nos hiciéramos tan íntimas. Nunca pensé que Briar se iría de la lengua. Es evidente que he cometido un gran error —alegó Raine con gran preocupación en los ojos.

Me detuve y respiré profundamente el aire nocturno.

Solté a una Osta confundida y me volví hacia Raine.

—No… pasa nada. Es que no sé por qué ha tenido que proclamarlo así. No ha podido hacerlo en peor momento. —Fruncí el ceño y eché un vistazo a la calle casi vacía. A lo mejor debería haberme enfadado más con ella, pero no estaba en posición de perder amigos en aquel instante. Le di la oportunidad de redimirse con un nuevo secreto—. Se me ocurre una manera de que me compenses —le ofrecí con una sonrisita.

—Cualquier cosa —me prometió Raine.

—El claro. Lo que sea que me vieras hacer… no lo viste. —Me mordí el labio y miré a mi alrededor otra vez—. Hice unos cuantos trucos y avergoncé a alguno de los chicos, lo que provocó una escena. Eso es lo único que ocurrió.

Raine me observó confundida, pero yo vi cómo conectaba los puntos tras los ojos, y asintió con solemnidad al entenderlo.

—Dalo por hecho. Se lo contaré a los demás también… Tal vez a Briar una vez que se le haya pasado la borrachera. De nuevo, lo siento mucho, Fia.

—Eso me será de mucha ayuda, gracias. —Prometí verla al día siguiente antes de enganchar el brazo con el de Osta otra vez. Ella estaba mirando melancólica hacia el agua, y no pude retener un suspiro de exasperación cuando emprendimos el camino a casa.

—Osta, ¿en qué estabas pensando? —Fruncí los labios por la desaprobación.

—Te equivocas con él, ¿sabes? Hemos hablado casi todas las tardes desde lo del claro y es más caballero que cualquier muchacho u hombre que haya conocido hasta la fecha. Y estás ciega si piensas que no es atractivo, así que deja de poner esa cara ya. —Me dio un empujón con la cadera, y tuve que estabilizarme para evitar torcerme el tobillo.

—No creo que lo entiendas. Es el mejor amigo de Baelor. Ya sabes, el que intentó quemarte viva.

—Ese es Baelor, no Nazul. Además, no es para nada su mejor amigo. Me protegió —argumentó.

Negué con la cabeza. No me lo creí ni por un segundo.

—Fia, sé que eres muy protectora conmigo, pero una cosa te voy a decir. —Osta se acercó a nuestra puerta principal, se detuvo antes

de abrirla y se giró hacia mí—. Seguiré explorando esto con Nazul, tanto si te gusta como si no. Soy una adulta que puede tomar sus propias decisiones, y me meteré en ello sabiendo las consecuencias. Por favor, respétalo. —Osta habló con tanta claridad que me olvidé de que había estado bebiendo toda la noche. Iba en serio sobre esto.

—Vale…, pero te juro por Eibhlín que, si te hace daño, lo mataré yo misma.

Capítulo 35

A la mañana siguiente, iba de camino al cuartel cuando escuché pasos corriendo detrás de mí.

—¡Fia, para!

No aminoré la marcha. Sabía de quién era esa voz.

Briar llegó hasta mí un poco sin aliento, con el cabello del color del tofe despeinado.

—¿Podemos hablar un momento?

—Vamos a llegar tarde —respondí en tono cortante con la vista al frente.

—Lo sé, es que… —Se movió para ponerse delante de mí y obligarme a detenerme—. Siento mucho lo de anoche. Lo que dije en la cena.

Me crucé de brazos.

—¿Te refieres a cuando le anunciaste a media dársena que me estoy tirando al general?

Compuso una mueca.

—Sí. A eso. —Se frotó la nuca con pinta de sentirse verdaderamente incómodo—. Bebí demasiado y no estaba en mis cabales. Pensé… pensé que estaba siendo gracioso. Chinchándote. Pero me pasé de la raya, lo siento.

—Ni siquiera es cierto.

Miró más allá de mí, con los ojos distantes.

—Imagino que no era más que una suposición… A ver, no te juzgaría si lo estuvieras haciendo. Seguro que así fue como Narissa consiguió que la ascendieran a oficial tan rápido.

—No es que ella me caiga bien, pero también te estás pasando con esa suposición.

—Creo que lo que intento decir es que apreciaría esa estrategia si es lo que tienes en mente. Los ascensos aquí no son tan fáciles, no para los que no tenemos un legado ni hemos nacido en familias de militares.

—Bueno, pues te has equivocado. Desde luego, conmigo te has equivocado.

—Lo siento, Fia. De veras que lo siento mucho.

—Briar, la gente se dio la vuelta y se quedó mirando. ¿Tienes idea de qué clase de rumores…? —Me interrumpí con la frustración abriéndose paso en mi pecho—. ¿Por qué crees que es algo de lo que bromear a grito pelado en público?

—No lo sé —contestó, y levantó las manos a la defensiva—. Las copas hicieron que todo pareciera menos serio de lo que era. Y Raine mencionó las sesiones de entrenamiento privadas hace siglos, yo solo… —Se detuvo, con la mandíbula tensa—. Supongo que no solo hablaba el alcohol…

Fruncí el ceño.

—¿Qué quieres decir?

Él soltó una carcajada áspera.

—¿En serio quieres saberlo? Estoy celoso, Fia.

Me quedé mirándolo sin saber qué decir.

—Te has presentado aquí con tus… habilidades únicas —continuó; las palabras salieron de él como si las hubiera estado reprimiendo durante semanas— y de pronto consigues lecciones privadas con el mismísimo general. ¿Sabes cuánta gente mataría por ese tipo de atención? ¿Por esa clase de oportunidad?

—Briar…

—Me he dejado la piel para llegar aquí —añadió, alzando un poco la voz hasta que se dio cuenta y la bajó—. He ido en contra de toda mi familia. De mis padres, de mis cinco hermanos… Todos me han despreciado por unirme a la Guardia. Se piensan que los he abandonado. ¿Tienes idea de lo que es que toda tu familia te mire como si fueras un extraño?

La rabia que yo había estado conteniendo flaqueó.

—En realidad, sí —repuse con calma.

Él se detuvo y me miró confuso.

Respiré hondo.

—Antes de unirme a la Guardia, trabajaba en una botica. La mujer que la lleva, Ma, me dio trabajo, me enseñó todo lo que sabe. Además de Osta, ella era… Es lo más parecido a una familia que me queda.

A Briar se le suavizó un poco la expresión.

—Su hermano murió en la Guardia —proseguí—. Eso la destrozó. Y cuando yo me uní… —Tragué saliva con fuerza—. Lleva sin hablarme desde entonces. La perdí en el instante en el que me puse este uniforme.

—No… no lo sabía.

Bajé la vista a mis manos.

—No es algo en lo que me guste pensar precisamente… —dije con la voz apagada al final.

Permanecimos allí callados un momento; la tensión de antes desvaneciéndose a la molesta luz del día.

—Perdona —soltó, y en esta ocasión sonaba auténtico.

Me detuve y escogí las palabras con cuidado.

—Yo no pedí el entrenamiento privado. No pedí nada de esto.

—Tienes razón. Es que… la Guardia lo es todo para mí, Fia. Es lo único que siempre ha sido mío. La única vía de escape que tenía para evitar ser un granjero más en una familia que jamás aspiraba a nada. Mis padres, mis hermanos… Todos estaban felices con esa vida. Pero yo quería más. Necesitaba más. Y a veces parece que tú… —Se calló.

—¿No lo valoro? —sugerí.

—Sí. —Tuvo pinta de sentir alivio cuando lo dije—. Sé que eso no es justo. Sé que tú tienes tus propios problemas, sobre todo siendo riftborne. Pero a veces… No sé. Daría lo que fuera por estar en tu posición.

Quería estar enfadada, aunque lo comprendía. La Guardia lo había salvado de una vida que no quería. Le había dado un propósito, un estatus, un reconocimiento. Todo lo que había anhelado con

desesperación. Y sentía pánico de quedar eclipsado por alguien que ni siquiera lo quería.

—Lo entiendo —solté al final—. De verdad. Pero tú también debes comprenderlo. ¿El entrenamiento privado? Es porque mi foco es peligroso e impredecible, no porque yo sea especial.

—Pero es que, quieras o no, eres especial —replicó en voz baja—. El general lo ve. Todos lo vemos.

—No sé de qué hablas —repuse.

Él se calló unos minutos mientras lo procesaba.

—Solo quiero que volvamos a estar bien.

—Sí. —Logré esbozar una pequeña sonrisa—. Yo también.

Nos quedamos allí plantados con incomodidad; ninguno de los dos sabía bien cómo concluir la conversación.

—Deberíamos volver al entrenamiento —propuse al final.

—Sí. —Se hizo a un lado para dejarme pasar y luego caminó junto a mí—. Para que conste, creo que eres la leche.

Solté una pequeña carcajada y sacudí la cabeza.

—Bueno, yo opino lo mismo de ti.

Mientras atravesábamos las verjas juntos, sentí una extraña mezcla de emociones. Me aliviaba hacer las paces, pero había algo inquietante en esta situación. En lo mucho que su identidad estaba ligada a su estatus aquí.

Me obligué a perdonarlo, o, como mínimo, a dejarlo estar.

Pero no pude quitarme esa sensación de la cabeza.

Transcurrieron unas cuantas semanas de entrenamiento implacable desde entonces.

Mis habilidades como *sparring* habían mejorado; había cambiado mi estrategia hacia la defensa. Aprendí a esquivar con precisión, a desplazarme por el tatami con rápidos movimientos de pies y a ejecutar elegantes giros para cansar a mis oponentes. Briar y yo nos intercambiamos la victoria en los dos encuentros, y conseguí así el primer triunfo en clase.

Sin embargo, enfrentarme a Nazul fue un desafío muy distinto. Sus habilidades y entrenamiento de toda la vida hacían que le

tuviera aprensión. Sentí una oleada de orgullo al ejecutar un movimiento que lo derribó; un gran salto que lo hizo caer rodando por el tatami con mis piernas alrededor de sus hombros. Hasta Mercer pareció impresionado.

Continué practicando maniobras similares las semanas siguientes, pues reconocía que mi destreza residía más en aprovechar la fuerza y la agilidad de la parte inferior de mi cuerpo que en depender solo de los ataques con las manos.

El entrenamiento extra fue increíblemente útil en mi último combate con Raine, en el que por fin la vencí.

Por otro lado, Mercer ganaba cada combate en el que participaba. Aunque eso no nos sorprendía a ninguno.

Laryk se quedó en Luminaria, pero su disponibilidad era prácticamente inexistente. La elaboración de estrategias contra la amenaza en el oeste no se detenía solo porque hubiera regresado.

El Coágulo de Sangre, como había apodado a Narissa, se le pegaba como una lapa en casi cada momento libre que tenía.

Nuestras sesiones eran pocas y muy espaciadas en el tiempo. Sabía que había asuntos más importantes de los que ocuparse, así que intenté no pensar mucho en ello. Aun así, no podía evitar sentir una punzada de nostalgia por los días que entrenábamos juntos.

No paraban de enviar tropas a las líneas del frente. Tan solo permanecieron en Luminaria los reclutas y un puñado de iniciados y oficiales. El cuartel se quedó prácticamente desierto. No obstante, nuestro nivel de entrenamiento había aumentado.

Laryk era el único general que parecía haberse quedado en Luminaria por un periodo de tiempo prolongado. Ninguno sabía decir por qué. Yo se lo achacaba a que era el favorito del rey al mando y así este lo tenía cerca cada vez que quisiera recurrir a él.

Osta y yo nos despedimos en un mar de lágrimas el día que se marchó a la finca de los Soleil. Yo la acompañé y la ayudé a llevar cajas y cajas de ropa y materiales. Después de unos cuantos días viviendo sola en nuestro apartamento, la soledad hizo acto de presencia. Nunca había vivido antes sola. Supongo que jamás me había fijado en lo mucho que me apoyaba en su cercanía o compañía.

Solicité la residencia en el cuartel. Fue fácil justificarlo cuando me percaté de que era inevitable que nos destinasen al oeste. Por una vez, tuve suerte. Como Raine era la única otra mujer recluta de nuestra facción, el responsable de alojamiento aprobó mi petición de inmediato y me asignó su cuarto.

Trasladar mis pertenencias al cuartel no supuso tanto calvario como lo había sido hacerlo con las de Osta. Toda mi ropa cabía en una única caja. Yo no era muy dada a los sentimentalismos que digamos, pero dejar nuestros muebles reciclados atrás sí que hizo que se me encogiera el corazón a lo bestia.

Ser recluta de la Guardia jamás me había parecido tan real. Entre las formaciones estructuradas de la infantería por la mañana, la artillería subiendo las escaleras metálicas haciendo mucho ruido a todas horas de la noche y las comidas programadas, mi rutina diaria se había visto puesta patas arriba. Hasta conseguir una pizca de privacidad se había vuelto complicado.

Aunque no me importaba compartir espacio con Raine.

Tras dos semanas en el cuartel, ella y yo fuimos al gimnasio de *sparring* y nos encontramos al teniente Mercer y a Laryk en un tatami en el fondo.

La estampa desde luego era digna de admirar.

Los dos hombres danzaban uno en torno al otro con una precisión férrea. Nunca había visto a Laryk en acción… y no quería que acabase.

—Fia, cierra la boca —susurró Raine, a quien saltaba a la vista que no le afectaba del mismo modo.

Unos músculos definidos se le marcaban a Laryk bajo la camiseta ajustada de entrenar, ahora empapada de sudor mientras se movía a una velocidad casi imposible. Llevaba el pelo sujeto sin apretar en la nuca y unos cuantos mechones se le habían soltado y le enmarcaban la cara. Tensó la mandíbula a la perfección cuando esquivó un ataque de Mercer.

De repente, Laryk pasó rodando junto a su oponente, se levantó y se colocó en una posición de ataque. La mirada de sus ojos era feroz pero metódica. Como si su único propósito fuera vencer, derrotar e incluso matar.

Laryk se inclinó hacia delante y se precipitó hacia la izquierda de Mercer, le agarró el pecho con manos expertas y lo lanzó por los aires antes de mandarlo de un violento golpe al tatami. El teniente rodó sobre su costado y jadeó en busca de aliento.

Me quedé en shock. Nunca pensé que vería cómo le daban una paliza a Mercer.

El hombre golpeó el tatami tres veces, y Laryk le dedicó una sonrisa maliciosa y extendió la mano hacia el teniente. Lo ayudó a levantarse y le dio unas palmadas afectuosas en la espalda.

—No te preocupes, viejo amigo. A lo mejor la próxima vez me ganas —dijo Laryk con su tono aterciopelado y el sarcasmo adornándole la voz.

Mercer lo empujó.

—Ambos sabemos que eso no ocurrirá. —Los dos hombres intercambiaron una risa antes de fijarse al fin en que estábamos allí.

—Reclutas, llegáis pronto. Solo he venido para enseñarle a vuestro instructor cómo pelear —explicó Laryk, regresando a su arrogancia natural—. Asumo que las dos lo estáis haciendo bien —añadió mientras se acercaba a la parte delantera de la clase.

Estaba acalorada.

Demasiado acalorada.

Y necesitaba agua.

Ya mismo.

Como si Niamh misma hubiera escuchado mis plegarias, Nazul entró en la sala.

En un santiamén, se me cortó el rollo.

Fui a poner los ojos en blanco cuando me saludó; no obstante, contuve el gesto. Supuse que no había cejado en su empeño de perseguir a Osta, y yo no iba a pedírselo. Si ella quería seguir viéndolo, eso era cosa suya. Me había rogado que lo respetara, cosa a la que accedí. Pero nunca dije que lo aprobaría.

Raine y yo nos sentamos en la parte delantera de la sala. Me costó muchísimo no lanzar miradas furtivas en dirección a Laryk.

—Como podéis ver, tenemos el placer de contar con la presencia de nuestro general hoy. —El teniente Mercer se apoyó contra el escritorio e hizo un gesto hacia Laryk, que se limitó a asentir a la

sala con una expresión estoica. Arqueó una ceja cuando hicimos contacto visual. Devolví mi atención a Mercer.

—Vamos a jugar a una especie de juego. Será divertido —dijo el general con una sonrisa misteriosa.

Todos los reclutas se removieron en sus asientos. Si la cara de Laryk era una señal, esto iba a ser cualquier cosa menos divertido.

—Además de robaros el aire a vuestro alrededor, ¿qué más utilizan nuestros enemigos para desorientar a sus oponentes? —preguntó Mercer a la clase.

—La oscuridad total —respondió Nazul mientras giraba una pluma entre los dedos.

—Vaya, la primera respuesta es correcta. Igual sí que estáis aprendiendo algo después de todo. —Mercer se irguió del escritorio y cogió algo que colgaba en la parte de atrás de la puerta—. ¿Alguien puede decirme qué es esto? —Alzó la mano y enseñó un trozo de tela negra fina.

—¿Una venda? —sugirió Briar.

—Dos respuestas correctas seguidas. Hoy estáis que os salís —dijo Mercer; era evidente de qué buen humor se encontraba.

Comencé a sospechar.

—El siguiente paso para prepararos es quitaros la visión durante el combate. Aunque vamos a subir las apuestas. —Le hizo un gesto al general, que se puso de pie y se dirigió hacia el tatami antes de darse la vuelta y dedicarnos una de sus sonrisitas.

—Madre mía de mi vida —susurró Raine mientras cojeaba de vuelta con nosotros. Casi todos se agarraban un codo o una rodilla. Todos los demás reclutas menos yo se habían enfrentado a Laryk y habían luchado hasta que se habían quedado sin aire para continuar. Ni uno solo se le había acercado lo bastante para tocarlo. El general no parecía ni cansado cuando se crujió los nudillos y se paseó mientras se quitaba el sudor de la frente. Lo había pospuesto todo lo posible, pero ya me tocaba a mí.

Puse un pie en el tatami, reduciendo la distancia entre nosotros. Laryk me lanzó una mirada maliciosa y sostuvo la venda. Yo me

planté delante de él, crucé los brazos y me di la vuelta.

—No esperes que te lo ponga fácil —me susurró a la par que aseguraba la tela sobre mis ojos.

—Más bien espero lo contrario, la verdad —bromeé cuando me rozó el brazo con la mano. Me estremecí. Una parte de mí deseó que no estuviéramos haciendo esto delante de toda la clase.

Su aliento se encontraba ahora junto a mi oído izquierdo.

—Si logras derribarme en el tatami, te contaré cuál es mi foco. —Escuché el reto en su voz. La determinación surgió en mi interior. Nadie había sido capaz de llegar tan lejos hasta ahora, pero motivar se le daba de fábula.

Sentí un escalofrío cuando se alejó.

—Prepárate —anunció; la severidad había vuelto a su voz.

Exhalé tranquila y presté toda mi atención a lo que podía sentir a mi alrededor. El tatami se movía cuando él daba círculos, aguzándome los sentidos a cada paso. Sabía que el ataque estaba al caer. Me preparé y me puse en mi posición de defensa.

Noté algo delante de mí, pero mi intento por esquivarlo quedó truncado cuando me agarró la cintura con las manos y me estampó de espaldas contra el tatami, dejándome sin aliento. Todo sucedió muy deprisa. Oí unas cuantas carcajadas de los demás reclutas y me puse colorada.

Me alcé sobre los codos. No obstante, me vi obligada a echarme hacia atrás cuando me agarró las muñecas y me inmovilizó. Intenté retorcer la parte inferior del cuerpo para escapar de su agarre, pero su pierna acudió a mi cintura. Entonces, se subió encima de mí y me sometió las piernas, bloqueándolas con las suyas. Había acabado atrapada.

—Si esto fuera de verdad, estarías muerta —murmuró antes de soltarme—. De pie —me ordenó. Noté cómo se alejaba.

Puse las palmas sobre el tatami y me levanté. A los demás no los había provocado de la misma manera.

Tras cinco intentos fallidos más, me senté sin aliento. Quería atacarlo, quitarle esa mirada de suficiencia que sabía que tenía en la cara mientras se paseaba de un lado a otro, ansioso por otra ronda imposible.

—Otra vez —dijo con demasiado entusiasmo.

Me puse de pie haciendo equilibrios cuando lo escuché soltar una risita desde la otra punta del tatami y me empezó a hervir la sangre.

Y me harté. No iba a volver a dejarlo ganar. Invoqué la telaraña, incitándola a que me subiera por la columna e instándola a tantear el terreno que me rodeaba. Como una segunda visión. Detecté los fragmentos de una mente que se me acercaba despacio por detrás, reluciente como si alumbrase desde dentro. Contuve una sonrisa maliciosa y me concentré todo lo que pude en rastrear a Laryk.

De repente, el pulso salió disparado hacia mí; yo lo evité a la derecha, doblándome cuando sentí que entró en contacto con mis muslos. Un jadeo se propagó por la habitación en el instante en el que enganché las piernas en torno a él e hice que nos cayéramos al suelo con fuerza contra el tatami. No obstante, yo no había acabado. Aún lo notaba. Me liberé y lo derribé cuando se levantó, y nos caímos de espaldas. Me estiré, le agarré los brazos y se los coloqué por encima de la cabeza mientras me sentaba a horcajadas sobre él, enroscando los tobillos alrededor de sus muslos.

No pude contener la sonrisa triunfante cuando le solté las manos y me quité la venda. No pensaba perderme la mirada de su cara.

La sala continuaba en silencio, a excepción de unos cuantos murmullos.

Bajé la mirada y vi que Laryk sonreía con una oscura y ardiente intensidad en los ojos.

—Impresionante —declaró—. Ahora, ¿te importaría soltarme?

Esta posición de poder… me sentaba mejor que bien. Hice caso omiso del calor que crecía en mi interior al verlo debajo de mí.

Con un movimiento rápido, desenrosqué los tobillos y me bajé, de vuelta sobre mis pies una vez más.

Él echó las piernas hacia atrás por encima de su cabeza y rodó hasta quedar en cuclillas y levantarse. Mira que era fanfarrón.

Lo observé mientras sujetaba la venda e inclinaba la cabeza de forma que el resto de la clase no pudiera ver mi sonrisa. No podía evitarlo, estaba radiante.

Se acercó despacio a mí, lo bastante como para susurrarme al oído mientras me quitaba la tela:

—Tramposa —murmuró. La palabra salió baja y aterciopelada, con un filo peligroso. El calor se propagó en mi interior cuando regresé a mi asiento, me removí e intenté controlar el ardor que me consumía por dentro.

La clase se acabó temprano, y yo rechacé la invitación de Raine de unirme a ella para cenar en el comedor. No me apetecía estar cerca de gente ahora mismo.

Corrí hacia el pasillo a tiempo de ver a dos pelirrojos caminando juntos por el corredor. El corazón se me quedó paralizado en el pecho, pero el fuego no hizo más que aumentar.

El Coágulo de Sangre volvió la vista en mi dirección y esbozó una sonrisa mientras pasaba el brazo por la cintura de Laryk. La furia explotó dentro de mí. Aparté los ojos de ellos dos y salí corriendo en la dirección opuesta.

Me precipité hacia mi habitación, cerré la puerta de un golpe a mis espaldas y eché el pestillo, agradecida de estar al fin sola. Me acurruqué en la cama y miré al techo. «¿Qué ve en ella?», tenía ganas de gritar. Quería algo que se encontraba fuera de mi alcance. Todo mi cuerpo se moría por que este calor se mitigara. Por sentir sus manos sobre mí. Traté de centrarme en lo que había logrado… Encontrarlo… Rastrear su mente. Había algo íntimo en ello, pero eso solo me dejó con ganas de más.

Y luego estaba la sensación de su cuerpo contra el mío. De sus piernas inmovilizándome. De su calor apoderándose de mis sentidos. Me ruboricé cuando pensé en sus brazos envolviéndome y en su peso presionándose contra mí. Un deseo ardiente se acumuló en mi interior y me dejó con ganas de más.

Necesitaba un alivio. Tal vez hacía tanto que no tenía relaciones físicas con nadie que hasta la violencia del *sparring* me encendía. A lo mejor no era por él…

Sabía que me estaba mintiendo a mí misma. Todo mi cuerpo había quedado calcinado ante su recuerdo.

Recuerdo que ojalá pudiera borrar. Eliminar.

Pero, de momento, al menos podía deshacerme de la tensión de mi cuerpo.

Dejé que mi mente y mis manos vagaran hasta que encontré lo que había estado buscando. No me detuve hasta que una oleada de euforia me atravesó.

Capítulo 36

Abrí los ojos de par en par en cuanto los cuernos de guerra rompieron el silencio. Examiné la oscuridad presa del pánico, con el corazón latiéndome a mil por hora. Oí el ruido sordo de las botas justo al otro lado de la puerta. El chasquido metálico y la marcha de los soldados reverberaron por todo el cuartel.

«¿Estoy soñando?».

No.

Aquellos sonidos demostraban lo contrario.

Nos estaban atacando.

Dirigí la vista al techo. Las órdenes frenéticas hacían eco por todo el cuartel.

—¡Raine! —grité, alzando la voz por encima del ruido—. ¡Nos atacan! ¡Levántate! ¡Vístete!

—Hostia puta —oí desde el otro lado de la habitación.

Me levanté de un salto de la cama; la urgencia les otorgaba rapidez a mis movimientos mientras me ponía con dificultad el traje de cuero. Busqué a tientas las botas en la oscuridad.

Otro toque de cuernos resonó en el aire.

—Estoy lista —grité mientras intentaba recogerme el pelo en la nuca.

—Vamos. —La figura de Raine, que apenas se discernía en medio de la noche, corrió a toda velocidad hacia la puerta. Yo la seguí muy de cerca.

La abrió de sopetón y reveló el caos en el que estaba envuelto el cuartel; la oscuridad tragaba todo a su paso.

—Tenemos que buscar a los demás —ordenó.

Me puse a su lado mientras corríamos por el pasillo, con el muro de piedras alineadas como nuestra única guía. Me centré en controlar la respiración y dejé que el instinto y el entrenamiento tomaran el mando.

—¡Flechas a los arcos! —La orden sonó desde arriba mientras nos dirigíamos a toda prisa hacia los dormitorios de los hombres, sorteando obstáculos lo mejor que podíamos en la oscuridad; cada movimiento lo avivaba la urgencia.

—¡Fuego! —chilló la voz mientras nos cruzábamos con reclutas de todas las facciones a los que solo discerníamos por el tintineo de la armadura y los destellos de tela blanca almidonada repentinos.

Se me removió el estómago al mismo tiempo que mi mente divagaba. Solo había una cosa que se había adueñado de mis pensamientos.

«Espectros».

Tenían que serlo. El cuartel nunca había estado tan oscuro.

Lo habían logrado. Habían llegado a Luminaria.

Un escalofrío me recorrió la espalda cuando lo comprendí.

De repente, Raine se cayó al suelo con un golpe seco. En un instante, volvió a ponerse de pie, mirando a su alrededor a ciegas en busca de lo que fuese con lo que se hubiera chocado antes de echar chispas por los dedos e iluminar el pequeño espacio en torno a nosotras.

Reparé en que había una figura tumbada.

—¿Raine? ¿Fia? —La voz de Draven provenía de abajo. Me acerqué y lo ayudé a levantarse.

—Raine, ¿puedes iluminar más? —Un destello de miedo cruzó el rostro de Nazul.

—No, a menos que quieras que te incineren —contestó Raine resollando y mirando el pasillo oscuro.

—Vale. Tenemos que llegar a la sala de control norte. Briar nos guiará. —Nazul se giró con rapidez y tanteó el umbral de la puerta.

Se oyó un chillido en el pasillo y nos marchamos al momento, corriendo una vez más a través de la oscuridad en una formación entrenada. Briar convocó un camino de raíces que irrumpió del suelo y trepó por las paredes, lo que le permitió avanzar a tientas.

—Manteneos cerca.

En cuanto atravesamos la puerta al salón principal, se me paralizaron las piernas. Los otros reclutas se detuvieron de golpe y todos paseamos la vista a nuestro alrededor sin rumbo fijo.

—¿Hacia dónde? —pregunté, tratando de calmar mi corazón, que me iba a mil.

Unos susurros chirriantes envolvieron la sala en un vórtice. Provenían de todas direcciones.

—Tenemos que dividirnos. Somos demasiado vulnerables en grupo —espetó Briar.

Agarró a Raine del brazo y se precipitó hacia los gimnasios de *sparring*, a la izquierda del cuartel. Draven nos miró a unos y a otros varias veces y vio cómo las chispas de Raine desaparecían en la distancia antes de salir corriendo detrás de ellos. De pronto, Nazul me empujó hacia la derecha y nos encontramos corriendo otra vez.

Me volví a centrar en la amenaza que se cernía sobre nosotros.

Nos reuniríamos otra vez en la sala de control. En caso de ataque sorpresa, teníamos la orden de ir allí para recibir instrucciones antes de entrar en combate.

Entrecerré los ojos para intentar discernir mejor el entorno. Podía ver, pero muy poco.

Nazul se chocó con una mesa a mi lado.

—Joder, no veo una mierda —soltó con la voz entrecortada.

Yo me apresuré a ayudarlo a levantarse y le di un minuto para que se estabilizara antes de continuar.

Me adelanté, pero una fuerza invisible me empujó hacia atrás y me lanzó por los aires. Retorcí el cuerpo y me preparé para hacer contacto con el suelo. Primero lo toqué con los pies, y luego coloqué la mano en el suelo para apoyarme agachada.

—¡Fia! ¿Dónde est…? —gritó Nazul justo cuando oí el sonido de su cuerpo golpeándose con la pared situada delante de mí.

Un rayo cayó al otro lado del salón principal e iluminó el espacio a nuestro alrededor un segundo. Me ardieron los ojos por la claridad repentina, aunque vi las formas negras de los espectros por primera vez, las sombras monstruosas que atravesaban el aire lanzándose, girándose y extendiéndose a unas velocidades inimaginables.

Todo mi ser amenazó con derrumbarse, pero me volví a centrar. No había tiempo para tener miedo en este instante. Tenía que llegar hasta Nazul.

Me mantuve pegada al suelo y me arrastré hasta donde lo había oído colisionar con algo.

—Si puedes, cúbreme. Voy a intentar buscarlos —ordené.

—Hazlo rápido. Tengo el escudo alzado, pero si nos rodean… —Se calló cuando oímos más gritos procedentes de arriba.

Cerré los ojos de golpe y me imaginé la venda en los ojos. La telaraña ya estaba ascendiendo.

La extendí con la mente y busqué.

Pude percibir a Nazul a mi lado. Alargué los zarcillos a más distancia y los ramifiqué más allá de él.

Busqué.

«Vamos».

No notaba nada. Solo unas leves trazas de aquellos que luchaban sobre nuestras cabezas.

—No detecto nada a nuestro alrededor. Deberíamos seguir moviéndonos.

Nos pusimos de pie de un salto y tomamos el camino más cercano al perímetro. Los susurros volaban por el cuartel y amortiguaban cualquier otro sonido. El viento se intensificó en torno a nosotros.

Me acerqué a Nazul justo cuando otra fuerza invisible se estrelló contra mí y me tiró al suelo. Se me fracturaron las costillas por el impacto, y grité en medio de la noche.

De pronto, estaba en el aire, con los brazos detrás de mí mientras algo me rozaba la espalda. Traté de soltarme, pero no podía moverme. El viento sopló más que nunca y lanzó susurros guturales en todas direcciones.

Sentí cómo se acercaban y me rodeaban. El mundo desapareció de mi vista.

Lo único que podía ver era negro.

Luché para liberarme del agarre del espectro, pero no era capaz de mover las manos. No era lo bastante fuerte.

Cerré los ojos con fuerza, convoqué la telaraña y le ordené que buscara a mi atacante. Que lo matara.

Salió disparada a mi alrededor, desesperada por encontrar a su objetivo.

Pero nada de nada.

No había nada a lo que aferrarse.

Solo la oscuridad impenetrable.

El aire a mi alrededor empezó a disminuir mientras las sombras se retorcían en un vórtice más estrecho.

«Voy a morir».

—Nazul… —conseguí graznar en un último acto de desesperación. Me pesaban los párpados, me ardían las extremidades del adormecimiento. La telaraña se estaba volviendo loca a mi alrededor, todavía serpenteando en la oscuridad a la caza con una furia enloquecedora.

«Va a morir conmigo».

Ma. Osta. No podría salvarlas.

Una neblina me envolvió la mente mientras pataleaba; los pulmones suplicaban un aire que no iba a llegar.

Pronto se acabaría.

Poco a poco, mi cuerpo perdió la voluntad de luchar y me quedé flácida, suspendida por completo en la oscuridad. Acompañada tan solo por los espectros que me estaban absorbiendo la vida.

Mis poderes no servían contra este enemigo.

Era completa y totalmente inútil.

Laryk se había equivocado conmigo.

La mente comenzó a apagárseme. Tenía el pulso débil.

El dolor de las costillas fracturadas disminuyó. Ya no podía sentir nada.

De repente, algo avanzó con rapidez por medio de los susurros. Mi cuerpo convulsionó y despertó a mis pulmones, lo que me hizo jadear con violencia. Sentí una mano en el brazo mientras el vórtice a mi alrededor desaparecía.

Me caí al suelo, aún con arcadas. No podía tomar el aire suficiente; mi mente todavía estaba sumida en una neblina. Incluso los zarcillos permanecían débiles, aflojados alrededor de mi columna vertebral. Parecían agitarse.

Nazul me arrastró al perímetro una vez más.

—He intentado alcanzarte antes. Protegerte con mi escudo. —Se veía ahogado y frenético.

—Sala… de control —susurré. Fue lo único que pude decir en ese momento.

Los poderes de Nazul habían crecido ante los espectros y los míos habían demostrado ser inútiles.

—Ya estamos cerca. ¿Puedes correr? —preguntó en voz baja.

Asentí y dejé que tirara de mí para levantarme.

Nazul me pasó un brazo por la espalda y nos pusimos en marcha otra vez, precipitándonos hacia la puerta que había al final de la habitación. Me dolían las costillas e hice todo lo posible por mantener el tronco erguido, pero se me escapaba un jadeo cada vez que daba un paso hacia delante. El dolor había vuelto en toda su plenitud. Un testimonio de vida.

Estábamos llegando al final del pasillo. Unos cuantos pasos más y nos encontraríamos en la sala de control.

El vórtice de susurros se alzó detrás de nosotros justo cuando atravesamos la puerta a toda prisa. Cerré los ojos de golpe cuando la habitación se iluminó a nuestro alrededor.

—¡Bien hecho, reclutas! —dijo el teniente Mercer mientras me desplomaba en el suelo agarrándome el costado.

«¿Qué coño?».

Raine me ayudó a ponerme de pie al instante. Eché un vistazo a la habitación a través de las pestañas. Mi visión captó el destello de un pelo cobrizo en una esquina.

Laryk.

Tenía el rostro serio, estoico, pero suavizó la mirada cuando se encontró con la mía. Apretó la mandíbula cuando desvió la vista a mis costillas.

Miré a mi alrededor y encontré a unos cuantos oficiales, iniciados y el resto de mi clase de reclutas.

Todo el equipo V que seguía en el cuartel estaba en la habitación.

—No era real —dedujo Briar desde su asiento. Tenía mal aspecto y se estaba agarrando el tobillo.

—Los sanadores vendrán pronto para tratar cualquier lesión —dijo Mercer—. Me alegro de que todos hayáis podido llegar en el tiempo

asignado. Estaba comenzando a preocuparme por vosotros dos. —Ladeó la cabeza en mi dirección y en la de Nazul—. Tampoco os lo hemos puesto fácil. Todos habéis demostrado vuestra valía esta noche.

—¿Todo esto era una ilusión? —preguntó Draven, mirando a los guardias desconocidos.

—Bueno, ha sido un esfuerzo combinado. Pero, en esencia, sí. Hemos usado ilusionistas, expertos en levitación y dominadores del viento. Ha sido la simulación más precisa de la amenaza auténtica.

—Pero ella ha fallado —murmuró una voz de demonio, y el Coágulo de Sangre salió de detrás de unos cuantos oficiales con una sonrisa tímida en los labios.

En sus ojos solo había odio.

—Es obvio que no está lista para luchar en el oeste, a menos que queráis que muera. —Narissa se cruzó de brazos, desvió su atención hacia Laryk y se aclaró la garganta.

—El objetivo era llegar a la sala de control —replicó Mercer, metiéndose en su campo de visión—. Fia lo ha conseguido. No es un experimento perfecto ni mucho menos, pero el trabajo en equipo es un factor importante. Y todos habéis demostrado vuestra fortaleza al trabajar juntos para superar la amenaza. Ha sido impresionante de ver.

Narissa puso los ojos en blanco y se volvió a retirar hacia las sombras.

Me invadió un sentimiento de ira y de alivio a la vez.

Quise gritar.

Miré a Laryk ceñuda y él me guiñó un ojo antes de dar un paso al frente y aclararse la garganta.

—Supongo que os merecéis la enhorabuena. Esta prueba no ha sido una más. Ha sido vuestra última prueba. Bienvenidos a la Guardia, iniciados.

Capítulo 37

—Juro ante esta hoja guardar nuestro reino con coraje y nunca flaquear. Al igual que las serpientes se enroscan en vigilancia constante, yo también lo haré para proteger el corazón del reino en los días más brillantes y en las noches más oscuras. Prometo defender a nuestra gente, nuestras tierras y nuestro juramento. Ante todo, juro lealtad a la Corona, pues ahora soy una extensión de su escudo de hierro. Hago este juramento vinculado por la sangre. —Nuestras voces sonaban a la vez, reverberando por el lugar cavernoso del salón de actos del cuartel.

Bajé la vista hacia el juego de dagas con esmeraldas incrustadas y respiré hondo antes de girar la punta contra mi mano y hacer una mueca de dolor cuando me produje el pequeño corte.

A cada unidad se le habían dado armas especiales, desde cimitarras hasta espadas cortas, todas con el emblema de Sídhe.

La mujer rubia que habíamos estado viendo durante los entrenamientos, con su uniforme esmeralda, dio un paso ante mí.

—Bienvenida a la Guardia, Fia Riftborne. —Su voz era grave y elocuente. Se dio la vuelta y cogió un vial de un hombre que estaba de pie detrás de ella vestido con el mismo tono esmeralda—. Tu último juramento de sangre —murmuró mientras sostenía el vial. Ahora contenía muchos trocitos de pergamino, todos empapados de sangre que debía de haber estado seca, pero de algún modo seguía de un carmesí tan vibrante como el día que abandonó mis venas.

Una parte de mí titubeó, una que hacía mucho que no veía. Un fantasma de mi vida pasada, cuando el miedo me controlaba a cada paso. Todavía fluía a través de mí, pero ahora era diferente. Era un

tipo de miedo saludable, por la amenaza real de la frontera occidental. Aunque no temía vivir. Ni sentir. Ni experimentar. Unirme a la Guardia jamás me había parecido una decisión mía, no en realidad. Al igual que tampoco me había parecido jamás una decisión mía que mi foco se descontrolase. Pero habían cambiado muchas cosas.

Esto sí. Esto sí era mi decisión.

Alcé la mano sobre el cristal y observé mientras una diminuta gota de sangre caía entre el resto. Una calma se apoderó de mí. La mujer asintió y fue hacia el siguiente recluta.

Tras la ceremonia, nos congregamos en el comedor para festejar. Busqué a Laryk, pero no se le veía por ninguna parte. Los generales llevaban todo el día reunidos.

—¡Salud! —exclamó Raine cuando todos chocamos los bordes de nuestras jarras. El vestíbulo estaba a reventar de nuevos iniciados de todas las facciones que celebraban su ascenso.

Después de la simulación de anoche, me hice un ovillo en la cama con un regusto amargo. Cuando pensaba que me encontraba bajo el agarre de los espectros, lo sentí muy real. Nunca había estado tan cerca de la muerte. Había sido aterrador.

Una cosa era aprender sobre estos enemigos en teoría y otra muy distinta enfrentarse a uno de ellos cara a cara. Real o no. No sabía si alguna vez estaría verdaderamente preparada, aunque me sentí aliviada cuando me percaté de que el motivo por el que mi foco no funcionaba era la simulación.

Deseé que los espectros auténticos tuvieran algún tipo de función cognitiva o, de lo contrario, sería una inútil. Me deshice de ese pensamiento con un escalofrío.

—Fia, ¿estás aquí con nosotros? —preguntó Briar meneando la mano delante de mi cara. Eché un vistazo y tomé un sorbo de cerveza.

—Perdón, supongo que sigo reventada —musité. Raine prácticamente me había sacado a rastras de la cama a mediodía para que pudiéramos prepararnos para la ceremonia de iniciación juntas.

—Bueno, ¿qué creéis que será lo siguiente que hagamos? —preguntó Draven mientras se comía un sándwich.

—Nos destinarán al oeste —replicó Nazul. Me lanzó una breve mirada—. A ver, ¿adónde más nos van a mandar? Es para lo que nos han entrenado.

Tragué saliva. Todo esto era mucho más real ahora.

—Estoy muy entusiasmado por recibir mi primer sueldo —intervino Briar—. Necesito un nuevo guardarropa para mis viajes.

—Dudo mucho que a los espectros les importe cómo vistas. —Draven puso los ojos en blanco.

—Te sorprenderías. A lo mejor vienen a por nosotros a causa de estos uniformes horrendos.

Una risita se propagó por el grupo. Anoche recogimos el nuevo equipo de los iniciados antes de dirigirnos a nuestros dormitorios. Tendríamos que acostumbrarnos a uniformes de gala y conjuntos de cuero nuevos otra vez.

—Yo creo que están muy bien. Bueno, si obviamos los volant…

—Parecemos piratas —concluyó Briar de forma inexpresiva mientras interrumpía a Draven y ondeaba una de aquellas mangas fluidas.

Se me escapó una carcajada. Tenía razón.

—Yo creo que son muy favorecedores. Tú es que no los rellenas, Briar. Es evidente que están hechos para la figura femenina —señaló Raine.

Tuve que conceder que el nuevo uniforme sí que me quedaba muy bien a mí. El chaleco protector de cuero abotonado por delante me iba que ni pintado y tenía mucho espacio para cuchillos y puñales. Deslicé los dedos por la resistente superficie y sentí un repentino aguijonazo de nostalgia por mi cinturón de boticaria.

—Por fin somos libres. ¿Alguien se apunta a una partida de cartas? —preguntó Draven, y señaló hacia la mesa de juego que había en la esquina del salón.

—Prepárate para que te dé una paliza —soltó Raine dando un brinco. Cuando los dos se marcharon, Briar nos miró a Nazul y a mí con pinta de sentirse muy incómodo.

—Voy a ir a ver. —Exhaló un gemido cansado antes de seguirlos.

Nazul carraspeó, y yo noté sus ojos sobre mí.

—Imagino que quieres que te dé las gracias —dije con un suspiro, girándome hacia él. Supuse que lo íbamos a hacer ahora. Él parpadeó—. Pues gracias. —Dejé que una breve sonrisa se me formase en los labios—. Sé que nada de eso era real, pero tú no lo sabías. Y arriesgaste tu vida para salvarme.

—Pues claro que te salvé. Estamos en el mismo bando —contestó sin más, encogiéndose de hombros.

—Venga ya, Nazul. Sabes que no parecía que estuviéramos en el mismo bando. Primero por Baelor, y luego por Osta.

—Baelor es un capullo ignorante, y es evidente que es peligroso. Creo que solo me acordaba de cómo se comportaba cuando éramos críos. No siempre fue un matón. De hecho, por aquel entonces solía ser mi salvador. No sé en qué momento cambiaron las cosas.

—Seguro que nunca lo sabrás —repuse con los ojos en blanco. La idea de que Baelor hiciera algo no egoísta era hilarante.

—Creo que no me di cuenta de lo mucho que había cambiado hasta esa noche. —Suspiró y bajó la vista hacia su cerveza—. Siento que me llevara tanto tiempo.

—Bueno, estoy dispuesta a empezar de cero. Como mínimo, eso te lo debo. —Alcé mi jarra—. ¿Te parece?

Chocó el borde de su jarra contra el mío y los dos dimos un buen trago.

—Me parece. —Se pasó los dedos por el pelo con una postura menos rígida.

—No le hagas daño. —Entrecerré los ojos.

—Tienes mi palabra. —Sonrió—. ¿Quieres otra ronda?

Bajé la vista y me fijé en el fondo brillante de mi jarra.

—Eeeh…, claro. —Y se la entregué.

—Yo invito —contestó mientras se encaminaba a la barra.

Eché un vistazo hacia la mesa de juego y me percaté de que Mercer le susurraba algo al grupo. Raine, Briar y Draven se pusieron pálidos.

«¿Qué está ocurriendo?».

Fue entonces cuando oí el intenso chirrido de las puertas de metal al abrirse. Volví la cabeza hacia la derecha. Los cinco generales se

dirigieron a la plataforma que había en el pasillo que conducía al vestíbulo.

Laryk agarró la barandilla. Había intensidad en su expresión; la mandíbula se le apretaba en una dura línea.

—Necesito la atención de todos. —Su voz bramó entre la multitud y se hizo el silencio en la sala—. Preparaos para partir. Saldremos al oeste al atardecer.

Capítulo 38

Se me paró el corazón.

Raine corrió hacia mí, con Draven y Briar siguiéndola muy de cerca.

—Otra sucesión de ataques en Stormshire. Mucho peor que la última vez. Hay sesenta fallecidos.

La cabeza me iba a toda velocidad mientras Raine tiraba de mí para que me levantara de la silla y me arrastraba a nuestra habitación para empacar. No podía formular ninguna palabra. Empecé a meter a empujones uniformes, herramientas y los últimos tónicos de curación en la bolsa.

«Tónicos de curación».

«Ma».

El corazón volvió a entrar en acción mientras cerraba la bolsa y me giraba.

—Debo irme. Necesito que me cubras. Volveré lo más rápido que pueda —indiqué, sin darle tiempo a que mostrara disconformidad.

—Sea lo que sea, hazlo rápido. —Raine me dirigió una mirada severa.

Asentí antes de agarrar la bolsa y salir de la habitación a toda prisa y detenerme en el pasillo cuando me di cuenta.

El juramento de sangre.

No podía advertir a Ma sobre nada. Ni siquiera se enteraría de lo que se avecinaba antes de que fuera demasiado tarde.

La cabeza comenzó a irme a mil y el estómago me dio una sacudida al pensar en dejarla sin saber nada.

Mis dos partes entraron en lucha; mi vieja vida se estrelló contra la nueva. No obstante, no tenía tiempo para pensar en aquello.

No necesitaba un juramento para mantener mi promesa a Sídhe. Había jurado lealtad hacía apenas unas horas y lo había hecho de verdad. Lo habría hecho incluso sin sangre. Pero mi lealtad a Ma no anulaba mi lealtad a la Guardia. Ambas podían existir a la vez.

Ese vial de sangre era lo único que se interponía en mi camino.

«Tengo que destruirlo».

Recordé haber visto a la guardia con el uniforme esmeralda transportar los viales más allá de la enfermería. Empecé a encaminarme en esa dirección, navegando con facilidad por el caos de cuerpos que se preparaban para partir, aprovechándome de su distracción para que no me vieran. La mayoría eran nuevos iniciados. Todos los demás ya habían sido desplegados.

Cuando por fin llegué al pasillo que daba al vestíbulo, giré a la derecha hacia el ala de Inmunidad y me detuve, pegándome a la pared mientras unos cuantos guardias con ropa beis salían corriendo por la puerta y arrastraban cajas hacia las verjas de la entrada. Hasta por la rendija de la puerta pude ver que el pasillo estaba lleno de sanadores agarrando con torpeza el material, preparándose para el viaje al oeste. Me removí y aguardé con impaciencia a que se despejara el espacio, aunque fuera durante unos segundos, el tiempo suficiente para que pudiera llegar al final del pasillo. Recé por que la puerta permaneciera abierta.

Los sanadores comenzaron a retirarse poco a poco a cargar los vagones en la puerta principal con pilas de material médico. Por fin se marchó el último. Era mi momento.

Detuve la puerta del corredor con el pie y me colé dentro. Luego eché a correr por el pasillo, dirigiendo la vista con rapidez por encima del hombro para asegurarme de que nadie me había seguido.

En cuanto llegué a la puerta que buscaba, se abrió y me choqué con una guardia rubia que hizo que ambas nos cayéramos al suelo.

Me dio un vuelco el corazón.

Ella me miró con los ojos muy abiertos mientras yo me quedaba sin aire. Mis instintos tomaron el control y me inundaron la mente

con la telaraña translúcida. Las fibras me ardían en la columna vertebral.

Nunca había canalizado tan rápido.

La telaraña salió disparada de mí como si siguiera su propia orden y se aferró a su mente con una seguridad que jamás había sentido antes, buscando el punto de acceso en un instante.

A ella le cambió la expresión, casi se quedó en blanco, libre ahora de la confusión que la embargaba hacía apenas unos segundos.

—Márchate. No me has visto aquí. Y no le vas a contar esto a nadie —dije, sintiendo cómo las palabras ardían a través del vínculo.

Ella asintió, se puso de pie y empezó a andar con calma hasta el final del pasillo.

Me permití inspirar hondo mientras los zarcillos volvían a mí. El corazón aún me iba a mil.

Podrían matarme por esto. Solo esperaba que funcionara, joder.

Me levanté, miré detrás de mí una vez más antes de colarme en la habitación poco iluminada, cerré la puerta y eché el pestillo.

La estancia era pequeña y estaba iluminada por una luz azul violácea que parpadeaba en el espacio. Los cristales de arcanita estaban medio enterrados en las macetas, y las bandejas de viales se alineaban en las mesas. Sin embargo, lo más impactante eran las enredaderas oscuras que crecían de las macetas. Se retorcían y enrollaban en los pequeños frascos. Parecían… posesivas.

«¿Qué cojones?».

Me acerqué a la mesa que contenía la bandeja de viales más pequeña. Extendí la mano para examinar la enredadera. Rocé con los dedos las hojas y me aparté cuando sentí algo denso y pegajoso cubriendo la superficie.

Dirigí la vista hacia abajo y me encontré sangre en los dedos.

«¿Qué coño es esto?». Había visto casi todas las plantas del reino de una forma u otra, pero nunca nada como aquello.

Y la arcanita… ¿Estaba ayudando a que las enredaderas crecieran?

Se me fue la mente al experimento fallido de Ma con el cristal, a cómo les había absorbido la vida a todas sus plantas. Aquello no tenía sentido. Esta enredadera era enorme y, por lo que podía

comprobar, estaba sana. No obstante, ahora no era el momento de investigar.

Me arrodillé y examiné los nombres grabados en los viales, y, cuando mi manga rozaba la enredadera, sentía escalofríos. Draven… Raine… Fia Riftborne. Arranqué el vial, y podría haber jurado que la enredadera opuso resistencia, pero no me atreví a mirarla otra vez.

Salí corriendo de esa sala tan rápido como pude y no me detuve hasta que me topé con el escándalo del comedor. La gente pasaba a toda prisa, transportando materiales, bolsas y armas. La energía era asfixiante. Nadie hablaba. Vi incluso unas cuantas lágrimas resbalar por mandíbulas apretadas al tiempo que me abría paso a través de aquella locura.

Debía encontrar el modo de salir del cuartel.

Tomaría la salida este. Era la que menos vigilancia tenía, y podría escapar sin que me viera mucha gente. Atravesé corriendo el comedor hacia los gimnasios de entrenamiento y giré en un pequeño pasillo al fondo, cerca del alojamiento de los iniciados.

Subí las escaleras con tanta premura como pude sin hacer demasiado ruido y miré a mi alrededor en el pasillo antes de dirigirme a la verja.

«Mierda».

Había guardias apostados allí. Reduje el ritmo.

—¿Vas a algún lado, iniciada? —oí que me preguntó una voz aterciopelada detrás de mí. Me giré con rapidez y me encontré a Laryk apoyado contra la pared, jugueteando con una daga entre los dedos. Se me vino a la cabeza la primera noche que lo vi, cuando nos hallábamos cerca del bosque. Cuando vio mi foco por primera vez. El suceso que lo comenzó todo.

—No estoy huyendo, pero no voy a marcharme sin ver a Ma una última vez —contesté, tratando de mantener la voz firme. El vial me pesaba mucho en la mano y me lo metí a toda prisa en el bolsillo. Él no podría enterarse nunca de esto.

—Creía que os habíais distanciado —respondió, y se metió la daga en el bolsillo del pecho y se cruzó de brazos.

—No importa. Tengo que verla antes de que partamos. Si no regreso… —Me callé—. No puedo permitir que las cosas sigan como

hasta ahora.

—No puedo dejarte marchar.

—No te lo estaba pidiendo. —Entrecerré los ojos y me dirigí hacia la verja—. Diles que me dejen irme. Te prometo que volveré antes de que nos despleguemos.

Laryk sopesó mi petición mientras se pasaba una mano por el pelo. Chasqueó la lengua.

—Sé que lo harás. Porque te acompañaré y te traeré a rastras si tengo que hacerlo. Debemos salir antes de que anochezca.

—Trato hecho —dije de manera inexpresiva, y me precipité hacia la verja, echándole una mirada de irritación cuando él no me igualó el ritmo al instante.

La ciudad zumbaba con cierta energía eléctrica mientras nos dirigíamos al distrito central, casi como si reflejara el frenesí que estaba teniendo lugar en ese momento en el cuartel. Cada rostro con el que nos cruzábamos hacía que la culpa brotara en mi interior. Si fallábamos, nunca estarían preparados para lo que se avecinaba. No se lo podía contar a nadie, pero sí a Ma.

Laryk esperó a la vuelta de la esquina mientras yo me aproximaba a las puertas de la botica. El olor familiar del romero me llenó los pulmones y me detuve. Hacía mucho tiempo que no me pasaba por allí. Habían cambiado muchas cosas, incluso yo.

Me paré justo antes de llegar a la puerta, recuperé el vial del bolsillo y miré a mi alrededor antes de colocarlo en los adoquines. Pisé con el talón de la bota el pequeño frasco y oí cómo se rompía con el golpe. La sensación del aire volviéndome a los pulmones casi me tumbó. Di un paso atrás.

El vial yacía roto sobre el pavimento, con papelitos empapados de sangre atrapados entre los fragmentos de vidrio. Me arrodillé para ver cómo la sangre se tornaba de un carmesí brillante a un marrón embarrado mientras el encantamiento que le estaba afectando se evaporaba.

Me erguí y le di una patada a los restos hacia el canal antes de girarme hacia la puerta de la botica.

La chica asustada que entró en esta tienda hace seis años parecía una extraña ahora. En el pasado, le di la espalda al mundo y me

resigné a permanecer entre las sombras.

Inspiré hondo y agarré el pomo de la puerta.

Esa chica ya no existía.

Capítulo 39

El viento sopló junto a mí cuando abrí la puerta de un tirón y me adentré en la tienda.

—¡Ahora mismo estoy contigo! —exclamó Ma desde la parte de atrás. El sonido del cristal rompiéndose reverberó por la tienda—. Ay, joder —la escuché gruñir.

Me abrí paso hacia la trastienda y me la encontré encorvada sobre las manos y las rodillas, barriendo una jarra rota y echándola en un recogedor.

—He dicho que ya mismo… —refunfuñó Ma mientras se daba la vuelta y me veía—. ¿Fia? —Frunció el ceño.

Me dio un vuelco el estómago.

—Eeeh… Hola, Ma. Perdona por pasarme así sin más, pero… —Se me apagó la voz mientras desviaba la vista por la habitación y me daba cuenta de lo limpia que se encontraba. Las estanterías de atrás estaban abastecidas y ordenadas.

—Sigues usando mi sistema —susurré, y me giré para mirarla.

—Sí, bueno. Supongo que me he acostumbrado —replicó, encogiéndose de hombros.

Hubo un momento de silencio incómodo.

—¿Por qué has venido, Fia? —acabó preguntando con los labios fruncidos, aunque la mirada de sus ojos hacía que se me encogiera el corazón.

—No dispongo de mucho tiempo, es que… Necesitaba despedirme —murmuré mientras desviaba la vista e intentaba no pensar en las lágrimas que se me agolpaban en los ojos.

—¿Te vas de Luminaria? —preguntó. Se apoyó contra el escritorio y lo agarró con fuerza.

Asentí.

—Parto para Stormshire en media hora.

Transcurrió otro momento de silencio. «¿Qué estoy haciendo?». Estos podrían ser mis últimos instantes con Ma y yo los estaba desperdiciando. Tenía que saberlo. Debía estar preparada en caso de que perdiéramos el control en el oeste. En caso de que yo muriese.

Me acerqué a ella con los ojos suplicantes.

—Sé que no entiendes esto, Ma. Sé que no estás de acuerdo. Sé que estás asustada por lo que pueda pasarme. Pero voy a contarte algo. Algo que te he estado ocultando; algo que a lo mejor hace que me veas de forma distinta. —Se me quebró la voz, mas no había tiempo que perder—. La noche de la celebración en la arboleda, ¿te acuerdas de cómo te conté que había canalizado?

Ma asintió despacio.

—No solo canalicé. Perdí el control. Estuve a punto de matar a dos chicas. —Las lágrimas se me acumularon en la comisura de los ojos.

Ma me miró con fijeza y un temblor en los labios. Empezó a sacudir la cabeza.

—No…, Fia, serías incapaz de… Es decir… —Bajó la vista.

—El general Ashford se las arregló para que los sanadores llegaran hasta ellas a tiempo, pero estaban a las puertas de la muerte. De no haber sido por él, tendría las manos manchadas de sangre. —Estabilicé la voz—. Por ese motivo me uní a la Guardia. No podía soportar la idea de hacerte eso a ti. O a Osta. Apenas era capaz de controlarlo. Perdía los papeles a la mínima. Solo era cuestión de tiempo que yo…

Ma siguió con la mirada gacha.

—Jamás entendí por qué tú… No tenía sentido… —dijo en voz baja.

Posó los ojos en mí.

—Tenías que habérmelo contado, Fia. Quizá entonces lo habría comprendido. Quizá entonces no habríamos pasado los últimos meses… —Se detuvo, perdiendo la voz cuando una lágrima le corrió por la mejilla—. Habríamos tenido más tiempo —susurró.

—Me daba pánico que me vieras de forma distinta. Prefería que desaprobaras mi decisión de unirme a la Guardia en lugar de que me miraras con miedo en los ojos.

—Nada de lo que hagas cambiaría lo que siento por ti, Fia. Eres… Bueno, siempre has sido… mi niña. Desde que entraste aquí con ese pelo indomable. Ese primer día hace seis años. Vi la tristeza y el vacío en tu mirada y lo supe. Éramos iguales. Dos almas perdidas en busca de su lugar en el mundo. Y tú te convertiste en mi lugar. Mi hogar. —Alargó el brazo y me cogió las manos entre las suyas. Las tenía más callosas de lo que recordaba.

El pecho se me hinchó de alivio por sus palabras, pero se me formó un nudo en la garganta por la culpa.

—Lo siento mucho. Siento mucho haberte dejado aquí sola. —Notaba que los sollozos se me iban acumulando.

Ma tiró de mí y me abrazó mientras me rodeaba con fuerza y yo lloraba en su hombro. Permanecimos así hasta que mi cuerpo se calmó.

—¿Qué ocurre en Stormshire? —preguntó con cautela.

—Hay una amenaza… Una especie de enemigo. No comprendemos todo sobre ellos, salvo que proceden de otro mundo. Y son letales. —Respiré hondo—. Se supone que no debo contarte nada de esto, pero no podía dejarte a tu suerte. Si fracasamos y no los contenemos… Vendrán a por Luminaria —expliqué—. Pueden matar de diferentes formas, aunque su método preferido es la asfixia. Literalmente, te sacan el aire de los pulmones. —Hice una mueca al acordarme de la noche anterior.

Ma continuaba contemplando el suelo con los ojos abiertos como platos.

—¿Hay algún modo de destruirlos?

—No lo sabemos, pero nuestra mejor opción es sobrevivir el tiempo suficiente para averiguarlo.

Ma echó un vistazo a la parte trasera de la estancia y arrugó el entrecejo.

—Me pregunto… —soltó, se puso de pie y fue hasta las estanterías de atrás. Se detuvo enfrente de un conjunto de viales con un

contenido rojo. Los agarró deprisa y los llevó enseguida a su puesto de trabajo.

—Fia, corre. Coge el hueso de ballena triturado —ordenó.

La confusión se adueñó de mí, pero obedecí y tomé el tarro de cristal pequeño de la estantería del medio. Me acerqué y lo dejé junto a los viales que ahora estaba vaciando en el caldero. Agarró los polvos y los echó antes de agacharse para encender las brasas que había debajo.

—Ma, ¿qué haces?

—Tengo una idea —contestó, removiendo el caldero.

—Ma, de verdad que no tenemos mucho tiempo… —Me callé cuando un humo rojizo y el tufo a agua de mar impregnaron el espacio a nuestro alrededor.

—¿Has visto? No ha tardado mucho —repuso ella mientras usaba un cucharón para sacar el nuevo mejunje; echó un poco en un plato pequeño y el resto en viales transparentes—. Vale, está caliente, pero pruébalo —me instó con los ojos relucientes de curiosidad.

—Eeeh… Ma, ¿qué es esto? —Observé el líquido a la par que se me revolvía el estómago. Estaba enfriándose y haciéndose una pasta densa.

—Las algas rojas que recogí en Costa Escarlata. Me fijé en que los peces de la zona se comportaban de manera inusual, así que empecé a estudiarlas. Después de secarlas y machacarlas hasta hacerlas polvo… Bueno, en realidad, todo fue un accidente. El polvo era tan fino que se impregnó en el aire e inhalé un poco. Al principio me puse algo nerviosa, pero tras unos segundos… se me relajaron los pulmones. Y me percaté de que podía contener la respiración un buen rato. Hice algunos experimentos y descubrí que una versión líquida tenía las mismas propiedades. Es un avance médico en potencia, pero no se me ocurría qué uso práctico podría tener en verdad. —Sujetó el plato—. Y, en cuanto al hueso de ballena, es un amplificador. —Había extrañado el modo en el que se le iluminaban los ojos a Ma cuando hablaba de su trabajo.

Me acerqué poco a poco, cogí el plato y me lo aproximé a la nariz. Tosí cuando la bilis me subió por la garganta.

—¡No debes olerlo antes, so boba! —me regañó—. No tenemos mucho tiempo, Fia.

Cerré los ojos, incliné el plato hacia atrás y dejé que me cayera por la garganta. Hice un mohín. El sabor era inimaginable.

—¿Y bien? —Me observó.

—¿Qué se supone que debo sentir? —pregunté con una ceja arqueada.

—Prueba a contener el aliento —me instó mientras ponía los ojos en blanco.

Respiré hondo y me detuve cuando sentí los pulmones llenos.

Los segundos pasaron. Y luego casi un minuto entero.

No noté ninguna sensación de quemazón o urgencia por respirar. No se me contrajeron los pulmones.

Miré a Ma con los ojos abiertos como platos.

—Esto podría salvar muchas vidas. No te haces una idea.

—Solo llega para ti, Fia. No durará más que unos cuantos minutos, así que úsalo con sabiduría.

—Por favor, Ma. Si pudieras hacer más de esto, de verdad que sería de mucha ayuda. Podríamos ganar.

—Bueno, podría regresar a la costa y recoger más algas. El hueso de ballena lo puedo conseguir de los comerciantes. —Los engranajes se habían puesto en marcha detrás de sus ojos—. Lo priorizaré —me aseguró—. A lo mejor me acompaña Jacquelina. Puede que unos cuantos más. Así nos haremos con la máxima cantidad posible.

—Hablaré con el general. Quizá podríamos organizar alguna especie de distribución para el oeste —propuse mientras oía abrirse la puerta principal—. Ese debe de ser él. Imagino que se me ha acabado el tiempo —añadí, y volví a mirarla a los ojos—. Gracias por esto, Ma. No sé qué haría sin ti.

Me agarró y tiró de mí para abrazarme de nuevo.

—Ten cuidado, Fia. Y reserva esta cantidad para ti. ¿Me lo prometes? —Me abrió la bolsa, metió la mayoría de los viales con el resto del mejunje dentro y luego me guardó uno en el bolsillo.

—Te lo prometo —juré vacilante.

—Fia, es hora de marcharse —me gritó Laryk desde la parte delantera de la tienda.

—Te escribiré si puedo —le dije mientras cogía la bolsa de la mesa.

—Estaré esperando. Te quiero, chica —se despidió con una suave sonrisa.

—Yo también te quiero —le respondí antes de dirigirme a la parte delantera. No me siguió.

Laryk se encontraba en la puerta, sujetándola abierta.

—Vamos —dijo, y poco después íbamos por los adoquines, caminando aprisa hasta que giró a la derecha.

—El cuartel está en la otra dirección —repliqué mientras miraba a nuestras espaldas.

—No vamos al cuartel —anunció.

—¿Cómo? ¿Y a dónde vamos? —pregunté. Me ponía de los nervios cuando se guardaba información.

—A los establos.

—¿Me haces el favor de decirme qué está pasando? —La irritación se apoderó de mi voz.

—Vas a viajar conmigo. Cogeremos los caballos y nos marcharemos a Emeraal.

—¿A Emeraal? Creía que los ataques eran en Stormshire —dije con los ojos entrecerrados.

—Haremos una parada en Emeraal antes. El rey celebrará una reunión allí en unos días.

—Pero ¿por qué voy contigo? —pregunté.

—Solo date prisa, Fia. Debemos llegar al campamento antes de que anochezca.

Resoplé con la vista clavada al frente. Parecía que tendríamos mucho tiempo para hacer preguntas por el camino.

Capítulo 40

Miré detrás de nosotros mientras nuestros caballos seguían el camino para salir de la ciudad. No pude evitar pensar que aquella podía ser la última vez que viera el lugar al que había llamado hogar casi toda mi vida.

El sol aún estaba alto en el cielo, sobresaliendo justo por detrás de las torres más altas. Seguiríamos el río a través del valle Reyanthe y acamparíamos en las colinas de Aedenvale. Tardaríamos tres horas en llegar.

El bosque había cambiado desde la última vez que me aventuré en el claro. La mitad de los árboles ahora estaban desnudos y se retorcían como si intentaran alcanzar el cielo. El suelo permanecía en silencio; las hojas húmedas y las ramas desperdigadas estaban cubiertas de escarcha.

Laryk y yo cabalgábamos lado a lado a unos cuantos pasos de distancia de cinco guardias de Cuerpo.

Me removí en la montura, hiperconsciente de lo cerca que se encontraban nuestros caballos. De cómo su rodilla estaba a solo unos centímetros de la mía.

Me palpé los bolsillos para asegurarme de que tenía un vial de la poción de Ma a mano, pues necesitaba entretenerme con algo.

—¿Por qué estoy aquí? —pregunté, rompiendo el silencio.

—Creía que era obvio. —Mantuvo los ojos en el camino por delante.

—Entonces, todavía no confías en mí —dije sin expresión alguna.

Por fin me miró con esa sonrisa casi permanente en los labios.

—¿Que no confío en ti?

—En que no use mis poderes por accidente. —Puse los ojos en blanco.

Se le ensanchó la sonrisa.

—No, Fia. Creo que ya hemos superado eso.

Me sostuvo la mirada durante un instante demasiado largo antes de girarse hacia el camino.

—Entonces ¿por qué? —insistí.

Se detuvo.

—¿Me creerías si te dijera que tan solo disfruto de tu compañía?

La pregunta me pilló por sorpresa.

—Por supuesto que no.

—¿Y si te digo que necesitaré tu protección si nos topamos con algún espectro extraviado? —Ahora tenía una amplia sonrisa.

Yo contuve la mía.

—Estoy segura de que sí, dado que todavía no me has contado cuál es tu foco. Empiezo a pensar que no existe.

—Ah, ¿sí? —Me miró con algo de diversión maliciosa en los ojos.

—Se te da fatal viajar por los caminos —espeté.

Soltó una carcajada, y el sonido me provocó algo extraño en el pecho.

El viento arreció y le apartó el pelo de la cara. El sol de última hora de la tarde resaltó su tono cobrizo e hizo que le brillara dorada la piel. Me encontré observando la línea de su mandíbula, la curva en la que el cuello se le juntaba con el hombro.

Me obligué a apartar la vista.

—No es muy sencillo de explicar —contestó unos instantes más tarde—. Mi foco. Tiene una especie de dualidad.

Lo miré de nuevo, sorprendida por que me estaba respondiendo de verdad.

—Soy toda oídos.

—Mi percepción es extrañamente fuerte. Puedo ver detalles que otra gente no. Eso me hace un maestro de la estrategia y de gran valor para la Guardia. —Mantuvo la vista fija hacia delante—. Tengo don de gentes. Puedo sentir lo que les emociona. Sé cómo conseguir lo que quiero de ellos. Soy quien necesito ser dependiendo de las circunstancias.

—¿Y la otra parte?

—Siempre puedo ver un paso por delante. En una lucha, soy capaz de percibir la intención de mi oponente antes de que haga el movimiento. No me pueden sorprender. —Hizo una pausa—. Soy el mejor luchador de combate en una generación.

—Entonces ¿así es como supiste que serías capaz de entrenar mi foco? —pregunté.

—No exactamente. Eso se lo tenemos que atribuir a mi confianza apabullante. —Me dedicó una sonrisa que hizo que me quedara sin respiración—. Por alguna razón, mi foco parece no funcionar contigo.

Me dio un vuelco el corazón.

—¿Por qué?

—Bueno, está claro que hay algo raro en ti. Es la única posibilidad viable. Funciona a la perfección con los demás.

—A mí me parece más bien que hay algo raro en ti —contesté con suavidad.

Me sostuvo la mirada.

—Tal vez.

Nuestros caballos se acercaron cuando el camino se estrechó. Su pierna rozaba la mía. El contacto hizo que me invadiera un calor a través de todas las capas de tela.

Ninguno de los dos se apartó.

—Cuando nos vimos por primera vez —dije, pues necesitaba distraerme de la tensión repentina—, parecías errático. No conseguía entender quién eras. ¿Fue porque no podías ver lo que me emocionaba?

—No fui capaz de percibir lo que te motivaba en absoluto. —Apretó las manos en las riendas—. Así que tuve que hacerlo a la antigua usanza. Descubrir cuáles eran tus mayores miedos y cómo explotarlos. Fue muy frustrante.

La confesión me debería haber dolido; sin embargo, no lo hizo. Habían cambiado muchas cosas.

—Pero descifré suficiente sobre ti —continuó en voz baja—. Cada vez que mencionaba a Osta, volvías a obedecer con bastante facilidad.

—¿Y ahora? —le pregunté antes de poder contenerme.

Me miró. Me miró de verdad.

—Ahora eres mucho más difícil de leer.

Las palabras parecieron cargadas de algo tácito.

—¿Y eso supone un problema? —lo reté.

Me miró fijamente.

—Aún no lo he decidido.

—Pobre general. Debe de ser muy frustrante no tener el control total sobre todos los que te rodean.

—Sí, frustrante —coincidió, bajando la voz—. Entre otras cosas.

El modo en el que lo dijo hizo que se me subiera el corazón a la garganta.

—¿Qué otras cosas?

Una lenta sonrisa le curvó los labios.

—Intrigante. Enloquecedor. —Hizo una pausa—. Refrescante.

Tragué saliva.

—¿Refrescante?

—Hacía mucho tiempo que alguien no me sorprendía, Fia. —Me examinó el rostro—. Y, por lo visto, no me importa tanto como debería.

—Debería importarte —respondí; la voz me salió más suave de lo que pretendía—. Las sorpresas son peligrosas para alguien de tu posición.

—Quizá. —Su mirada no flaqueó—. O a lo mejor eso es justo lo que lo hace interesante.

No supe qué contestar a eso.

—Ahora ya conoces todos mis secretos —dijo él al final, y se volvió hacia el camino.

—Lo dudo mucho. Eres tan misterioso e intrigante como pareces.

—Ah, ¿sí? —Torció la comisura de la boca—. ¿Qué más quieres saber?

Todo. Nada. Ya no lo sabía.

Nuestros caballos viraron hacia la izquierda y descendieron por la pendiente de una colina.

—Te contaré todo lo que quieras saber —soltó, y la oferta pareció considerable—. Pero, primero, tienes que decirme cómo me venciste en la clase de Mercer.

Le expliqué lo de mi segunda visión, cómo podía percibir las mentes a mi alrededor.

—Intuitivo —comentó—. No se me había ocurrido.

—Así que no eres el único que puede ver cosas que los demás no —señalé.

—Por lo visto, no. —Me observó con algo indescifrable en la expresión—. Dime, cuando usas esa segunda visión… ¿Puedes verme ahora mismo?

La pregunta me aceleró el pulso.

—No la estoy utilizando.

—Pero podrías.

—Sí.

—Desde luego, eres una chica muy intrigante.

Vacilé.

—Ese es el motivo por el que mi foco no sirvió de nada durante el simulacro —repliqué, desesperada por cambiar de tema—. Aunque tampoco es que sepamos con seguridad que los espectros tengan mentes.

—Poseen una especie de función cognitiva. Mi habilidad también está muy ligada a la mente. No sé lo que el viento va a hacer. No sé si va a llover. Pero a ellos sí puedo leerlos. —Se frotó la cicatriz, distraído—. Eso me dice que tiene que haber algo detrás de las sombras.

Quería preguntarle por la cicatriz. Por cómo se la hizo. Sin embargo, algo en su postura me dijo que no abriera la boca.

—En fin —dijo, cambiando de tema—. ¿Hay algo en concreto que quieras saber sobre mí?

—Tu padre es un general famoso, ¿verdad?

Apretó la mandíbula.

—Supongo que se puede decir que sí.

—No tenemos que hablar sobre ello.

—Mi padre fue un magnífico cabrón, y no hay mucho más que saber de él. Mi madre es una mujer de la alta sociedad que solo se preocupa de su estatus y del próximo evento. —Su voz era monótona—. ¿Suficiente historial familiar?

—Suena genial. Ya veo por qué has salido así…

—Hubo alguien que me quiso y a quien yo también quise —me interrumpió—. Ya ha fallecido.

El cambio en el tono me hizo quedarme callada.

—Joline, mi niñera. —Tragó saliva—. Esa fue la mujer que me crio. Falleció cuando cumplí veinte años.

—Lo siento —dije en voz baja.

Asintió una vez, y luego pareció cambiar deliberadamente el peso de la conversación.

—¿Y tú? Te criaste en la Casa de la Unión, ¿no?

—Ya lo sabes todo sobre mí.

—Sé los hechos. No sé cuál fue tu experiencia. —Me sostuvo la mirada. Decisión. Quería saberlo de verdad.

—Pues como esperarías que fuera.

—La falsa modestia no te pega, Fia.

Le puse mala cara, pero transigí.

—Pude formar mi propia especie de familia con los otros niños riftborne. Hubo muchas noches sin dormir al principio. Los chicos echaban de menos a sus padres. Yo era demasiado pequeña para recordar a los míos. A los huérfanos más mayores les costó mucho más habituarse.

Se quedó callado, escuchando.

—La gente que nos cuidaba era fría y distante. Nunca intentaron explicarnos lo que les había ocurrido a nuestras familias o por qué estábamos allí. No nos enteramos hasta que fuimos al colegio y nos hablaron del levantamiento junto con todos los demás niños de Luminaria. Puedes imaginarte cómo fue. En aquel entonces no sabíamos que teníamos que ocultar esto. —Alcé la mano que tenía marcada.

Laryk se quedó mirándola por un instante. Cuando habló, lo hizo con cautela.

—Nuestro mando cometió ciertos errores tras la guerra. Yo no comprendí mucho lo que sucedió en aquel tiempo, era muy joven. Sin embargo, en retrospectiva, creo que es obvio que se equivocaron.

Esa admisión me sorprendió tanto que me dejó sin palabras.

Pareció pasar una eternidad. Lo miré de reojo. Estaba mordiéndose el labio inferior y frunciendo el ceño. El pelo le caía sobre la cara, preso de la brisa.

Aparté la vista antes de que me pillara mirándolo.

—Me sorprende que tu sombra pelirroja no esté aquí con nosotros —espeté, desesperada por recomponerme—. ¿Le has asignado algo más que seguirte a todos lados y mirarme con odio?

—Qué cruel, Riftborne. —Me observó bajo sus pestañas de una forma que hizo que el corazón se me subiera a la garganta—. Narissa siempre se comporta de manera ejemplar.

—Tal vez deberías recordarle todo eso del compañerismo de tu charlita.

Se rio, y yo sentí el sonido en el pecho.

—Pareces estar insinuando que estamos juntos.

Me dio un vuelco el corazón.

—¿No lo estáis?

Entonces, me miró. Directo. Decidido.

—No, no lo estamos.

—¿Y se lo has dicho?

—Es de conocimiento común que mis prioridades residen en mi papel como general. El compromiso es imposible. No sé cómo Mercer lo hace.

Algo cálido y peligroso se me desplegó en el estómago. Lo aparté.

—Quizá tu problema vaya menos por el compromiso y más por la fidelidad.

—La monogamia solo se les otorga a aquellos con pocas responsabilidades —contestó.

Solté una carcajada sin poder evitarlo. Unos cuantos guardias miraron hacia atrás.

—Si eso te ayuda a dormir por las noches, general Ashford…

—Me sorprende que uses mi cargo oficial. Me alegro de ver que te estás metiendo en vereda.

—No te acostumbres.

—Demasiado tarde. Ya estoy disfrutando muchísimo de ello. —Los ojos le brillaron con diversión—. Repítelo.

—Ni de coña.

—«General Ashford» —aportó muy solícito—. Vamos.

—No voy a jugar a este jueguecito.

—¿Qué jueguecito? —Ahora tenía una amplia sonrisa—. Solo estoy apreciando tu respeto inesperado por el protocolo militar.

—Esta es la razón por la que nadie te aguanta.

—Tú me estás aguantando la mar de bien ahora mismo.

—Solo porque no puedo escapar. Vamos montados a caballo.

—Podrías cabalgar delante —señaló—. Y aun así…

Dejó la frase a medias, cargada de implicación.

—Y aun así estoy tratando de ser educada.

—Educada —repitió, como si estuviera saboreando la palabra—. ¿Así llamamos a esto?

—¿Cómo lo íbamos a llamar si no?

Me sostuvo la mirada durante un largo instante.

—Estoy seguro de que se me podrían ocurrir unas cuantas cosas.

Me puse colorada.

—Eres imposible.

—Eso has mencionado. Muchas veces, de hecho.

—Porque vale la pena repetirlo.

—Ah, ¿sí? —Se inclinó un poco hacia mí—. ¿O solo te gusta decirlo?

No se me ocurrió ninguna respuesta.

Su sonrisa se volvió absolutamente malvada.

—Eso pensaba.

Espoleé a mi caballo con el talón y troté unos cuantos metros por delante de él, con el calor inundándome la cara.

—¿Estás huyendo, Fia? —me gritó desde atrás con bastante diversión en la voz.

—Retirada táctica —repliqué sin mirarlo.

Su risa me siguió. Grave, cálida; provocaba cosas en mi compostura que me negaba a reconocer.

Me mantuve por delante de él durante el resto del camino, pero pude sentir sus ojos clavados en mí todo el tiempo.

Los guardias encendieron una hoguera con rapidez una vez que encontramos el campamento en las estribaciones del sur de Aedenvale. Aquella era la pausa habitual del general en el punto medio perfecto entre Luminaria y las fortificaciones del oeste. El lugar era estratégico. Con la inclinación rocosa protegiéndonos a las espaldas, solo teníamos que preocuparnos de defender un lado.

La cena fue tranquila, pues nos calentamos la comida precocinada que llevábamos del cuartel. Pescado asado con tubérculos, una exquisitez a la que todavía no me había acostumbrado.

Los guardias de Cuerpo se pasarían la noche vigilando y se habían colocado de forma estratégica alrededor del perímetro del campamento.

La disposición para dormir me pareció muy incómoda. Como el general acostumbraba a viajar solo, únicamente había una tienda para que compartiéramos los dos. Alabados fueran los Esprithe, los guardias habían traído una cama extra para mí.

Cuando el general mencionó una tienda, me esperaba la típica que usaban los cazadores durante la temporada de invierno, pero no eso en lo que me adentré una vez que terminé de comer. Esto no se consideraría una tienda en ningún lado. El espacio dentro era enorme, y el techo tenía el doble de tamaño que una vivienda común. Un pequeño fuego ardía en el centro de la habitación, ayudando a luchar contra la rasca del invierno. Unas pieles de animales aislaban las paredes y unas alfombras cubrían el suelo.

Había dos camas, una a cada lado, unos catres elevados con mantas de pelo encima. Me adentré y dejé mis pertenencias en una antes de sentarme y quitarme las botas. Estiré las piernas hasta los dedos de los pies. Sabía que mañana me iban a doler por pasar tanto tiempo a caballo.

Rebusqué en mi bolsa el camisón, deseando acostarme y quedarme dormida. Me pesaban los ojos, y sabía que íbamos a madrugar.

Busqué un lugar para cambiarme, pero parecía no haber privacidad. Era un espacio gigante y abierto.

Miré a Laryk. Se estaba recostando en la cama, revisando unos pergaminos; parecía absorto.

Inspiré hondo. Ambos éramos adultos.

Me giré un poco y me desabotoné el chaleco, me quité la blusa por encima de la cabeza y la reemplacé a toda prisa por el camisón. La tela susurró sobre mi piel mientras me quitaba los pantalones por debajo de este.

Cuando me volví para recogerme el pelo, lo pillé mirándome.

Nuestros ojos se encontraron durante un breve y tenso instante antes de que él bajara la vista a sus documentos. Pero tenía la mandíbula rígida.

Me trencé el pelo con manos temblorosas, hiperconsciente de su presencia al otro lado de la tienda.

Cuando volví a alzar la vista, se había puesto de pie. Se acercaba al fuego.

Se quitó la camisa por encima de la cabeza en un movimiento fluido y la tiró encima de la cama.

Debería haber apartado la mirada.

No lo hice.

La luz del fuego jugaba por su pecho desnudo, resaltando todos los músculos definidos, cada línea y plano de su torso. Tenía los pantalones bajos sobre las caderas mientras se agachaba para remover las brasas.

Debió de haber sentido mi mirada, porque clavó los ojos en los míos.

—Vamos a hacer *sparring* mañana temprano antes de irnos —dijo al final con una voz más áspera de lo habitual—. Quiero probar tu nueva habilidad.

—Vale —respondí.

Me metí en la cama y rodé para mirar a la pared; después tiré de las pieles para taparme hasta la barbilla, deseando que el corazón se me ralentizara.

La tienda se sumió en un silencio, salvo por el crepitar del fuego y el viento de fuera.

Lo oí moverse. Meterse en su cama.

Cerré los ojos, pero era imposible dormirse.

Me removí, tratando de ponerme cómoda, y las pieles hicieron ruido en medio del silencio.

—¿No puedes dormir? —Su voz vagó desde el otro lado de la habitación.

—Estoy bien.

Silencio.

—Fia.

Algo en la manera en la que dijo mi nombre me hizo darme la vuelta para mirarlo.

Estaba apoyado en un codo, observándome. La luz del fuego hacía que tuviera la mitad del rostro ensombrecida.

—¿Qué?

Parecía estar pensando algo. Luchando contra ello. Entonces, exhaló y se volvió a tumbar.

—Nada. Descansa —dijo.

El fuego ardió más bajo.

Y, en algún momento durante las pocas horas de la noche, el cansancio al final me venció.

Pero no hasta que lo oí removerse una vez más. No hasta que me pregunté si se encontraba despierto también, pensando en todas las cosas que no nos estábamos diciendo.

Capítulo 41

Adherida al aire, la niebla flotaba a la deriva sobre la cordillera en la distancia. El sol estaba apenas comenzando a alzarse en el horizonte y no había ni un alma a la vista.

—Vale, creo que estoy lista. Hagamos otra ronda.

Volví a mirar a Fia.

Unos mechones de rizos blancos se le habían escapado de su cinta y le enmarcaban la cara sueltos, flotando como si nada en el viento. La piel le relucía por el sudor y la tenía colorada por el esfuerzo.

Mis ojos, descarados, recorrieron su pecho jadeante y subieron a su boca. Ella tomó un sorbo de su cantimplora, y yo seguí el trayecto del agua que se le salió de los labios, le goteó por el cuello y desapareció en el borde del uniforme.

De repente, me sentí sediento.

Moviendo los hombros en círculos, troté hasta el centro del campo, no muy lejos del campamento. Le alargué la venda a Fia. Ella se acercó y extendió la mano para coger la tela, pero yo retiré la mía y negué con la cabeza.

Le resplandecieron los ojos, presta a aceptar el desafío.

—Yo seré el que te la ponga. Ya sabes cuáles son las reglas —le recordé, refrenando las ganas de sacarla de quicio.

No pude evitar sonreír ante el rostro sonrojado y desafiante que puso antes de acceder y darme la espalda.

Ajusté la tela oscura sobre sus ojos y le acaricié la nuca con los dedos cuando aseguré el nudo. Observé cómo se estremeció ante el ligero contacto, y una sacudida de necesidad me atravesó sin pudor

alguno. Me tragué el deseo de acercarla de un tirón contra mi pecho y retrocedí un paso.

Estaba más que impresionado con el desarrollo de su foco. Su habilidad para rastrear una mente en completa oscuridad sería inestimable.

Ella era inestimable.

Mi necesidad por ella había estado presente desde el principio a pesar de mis esfuerzos por ignorarlo. Había ardido en mi interior desde el mismo momento en el que la había visto en la arboleda rodeada de cuerpos con la energía aún irradiando de ella como agua sobre un pavimento caliente.

La rodeé en silencio. Ella inhaló una última vez y se detuvo con un pequeño jadeo antes de contener la respiración. Y entonces se abalanzó sobre mí, moviendo los pies y los brazos a un ritmo diestro. Cambié enseguida la posición y noté un golpe en el costado cuando atacó con el brazo e hizo contacto. Se lo agarré y lo apreté contra mis costillas, colocándola en un ángulo extraño.

Se acabó la ronda.

Oí el pequeño siseo de oxígeno almacenado escapársele de los labios cuando se impulsó con las piernas y utilizó su propio peso para tirarnos al suelo. La sorpresa me hizo caer, pero giré el cuerpo y la aprisioné debajo de mí, donde se retorció.

—Ha sido un buen intento, Fia, pero te has puesto en una posición bastante precaria. —Intenté utilizar un tono de burla; las palabras me salieron desiguales. El modo en el que conseguía pillarme desprevenido era una mezcla aterradora, estimulante y eufórica. Algo que nunca había experimentado antes.

Flexioné los dedos en torno a sus muñecas. La sensación de su cuerpo arqueándose contra el mío hizo que me diera vueltas la cabeza y me hiciera daño la parte delantera del uniforme. Su habitual y apetecible olor a romero y almizcle dulce resultaba abrumador con esta cercanía.

Joder. Tenía que moverme.

Liberó la pierna derecha de donde la tenía sujeta bajo mi rodilla, me rodeó con ella la parte de atrás del muslo y empujó hacia arriba para tratar de voltearme.

Entonces, se quedó paralizada.

Mi dureza ahora se presionaba enteramente contra ella y no había forma de que no se hubiera percatado.

El calor se propagó en mi interior de una manera casi dolorosa, y le solté las manos, me senté corriendo e intenté separar nuestras extremidades.

—Ya está bien por hoy —dije con voz ronca, agradecido de que todavía tuviera la venda puesta en su sitio.

—Laryk.

Mi nombre en sus labios hizo que me quedara quieto. Noté cómo la pierna con la que me había rodeado apretaba más, como si tirase de mí hacia ella otra vez. A ciegas, llevó los brazos hasta mi cuello, se impulsó y movió las caderas en círculos en un gesto provocador que me puso a mil.

Los ojos se me cerraron ante la sensación de ella restregándose contra mí. El cuerpo me palpitó de necesidad, aunque temblase con moderación.

—Fia —gruñí. Era una advertencia.

Rodó las caderas una vez más mientras echaba la cabeza hacia atrás y me exponía su precioso cuello. De los labios se le escapó un gemido que me pareció la canción más bonita que había escuchado jamás.

—Laryk…, por favor.

Perdí el sentido de la razón.

Mi boca estuvo sobre ella en un segundo; saboreé la suave piel de su cuello y recorrí su mandíbula hasta que capturé sus labios con los míos en un beso posesivo. Sabía incluso mejor de lo que me podría haber imaginado.

La presioné contra el suelo y acudí al encuentro de sus desesperadas caderas con una fuerte embestida que le sacó un jadeo.

Rompiendo el beso, le ordené:

—Eso es, Fia… Gime para mí.

Enredé una de las manos en su melena sedosa, de la que tiré con delicadeza, mientras que con la otra le desabroché con destreza los cierres del corpiño. La exploré con la boca; la impaciencia en

conflicto con la necesidad mientras tiraba de la ropa que se nos pegaba a las pieles ardientes.

Cuando tuvo el pecho del todo expuesto al aire matutino, prácticamente se me hizo la boca agua. Solo me concedí un instante para disfrutar de la vista antes de chupar uno de los pezones con los labios… con cuidado…, con delicadeza…, antes de morder con fuerza.

—¡Ah! —gimoteó, y se arrancó la venda para mirarme con una intensidad embriagadora.

Le dediqué una sonrisa pícara.

No era conocido por ser un amante gentil, pero antes de que ella pudiera hacer otro sonido, aplané la lengua, calmé el dolor y volvió a derretirse contra mí.

—Buena chica —murmuré contra su piel, y fui hasta el otro pico, propinándole el mismo tratamiento. La miré cuando abrió los labios con una inhalación brusca. Se le cerraron enseguida los ojos mientras yo provocaba su piel sensible con la lengua.

Su cuerpo se estremeció cuando se presionó contra mí.

—Laryk, debemos apresurarnos. Pronto será de día. Alguien podría vernos…

El ruego de Fia me hizo perder la cordura. Con un gesto rápido, la tumbé y le bajé con fuerza las bragas antes de apartarlas a un lado.

Su sexo se encontraba totalmente presionado contra la parte frontal de mi cuerpo; solo mi ropa se interponía entre mi necesidad de ella y yo.

Deslicé las manos sobre la pálida extensión de sus muslos y la abrí para mí. Esa sensación de sed regresó y descendí, mordisqueándole con suavidad la delicada piel entre las piernas sin llegar nunca a mi destino.

—Dime que deseas esto. —Mi voz estaba ronca de deseo.

Me miró con aquellos deslumbrantes ojos de color ópalo y descubrí una desesperación que hacía juego con la mía.

—Te deseo a ti —me aseguró Fia, y me agarró del pelo con las manos y las usó para guiarme a su centro. Aquella era toda la confirmación que necesitaba.

Como un hombre hambriento, me sumergí en su calor e hice rodar la lengua. Ella era sublime. Un gemido gutural se me escapó de la garganta y…

Me desperté. Estaba despierta.

¿Qué… había sido eso?

Me temblaba el cuerpo, ruborizado, mientras buscaba con frenesí a mi alrededor y me di cuenta de que Laryk también estaba del todo despierto. Tenía los ojos clavados en mí al otro lado de las brasas del fuego que se apagaban. Se veía tan revuelto y excitado como yo me sentía.

—Creo que yo… ¿Estabas…? ¿Acabas de soñar conmigo? —susurré con la respiración entrecortada.

Le resplandecieron los ojos en la oscuridad antes de que se le tornaran fríos. Abrió la boca, pero la cerró igual de rápido. Incluso en la oscuridad, podía vislumbrar cómo el pecho le subía y bajaba al mismo ritmo que el mío.

No respondió, aunque su mirada me dijo que era cierto.

Había estado dentro de su sueño.

Se me comenzaron a descontrolar los pensamientos. Tragué saliva con fuerza; sabía que los dos teníamos las mismas preguntas rondándonos la cabeza.

—General, debemos partir pronto para llegar a tiempo —avisó un guardia fuera de la tienda. Laryk rompió el contacto visual primero, cogió su bolsa y salió disparado.

«Supongo que el entrenamiento de *sparring* queda cancelado».

Capítulo 42

Pusimos rumbo al oeste en cuanto el sol naciente empezó a resplandecer en el valle. La escarcha salpicada en las hojas coloridas reflejaba los rayos de primera hora de la mañana. Respiré hondo, inhalando el sabor fresco del aire invernal.

Las formaciones cambiaron esa mañana. Dos guardias se posicionaron en la parte trasera del grupo y tres en la delantera. Laryk se encontraba entre estos últimos.

Ni siquiera me atreví a mirar en su dirección mientras cabalgábamos. Ahora que lo tenía de espaldas, podía respirar al fin.

Había entrado en la mente de otra persona…

¿Había pasado aquello antes?

Se me vinieron a la mente los sueños que me habían estado atormentando durante el último año, y me percaté de que ninguno de ellos sucedía desde mi perspectiva. Parecían inofensivos en ese momento, pero ahora, al verlos en su conjunto… Sin duda, el patrón estaba ahí.

En el sueño que tenía lugar en el río, miraba a mis amigos desde encima del puente, pero, cuando sucedió aquello, me encontraba a orillas del río con Osta, a punto de zambullirnos las dos. ¿Lo vivía desde la perspectiva del segundo guardia? ¿Significaba aquello que lo que veía era un recuerdo? ¿Un sueño de un recuerdo? No lo entendía.

Los escenarios de mis sueños eran a menudo lugares en los que no había estado jamás ni tampoco imaginado durante mis horas despierta. El paisaje oscuro del sueño que se desvanecía, el herrero feroz… ¿Eran sitios reales? ¿Personas de verdad?

Me invadió una oleada de calor. Desde luego, el sueño de anoche había sido real. Y sabía que eso no era un recuerdo. Aun así… Había sentido su pasión a través del vínculo.

¿Verdad?

No pude evitar preguntarme cómo funcionaba la mente en un estado onírico. Llegados a este punto, me lo cuestionaba todo. La mayoría de la gente no podía controlar sus sueños, pero eso tenía que proceder de algún sitio dentro de su cabeza, ¿no? No podía haber surgido de la nada…

O tal vez fuera todo aleatorio. Quizá él se había sorprendido igual que yo del contenido. La vergüenza me embargó. Aquello seguro que era la última cosa que quería que viera. A pesar de que había sido de forma involuntaria, había invadido por completo sus pensamientos, ya tuviera algún mérito o no.

Suspiré y me pregunté si podríamos hablar alguna vez de aquello o si fingiríamos que nunca había ocurrido.

Me dio un vuelco el corazón cuando oí el sonido de un caballo acercándose. De pronto, sentí que era él quien me estaba leyendo la mente a mí. Laryk tenía el rostro relajado y sereno y una postura estoica. Era evidente que cualquier muro que hubiera derribado lo había vuelto a erigir. Desvié mi atención y me centré en las montañas al norte. Me dolía mirarlo.

Me quedé callada mientras los pasos de su caballo se acompasaban a los del mío. Casi pude sentir el frío que irradiaba.

—Otro don de tu foco, supongo, ¿no? —me preguntó distraído. Tragué saliva. ¿Por qué me sentía tan incómoda?

—No tengo ni idea. —Casi me atraganté con las palabras.

—Tranquilízate, por favor. No hay motivo para que te comportes así. Te aseguro que no estoy nada interesado en discutir el contexto, pero sí más que fascinado por el hecho de que hayas podido entrar en mi sueño. —Me dio un empujoncito en el brazo y me ofreció una manzana—. No has comido esta mañana.

Después de dudar durante un segundo, se la acepté y suspiré.

—Aún no entiendo cómo ha sucedido. Ni cómo lo he hecho. Ahora estoy pensando en todos los sueños que he tenido —comenté en voz baja.

—Parece que tu foco está creciendo más cada día que pasa. Dale tiempo y te acostumbrarás. —Mordió su manzana mientras miraba el camino por delante.

¿Cómo podía comportarse de manera tan despreocupada?

—En ocasiones parece que se me va mi propia mente —admití.

—No tengo ni idea de cómo entrenarte para mejorar esta habilidad. A ver, lo intentaré. Imagínate lo que podrías hacer… —Se calló.

Una parte dentro de mí se vino abajo.

No necesitaba terminar la frase. Sabía lo que iba a decir. Yo solo era un activo para él. El sueño no había significado nada.

Alcé la vista para ver las torres brillantes de Emeraal a lo lejos.

Ya era última hora de la tarde cuando llegamos a las afueras de la ciudad. El sol se había escondido tras una capa de nubes y, en su ausencia, el viento traía un frío glacial.

El camino a la ciudad era rocoso e inestable, pues había zonas con grietas y derrumbadas. La ciudad estaba compuesta en su mayoría por viviendas simples y majestuosas con paredes de madera y tejados muy inclinados con frontones asimétricos.

Las casas tenían todas una característica en común: ventanas con vidrieras esmeraldas dispuestas en patrones de diamante, un homenaje a los enormes yacimientos de esmeralda que se encontraban en esta tierra. Las chimeneas soltaban humo por toda la ciudad y hacían que el aire fuera oscuro y neblinoso y que apestara a carbón y madera.

Las calles eran escasas, y reparé en bastantes ventanas y puertas tapiadas. La poca gente que se había movido por la ciudad lo había hecho en silencio, apresurándose hacia su destino.

Mientras nos aproximábamos al centro de Emeraal, se vio a la perfección una catedral. Se alzaba imponente sobre la ciudad, con altos chapiteles que llegaban hasta el techo y la fachada adornada con tallas y detalles intrincados en piedra que representaban escenas de los poderosos Esprithe. Las mismas vidrieras se alineaban en el exterior y reflejaban el cielo dramático.

Parecía ser el lugar más concurrido de la ciudad, con aossí entrando y saliendo, dejando ofrendas en las escaleras principales. Algunos se juntaban con sus familiares, sostenían velas y tarareaban en voz baja, casi en un trance. El cántico de los himnos se podía oír desde las calles, pues los devotos llenaban el espacio cavernoso y les imploraban a los Esprithe su salvación.

Las brillantes torres del fuerte nos llamaban para que nos acercáramos mientras el camino comenzaba a convertirse en pendiente. El sendero subía en espiral por una colina recubierta de árboles de hoja perenne. Llegamos a la primera verja, y el guardia de la entrada reconoció de inmediato a Laryk.

Las barras de metal se abrieron con un chirrido y las atravesamos. No pude evitar lanzar una mirada furtiva a la ciudad detrás.

Volví a centrar la atención delante, en el fuerte de Emeraal. Los estandartes se sacudían con violencia por el viento, asegurados a altas torres de vigilancia que había repartidas por el perímetro. Más allá de las murallas, divisé torres en medio del bullicio.

Debajo de la colina, en el ala norte del fuerte, un chapitel de relucientes cristales azules y violetas sobresalía de la tierra, alto hasta el cielo. Los rayos de luz los atravesaban. Las piedras estaban rodeadas de su propio grupo de torres de vigilancia.

Arcanita.

No me había percatado de que aquí también había muchísima.

Nos acercamos a una casa del guardia enorme, flanqueada por unas verjas levadizas y barras de hierro. Entrecerré los ojos para ver más allá y me encontré con unos callejones estrechos que serpenteaban entre lo que debían de haber sido barracones, armerías y almacenes.

—General Ashford, bienvenido otra vez a Emeraal. Nuestro comandante te está esperando en la sala de reuniones —gritó un hombre desde arriba de la torre, haciendo una seña para que la verja se subiera.

Miré de reojo a Laryk, que todavía tenía una expresión de desinterés cuando asintió al soldado que había hablado.

Atravesamos la verja cabalgando y desmontamos. Los guardias de Cuerpo se acercaron a sujetar nuestros caballos, mientras que otro

grupo llegó para trasladar nuestras pertenencias a nuestros cuartos.

—Mostradle a la iniciada riftborne su habitación, por favor —dijo Laryk sin volver a mirarme. Yo eché un vistazo a mi alrededor a los hombres que ahora me estaban observando la mano izquierda.

—Eh…, general, ¿podemos hablar? —solté, intentando hacerlo con un tono de respeto que quizá no había practicado tanto como debería antes de venir aquí.

—Que sea rápido —respondió, alejándose. Arqueó una ceja y ladeó la cabeza para que lo siguiera.

—¿No voy a las reuniones contigo? —pregunté con el ceño fruncido.

—Solo a los oficiales, tenientes y generales se les concede el acceso a las reuniones de Emeraal —contestó, como si fuera algo que yo ya tuviera que saber.

—¿Y qué se supone que tengo que hacer yo? —inquirí, y la irritación se me entremezcló con los nervios en la garganta.

—Lo que quieras. Pero no te metas en problemas —replicó, volviendo de nuevo a la entrada.

—Entonces ¿por qué estoy aquí? —siseé.

—Haz lo que se te ha ordenado, Fia. Esto es zona de guerra. Alégrate de que no estemos bajo ataque y puedas incluso pasearte con libertad hoy. —Se detuvo antes de andar unos cuantos pasos en mi dirección otra vez, bajando la voz—. Pero no vayas haciendo amigos. Los soldados de Cuerpo aquí son salvajes e impredecibles. —Sus ojos tenían una intensidad que hizo que me removiera a pesar del enfado que me hervía a fuego lento bajo la piel.

Me quedé mirándolo y pasé por su lado, acercándome a uno de los guardias de Emeraal.

—Me gustaría que me enseñarais mi cuarto ahora, por favor. —Traté de ocultar la decepción en la voz. El sentimiento de inutilidad había vuelto.

Capítulo 43

La habitación era más grande de lo que esperaba: tenía dos camas de matrimonio; una en cada rincón. Unas puertas dobles con cristales esmeralda conducían a un balcón de tamaño modesto que daba al patio que había debajo. Eché un vistazo al armario. Mi bolsa descansaba con cuidado en el suelo al lado de un gran baúl con hebillas de cobre.

Fruncí el ceño mientras me preguntaba si habrían traído las pertenencias de alguien más a mi habitación por error. O si serían para mi futuro compañero de cuarto. ¿Estaríamos el tiempo suficiente para tener un compañero de cuarto? Se me revolvieron las tripas por la ansiedad que sentí ante la idea de dormir con un extraño. No obstante, supuse que debía acostumbrarme a este tipo de cosas. Sobre todo si Laryk decidía llevarme con él a todas partes como su mascotita inútil.

Mis ojos se atrevieron a ponerse en blanco, agotados, cuando intenté tragarme mi creciente molestia. Me eché en la cama y me envolví de un tirón con las sábanas.

Un golpe en la puerta me hizo abrir los ojos. Me froté la frente y miré hacia el balcón. Todavía era de día fuera. Debía de haberme quedado frita, pero solo unas horas.

—Iniciada riftborne, es hora de comer. ¿Puedo acompañarte al salón comedor? —escuché una voz tímida decir al otro lado.

El estómago me gruñó ante la idea de comer. Me puse las botas, abrí la puerta y me encontré con una cara amistosa devolviéndome la mirada. Era un chico bajito con pecas y el pelo tan corto que no

sabría decir si era rubio o castaño. A juzgar por su uniforme, era recluta. Una sonrisa introvertida se le dibujó en la cara.

—¿Vienes conmigo? —preguntó, quebrándosele la voz.

Bajé la vista a su camisa y vi el nombre de Gareth Riftborne escrito en la pechera. Los ojos se me fueron a la marca de su mano izquierda.

—Otro riftborne. Vaya, la verdad es que no me lo esperaba —repliqué con una sonrisa.

—De hecho, somos unos cuantos en la clase de reclutamiento —susurró, mirando alrededor—. Todos los riftborne te conocemos. Sabemos cómo te uniste a la Guardia y acabaste en la facción especial del general… —Se detuvo—. Nos dio esperanzas a todos nosotros.

Las palabras de Gareth me golpearon como una ola. Jamás me imaginé que yo podría ser… una inspiración para nadie, y mucho menos para un riftborne en la otra punta de la isla.

—No sé qué decir. —Sacudí la cabeza con una leve sonrisa jugando en mis labios antes de que mis pensamientos tomaran otro rumbo—. ¿Y os han tratado bien a todos? —pregunté, arqueando una ceja.

—Tan bien como uno podría esperar. La gente parece estar aceptándolo. Además, la Guardia no está en posición de rechazar a nuevos reclutas. —Se encogió de hombros.

—Supongo —murmuré, y miré hacia el pasillo—. Me alegro mucho de conocerte, Gareth.

—Igualmente. Deberíamos llegar al salón comedor antes de que se hayan acabado las cosas buenas, ¿no? —preguntó de nuevo con una sonrisa enorme en la cara.

—Te sigo. —Sonreí, y dejé que guiara el camino.

El salón era inmenso y estaba decorado con gran ornamentación y un techo abovedado. Unos mostradores largos de bufet se alineaban en la pared más lejana y había cientos de mesas esparcidas por el lugar. Seguí a Gareth y cogí un plato. La boca se me hizo agua ante las opciones de comida; eran interminables. Si la Guardia apreciaba algo por encima de todo era la buena comida. Los dos nos llenamos

los platos con chacina, quesos y pan, y luego él me señaló una mesa libre.

Tomé asiento, entusiasmada por darme un festín.

—Si necesitas ayuda para volver a tu dormitorio después de comer, ven a verme. Estaré en la mesa de los reclutas —dijo en voz baja.

—¿No vas a sentarte conmigo? —le pregunté mientras me giraba en el asiento. «No me dejes sola», quería pedirle.

—Los reclutas no pueden sentarse con los iniciados. —Suspiró, y señaló una mesa larga al fondo—. Nos sentamos allí.

Una oleada de decepción me embargó.

—Gracias, Gareth. Iré a verte si necesito ayuda. —Le lancé una mirada tranquilizadora y me volví a mi comida. Le di un mordisco al pan y de inmediato me supo rancio. Adiós apetito.

Observé la parte delantera de la sala, una zona elevada con mesas grandes. Unos pocos tenientes se encontraban allí sentados. Entrecerré los ojos cuando vi a Laryk sumido en lo que parecía una conversación profunda. Me incliné a un lado para tratar de ver con quién hablaba y me encontré con otra cabellera pelirroja.

Sus caras prácticamente se tocaban.

Por primera vez en meses, sentí un hormigueo en los dedos con un poder que yo no había invocado.

De pronto, por el rabillo del ojo vi una sombra moverse detrás del bufet. Me giré, haciendo que mi pelo volara, pero no vi nada fuera de lo normal. Serían imaginaciones mías. O igual solo estaba vigilante por encontrarme tan al oeste.

Volví a mirar a Laryk, que paseó la vista e hizo contacto visual conmigo por un instante. Me dedicó un ligero asentimiento y se giró hacia Narissa otra vez.

El estómago me dio un vuelco mientras me levantaba, iba con paso firme a la papelera y arrojaba los restos de comida. Birlé una botella de ginebra de la mesa de licores y corrí hacia el otro lado de la sala, donde abrí la puerta de un tirón y me precipité por el pasillo de vuelta a mi cuarto.

Me tumbé de nuevo en la cama y me llevé las manos a la cara. No quería sentirme de esta manera. Era como una ráfaga

enloquecedora y casi maniaca de adrenalina. Los dedos me palpitaban y tenía la vista borrosa. La oscuridad se había apoderado de cada pensamiento.

Me había traído aquí sin haber considerado necesario contarme el motivo. Y no podía participar en las reuniones. Mi mente quería gritar. Me encontraba atrapada aquí, totalmente inútil, en lugar de preparándome para la batalla en Stormshire con el resto de mi equipo.

Y él estaba con ella.

Las horas pasaron mientras se me disparaban los pensamientos.

La ira se coció a fuego lento.

El hastío hizo acto de presencia.

Miré el rincón de mi dormitorio y me fijé en la botella de ginebra que había mangado antes. Sin pensarlo demasiado, me serví una copa y me la bebí del tirón. Y, acto seguido, me puse otra.

Deambulé por la sala hasta que el sol comenzó a ponerse detrás de la cordillera.

Iba a perder la cordura si no salía de esta habitación, pero no sabía a dónde ir.

A dónde tenía permitido ir.

Pronto, la noche cayó sobre la ciudad, y empecé a escuchar el murmullo de las voces abajo. Me acerqué al balcón, abrí la puerta y me asomé.

El regimiento entero se encontraba allí armando alboroto con carcajadas y gritos, como si ya hubieran bebido demasiado. Sin duda, este lugar contrastaba mucho con la ciudad que tenía debajo.

Fruncí los labios. A lo mejor una fiesta era justo lo que necesitaba para desahogarme.

Además, si él pensaba seguir actuando como si yo no existiera…

Bueno, quizá había encontrado una distracción que valía la pena.

No pude reprimir la sonrisa que se me extendió por la cara mientras me tranquilizaba. La rabia de antes se había convertido en algo más malicioso.

Me miré el uniforme de iniciada en el espejo y me puse de lado para observarlo desde todos los ángulos. No estaba acostumbrada a tener una vista completa de mí misma. Me desabotoné el chaleco, lo

lancé a la cama y levanté la mano para desabrocharme algunos botones de la parte superior de la blusa y que esta se abriera solo lo justo.

Me quité la cinta de cuero del pelo y me pasé los dedos por las ondas para que cayeran en cascada sueltas por la espalda en capas salvajes.

Un poco de coqueteo inofensivo podría ser justo lo que necesitaba para distraerme. Con eso en mente, abrí la puerta y me encaminé a la escalera después de comprobar que el vial de Ma seguía en mi bolsillo.

Atravesé el patio. El cielo nocturno centelleaba arriba, y sentí un escalofrío cuando se levantó la brisa. Parecía que dormir era un concepto desconocido para este grupo, ya que todo el mundo iba de aquí para allá, se pasaba botellas y cantaba a pleno pulmón viejos himnos que era mejor que se perdieran en el tiempo.

La multitud estaba compuesta casi por completo de guardias de Cuerpo. Era probable que la mayoría de los demás sectores se hubieran dirigido a Stormshire. Solo unos cuantos oficiales de alto rango de Escamas, Colmillos e Inmunidad se encontraban presentes.

El patio estaba lleno de mesas titilantes y bufets de comida. Las imponentes murallas a nuestro alrededor se hallaban iluminadas con antorchas, lo que creaba una falsa atmósfera de seguridad, como si no existiera ninguna amenaza más allá de los confines de estas colinas, aunque cada sombra despertaba aprensión en el fondo de mi mente. Otra copa y me podría olvidar de eso también.

Observé la fiesta en busca de la barra. En su lugar, crucé la mirada con un guardia sonriente de pelo oscuro que me hizo señas para que me acercara a él.

«Vaya, qué fácil».

Empecé a sonreír mientras caminaba hacia él.

Capítulo 44

La energía en el patio era excitante, al borde de lo peligroso. Aquel mundo era diferente. Los miembros aquí vivían con toda seguridad la vida al máximo; se la pasaban de juerga todo el tiempo que podían mientras aún podían. Había una urgencia por disfrutar de todo. Por vivir.

Juré haberlo visto en el centelleo de los ojos de los hombres: un desafío a dejarlo todo atrás. Yo lo necesitaba, o de lo contrario me quedaría atrapada en mi habitación sin dejar de pensar en el general…

«No. Disfruta del momento».

Con una confianza que jamás había tenido antes, amplificada por el alcohol, me acerqué a él y lo pillé cuando me recorrió con la vista de arriba abajo. Añadiendo un bamboleo sutil a mis caderas, me aproximé, ocultando mi diversión cuando uno de sus colegas le dio un golpe juguetón en el costado.

—¿Y a qué debemos el placer de tener a la secuaz riftborne del general entre nosotros? —se burló otro de sus amigos. Yo no me inmuté.

Me daba igual ser la extraña aquí.

Mi sonrisa se volvió empalagosa cuando me giré hacia el que había hablado. Parecía haberse pimplado dos botellas; le caía el pelo rubio por toda la cara, como si se lo hubiera estado apartando hacia atrás toda la tarde y no lo hubiera conseguido.

—A que espero tomarme una copa y divertirme un poco. ¿Estáis por la labor? —Volví a mirar al chico moreno, al que todavía le relucían los ojos con una promesa—. Por cierto, soy Fia.

—Yo, Ren; y este es Hayden —respondió, sonriéndome e inclinándose hacia delante en el asiento, con los brazos apoyados en la mesa—. Puedo servirte una copa, pero ¿someter a una dama como tú a este tipo de diversión? No me atrevería.

—¡Oye! ¡Somos muy divertidos! —protestó Hayden, casi cayéndose de la silla cuando fue a agarrar otra botella.

—Yo juzgaré eso —repliqué con una sonrisa pícara, y me apoyé en la mesa.

—Entonces, por supuesto… —Ren me tendió una botella con algo que no sabía qué era. La empiné y saboreé la dulce calidez del vino.

Cuando alcé la vista, Ren me estaba volviendo a sonreír. Tenía el cabello negro cortado al rape y sus rasgos afilados le otorgaban un leve atractivo comparado con las líneas marcadas de Laryk. Sacudí la cabeza para deshacerme de la comparación.

—Bueno, ¿por qué vas pegada al general? Creía que era Narissa la que lo hacía —preguntó Ren.

—Tendrás que preguntárselo a él. —Sonreí con suficiencia y le di un largo sorbo al vino. Oír el nombre de ella hizo que me ardieran las orejas.

—Parece que hay un poco de tensión ahí. —El rubio se rio.

—Solo busco diversión esta noche.

—¿Y yo te parezco divertido? —preguntó Ren con un destello curioso en los ojos.

—De lo contrario, no estaría aquí. —Hasta yo estaba sorprendida por mi comportamiento de esta noche.

Se levantó y se acercó a mí, derrochando confianza a cada paso. Su mano se abrió camino hasta la parte baja de mi espalda, como si nos conociéramos de hacía más tiempo que este breve instante.

Sentí la calidez de su aliento en la oreja, y cerré los ojos al segundo, anticipándome a las palabras bonitas sin sentido que me harían despejarme y acabar con este dolor eterno.

Pero no dijo ni una palabra.

Abrí los ojos despacio. El escándalo del patio se había acallado.

Lo único que pude oír fue el sutil tintineo de unas armas y los pasos acercándose a nuestra mesa.

—Me alegro de ver a todo el mundo preparado para un ataque. —Las palabras frías de Laryk rompieron el silencio, derrochando sarcasmo.

No me atreví a darme la vuelta.

—¡General! Solo estábamos pasando el rato, planeábamos terminar pronto —dijo Hayden, que se esforzaba por recuperar la compostura.

—Según los últimos patrones, no volverán hasta dentro de unos cuantos días —añadió Ren.

Sentí cómo se movía a mi lado, me quitaba la mano de la espalda y se giraba para mirar a Laryk.

El vacío en la mano de Ren fue llenado de inmediato por la mirada incandescente del general. Yo todavía no me había dado la vuelta, aunque pude sentir cómo me taladraba con los ojos.

—Muchos de mis hombres han muerto por conjeturas parecidas. —La voz le salió con un gruñido, reteniendo lo que parecía un torrente de frustración—. Fia —fue lo único que dijo cuando se alejó, pero sonó tanto a orden como a castigo. ¿Qué era yo? ¿Algún tipo de objeto al que podía llamar para que lo siguiera? ¿Después de haberme evitado durante todo el día?

«Me parece a mí que no».

Agarré la botella con más fuerza; los nudillos se me pusieron blancos cuando tomé otro sorbo. La tiré al suelo y me puse de pie. Mi buen humor se había hecho añicos y la ira lo había sustituido.

Lo seguí dando fuertes pisotones, sin molestarme en despedirme. Él llevaba ventaja, pero lo vi desaparecer por un pasillo segundos antes de que lo siguiera a toda prisa, corriendo hasta que nos encontramos en sus aposentos.

—¿Qué coño te pasa? —grité, incapaz de controlarme.

—Tu irresponsabilidad no conoce límites. Emborracharte y tomar a soldados rasos del Cuerpo como compañía. Menuda forma de prepararse para esta guerra —siseó.

La ira bulló en mi interior.

—No creo que nada de esto sea asunto tuyo. ¿Para qué me has traído? ¿Para ocultarme en mi habitación? No sé lo que me

depararán los próximos días. No sé lo que nos vamos a encontrar cuando lleguemos a Stormshire. Solo quería sentir algo.

—¿Y qué estabas intentando sentir esta noche, Fia? —masculló.

Por dentro estaba gritando. Apreté los puños y me contuve de lanzarme hacia él.

—¡Cualquier cosa, Laryk! ¡Cualquier cosa para calmar esta sensación exasperante de…! —Me callé, apretando la mandíbula mientras cerraba la boca. No podía dejarme llevar por el alcohol. No iba a decirlo.

—Entonces ¿follarte a ese tío era la solución? —Su rabia se volvió serpentina, casi burlona.

Eso me enfureció aún más.

No iba a dejar que me subestimara.

—Desde luego, ¡iba a darle la oportunidad de intentarlo! —espeté.

Se fue corriendo al otro lado de la habitación y soltó sus armas con brusquedad en el suelo.

—Casi le arranco el brazo cuando lo he visto en tu espalda. —Su tono era oscuro.

Miró fijamente hacia delante, y noté cómo los músculos se le movían bajo la ropa, como si se estuviera obligando a mantenerse en el sitio.

Se hizo un silencio ensordecedor en la habitación.

No me moví mientras lo escudriñaba, estudiándolo con atención.

Su rostro era una máscara fría e inexpresiva mientras respiraba de manera consciente, fijándose tan solo en el espacio delante de él.

—No tienes ni idea de la más absoluta y puta condena en la que he vivido desde que te conocí, Fia.

De pronto, deseé que me mirase.

Ansiaba ver deslizarse la máscara, presenciar su deseo apenas contenido, y la ira me invadió de repente.

Caminé hacia él despacio y Laryk se encontró con mi mirada al momento; era lo único que me dejaba entrever lo que sentía bajo esos rasgos tan estoicos.

Me quedé sin respiración por la necesidad que vi. Antes de que pudiera titubear, él ya estaba sobre mí. Me quedé en blanco.

Sus labios sellaron los míos, mi cuerpo se amoldó al suyo, sucumbiendo por completo a la avalancha de emociones reprimidas a las que ambos habíamos decidido rendirnos.

Me oí gemir, pero estaba tan perdida en la sensación de sus manos clavándoseme de forma posesiva en el cuerpo que no podía importarme menos que otros me escucharan.

Tiré con desesperación de su ropa, con la necesidad de sentir su piel contra la mía tanto como el aire para respirar.

Él me alzó en un rápido movimiento y me clavó los dedos en la parte trasera de los muslos.

Lo envolví con las piernas y se me escapó otro gemido de los labios por la dureza que sentí presionada contra el bajo vientre.

—Llevo deseando esto mucho tiempo —gruñó contra mi garganta.

Aturdida, asentí con la cabeza y luego la eché hacia atrás para darle a sus labios errantes mejor acceso.

Me las arreglé para levantarle la camisa por encima del torso cuando sentí que se golpeaba las rodillas contra algo sólido. Me caí con él al instante cuando me puso en el colchón y se hizo hueco entre mis piernas al filo de la cama.

Se quitó del todo la camisa y expuso su pecho musculoso y su cuerpo.

Era una obra de arte. En serio.

Jadeaba cuando se puso encima de mí, recorriéndome con ojos frenéticos el cuerpo, admirándome de arriba abajo.

Solo me había desabrochado unos cuantos botones, pero ya me sentía desnuda por completo.

—Espero que estés preparada para una noche en vela, porque tengo la intención de recrear todos los sueños que he tenido contigo hasta ahora.

Sus palabras me mandaron una oleada de placer; comprendí que el sueño que había presenciado no había sido el primero que había tenido.

—¿Y qué te retiene? —susurré.

Evitó mi mirada mientras se agachaba y dejaba la cara a la altura de mi pecho. Empezó a darme besos por toda la clavícula. Cada

palabra me provocó un cosquilleo mientras me quitaba la blusa con brusquedad.

—No me puedo permitir una distracción como tú —jadeó. Se aferró tanto a mi cintura con los dedos que supe que me dejaría marca. Deslizó la boca para trazar el contorno de mi oreja mientras bajaba los dedos y me desabrochaba los botones del pantalón—. Una cosa son los coqueteos nocturnos de vez en cuando…, pero tú… Tú eres mucho más que eso. —Al fin alzó la cabeza para mirarme—. Tú eres importante.

No especificó si era importante para su causa o para él, pero el deseo en sus ojos me hizo esperar lo último.

Levanté una mano hasta su cara y tracé con el pulgar la plenitud de su labio inferior. Él lo capturó entre los dientes con una sonrisa ladina. Recordé el sueño, y mi núcleo se derritió. Quería sus labios en todos lados.

Lo agarré de la nuca y acerqué su rostro al mío, abriendo la boca para él. Me sentí atontada cuando él se apartó, comenzando su recorrido hacia abajo por mi cuerpo.

Notaba su aliento cálido contra la piel. Extendí la mano hacia su cinturilla, pero él me detuvo, me agarró las muñecas y me las sujetó por encima de la cabeza.

Luché contra su agarre, arqueándome para resistirme.

Una mirada de suficiencia le cruzó los rasgos cuando el movimiento empujó mi pecho contra sus labios a la espera. Se rio entre dientes de manera enigmática y se aferró a uno de mis pezones. El sonido que se me escapó resultaba extraño a mis propios oídos.

Se aseguró de dejar besos ardientes y marcas de mordiscos por las suaves curvas de mis pechos. Me provocaba de forma implacable, pero no le daría el gusto de suplicar como había hecho en su fantasía.

La mezcla de dolor y placer hizo que mi cuerpo se removiera debajo de él. Me quité de una patada los pantalones que aún tenía enredados en los tobillos. Él aflojó el agarre de mis muñecas y aproveché su distracción y la fuerza de mis piernas ahora libres para darnos la vuelta.

Ahora yo tenía el control.

—Te sienta bien estar debajo de mí —lo provoqué, sentándome a horcajadas sobre él.

La sorpresa en sus ojos se intensificó cuando vio mi cuerpo desnudo encima de él. Pude sentir su necesidad presionándose contra mí. Bajé la mano y acaricié con atrevimiento su considerable longitud por encima de la tela tensada.

Laryk gruñó; los músculos del vientre se le tensaron cuando alzó las caderas ante mi tacto. Me deslicé por su cuerpo, lo justo para dejarme espacio y desabrocharle los cierres elaborados del uniforme.

Contuvo el aliento mientras observaba mis movimientos; cada parte de él parecía un depredador a la espera.

Enganché los dedos en el borde de la cinturilla y tiré. Su miembro se liberó, erigiéndose hacia arriba para apoyarse en mi vientre, descansando justo debajo de mi ombligo. Se me hizo la boca agua ante la vista, pero Laryk eligió aquel momento para hacer su jugada y me envolvió con fuerza la cintura con un brazo y con el otro me agarró del pelo. Me levantó hasta que mi entrada se cernió justo encima de él.

—Fia —susurró con la voz ronca, apretando el agarre contra mi cuero cabelludo—. ¿Quieres que te folle?

Asentí; me intenté liberar con las manos de su control mientras me apresuraba a bajar yo misma, deseándolo dentro de mí de inmediato, pero me apretó más con el brazo, negándomelo.

Me mordí el labio y gemí de la frustración. Una sonrisa maliciosa se le extendió por el rostro, y, de repente, la habitación giró cuando él me volteó y el colchón me golpeó la espalda. Me abrió las piernas con una rodilla, las separó con sus fuertes muslos y me inmovilizó con su peso.

—Quiero oírtelo decir, Fia. —Era una orden. No iba a dar su brazo a torcer.

—Fóllame, Laryk.

Deslizó la punta por mi centro. Pude sentir lo mojada que me había puesto.

—Laryk…

Con una fuerte embestida, entró, y su enorme tamaño me robó el aliento. Se movió para deslizarse fuera de mí y se detuvo unos segundos antes de enterrarse hasta la empuñadura otra vez.

Mi cuerpo meció la cama por la fuerza de aquello, y ambos soltamos un gemido. Yo lo agarré de los hombros, enterrándole las uñas en la piel mientras los movimientos se volvían implacables.

La euforia se apoderó de mí y me dejó hecha una maraña a su alrededor. Cada embestida me llevaba más cerca del borde, del olvido que tanto anhelaba.

«Más».

Mis caderas se encontraban con cada una de sus estocadas a medida que se volvían más apasionadas, más brutales.

Mis gemidos retumbaban por la habitación y respiraba en rápidos jadeos. Enredé los dedos en su pelo y enterré la cara en la curva de su cuello mientras mi cuerpo se ponía rígido.

—Córrete para mí, Fia.

Su orden fue seguida de una embestida final que hizo que se me rasgaran las costuras. Me inundaron unas oleadas de placer que me provocaron espasmos de éxtasis, sacudiéndome hasta lo más profundo.

Los músculos tensos se convirtieron en líquido; el cuerpo me tembló debajo de él, sin aire y desconectada de la realidad.

—Qué bien me haces sentir, joder —gruñó contra mi cuello, volviéndome a calentar con su aliento.

—Más —susurré, pasándole los dedos por la espalda y retorciéndome debajo de él.

—Todo lo que quieras —murmuró, tirándome de la oreja con los dientes.

En un rápido movimiento, salió de mí y me puso bocabajo. Me agarró de las caderas y me obligó a alzarme para que hundiera las rodillas en las sábanas. Bajó la mano con fuerza, haciendo que me ardiera la piel del trasero y mandando un chisporroteo por todo mi ser. Y, en un instante, se deslizó de vuelta a mi interior.

Y otra vez.

Y otra más.

Un ritmo que siguió durante horas mientras hacía sus sueños realidad.

Capítulo 45

—Por favor, dime que mañana vamos a poder dormir. —Mi cuerpo yacía flojo; las sábanas aún entremezcladas entre nosotros.

—Bueno, tú sí. —Laryk se rio por lo bajo con suavidad.

—Estupendo —susurré mientras ponía los ojos en blanco—, porque es evidente que mi único propósito es quedarme en la cama mientras el destino del mundo pende de un hilo.

—Necesitarás descansar después de la noche que hemos pasado. —Pude escuchar su sonrisa petulante en la voz; la satisfacción impregnaba sus palabras como siempre hacía cuando se regodeaba.

Su cabello cobrizo se hallaba extendido sobre las sábanas blancas, haciéndome cosquillas en el extremo del brazo. La cara tenía el mismo tono impecable que de costumbre, ahora acentuada por un rubor en las mejillas y un brillo en la frente. Me lanzó esa mirada cargada de intenciones, y yo pensé que igual me derretía entera otra vez.

Pero era hora de respuestas.

—Sé sincero conmigo… ¿Para qué he venido? Nuestra facción podría estar dirigiéndose a una muerte segura mientras hablamos. —Aunque me encontraba hecha polvo, era incapaz de dejar de pensar en mis amigos.

—Los espectros no deberían atacar en los próximos días. —Miraba al techo con los brazos cruzados detrás de la cabeza.

—¿Cómo es que estás tan seguro?

—Nunca han atacado dos veces en la misma semana. No lo podemos saber fijo, claro, pero ese ha sido así hasta ahora. —Parpadeó despacio, luchando contra el sueño.

—Pero ¿por qué yo estoy aquí contigo y no el resto del equipo? —pregunté de nuevo. No hacía más que evitar la pregunta. Aunque esta noche no. No después de todo lo que había ocurrido. No después de que sus manos me hubieran tocado por fin como lo había estado soñando. No después de que él hubiera descubierto al fin todos los lugares en los que anhelaba sentir su aliento.

Laryk reflexionó unos minutos y ocultó su expresión tras sus largas pestañas, las mismas que harían que la mayoría de las chicas se murieran de envidia.

—Tengo más de una respuesta a eso. —Respiró hondo y exhaló mientras me acariciaba el brazo con el dedo, dejando un exquisito rastro cálido a su paso—. En primer lugar, eres demasiado valiosa para enviarte al frente. Tu foco continúa haciéndose más fuerte día a día. Necesitamos más tiempo para averiguar con exactitud de lo que eres capaz.

Dejé que las palabras me calaran.

Quería más. Tenía que haber más.

—¿Y la segunda respuesta? —lo incité.

—Por desgracia, he descubierto que me resulta insoportable estar lejos de ti. —Suspiró y se pasó la mano por el pelo—. Es bastante molesta la situación en la que me encuentro.

No pude reprimir la sonrisa que se me dibujó en los labios.

—Qué irresponsable, general Ashford —lo provoqué, poniéndome de lado para encararlo.

—De lo más censurable —coincidió.

Un momento de dicha empalagosa transcurrió cuando tiró de mí hacia él y fundió los labios con los míos una vez más. Se le agitó el pecho debajo de mí, mandando chispas por todo mi cuerpo. Me derretí con el calor de su tacto. ¿No podíamos quedarnos en esta cama para siempre?

El pensamiento hizo que me diera una dolorosa punzada en el estómago cuando la realidad de nuestra situación volvió con premura. Me aparté y suspiré.

—Por mucho que me apetezca oírte decir eso… No puedo evitar sentir que podría estar haciendo algo de utilidad. —Planté la cara

contra la almohada y resoplé, enviando un rizo blanco en espiral al aire.

—Debemos tener la reunión con el rey mañana, y luego nos marcharemos a Stormshire. Solo ten paciencia hasta entonces.

Alcé la mano y recorrí con los dedos la cicatriz que le marcaba el ojo derecho. Tenía relieve y estaba fría al tacto. Apretó la mandíbula.

—Cuéntame cómo te la hiciste —dije mientras me mordía el labio. No tenía muy claro si se trataba de otro asunto que prefería evitar.

—Ya sabes cómo. Los espectros. —Me agarró la mano y enlazó los dedos con los míos.

—Es que no he visto nunca a alguien con una cicatriz así. ¿Te la hicieron con un arma?

Se detuvo un buen rato en el que pareció contener el aliento. Noté cómo se me aceleró el pulso. Era evidente que le incomodaba hablar de ello, pero tenía que saberlo.

Exhaló al fin.

—Parecía una daga.

Arrugué el ceño y me di la vuelta para mirarle la cara.

—¿Cómo puede una sombra atacar con una daga?

—Eso mismo pienso yo —murmuró, y se llevó mi mano a los labios y me dio un tierno beso—. No sé cómo es posible que empuñen algo.

—¿Crees que podría haber algo más? —pregunté.

—No voy a cuestionar a los que me precedieron. Yo solo he visto las sombras. —Laryk hizo una pausa—. Pero juraría que una vez golpeé algo sólido. En la oscuridad.

El silencio se apoderó de la habitación mientras los dos digeríamos la implicación de sus palabras. Nada tenía sentido.

—Mercer mencionó algo de que su fuerza disminuía cuanto más se alejaban de la grieta. ¿Crees que eso es verdad? —Tragué saliva.

—Nuestros focos solo existen por la esencia de Sídhe. Si nos viéramos privados de ella, nos volveríamos inútiles. Quizá les ocurre lo mismo a los espectros.

De pronto, el corazón me volvió a ir a mil.

—Si consiguen la arcanita… —susurré.

—Lo cierto es que no queremos esperar a averiguarlo. Tengo especialistas listos en Stormshire. Si pudiéramos capturar a uno… A lo mejor lograríamos averiguar cómo detenerlos —dijo, y los ojos le brillaron con una nueva intensidad cuando los clavó, ardientes, en los míos.

«Oh».

—Crees que yo podría hacer eso. —De súbito, como un maremoto, lo vi claro. Mi poder dependía de algo tangible. Esos espectros, aunque eran criaturas de sombra, poseían una pizca de consciencia, una vulnerabilidad que podíamos intentar explotar. Eso es lo que él había tenido en mente para mí desde el principio, incluso antes de que la totalidad del alcance de mis habilidades se hubiera desarrollado.

—Jamás en mi vida había visto a nadie como tú —admitió—. Diferente. La criatura más bella sobre la que alguna vez he posado los ojos… —Se interrumpió, y yo pensé que era probable que el corazón me explotara en el pecho—. Hasta cuando me odiabas, seguías adelante. Hasta cuando el camino parecía desalentador, hasta cuando era imposible. Era incapaz de percibir nada dentro de esa curiosa mente. No tenía ni idea de lo que pensabas, de lo que harías después. Eras un completo misterio para mí, aunque en lo más profundo de mi ser siempre he creído que eras lo que había estado buscando. Tenías que serlo.

Sus palabras se me grabaron a fuego en la piel, sofocando cualquier reserva que aún tuviera en mente, cualquier desconfianza que persistiese. Y entonces lo supe: masacraría ejércitos y reventaría mentes si eso era lo que él deseaba.

—Duérmete —susurró; su voz, un murmullo grave que me hizo estremecerme. Envolvió los brazos en torno a mi cintura y me arrastró a su órbita otra vez. El calor de su cuerpo ahuyentó el frío del aire nocturno—. El baile es mañana por la noche.

—¿El baile? —repetí sorprendida—. ¿Vamos a celebrar mientras el mundo se desmorona a nuestro alrededor?

«Increíble».

Un destello de algo incomprensible le cruzó la cara.

—Es la tradición —explicó con voz cortante—. El rey y la reina asistirán. No hay modo de escaquearse.

—Tradición —espeté—. Se perdieron sesenta vidas la semana pasada… ¿y nosotros damos vueltas por el salón de baile en su memoria?

Él suspiró; el sonido resonó con fuerza en la habitación silenciosa.

—Es mucho más que eso, Fia. —Permanecimos un instante callados—. Deberías tener algunos vestidos bonitos en el baúl que te he mandado a la habitación —añadió.

—Me preguntaba qué sería eso. —Puse los ojos en blanco—. Me muero por ver lo que has elegido. —Mi voz rezumaba sarcasmo.

—Tengo un gusto exquisito. Además, ¿te acuerdas de lo que llevabas puesto la primera vez que nos vimos? —Sonrió.

—No esperaba asistir a esa velada en concreto, ¿sabes? —farfullé, rememorando mi uniforme de boticaria manchado y lo fuera de lugar que me había sentido esa noche. Lo asustada que había estado. Lo descontrolada. Habían cambiado muchas cosas desde entonces.

—Bueno, me he encargado de que unas cuantas sirvientas te ayuden a prepararte para esta fiesta —declaró mientras me lanzaba una sonrisa maliciosa.

—¿De veras es necesario? —gruñí, hundiéndome en la cama.

—Sin lugar a dudas, me temo. —Tiró de mí de vuelta a su pecho y me besó en la frente—. Quiero que estés perfectamente lista para lo que ocurra tras el baile —murmuró contra mi pelo, provocándome un escalofrío en la columna.

—Supongo que eso no suena tan mal. —Suspiré, y luché para contener una sonrisa mientras envolvía los brazos en torno a su pecho.

—Quizá haya otra sorpresa aguardándote mañana. Pero primero duerme —dijo con un bostezo.

Ni me molesté en discutir. Los párpados me pesaban y me sentía muy a gusto entre sus brazos. Aparté de mi mente la desasosegante sensación de que la fatalidad se cernía sobre las colinas del oeste.

Oscuridad. Sobrecogedora y asfixiante oscuridad. Estaba por doquier. La única luz que podía ver procedía de las pocas estrellas que salpicaban el cielo, pero hasta ellas quedaban distorsionadas por una negra neblina que se movía en la noche como esmog.

Escuché un siseo y volteé la cabeza a la izquierda. Entrecerré los ojos, ajustándolos para ver las volutas de una sombra negra como la tinta retorcerse y deformarse a mi lado, precipitándose hacia la noche.

Sentí desesperación, como si algo importante fuera a suceder. También había miedo… Un miedo enloquecedor que me envolvía. Como si estuviera poniendo en riesgo todo cuanto conocía. Todo cuanto amaba. Pero no tenía otra opción.

Más allá de la sombra, vislumbré el chapitel de la torre que había caído en ruinas. Había agujeros por toda la estructura y el suelo estaba lleno de piedras desmoronadas a su alrededor. Había una ventana rota con forma de luna creciente a media altura. No la reconocí.

Los siseos se hicieron más fuertes. Las sombras se extendieron hasta donde alcanzaba la vista. El corazón comenzó a latirme a toda velocidad en el pecho.

Me incorporé con brusquedad y jadeé en busca de aire.

Los espectros.

Ya venían.

Laryk se removió y extendió la mano hacia mí.

—Levántate, los espectros vienen a Stormshire. Ya —casi grité mientras apartaba las sábanas de nosotros—. Tienes que decírselo a todo el mundo. Hay que avisar a las facciones. No sé de cuánto tiempo disponemos. —Busqué frenética mi ropa en el suelo.

—Fia, ¿qué pasa? —preguntó Laryk, levantándose y caminando hacia mí con la confusión reflejada en la cara.

—Los he visto en mi sueño. A los espectros. Vienen a Stormshire. Ahora mismo —insistí mientras me ponía los pantalones.

—¿Estás segura de eso? —Ahora tenía los ojos abiertos de par en par.

—Eso creo. Yo… Mi sueño… Supongo que no puedo estar segura, pero ¿de veras vamos a asumir ese riesgo? —rogué.

—Quédate aquí. Voy a avisar a los demás generales. Comprobaremos si ha habido altercados en la frontera.

Asentí y le tendí la camisa.

—Los he visto pasar una torre… en ruinas con una ventana con forma de luna creciente.

Laryk tiró de mí y me besó la frente antes de salir atropelladamente del dormitorio.

Me senté en la cama, todavía con temblores por el sueño. No dejaba de pensar en mis amigos. Me acurruqué e intenté calmar mi respiración mientras esperaba a que Laryk regresara.

No sabría decir cuánto tiempo transcurrió hasta que se abrió la puerta. Me levanté de la cama de un salto cuando Laryk dobló la esquina.

—No ha habido altercados en la frontera.

—Pero los he visto —repliqué con el ceño fruncido—. ¿Estamos seguros? ¿Y si se han colado de algún modo? —Me crucé de brazos.

—La frontera al completo está repleta de guardias de Cuerpo desde el último ataque. Eso son kilómetros y kilómetros. Se habrían dado cuenta —dijo con calma y avanzando en mi dirección.

—Pero las ruinas… Las he visto con claridad —repuse mientras sacudía la cabeza. Nada de esto tenía sentido.

—Torre Creciente está muy al sur. Carecería de lógica que estuvieran allí —me tranquilizó—. De todas formas, tenemos tropas apostadas en esa zona a lo largo de la frontera. —Me cogió de la muñeca y tiró de mí hacia él.

—No sé… —murmuré. No podía quitarme la sensación de que algo horrible iba a suceder.

—A lo mejor era un recuerdo…, no de esta noche —susurró, y me llevó de vuelta a la cama.

Era posible. Mi sueño del río era el recuerdo de alguien más, no había duda. Exhalé con fuerza. Laryk tenía razón. Si no había altercados en la frontera, entonces estábamos a salvo. De momento.

Me esforcé todo lo posible por convencerme, pero la oscura presencia se quedó dándome vueltas en la cabeza.

Volví a cerrar los ojos y me obligué a dormirme otra vez.

Capítulo 46

La consciencia volvió a mí y estiré el brazo; me dio un vuelco el corazón cuando palpé el hueco vacío en el que Laryk debería haber estado. Me encontraba sola. Unos destellos de luz se colaron por las cortinas. ¿Cuánto tiempo llevaba durmiendo?

Encontré el suelo con los pies, me estiré y la manta se me deslizó por los brazos. La apreté con más fuerza a mi alrededor y me dirigí al otro lado de la habitación, donde tiré de las cortinas con una floritura. El sol de última hora de la mañana se coló y me cegó durante un instante.

Mientras recogía mi ropa del suelo, lo único en lo que pude pensar fue en cómo habíamos llegado hasta allí. No dejaba de recordar una y otra vez la entrada impetuosa de Laryk en el patio. Reflexionar ahora sobre ello, sabiendo que lo había hecho lleno de celos, me complacía más de lo que debería. Unos escalofríos me recorrieron la columna cuando mi imaginación se volvió demasiado realista.

Empecé a vestirme a la vez que me preguntaba cuánto tiempo tendría antes de que este puñetero baile empezase.

Cuando me acerqué a la puerta, se oyeron unos murmullos silenciosos al otro lado. Apoyé la oreja contra la madera robusta y aguardé a que pasaran. Lo último que necesitaba era que me pillaran escabulléndome de los aposentos del general.

Cerré los ojos y me centré en las voces de fuera. Ambas eran femeninas, y una me sonaba familiar…, pero no caía en quién era.

—Pobrecita, ¿no se ha dado cuenta de que él solo quiere una conquista? —oí que susurraba una de ellas. El Coágulo de Sangre.

La ira me subió hasta la garganta y sentí cómo se me cerraban los dedos en puños apretados.

En mi periferia, una sombra oscura voló a través de la esquina de la habitación y giré rápido la cabeza hacia la izquierda, conteniendo la respiración.

Pero no había nada.

Dejé caer la cabeza entre las manos. ¿Me estaba volviendo loca? ¿Me estaban sumiendo mis emociones en este estado de paranoia, una que podría ser la distracción más mortal de todas? ¿O eran las preguntas sin responder… las que se me venían a la cabeza con más asiduidad de la que me gustaría admitir?

Me pasé una mano por el pelo revuelto y me calmé.

Laryk había sido claro conmigo sobre sus sentimientos hacia la monogamia. No era una idiota que pensase que alguna vez podríamos ser… algo más, pero me había dicho que era importante. Y diferente. Y otras palabras preciosas que se me grabaron para siempre en el cerebro.

Me giré y apoyé la espalda contra la puerta de madera. No tenía sentido que me dejara llevar por fantasías imposibles. A pesar de que esto fuera pasajero y significara más para mí que para él… Quizá podría aceptarlo.

Inhalé hondo y reproduje las palabras una y otra vez en mi mente, tratando de convencerme de que eran ciertas.

Pero la idea me provocaba un dolor en mi interior. Ya no podía mentirme a mí misma.

Me había enamorado hasta las trancas, hasta la médula y hasta el tuétano de este hombre, y aquel sentimiento era aterrador. La esperanza era aterradora.

Nunca me había permitido tenerla.

Eché la cabeza hacia atrás contra la puerta mientras me recomponía. Yo sería la que estaría a su lado en el baile esta noche, por muy inoportuno que fuera. Una parte de eso me reconfortó, pero no estaba segura de si debía hacerlo.

Rocé la puerta abierta con los dedos, me deslicé despacio hacia el pasillo y corrí en silencio hasta los dormitorios de los iniciados.

Sin duda, era necesario un cambio de ropa.

A medida que me acercaba a mi habitación, bajé el ritmo. La puerta estaba entornada. «Por todos los Esprithe». ¿No la había cerrado bien anoche? Una oleada de irritación me inundó mientras reproducía los pasos ebrios que había dado hasta el patio.

Era más que evidente que mis habilidades para tomar decisiones se encontraban en su mejor momento desde que nos marchamos de Luminaria.

Sacudí la cabeza, avancé y abrí del todo la puerta antes de dar un salto hacia atrás y agacharme a una posición de defensa. Había alguien en mi habitación.

—¿Vas a atacarme? —oí que decía una voz alegre antes de estallar en carcajadas. Me emocioné y corrí hasta encontrarme una cabeza de rizos peinados a la perfección sentada en la cama enfrente de la mía.

—¿Osta? —susurré mientras la envolvía en un abrazo. Llevaba semanas sin ver a mi mejor amiga.

—¿Sorprendida? —canturreó mientras la soltaba. Los bucles llenos de vida de su cabello rebotaron cuando ella dio saltitos por la habitación—. Esperaba darte una alegría anoche, pero desapareciste —dijo, ladeando la cabeza y estrechando aquellos ojos aguamarina —. ¿Te importaría contarme en qué cama te metiste?

Me puse colorada y bajé la vista, escapando de su mirada de emoción.

—Espera. ¿Cómo has llegado aquí siquiera? —pregunté a la par que alzaba los ojos de nuevo con rapidez. Me dejé caer en la cama con los brazos cruzados—. ¿Has venido con la familia Soleil? —continué en un intento desesperado de distraerla.

—Sí, bueno… A lord Soleil lo han convocado en Emeraal. Nos quedaremos aquí mientras el lord se marcha con las tropas a Stormshire mañana —explicó, apretando los labios. Se me hizo un nudo en el pecho. El mero pensamiento de que Osta se encontrara cerca del oeste me hacía querer vomitar.

—Espera. ¿Te has enterado de lo que está ocurriendo? —Miré hacia la puerta para asegurarme de que estaba cerrada.

—A ver, me han contado que nos enfrentábamos a una amenaza de la que no sabíamos mucho, pero que estaría perfectamente a

salvo, así que he asumido que no sería tan grave. —Se encogió de hombros.

—¿Te han dicho que era seguro? Osta, es peligroso que estés aquí. Sé que no es Stormshire, pero nos encontramos bastante cerca.

—Fia, tú piensas que todo es peligroso. —Su exasperación era palpable—. El propio lord me lo ha asegurado. Nada me hará daño.

—Pensaba que no se relacionaba mucho con la Guardia.

—Por lo general, no. Pero han descubierto que su foco podría ser de ayuda cerca de la frontera. —Se volvió a encoger de hombros, y al fin se calmó y se sentó a mi lado.

—¿Cuál es su foco? —pregunté, dando por hecho que seguiría la línea familiar de todos los Soleil y sería algo relacionado con el fuego.

—Uno muy interesante. En realidad, no sé si entiendo cómo funciona, pero puede rastrear trazas de esencia y discernir dónde se originaron. Supongo que se podría decir que es como un sabueso para los rastros mágicos. Creo que tienen la esperanza de que él pueda…

—Averiguar cómo se mueven los enemigos. Tal vez incluso descubrir si han estado en sitios que no sepamos —espeté, mirando a la pared de enfrente—. Eso podría ser muy útil. Me sorprende que no lo hayan usado antes.

—Ya lo han hecho unas cuantas veces, creo, pero parece haber algún tipo de tema político entre la Guardia y él. Si tuviera que apostar, diría que es a causa de su hermano. Están distanciados, ¿sabes? —explicó, y se apoyó en la mano.

Pensé en Baelor. Era horrible. A saber cómo sería su padre en sus tiempos.

—Supongo que tiene sentido. Entonces ¿viajas con ellos adondequiera que vayan? ¿Por qué lo seguiría lady Soleil tan al oeste? —Tragué saliva. Jamás me había imaginado que Osta se encontraría en una zona activa de guerra.

Osta arrugó la nariz.

—En realidad, no sé por qué me necesita ella aquí. Pero si lady Soleil viene, yo también. Ese es el trato. —Volvió a esbozar una

sonrisa radiante con los labios—. Y es increíble, la verdad. No me podría haber imaginado a una jefa mejor. Le encantan todos los diseños que le muestro. —Se mordió el labio, pero todavía con una sonrisa desbordante. Irradiaba pura felicidad a pesar de estar quizá en una de las zonas más peligrosas de la isla.

No quería arruinarle su emoción contándole todos los detalles. Ya estaba aquí. No había nada que pudiera hacer.

—Como ya te he dicho antes, te mereces lo mejor. —Suspiré y miré al balcón. Al menos, había conseguido distraerla.

—Bueno, te toca. ¿Dónde has estado toda la noche? —Giró la cabeza hacia mí, con los ojos resplandecientes de curiosidad.

«O igual no».

Sentí cómo se me formaba un nudo en el estómago. Si me hubiera pillado esta mañana temprano, me habría derretido hasta formar un charco en el suelo y le habría soltado todos los detalles ilícitos. Pero ¿ahora? El Coágulo de Sangre me había ensombrecido mi noche a pesar de lo mucho que había intentado quitarme de la mente lo que había dicho.

—Pues, eh… —empecé a decir, buscando las palabras propicias.

—Has estado con el general, ¿verdad? —chilló al mismo tiempo que me dio un golpecito en el brazo y daba saltitos en la cama.

Me encogí de hombros, pero no contesté.

Ella soltó un grito.

—¡Lo sabía! —Aplaudió—. Necesito que me lo cuentes todo. Lo supe desde el primer momento; ya en el baile él te estaba desnudando con los ojos. —Sacudió la cabeza, y una sonrisa de satisfacción infinita se le formó en los labios.

—Bueno, tengo que comenzar contándote lo que ocurrió de camino aquí. —Me giré hacia ella y subí una pierna a la cama.

Me pasé la siguiente hora colmándola de todos los detalles. Desde el descubrimiento de mi habilidad para meterme en los sueños hasta las palabras del Coágulo de Sangre fuera de la puerta de Laryk hacía unas horas.

—Solo está celosa. ¡Seguro que tenía la esperanza de que la oyeras! ¿Por qué si no iba a tener esa conversación en concreto justo fuera de la habitación del general? Tenía que saber que te

encontrabas allí —espetó Osta, suspirando de irritación y con los ojos en blanco—. A ver, es obvio, ¿no? —preguntó.

—Creía que nadie sabía que había pasado la noche en su cama… —Me callé.

—¿Estás segura de que nadie vio que lo seguías a su dormitorio? ¿Fuiste a escondidas?

Me sonrojé.

—A ver, no creo que resultara tan evidente. —Me mordí el labio, recordando cómo había tirado la botella al suelo y lo había seguido dando pisotones en medio de un patio abarrotado de gente—. Bueno, supongo que… hay una pequeña posibilidad de que alguien nos pudiera haber visto. —Me tragué el nudo que se me estaba formando en la garganta.

—¿Ves? Eso es. Y los cotilleos como ese se expanden muy rápido en lugares así. O sea, ¿qué más pueden hacer? —Se puso de pie y empezó a pasearse—. ¿Has dicho que vas a un baile con él esta noche? —preguntó con una voz chillona.

Asentí, observando sus movimientos con sospecha.

—¿Y te ha mandado vestidos para que escojas? —Alzó las cejas a la par que se ponía de puntillas, enroscando los dedos a la espera.

Le dirigí una sonrisa de exasperación.

—Están en ese baúl. —Señalé al otro lado de la habitación—. Todo tuyo.

Al instante, Osta desabrochó los cierres y comenzó a excavar en el contenido, tirando telas de todos los colores por la habitación en un frenesí.

Capítulo 47

Después de que Osta me obligara a probarme todos los vestidos del baúl, se marchó para atender a lady Soleil. No pasó mucho tiempo antes de que me sacaran de la habitación; las sirvientas me llevaron a unos aposentos en la parte alta de una de las torres.

El espacio circular tenía un tono verde; las vidrieras esmeralda creaban patrones imitando joyas en el suelo. Las grandes puertas del balcón estaban sujetas con algo para que no se cerraran, lo que proporcionaba una vista espectacular de la ciudad debajo y las montañas con las cimas nevadas en la distancia.

Había una bañera con las patas en forma de garras en medio del suelo con pétalos danzando por la superficie. Salía vapor del agua caliente, y el aire fresco que se movía por la habitación portaba un aroma a madera de teca y vainilla.

Casi me sobresalté cuando una sirvienta se puso en silencio a mis espaldas, tratando de subirme la blusa.

—Oh, eh…, te agradezco tu ayuda, pero me desvestiré yo sola… —tartamudeé, apartándome de su alcance. Me aproximé al filo de la bañera y me quité las prendas con rapidez.

Me hundí bajo la superficie del agua, fuera del frío y lejos de las miradas curiosas de las extrañas. Seguro que se estaban preguntando quién era para recibir un trato así. Yo también me lo preguntaba.

Una vez que me bañé, las mujeres me peinaron. Tuve que admitir que sentí mucho gusto cuando me deslizaron los peines por el cuero cabelludo y toda la extensión de la espalda.

Un fuego crepitó en algún lugar fuera de mi vista, y, cerca de mí, agarraron una bandeja de metal con bigudíes. Los observé con curiosidad mientras las mujeres se ponían guantes protectores, tomaban secciones de mi pelo y las envolvían alrededor de los bigudíes hasta que se convirtieron en unos rizos suaves y perfectos. Luego, me recogieron los lados con facilidad y los engancharon con una elaborada horquilla de esmeraldas, adecuada para la ocasión y, supuse, otro regalo del general.

—¿Has estado durmiendo mal, querida? Tienes ojeras. Tengo un pigmento que las cubrirá. ¿Lo uso? —dijo una de las mujeres. Ya estaba buscando entre las otras polveras y botes.

Bufé al imaginarme lo rara que me vería si de repente perdiera las sombras que había tenido toda mi vida.

—Gracias, pero estaré bien sin nada —contesté.

Eso no le impidió añadir un tinte rosado a mis mejillas y pintarme los labios de un tono escarlata oscuro.

—Muy bien. Echa un vistazo y a ver qué te parece —me indicó, y por fin me permití mirarme en el espejo.

A pesar de que esto era con toda probabilidad lo más cerca de la nobleza que me había sentido, sí que me percaté de que tenía las sombras alrededor de los ojos más oscuras de lo normal. Me toqué la piel con los dedos. Mis iris opalescentes destacaban por el marcado contraste.

Tal vez la inquietud de los últimos días junto con el largo viaje me había afectado más de lo que creía.

Una parte de mí todavía se sentía fuera de lugar. Igual siempre lo haría. No obstante, la otra mitad se sentía… guapísima. Y más aún porque Laryk había preparado todo esto él mismo.

Capítulo 48

Contemplé la vista cavernosa del salón de baile de abajo. Las paredes eran muy similares al resto del fuerte, esculpido en piedra gris y forrado por vidrieras esmeraldas.

La luz de la luna se filtraba desde la parte superior. Las velas y las antorchas montadas iluminaban el espacio y lanzaban un brillo dorado a la enorme habitación. Los aossí hacían piruetas al son de arpas y flautas que tocaban en vivo melodías evocadoras.

Los cuerpos se movían al unísono, bailando una danza que debía de ser tradicional para la gente de Emeraal. Miré a mi alrededor, tratando de encontrar algún rostro familiar entre la multitud, pero aún estaba demasiado arriba.

Me moví para bajar el primer escalón de las escaleras de mármol, levantando los bajos del vestido para no tropezar. Había notado el peso de la prenda en cuanto Osta me la había arrojado en nuestra habitación compartida; era lujosa pero muy pesada.

La tela negra me caía en cascada por el cuerpo, me serpenteaba alrededor de los brazos en patrones delicados antes de descender en olas de encaje negro que creaban una cola a mi paso. Llevaba los hombros desnudos, pues los bordes salpicados de estrellas del escote se hundían en una forma de V perfecta en el pecho.

Estiré los brazos y me ajusté el vestido. Había escondido dos de los viales de Ma bajo la cinturilla y se movían al mismo tiempo que yo.

Me agarré con fuerza a la barandilla y bajé las escaleras. Los ojos se volvieron en mi dirección, y los nervios empezaron a hacer que me hormigueara la nuca.

No veía a Laryk por ningún sitio.

Cuando llegué al final de las escaleras, el corazón me retumbaba con violencia en el pecho. Había muchísimos aossí mirándome ahora, separándose para dejar espacio. Sus ojos eran una mezcla de desenfreno y curiosidad.

—¡Fia, es perfecto! —Me giré para encontrarme a Osta unos pocos pasos detrás de mí con un vestido de seda verde oscuro que reflejaba la belleza evocadora de Emeraal. Se me ralentizaron los latidos del corazón cuando me acerqué a ella. Los ojos que me taladraban antes ahora habían vuelto a sus conversaciones.

Ella me agarró las manos entre las suyas.

—Sé que el diseño no es mío, pero aun así es despampanante —susurró, haciéndome dar una vuelta—. El general tiene buen gusto.

—Preferiría que no le mencionaras eso. Su ego no puede crecer más. —Sonreí, y al final me di cuenta de que había una pareja detrás de ella.

Carraspeé y le hice una señal a Osta para que nos presentara.

Ella abrió los ojos de par en par.

—¡Ay, perdonad mis modales! —Se giró al instante y me arrastró del brazo—. Fia, estos son lord y lady Soleil.

—Fia Riftborne, hemos oído mucho sobre ti. Qué bien que por fin te hayamos conocido —dijo lady Soleil con una gracia que me pareció desconocida.

—Es un placer conoceros a ambos, de verdad. Osta me ha contado lo maravilloso que es trabajar para vosotros. —Sonreí con educación, intentando hacer una reverencia.

—Tenemos que charlar más tarde, después de la cena quizá —añadió lady Soleil—. Ahora mismo, será mejor que busque nuestros asientos. Osta, querida, ¿me acompañas? Me gustaría presentarte a una amiga mía.

—¡Por supuesto! Nos vemos luego, Fia. —Me sonrió de oreja a oreja. Lady Soleil le dirigió una mirada a su marido que no pude interpretar antes de que Osta y ella se adentraran en la multitud de cuerpos que había delante.

Paseé la vista hasta encontrarme con la de lord Soleil. Él desvió la atención hacia mi mano izquierda, donde mi marca Riftborne se

extendía más allá de la manga de mi vestido. El lord se detuvo, alzó una ceja un poco antes de que le brillaran los ojos.

—Es un placer conocerte, Fia. Perdóname. Qué vestido más bello llevas. —Sacudió la cabeza como si estuviera volviendo de un trance y sonrió antes de pasar por mi lado. No se había alejado mucho cuando sentí su mano en el brazo.

Se inclinó y me susurró:

—Es genial tenerte de nuestro lado. —Y, en un santiamén, desapareció entre la gente también. Yo me miré la marca y me tapé la muñeca con la tela.

Sola otra vez, agarré un cóctel reluciente de la mesa de bebidas y observé el entorno.

Aún no había ni rastro de Laryk. Suspiré y me dirigí a los alrededores de la fiesta. Le di un sorbo a la bebida, y unas burbujas florales se me expandieron por la lengua.

Las palabras de Narissa se me volvieron a venir a la cabeza mientras contemplaba a las parejas bailar con elegancia delante de mí. ¿Habría cambiado de parecer? Me removí en el sitio y miré mi vestido nerviosa. De pronto, sentí el corpiño demasiado apretado…, la falda rozaba lo ostentoso.

Un sentimiento de desasosiego se apoderó de mí mientras me tomaba de un trago el resto de la bebida. Dejé la copa en una mesa y la aparté despacio.

—¿Te traigo otra? —susurró Laryk mientras sus labios me rozaban la oreja.

Me invadió una oleada de calma y me envolvió en un calor delicioso.

La chispa se convirtió en llamarada cuando lo miré a los ojos. Cualquier preocupación previa quedó reducida a cenizas. Esta noche tenía el pelo suelto y le caía en cascada por los hombros, en olas hipnotizantes de cobre, como más me gustaba. Llevaba un traje de chaqueta hecho a su perfecta medida de todos los tonos y texturas del negro. Los toques de dorado brillaban encima del terciopelo que se le extendía por el fornido cuerpo. Se le formó en los labios la risa más perversa del mundo cuando me recorrió de arriba abajo.

Se acercó a mí despacio, entrecerrando los ojos.

—Si sigues mirándome así, abandonaré esta cena sin dudarlo y te llevaré a la cama. —Su voz era baja, depredadora. Las ascuas en mi interior volvieron a prenderse, y contuve una sonrisa. Era casi embriagador estar a su lado en este estado.

Y, en un segundo, me atrajo hacia él.

—Sabes cuánto me encanta que vistas de negro —susurró, apretando mi cuerpo a través del vestido.

Una parte lejana de mi mente pensó en los ojos que sin duda nos estarían observando, pero este ardiente e intenso momento en el que nos encontrábamos estaba incinerando poco a poco la capacidad de que me importase.

Deseaba su boca sobre mí. Inhalé hondo, tratando de absorber cada fibra de su ser. El aroma embriagador a vetiver y ámbar quemado me vino a la nariz. Este hombre era la viva encarnación del éxtasis.

—Baila conmigo —murmuró.

No era una petición.

Antes de que me diera cuenta, estaba tirando de mí hacia el mar de cuerpos que se movía de manera metódica por la habitación.

Entrecruzó los dedos con los míos y me envolvió el otro brazo de forma posesiva alrededor de la cintura. Nuestros cuerpos chocaron en una colisión pasional cuando me acercó a él.

Y entonces nos movimos, giramos, dimos vueltas. Mi mente era incapaz de seguirle el ritmo. Lo único que podía hacer era quedarme mirándolo a los ojos y continuar perdiéndome. Quería vivir en aquel instante para siempre.

La canción terminó y la realidad empezó a surgir de nuevo a mi alrededor. Un sentimiento de zozobra me devoró el corazón cuando él me apartó y sentí frío en las partes del cuerpo que él había tocado. Al igual que si bajara de una nube maravillosa, el sonido de los aossí en torno a nosotros me sacó del trance, y, así, el fuego salvaje se extinguió y la realidad se abrió paso.

—Vamos a buscar nuestros asientos, Fia. —Laryk me condujo a través de la multitud, con los dedos todavía entrelazados. Me pregunté si íbamos a sentarnos juntos, dada nuestra considerable diferencia de rango.

Me guio hacia la mesa más larga que había a un lado, a solo unos pocos pasos de la tarima elevada en la que se iban a sentar el rey y la reina.

Arqueó una ceja antes de retirar una silla y hacerme un gesto para que me sentara. Se lo agradecí y miré toda la extensión de la mesa. No había nadie que me sonara.

—Volveré enseguida. Hay algo de lo que tengo que ocuparme. —Me dio un beso en la frente antes de dirigirse hacia la otra punta del salón de baile. Lo seguí con la mirada, preguntándome para qué se había tenido que marchar. Justo cuando estuve a punto de apartar la vista, alcancé a ver un cabello pelirrojo. La ira me invadió cuando lo vi agarrar a Narissa del brazo y bajar su rostro hacia el de ella.

Me puse de pie, empujando mi silla hacia atrás mientras me giraba y andaba hacia ambos. Hice todo lo posible por parecer calmada, pero las emociones alcanzaron su máximo histórico. Por el rabillo del ojo, emergió una figura negra y centré toda mi atención en la izquierda, con el corazón en un puño.

El alivio me invadió una vez que me di cuenta de que era el traje elaborado de una mujer que no había visto jamás.

Era más alta que yo y tenía un rostro tan apuesto que mis ojos nunca habían contemplado nada igual. Tenía el pelo cortado al ras, un estilo inusual en Luminaria. Y había algo en su piel… Era demasiado perfecta. Etérea, inquietante.

Llevaba un cuervo disecado en el hombro e iba vestida por completo con telas negras. Entrecerré los ojos, examinando su atuendo extraño. Hizo contacto visual conmigo y ladeó el mentón hacia un lado, frunciendo el ceño. Había oscuridad alrededor de sus ojos…, sombras. Como las mías. «¿Quién es?».

Dio un paso en mi dirección, pero vi por el rabillo del ojo un mechón de pelo cobrizo y me volví a centrar. Tendría que buscarla más tarde. En ese instante, debía ocuparme del Coágulo de Sangre. Me alisé el vestido antes de proseguir mi camino.

Una oleada de veneno me invadió cuando vi lo cerca que Narissa se hallaba de Laryk. Estaba harta de sentir sus miradas de odio en cada encuentro. Ni siquiera habíamos hablado aún entre nosotras. Eso se iba a acabar. Esta noche.

Mientras me aproximaba a los dos, oí el final de los susurros severos de Laryk:

—Te dije que acompañaras a las tropas a Stormshire. Que estés aquí es una insubordinación directa a mis órdenes.

Ella me divisó, y los ojos se le volvieron fríos y una sonrisa cruel se le formó en los labios.

—Fia, te he dicho que ya iba. Por favor, danos un segundo —dijo Laryk mirándome.

—Creía que era una buena ocasión para presentarme al fin. Narissa, ¿verdad? —Esbocé una sonrisa—. Es increíble que no hayamos hablado hasta ahora. Parece que tenemos muchos intereses en común.

No pude adivinar si Laryk quiso reírse o reprenderme, pero había una gran tensión que crepitaba con estática. Calmé el escalofrío familiar que me recorría la columna.

No necesitaba mi foco para aniquilar a Narissa, iba a hacerlo con palabras.

—Hablas de mi insubordinación directa, pero tu mascota todavía está aquí. ¿No le acabas de decir que se marche? —espetó ella, poniendo mala cara.

—Ah, ¿este era el comportamiento ejemplar tan célebre del que me hablabas? —inquirí, dirigiendo mi pregunta a Laryk—. Sí, parece la defensora del compañerismo.

Laryk tuvo un tic en la mandíbula mientras se giraba hacia Narissa.

—Si tienes la intención de conservar tu puesto como oficial en mi facción, te sugiero que te marches ahora mismo.

Los ojos de Narissa brillaron de rabia mientras lo miraba con las fosas nasales dilatadas.

—Entonces ¿esperas que parta hacia Stormshire esta noche? —siseó.

—A primera hora de la mañana. Mientras tanto, regresa a tus aposentos. No puedo permitir que tus quejas personales den a mi facción una mala imagen, sobre todo en un momento así.

—¿Que yo soy la que está dando una mala imagen a la facción? —La rabia resonó en su carcajada—. Tú eres el que se está follando a

una riftborne. ¿Qué imagen te crees que das tú? —Se detuvo—. ¿Cómo crees que me siento yo al respecto? Ya sabes lo que me hicieron a mí. A mi familia.

—Ah, ahí está. Me alegro de saber que tienes a una persona tan intolerante dirigiendo tu facción, Laryk. Sin lugar a dudas, eso da una imagen estupenda. —Me crucé de brazos, asintiendo en dirección a Narissa. Iba a dejar que se hundiera ella sola.

Cuando su nombre de pila me salió de la boca, a ella le refulgieron los ojos y por fin se dirigió a mí.

—Es el general Ashford, pedazo de zorra —espetó, acercando su cara a la mía. Yo le sonreí sin moverme.

Laryk la agarró del brazo y la apartó de mí.

—Narissa, vete. Ahora mismo. Antes de que me enfades de verdad —gruñó—. Haré que te trasladen a otra base y te degraden como digas otra puñetera palabra.

Los ojos de Narissa todavía ardían de rabia, pero vi un atisbo de dolor en ellos. Nos miró a los dos sin parar y se detuvo, abrió la boca y la cerró un segundo después. Se dio media vuelta y se precipitó hacia las escaleras. Prácticamente pude sentir el calor que emanaba cuando pasó por mi lado.

—Fia, te he dicho que te quedaras en la mesa —dijo Laryk, poniéndome una mano en la espalda y guiándome a través de la multitud una vez más.

—Ya sabes que no se me da muy bien seguir órdenes. —Me encogí de hombros aún con una sonrisa en la cara.

Laryk suspiró. Pude oír cómo ponía los ojos en blanco mientras nos acercábamos a la mesa.

—No suele ser tan agresiva —señaló, retirándome la silla.

—Te dije que piensa que estáis juntos —respondí, sentándome—. Y sé que con toda probabilidad has hecho cosas para llevarla a esa conclusión. —¿Era eso lo que me estaba haciendo a mí también? ¿Cómo podía estar segura de que él no le había dicho a ella en algún momento que era importante, que era la clave para ganar todo esto?

Laryk centró toda su atención en mí, entrecerrando los ojos. Movió una mano hasta mi muslo y deslizó hacia arriba la raja de mi falda.

—Sabes que no lo estamos —murmuró, y, a continuación, se inclinó para morderme la oreja. Su aliento me hizo sonrojarme. Me removí en mi asiento mientras su mano viajaba más hacia arriba por mi pierna y me miraba fijamente—. Ya te lo he dicho: no soy de relaciones.

Contuve una mueca de dolor cuando las palabras salieron de sus labios con tanta facilidad. Como si lo hubiera dicho tantas veces que se hubiera convertido en un hábito. Casi fue gracioso cómo la afirmación me tranquilizó y me rompió el corazón a la vez…

Sonaron las trompetas, anunciando la llegada del rey y la reina. Laryk agachó la cabeza y retiró la mano mientras ambos centrábamos nuestra atención en las puertas al final del salón.

Observé sus imponentes siluetas familiares deslizarse por la estancia hacia los tronos. Iban rodeados de su personal de seguridad, miembros de la Guardia Real con uniformes esmeralda. Hice una reverencia junto con el resto de la sala y me incorporé una vez que subieron al estrado.

El rey se volvió para mirar a sus súbditos, alzando las manos en un gesto triunfante.

—Sentaos. —Su voz resonó por todo el espacio—. Nos enfrentamos quizá a la mayor amenaza que nuestro reino ha visto nunca —dijo, bajando la cabeza. Se paseó por la tarima—. Aossí de todas las clases han dado sus vidas para proteger la isla de un enemigo invisible, implacable y salvaje en su misión de destruir nuestro hogar. No obstante, no les dejaremos ganar. Lucharemos hasta el final por Sídhe. No sucumbiremos a la oscuridad. —Alzó su cáliz en el aire, y toda la habitación se unió a él, elevando sus bebidas hacia el techo.

El sonido de una puerta de madera abriéndose con un crujido atravesó los vítores. Entonces, se hizo el silencio.

Un frío recorrió la habitación seguido de una brisa sutil. Y, una a una, las velas se apagaron. Solo permaneció la luz verde filtrada de la luna. Todo el mundo se quedó quieto, mirando a todos lados.

Uno de los guardias reales que acompañaban al rey y a la reina dio un paso adelante, les puso una mano encima a los dos y, con una oleada de energía, sus siluetas desaparecieron de la vista.

Me quedé sin aire.

Estaban aquí.

No iban a Stormshire.

Los espectros se dirigían hacia aquí todo el tiempo.

Por ese motivo los había visto pasar por Torre Creciente.

Se me aceleró el pulso, y, durante un instante, sentí que me iba a desmayar. Pero no podía. Había llegado el momento. Esto era la guerra, y estaba justo en medio de ella.

Laryk me agarró del brazo con mucha fuerza mientras la energía cambiaba. Un chasquido hizo que dirigiéramos los ojos hacia la esquina de atrás. Oí las respiraciones de todas las almas que tenía cerca.

Las sombras irrumpieron por toda la habitación, retorciéndose y expandiéndose, envolviéndola en una oscuridad total y absoluta.

Un grito desgarrador resonó en los pasillos, y un olor metálico familiar llenó el aire a nuestro alrededor.

Sangre.

Capítulo 49

Mis miedos cobraron vida cuando los remolinos de tinta infestaron el salón. La oscuridad estalló en ráfagas a su alrededor. A propósito, estratégicamente…, como si lo controlaran, pasándose el vacío de un lado a otro entre sí.

La oscuridad se propagó desde las sombras; unos zarcillos negros se alargaron para fusionarse con otras sombras de nada, envolviendo la estancia al completo en un velo nocturno.

Las lecciones nos habían enseñado que los espectros y la oscuridad eran uno solo, lo mismo. Pero, desde mi punto de vista, los espectros eran una entidad por sí misma. La oscuridad no era más que una señal de su presencia… Los seguía.

Me volví aterrada hacia Laryk, que analizaba la sala con los ojos a una velocidad imposible. Sacó la daga que llevaba a la cadera y se puso de rodillas, tiró de mi falda hacia él y desgarró la tela con la hoja mediante cortes rápidos. El vestido me quedó justo por debajo de las rodillas.

Podía correr.

Podía luchar.

—Fia, ¿los sientes? —preguntó en un tono apresurado mientras se quitaba la chaqueta.

Traté de acallar el pánico sobrecogedor de mi mente lo bastante para extender los zarcillos de mi foco. Como no comenzaron su ascenso de inmediato, tiré de ellos por pura fuerza de voluntad y los lancé a nuestro alrededor.

Cientos de orbes brillantes como los que había visto en el Enclave salieron disparados a través de la oscuridad. En el caos, era difícil

distinguir los que procedían de los espectros y los de los aossí.

Las mentes parecían todas iguales.

A nuestras espaldas, los oficiales mandaban a los civiles a los barracones. Sus gritos se vieron cortados de pronto cuando los espectros se acercaron lo suficiente para arrebatarles el aliento y dejar sus palabras suspendidas en el aire.

Atacada, miré a todas partes buscando a Osta.

Pero no la encontraba.

Nos mantuvimos firmes mientras los aossí corrían a nuestro alrededor, desesperados por ponerse a salvo tras los muros del fuerte.

Un destello de pelo de color bronce reflejó la luz de la luna, y vi a una figura con un vestido esmeralda seguir a los civiles hacia la seguridad.

En lo más profundo de mi interior, me relajé al saber que Osta se encontraba a salvo, pero todos los demás nervios los tenía de punta.

—Están sucediendo muchas cosas ahora mismo aquí. No puedo distinguir a nadie —susurré. Me palpitaba la cabeza mientras intentaba mantener los nervios a raya.

El viento se intensificó en torno a nosotros a la par que se oían silbidos de arriba. El sonido de dagas lanzándose a través del aire reverberó, acompañado del chasquido metálico de las espadas al ser desenvainadas.

—Los espectros tendrán como objetivo la arcanita del prado norte. Debemos llegar allí. —Laryk se había ido; el general Ashford lo había sustituido. Algo le brilló en los ojos; algo que jamás había visto antes. Miedo.

Me saqué uno de los viales del vestido y se lo planté en la mano.

—Si te ves rodeado, bébetelo.

—¿Qué…? —Arrugó la frente.

—Lo ha creado Ma, pero no hay tiempo para explicaciones. Confía en mí —le imploré, y apreté la mano en torno a la suya un segundo más. No quería dejarlo marchar.

Lanzó una última mirada en mi dirección antes de salir disparado hacia la puerta.

Eché a correr tras él. Laryk abrió las gigantescas puertas de par en par, y nos precipitamos a la noche invernal mientras el silencio nos impactaba. Ahora se veía mejor con la luna y las estrellas alumbrando el cielo. La quietud predominaba en el patio en un crudo contraste con el caos y la muerte apenas unos pasos más allá.

—¡Por aquí! —gritó antes de girar a la izquierda y lanzarse por el camino de adoquines. Corrimos al unísono mientras la oscuridad se cernía ante nosotros. Se me contrajeron los músculos cuando me rodeé con los brazos, canalizando los zarcillos una vez más, preparándolos para la batalla.

En cuanto traspasamos las sombras, disparé la telaraña hacia delante en busca de una mente a la que atrapar. Los orbes brillaron a nuestro alrededor, disparados de un lado a otro a una velocidad alarmante. Seguí a uno con total concentración, aunque lo perdía cada vez que cambiaba de dirección.

Si no podía centrar mi foco en la mente, no podría controlar aquello. No podría destrozarlo. La conocida sensación de inutilidad se abrió paso a través de mi cuerpo, pero me deshice de ella. No tenía tiempo para sentir esas cosas.

—¡Fia! —oí que me gritó Laryk, y busqué su mente en el caos, encontrándola en el acto. Corrí en su dirección justo cuando lanzó una daga hacia una figura de tinta. Un siseo gutural surgió de entre la oscuridad, y Laryk tendió la mano hacia mí—. Fia, ¿dónde estás?

Me encontraba delante de él. Yo podía verlo. ¿Él a mí no?

—Laryk… —comencé a chillar, pero me quedé sin aire.

En un instante, salí disparada hacia atrás, lanzada con brutalidad antes de desplomarme en el suelo húmedo.

Aterricé sobre el hombro y lo oí romperse. Un alarido se me escapó y el dolor me invadió todo el cuerpo, aunque lo aparté de la mente.

Tenía que encontrar a Laryk.

El viento se alzó, y mis pies abandonaron el suelo en contra de mi voluntad. De repente, una forma dio vueltas a mi alrededor con violencia, creando el vórtice que sabía que eliminaría el aire del espacio.

Bajé la mano y cogí enseguida el vial de mi cinturilla, le quité la tapa y me lo bebí tan rápido como pude.

«Calma tu respiración».

El aire empezó a enrarecerse a mi alrededor; yo cerré los ojos para extender la telaraña. Vi la mente correr a toda velocidad en torno a mí como un insecto. Solo debía concentrarme.

Tenía que atraparlo.

«Fia, establece la puta conexión».

Ya no quedaba nada de aire. Solo era cuestión de tiempo que la poción dejara de hacer efecto.

«Date prisa». Desenvainé la daga, fijándome en cada hilo de la telaraña, sintiéndolos como si fueran una extensión de mi propio cuerpo. Aguardé el momento correcto.

«Venga».

Los segundos transcurrieron y se convirtieron en minutos mientras contemplaba el orbe que me rodeaba. Los oídos me pitaban de lo mucho que me estaba esforzando por rastrear al espectro.

De golpe, se produjo una explosión detrás de nosotros, y los espectros se ralentizaron apenas una fracción de segundo.

Era cuanto necesitaba.

Lancé la daga.

Y golpeé contra algo sólido.

Un siseo gutural rompió el silencio a mi alrededor, y me caí al suelo.

Me levanté y corrí hacia delante a pesar del dolor. El valle en la base de la colina apareció a la vista.

Cientos de guardias de Cuerpo rodeaban el inmenso chapitel de arcanita, creando un escudo de cuerpos. Unos muros de fuego surgieron alrededor de los guardias y una cúpula brillante, que parecía un escudo, cubrió la punta de la arcanita desde arriba. Observé horrorizada cómo los espectros volaron hacia la enorme piedra para luego replegarse hacia las sombras. Se me encogió el corazón. Debía llegar allí. Tenía que ayudar.

«Busca a Laryk».

Alargué la telaraña otra vez y eché a correr colina abajo. Los orbes alumbraron a mi alrededor desde las sombras. Viré a la izquierda,

clavando la daga en la mente del espectro cuando se alejó de las llamas. A lo mejor no era capaz de controlar mi foco plenamente, pero al menos podía hacer algo.

Esquivé las mentes que volaban hacia mí, huyendo de sus intentos de vórtices y atacando cuando tenía ocasión.

Cuando un espectro se abalanzó, me eché al suelo y rodé hacia atrás hasta quedar en cuclillas, y este salió volando demasiado cerca de la cúpula de encima, desorientándose por una fracción de segundo.

Corrí lo máximo posible, salté en el aire y estampé mi daga con fuerza en la maraña de sombras, donde escuché otro siseo procedente del espectro mientras este regresaba a las afueras del prado.

Cuando aterricé, vislumbré un destello de pelo cobrizo a mi izquierda.

«Laryk».

Luchaba por su vida, rodando, esquivando y golpeando con destreza y precisión, pero los espectros lo estaban rodeando.

Salí corriendo hacia él y me uní a la batalla. Luchamos codo con codo mientras el aire a nuestro alrededor disminuía.

No pensaba caer.

No esta noche.

Mi daga hizo contacto con otra sombra y la mandó disparada a la oscuridad.

Todo se detuvo.

Las formas de tinta explotaron en el cielo a la vez, formando una red de negrura en la parte superior de la cúpula. Un oficial comenzó a lanzar bolas de fuego hacia la masa, y la agujereó. Y, de súbito, los espectros salieron volando en la distancia, detrás del fuerte y hacia la noche.

Todos miraron alrededor conmocionados, preguntándose si se había acabado. Si de verdad habíamos ganado. Yo me derrumbé en el suelo, recuperando el aliento.

Noté a Laryk a mi lado.

—¿Cuándo has llegado? —jadeó.

—Justo antes de que empezaran el vórtice. ¿No podías verme? —resollé mientras tosía el humo que rodeaba el prado.

—No podía ver nada. —Estrechó la mirada y me observó—. ¿Tú a mí sí? —preguntó; su voz denotaba confusión.

—No bien, pero sí, un poco —respondí.

—¿Te refieres a que veías mi mente? —preguntó, tendiéndome la mano.

—Pues no te estaba buscando, pero podía verte. Justo como te veo ahora mismo. A ver, estaba oscuro con tanta sombra, pero te vi luchar. Por eso corrí hacia aquí —contesté mientras me levantaba. El ceño se le frunció antes de volver a su estado normal—. ¿Se ha acabado? —pregunté, y eché un vistazo a la devastación que se había producido en el valle.

Sin responder, me agarró de la cintura y tiró de mí hacia él. En un instante, me cubrió los labios con los suyos, desesperado, anhelante. A pesar del dolor que todavía sentía en el hombro, llevé las manos a su pelo y saboreé la sensación de su cuerpo contra el mío una vez más.

«Jamás querré dejarlo marchar».

Me acarició el labio con los dientes en una petición silenciosa para que le dejara entrar. Nuestras lenguas chocaron entre sí, y tuve que echar la cabeza hacia atrás ante la fuerza. Me estaba devorando, apoderándose de todos y cada uno de mis sentidos hasta que, de nuevo, solo existíamos nosotros dos. La necesidad nos recorrió, conectando nuestros deseos, y pensé que este momento podría durar para siempre. Rogué para que durase para siempre.

Un grito se propagó por los muros y la fantasía se rompió a nuestro alrededor.

Nos separamos y los dos paseamos la mirada por el prado otra vez. Todos estaban alerta, intentando averiguar de dónde procedía el sonido.

Otro grito atravesó la noche, y todos movimos la cabeza hacia la izquierda, hacia el fuerte, justo cuando las enormes puertas dobles se abrieron de par en par y los civiles comenzaron a dispersarse por el prado, corriendo para salvar sus vidas. Una bruma de sombras seguía su estela, envolviendo la zona de oscuridad. Atisbé un

destello esmeralda entre la masa de cuerpos y se me detuvo el corazón. Osta.

Era una estrategia. Los espectros los estaban usando como escudos.

«Mierda».

Le lancé una última mirada a Laryk antes de salir disparada hacia el revuelo. Por la expresión de su cara, supe que no podía verme.

—¡Fia! —lo oí gritarme desde atrás, pero no tenía tiempo.

Cuando alcancé los bordes de las sombras, un grupo de espectros rodeaba a Osta y a los Soleil.

Osta soltó un chillido que me heló la sangre.

La furia me invadió mientras sentía cómo entraba en un estado en el que no me había hallado en mucho tiempo. Un estado de descontrol. Un estado en el que la pura fuerza brotaba de mí y lo derribaba todo a su paso.

No podía detenerlo.

Un alarido se me escapó del pecho, y las sombras alrededor del prado vinieron a golpearme otra vez, reuniéndose a mis pies y envolviéndome entera. Abrí los brazos a cada lado con las palmas abiertas cuando las oleadas de tinta se lanzaron contra mis manos como un río. El peso de la oscuridad era tan intenso que mi cuerpo se vino abajo y caí de rodillas, temblando mientras se me metía dentro. Recorrió cada vena, cada senda. La podía ver, arremolinándose en los rincones de mi visión.

De golpe, la oscuridad que me rodeaba se esfumó, absorbida por mi propio cuerpo.

Me temblaron las piernas cuando intenté retenerla dentro; mi mente chillaba por liberarse. No sabía lo que estaba ocurriendo. Cómo lo hacía. Mi control sobre la energía de mi interior empezaba a disminuir, y sentí las estructuras de mi mente romperse. Era como si una bestia enjaulada intentara escaparse a través de mi piel.

Me aferré la cabeza con las manos, lo contuve lo máximo que pude, permitiendo que cada ápice de mi foco se alargara e intentara superar esta oscuridad desconocida. Sentía un dolor insoportable en la cabeza y noté cómo se rompían las costuras en mi interior y se abrían brechas en mi soberanía mental.

El silencio me rodeó. Y todo se volvió negro.

Estaba en un vacío.

El pelo se me alzó por encima de los hombros, crepitando por la estática.

La oscuridad había infestado mi sangre y mis huesos. En ese momento entre la realidad y el vórtice, algo perverso dentro de mí ronroneó como si se hubiera producido un alineamiento. Un acuerdo en el que yo no había participado.

No estaba en un vacío.

«Yo soy el vacío».

Una ráfaga embriagadora me recorrió el cuerpo, ansiosa por desatarse.

Y la liberé.

Las sombras brotaron de la punta de mis dedos, bramando por el valle y derribando todo a su paso.

Mis sombras.

«Yo soy el vacío».

Mi pelo restalló a mi alrededor cuando la oscuridad se apoderó del terreno.

«Espera».

Un eco de algo susurró en mi mente.

Yo estaba haciendo algo. Estaba salvando a alguien. Los pensamientos se agolparon mientras intentaba recordar. Y entonces mi vista se quedó clavada en un par de ojos aguamarina conocidos.

Osta. Estaba salvando a Osta.

Ella me devolvió la mirada con la preocupación pintada en la cara mientras se arrodillaba con los Soleil. El viento seguía azotando. Bajé los brazos a los lados y jadeé en busca de aire, cayéndome de rodillas.

El prado entero se hallaba en silencio.

Todos los ojos estaban sobre mí.

«¿Qué acaba de pasar?».

Se me aflojó el cuerpo y me caí hacia delante; me golpeé el hombro contra el terreno cuando toqué el suelo. Sentí un torrente agudo de dolor, aunque no estaba a la altura de la confusión que atenazaba cada fibra de cada pensamiento.

Planté las manos en el suelo y me obligué a levantarme un poco para ver la destrucción que me rodeaba. Laryk me miraba con fijeza desde el otro lado del prado. En sus ojos abiertos de par en par había algo. Pavor.

«¿Laryk?».

Los recuerdos se me vinieron a la mente de nuevo.

Me dio un vuelco el corazón al verlo.

Lo necesitaba. Necesitaba que me ayudara.

Golpeé el suelo con la mano otra vez; agarré la tierra y me arrastré hacia delante cuando unas sombras aparecieron en mi visión periférica. Traté de chillar, pero tenía los pulmones hechos trizas.

Laryk avanzó un paso y luego vaciló. Quise gritar que me ayudara. ¿Por qué se quedaba ahí plantado?

La energía oscura se enroscó a mi alrededor, reptando por la hierba como humo, amarrándome los brazos, acariciándome la cara y tiñéndome la vista con el tono del hierro.

—¡Fia! ¡No! —chilló Osta en la distancia. Intenté dirigir la mirada a ella. Para verla aunque fuera por última vez. A mi mejor amiga. La persona más importante de mi vida.

Pero me quedé paralizada.

Los ojos se me clavaron en mi amante al otro lado del prado. El miedo me recorrió cuando el cuerpo se me elevó del suelo y sentí unos zarcillos de sombras rodearme las extremidades.

«¡Que alguien haga algo!».

Quería gritar, retorcerme, luchar. Pero mi cuerpo me había traicionado.

«Por favor».

No fue más que un pensamiento, una mera petición que se quedó en mi mente. Algo que rara vez hacía. El corazón se me aceleró en el pecho y el tiempo se ralentizó mientras esperaba.

Y esperaba.

Pero nadie vino. Nadie se movió.

Un destello de pelo cobrizo reflejando la luz de la luna fue la vista a la que me aferré cuando todo se desvaneció. Mi cuerpo se elevó

en la noche, pasó rozando los árboles y cruzó la vasta extensión del oeste.

Torre Creciente resplandecía en la lejanía.

Se me volvió borrosa la vista, no sabía si por las lágrimas o por el agotamiento.

Jamás había sentido esta pesadez. Este vacío.

Todo se oscureció.

Capítulo 50

—¿Por qué la traemos? —siseó una voz de mujer en mitad de la noche. El viento me azotaba la cara y arrojaba mi pelo en violentos remolinos. Mi consciencia iba y venía, cubierta de una niebla espesa, y mi cuerpo permanecía sin fuerzas, como si un peso invisible se me aferrara a los huesos.

—Ya has visto lo que ha hecho. —La voz del hombre era grave, imponente.

Podía entenderlos, aunque los captores tenían acentos extraños que me parecieron desconocidos. Sus palabras eran más agudas, guturales y entrecortadas.

—Pero es una de ellos —insistió la mujer, con un deje de irritación en su tono.

—Está claro que no —respondió él con frialdad—. Su alma está atada a la oscuridad.

—Eso es imposible.

Y volví a perder el conocimiento.

—No podemos dejar que vea la ruta. ¿Y si escapa?

La voz removió mi mente, que ya estaba envuelta en una neblina. Me aferraba a la consciencia por un hilo muy fino.

—Por eso contamos con que Rethlyn la mantenga inconsciente hasta que lleguemos a Ravenfell —explicó una mujer—. Si Rethlyn falla, yo misma le rebanaré la garganta. —Oí el ruido metálico de una daga reverberar en la noche.

—Nadie le va a poner una mano encima hasta que Aether lo diga —replicó un hombre inexpresivo.

De repente, la gravedad cambió y sentí cómo unos brazos me alzaban.

—¿Quién la quiere? —preguntó la mujer con un tono de burla.

—Cabalgará conmigo —dijo una voz grave masculina. Parecía el líder, el llamado Aether. Un instante después, me cogieron. Traté por todos los medios de mantener el cuerpo flojo.

Unas manos grandes me agarraron de la cintura y me subieron a lo que parecía una montura. Me ataron con una cuerda alrededor de los hombros y del pecho mientras sentía cómo se deslizaba mi espalda por un torso rígido. Mi consciencia comenzó a desvanecerse de nuevo.

—Ya está sujeta. Vamos. Vexa, lidéranos. Deberíamos llegar a Ravenfell antes del amanecer. —Noté cómo el pecho detrás de mí retumbaba con las palabras, y en un segundo nos propulsamos hacia delante. Unos cascos fuertes golpearon el suelo, corriendo a través del terreno rocoso.

Justo cuando volví a perder el conocimiento, sentí un nudo en el estómago en el momento en el que la bestia saltó y abandonó el suelo bajo nosotros mientras despegábamos.

Todo aquello parecía un sueño.

El viento me azotaba el cabello cuando volví a recuperar la consciencia. Todo mi cuerpo se sacudió cuando me percaté de que estábamos volando. Contuve un grito y me obligué a mantenerme quieta, lacia contra el pecho del hombre detrás de mí.

Abrí los ojos despacio a través de las pestañas. Estábamos elevándonos rápidamente por encima de las nubes.

«¿Cómo es posible?».

Atravesamos una fuerte ráfaga de viento y dejé que la cabeza se me cayera más, lo que me proporcionó una mejor vista de la criatura que estábamos montando.

Unas alas negras gigantes se expandían por una extensión de al menos el doble de mi estatura. Estaban forradas con un pelaje aterciopelado, pero tenían unas membranas como las alas de los murciélagos. Miré hacia el otro lado y encontré la parte de atrás de

una crin de caballo. No obstante, si esto era un caballo, era mucho más grande que los de Luminaria.

Me volvieron a pesar los ojos y me obligué a mantenerme despierta, luchando con los restos de la inconsciencia antinatural a la que me estaba forzando el tal Rethlyn.

—Preparaos para aterrizar —oí que gritaba la voz de la mujer, y de pronto caímos en picado. Mi pelo salió disparado hacia delante antes de volar hacia atrás sobre mi cara. Un grito se me agolpó en la garganta, pero lo contuve.

Cuando atravesamos las nubes, las torres oscuras aparecieron en la distancia, erigiéndose imponentes sobre lo que parecía una ciudad poco iluminada.

Ravenfell, la habían llamado.

La arquitectura parecía sacada de una pesadilla. Negra y afilada, con detalles en forma de cuchillas. El horizonte estaba hecho de dagas. Encima de los chapiteles, descansaban unas estatuas aterradoras.

El miedo me invadió cuando por fin recuperé la consciencia en todo su esplendor.

Tenía que hacer algo.

Tenía que escapar.

Se me tensaron los músculos cuando extendí poco a poco los zarcillos de mi columna. Empezaron a tejerse hacia arriba, a desparramarse fuera de mi cráneo, y los saqué con sutileza, buscando una mente que controlar.

Sentí que el cuerpo detrás de mí se removió y giré la cabeza para mirarlo a la cara. Sin embargo, lo único que pude distinguir en la oscuridad fueron dos ojos dorados brillantes.

Se me encogió el corazón.

Los reconocí.

—¡Rethlyn, está despierta! ¡Haz que pierda el conocimiento de nuevo! ¡Ahora mismo! —gritó el hombre.

Y, en un instante, todo se volvió negro una vez más.

Capítulo 51

La oscuridad más absoluta surgió a mi alrededor e invadió mi mente como una tormenta en la noche. Mi cuerpo estaba ingrávido, flotaba en el vacío, desconectado de la realidad.

Una niebla espesa se alzaba imponente sobre cada pensamiento mientras yo vagaba en la nada. Sentía todo entumecido, excepto por el leve cosquilleo que me subía por la columna. Un sentimiento de familiaridad se abrió paso a través del trance cuando lo reconocí.

Los zarcillos que había llegado a conocer bailaban, se entremezclaban con delicadeza alrededor de mi mente y pulsaban con calidez; un abrazo que ahora traía consigo confort.

Crecieron cada vez más y más, invadiendo mi mundo, liberándose de la carcasa de mi piel y extendiéndose hacia la oscuridad, titilando como velas en la noche.

Se extendieron sin parar en busca de algo. Lo que fuera.

¿Qué estábamos buscando?

Mi cabeza seguía hecha un mar de pensamientos, pesados y revueltos.

A lo lejos, un orbe brillante apareció a la vista, y mis zarcillos revolotearon hacia él como una polilla hacia la luz.

Entonces me acordé.

Buscábamos una mente.

El baile de luces en la distancia brillaba con fibras translúcidas que variaban entre tonos pastel de rosa, azul y violeta. Después, colores que no existían, colores que yo solo había visto en mi propia mente…, en mi propia telaraña.

A medida que mis zarcillos se aproximaron a la entidad, la sensación de algo no tan desconocido comenzó a aparecer en mis pensamientos.

Como si hubiera estado aquí antes. Visto esto antes. Sido esto antes.

Nada tenía sentido, aunque todo se sentía como debía.

Mi telaraña rodeando el orbe, serpenteando con cuidado…, buscando…, aprendiendo…, adaptándose.

Una luz violenta surgió a través de mí cuando se produjo el contacto.

«Fiandrial».

El nombre resonó en la extensión, en mi cabeza y entre mis extremidades.

¿Fiandrial? Ese nombre…

«Estábamos esperando que nos encontraras».

«Te hemos llamado desde la oscuridad, pero no estabas lista para vernos todavía».

¿Qué?

«Aún es muy pronto».

«Hay cosas que debes hacer».

«Pero el camino se ha establecido».

«La decisión se ha tomado».

Una luz incandescente se apoderó de mi visión cuando un torrente brotó a través de los zarcillos, aflojando el vínculo.

¿Qué estaba ocurriendo?

¿Quién era la mente?

No pude evitar sentir que ya la había oído antes…

Aunque no en esta vida.

«Cuando llegue la hora, nos volverás a encontrar. Despierta».

La mente me palpitaba con un dolor agudo cuando abrí los ojos y miré alrededor, pero no reconocí la habitación en la que me encontraba.

Se me aceleró el corazón.

«¿Dónde estoy?».

Estaba en una cama, tenía el cuerpo envuelto en sábanas blancas y mantas gruesas en varios tonos de gris. Lo que yo creía que podría ser la luz del sol se colaba poco a poco por la ventana de una pared a mi derecha, pero no podía ver nada desde este punto. Los rayos se veían apagados, como si lloviera, aunque no escuchaba las gotas caer fuera.

Las paredes estaban hechas de piedra negra brillante, irregular y dura. Me fijé en una mesa que había a los pies de la cama con lo que parecía una pila de ropa oscura encima.

Aún sentía las extremidades hechas polvo, el cuerpo flojo y los ojos con ganas de cerrarlos otra vez… Tal vez un poco más de sueño no me viniera tan mal…

«Despierta. ¡Estás en peligro!».

Mi mente me estaba chillando.

Hice una mueca mientras intentaba sentarme. Me incorporé, anticipando el dolor que seguro que me irradiaba desde el hombro.

Pero el dolor jamás llegó.

Me inspeccioné los huesos que sabía que me había roto y descubrí que no había nada fuera de lugar.

«Encuentra una salida».

Los pies se me fueron a las ventanas con barrotes y busqué algún punto débil.

Como era de esperar, no había ninguno.

Nos hallábamos a una altura apabullante; casi rozábamos las nubes. Las cimas de unas montañas de color carbón se erguían a lo lejos. Nada de verde… ni otro color, solo distintos tonos de desaturación.

No podía estar sucediendo.

Caminé hacia la puerta, sabiendo que la encontraría cerrada, pero lo intenté de todas formas. El pulso se me aceleró cuando el pomo permaneció rígido en el sitio.

«Piensa».

Necesitaba un plan. Y rápido. Trepé de vuelta a la cama y traté de calmar mi respiración. Mis pensamientos eran un torbellino. Me removí incómoda y noté las capas de encaje y tul que se me

retorcían alrededor de los muslos. Aún llevaba el vestido hecho trizas del baile.

¿Todo aquello ocurrió anoche? Los recuerdos de mis últimos momentos en Emeraal llegaron en tropel.

¿Cómo de lejos me encontraba de casa?

El miedo me invadió cuando rememoré el largo viaje hasta aquí. Las bestias, las voces y las torres.

Me hallaba en una de esas torres.

«No, no, no».

Estaba atrapada, sin posibilidad de volver. A merced del enemigo que había asesinado a centenares de los nuestros sin pensárselo siquiera. Empezaron a temblarme las manos cuando la realidad me golpeó.

¿Cómo iba a rescatarme alguien aquí?

¿Por qué Laryk no había salido corriendo tras de mí? Se había quedado plantado con esa mirada perpleja en la cara. Y el grito de Osta justo antes de desmayarme…

Era incapaz de imaginarme lo que Osta debía de estar pasando ahora mismo. No me cabía duda de que pensaría que yo había muerto.

Quizá la muerte hubiera sido mejor.

Se me llenaron los ojos de lágrimas. ¿Por qué me habían traído aquí? Y, lo que era más raro aún, ¿por qué me mantenían con vida?

«No te alteres».

No había tiempo para entrar en pánico. No había tiempo para dejar que la mente se me perdiera en un mar de posibilidades. Fuera por el motivo que fuera, no pensaba cooperar. Moriría luchando.

Me encontraba tan aturdida que era difícil mantenerse centrada. Cambié el rumbo de mis pensamientos a las voces que me habían traído aquí. A lo que habían dicho. A donde estaba.

Lo habían llamado Ravenfell.

A pesar de que no los había visto, ahora sabía que sus sombras no eran más que un espejismo, un escudo para ocultar la verdad de sus formas físicas. Formas que no parecían tan diferentes de las nuestras.

Formas que hablaban el mismo idioma.

Me recosté e intenté aclarar mis pensamientos. Si quería sobrevivir, debía encontrar un modo de salir de aquí. Solo era cuestión de tiempo que decidieran matarme…

O peor…

«No vayas por ahí».

Una vez que logré calmar mi respiración, me concentré en lo único que tenía sentido. Cerré los ojos, invoqué los zarcillos y los insté a salir de su lugar oculto. Me encontré con resistencia. La cabeza me dio vueltas. Me volví a concentrar y los incité a subir por la columna, sintiéndome aliviada cuando por fin se abrieron paso hasta el cráneo.

Mi conexión con ellos parecía distinta…

Más débil.

Respiré hondo, los desplegué y los envié al éter. Tal vez hubiera una mente de la que apoderarse. Aletearon por las paredes, hacia la puerta, a través de las grietas de abajo…

Un orbe apareció a pocos pasos de la habitación.

Una mente.

Brillaba con un tono más cálido que las otras a las que yo estaba acostumbrada, pero funcionaría igual. Latía a mi alcance, tranquila e inofensiva.

El objetivo perfecto.

Los zarcillos se deslizaron hacia ella, preparados para atacar, pero, en cuanto alcanzaron el orbe brillante, quedaron sofocados de golpe y se vieron lanzados de vuelta a las profundidades de mi columna, asustados.

«¿Qué coño?».

Se produjo una conmoción tras la puerta, y segundos después se abrió de par en par.

—No pruebes ninguno de esos jueguecitos mentales conmigo, princesa. No van a funcionar.

Se me escapó un jadeo de entre los labios cuando una figura enorme atravesó la puerta; su presencia llenó por completo la habitación. De pronto, me sentí increíblemente pequeña.

El cabello del color del cuervo le llegaba por los hombros. Unos diseños ónice recorrían partes de su piel pálida. Parecían

desconocidos y extraños. Iba vestido de la cabeza a los pies con una armadura de cuero negro con detalles que jamás había visto.

Tenía el rostro anguloso y duro, con facciones tan afiladas que parecían cortar diamantes. Unas orejas puntiagudas asomaban entre los mechones oscuros, cubiertas de piercings de metal plateado. Llevaba otro piercing de barra en la ceja. Su expresión era oscura e imposible de leer. Los iris le brillaban como ascuas doradas.

Pero a su alrededor…

«Por todos los Esprithe».

Se me vinieron a la mente los recuerdos del baile. La mujer que había visto… Esa con la que compartía mis ojeras perpetuas.

Justo como el hombre que tenía delante de mí.

Un silencioso grito brotó en mi interior, pero no afloró ningún sonido. Las palabras que querían salir disparadas se me quedaron en la punta de la lengua.

Me quedé con la boca abierta. Y luego la cerré.

El hombre soltó una risita y sacudió la cabeza. Aunque había un filo en su risa. Un deje cortante que no lograba identificar.

La ira me embargó, y las palabras salieron al fin. Solo que no fueron las que yo quería.

—¿Por qué me habéis llevado con vosotros? —pregunté, intentando mantener la voz firme, pero soné más bien como una niña caprichosa.

Compuse una mueca.

—¿Que por qué te hemos salvado, dices? —me corrigió. Reconocí su profunda voz de barítono del viaje. Él era el captor que iba sentado detrás de mí sobre las bestias aladas. Aether.

«¿Salvarme? Tienes que estar de coña».

—Habrías muerto si no te hubiéramos traído a Umbrathia. —Se cruzó de brazos. Su voz era impasible, fría.

—Me habéis secuestrado, no me habéis salvado. Me habéis llevado con vosotros en contra de mi voluntad…

—Has sido tú la que se ha revelado. Te hemos hecho un favor —espetó, cortándome.

—¿Que me he revelado? ¿Tienes idea de lo majara que suenas?

—Invéntate lo que quieras. Nosotros no dejamos a los nuestros atrás.

—¿De qué hablas? —Me estaba frustrando. La cabeza volvió a darme punzadas.

—Eres una kalfar. Una dominadora de las sombras. Te habrían matado en un instante después de haberte expuesto.

Una confusión muda me envolvió.

Nuestro intercambio de miradas fijas llegó a un punto muerto. Los ojos de él eran muy intensos; me recordaban a los de alguien más.

Laryk… Sentí que el corazón me pesaba. Habíamos desaprovechado demasiado el tiempo. Si hubiera sabido que tendríamos tan poco… Las lágrimas amenazaron con emborronarme la visión, pero luché por contenerlas con una ferocidad recién descubierta.

—Embustero —solté furiosa.

Entrecerró los ojos, aunque un brillo de algo le cruzó aquellos infinitos iris dorados. Sucedió en un segundo y se marchó tan deprisa como había llegado.

—Cree lo que quieras, princesa. No tengo tiempo para esto. Debo salvar un reino de esos monstruos con los que pareces haberte encariñado tanto.

«Como me llame "princesa" otra vez, exploto».

Se giró hacia la puerta, pero se detuvo un momento antes de salir.

—Mis disculpas. No tenemos vestidos para que te los pongas. Aunque sí que te puedes cambiar de ropa y ponerte esa si quieres. —Señaló hacia la pila de prendas.

«Espera, ¿qué es lo que ha dicho?».

—No me hace ni puta gracia. Venís a nuestra tierra a matar sin ton ni son, pero ¿los monstruos somos nosotros? —La rabia se apoderó de mí.

Se detuvo en seco sobre sus pasos y se volvió para encararme con otro ceño fruncido. Prácticamente podía ver cómo el calor emanaba de su piel mientras los ojos le relucían con silenciosa furia.

—Llevo luchando por la libertad de Umbrathia desde que me estrellé contra sus rocosas profundidades hace toda una vida. Esos con los que estás aliada han estado drenando este mundo,

arrebatándonoslo todo. La gente pasa hambre. Los niños se mueren. El calor ha desaparecido casi por completo. Pronto no quedará nada. Nos harán justo lo mismo que le hicieron a Riftdremar. —El asombro me dio de lleno ante la mención de mi hogar. Bajó la mirada y la clavó en la marca que se me extendía por la mano izquierda. Aquellos ojos dorados ardieron hasta convertirse en bronce líquido —. ¿Te marcaron? —Su voz era áspera, con un matiz de algo oscuro.

Casi sentí cómo la marca me ardía con más fuerza en la piel. Miedos de mi pasado comenzaron a abrirse paso en mi mente, los mismos que solían plagar toda mi existencia y me mantenían encadenada a una vida de sombras. Los mismos que había dejado atrás. Los mismos que se basaban en creencias erróneas…

Los alejé a lo más profundo de mi mente. Jamás regresaría a ese sitio.

A esa debilidad.

Una mezcla de rabia e incertidumbre me envenenó la sangre y me anestesió las venas. No era verdad. No podía ser. De ninguna manera podía creerme ni una sola palabra que saliera de esa boca. Eran trucos, mentiras, destinados a desarmarme de alguna manera.

¿A cuántos de los nuestros habría matado él? Pensé en Gentry y en Val. En el aire siendo arrebatado de sus pulmones, en sus cuerpos retorciéndose y contorsionándose como si lucharan por su vida. Por sobrevivir. En los ataúdes vacíos que sus padres habían enterrado.

«No».

—No voy a caer en tus manipulaciones —repliqué entre dientes apretados.

Se hizo un silencio letal en la habitación mientras el corazón me iba a mil. Durante lo que pareció una eternidad, nos mantuvimos la mirada en un mano a mano mortal.

De repente, el aire crepitó con energía, y Aether se abalanzó sobre mí y agarró la barra del cabecero de la cama con las manos. El pánico me recorrió de arriba abajo cuando los nudillos se le pusieron blancos. Aquellos ojos dorados y aterradores destellaron otra vez, destilando rabia por aquellas profundidades doradas.

No se acercó más, pero el espacio entre nosotros pareció estrecharse, como si el aire se hubiera extinguido. Mi mirada se quedó clavada en este momento, obligada a fijarse en los ojos del hombre delante de mí. El odio se entremezclaba con algo mucho más aterrador en lo más hondo de mi ser, algo que sentí como una traición. Algo que parecía que podría ser mi perdición.

El tiempo se detuvo cuando la energía me cubrió la superficie de la piel, poniéndome el vello de punta y bailando por los hombros. Infiltrándose en mi mente. Era el viento, la enormidad del cielo, el susurro de miles de estrellas. Era el ardor de la lluvia, la dentellada de una hoja, la caricia de la seda. Era una calidez, un sol abrumador que llameaba en el tiempo y en el espacio, abrasando las paredes de esta habitación sofocante, justo derecho a mi alma. Era como si algo se hubiera quebrado, rompiendo el universo en dos.

Nuestras respiraciones pesadas fueron los únicos sonidos que llenaban el silencio.

Debía liberarme y cortar esta conexión antes de que me consumiera por completo. Un dolor me invadió cuando aparté los ojos de los suyos, jadeé en busca de aire y enrosqué los dedos en las sábanas pálidas. El hombre retrocedió unos pasos dando tumbos, se apoyó en la pared que había a sus espaldas para equilibrarse y se giró para que su rostro quedara oculto.

«¿Qué coño ha sido eso?».

—Te han mentido. —Sus palabras prendieron algo en lo más profundo de mi ser, instando a que me hirviera la sangre. Violentos pulsos resonaron en mi interior y mandaron a mi mente al más oscuro de los lugares.

No podía soportarlo más. Las emociones eran demasiadas. Muy confusas. Muy poderosas. Estaba a punto de explotar. Invoqué la telaraña e intenté con desesperación alcanzar su mente otra vez. Aunque en esta ocasión iba a matar.

Tan veloz como la lancé hacia él, regresó hacia mí. El retroceso fue tan intenso que sentí el dolor agudo en mi mente.

—Tendrás que ser más rápida —espetó antes de marcharse con fatiga y dar un portazo tras él.

Quería chillar.

Me levanté y deambulé por la habitación. La molestia calentaba todas y cada una de las venas de mi cuerpo, y yo no tenía intención alguna de controlarla. ¿Qué era lo peor que podía hacer? Acabarían matándome de todas formas.

Mejor ahora que después.

Provocaría un caos absoluto. Gritaría tan fuerte que todo este condenado reino escucharía mis chillidos. Saldría de allí con alguna extremidad menos si era necesario.

Extendí la mano hacia abajo, sintiendo la daga que llevaba asegurada al muslo. Mi mente se llenó de un delicioso sabor a ira cuando toqué la vaina con la mano y la arranqué de la correa.

Mis poderes no importaban.

Le rebanaría la garganta.

O él moría, o yo lucharía hasta que me arrebatara la vida desde lo más hondo de mi ser.

Caminé firme con un propósito recién descubierto y me dirigí a la puerta, pero entonces un destello de pelo blanco hizo que me detuviera sobre mis pasos.

Era un reflejo del espejo… Yo.

Pero algo no cuadraba.

Ladeé la cabeza y me inspeccioné a mí misma mientras me acercaba. Todavía llevaba la melena en tirabuzones del baile. Las sombras bajo mis ojos sí que parecían más oscuras, aunque no era eso.

Me subí a la cama y coloqué la cara justo delante del cristal.

Se me paró el corazón.

Los ojos de color ópalo que siempre había tenido. Los que brillaban con luz blanca cada vez que utilizaba mi foco. El único rasgo que me definía, que jamás había cambiado, que jamás había faltado.

Ya no estaban.

Habían sido reemplazados por algo inquietante.

Algo siniestro.

Era como si me hubieran echado tinta directamente sobre los ojos.

Me llevé la mano a la boca mientras retrocedía y dejé vagar la mirada por la habitación. Noté cómo se me aceleró el pulso. Ya

había visto esto antes. En la clase de Mercer.

El modo en el que había echado tinta en el agua, los giros y remolinos, la negrura extendiéndose, apoderándose de todo, colonizando el líquido transparente que había dentro.

Se arremolinaba en las comisuras de mis ojos, más allá de los iris opalescentes. Como si lucharan por el control.

Y entonces me di cuenta…

La oscuridad en torno a mis ojos…, que se había profundizado desde que estábamos en el oeste… Las sombras que había visto al llegar a Emeraal…

Los espectros solo podían emplear sus habilidades cuando se encontraban cerca de su hogar. Esta era la primera vez que me aventuraba fuera de Luminaria. La primera vez que me había acercado a la grieta entre mundos.

La destrucción, las sombras y los eventos del prado en Emeraal se me vinieron de golpe a la mente; los recuerdos atravesaron todos mis muros.

Él me había llamado dominadora de las sombras.

«Dominadora de las sombras».

Se me paralizó el corazón. Los susurros de un nombre resonaron en el fondo de mi mente.

Uno que había escuchado en un sueño.

Fiandrial.

Agradecimientos

Antes de nada, queremos agradecer a nuestros amigos y familiares, que nos han escuchado divagar sobre mundos inventados y elecciones de personajes cuestionables durante demasiado tiempo. Habéis leído más borradores horribles de los que nadie se podría imaginar, y os debemos a todos una copa (o doce).

A nuestras parejas: habéis sobrevivido a nuestra obsesión por los hombres elfos ficticios y los giros de guion extraños con una paciencia admirable. Os prometemos dejar de hablar de focos y espectros durante al menos una semana cuando este libro salga.

A Emily Forney, nuestra maravillosa agente de BookEnds. Gracias por creer en Grenwich y Lennox. Tu orientación, apoyo y fe en nuestras historias significan mucho para nosotras.

A Awo Ibrahim, nuestro editor de Penguin UK: gracias por abogar por esta historia y por darle una segunda vida. Cuando autopublicamos este libro por primera vez, nunca imaginamos que llegaría hasta tu equipo y tú. Esta obra es mucho mejor gracias a ti y te estamos muy agradecidas por luchar por ella.

Nuestro grupo de D&D se merece un choque de manos (o una jarra de cerveza) por inspirarnos con muchísimas ideas para la ambientación. Gracias por las aventuras.

A nuestros lectores alfa y beta: vosotros sois los más importantes. Gracias por analizar nuestros primeros borradores inconexos y proporcionarnos críticas tan valiosas. Saber vuestra opinión nos ha inspirado a seguir hasta el final y nos ha hecho sentir como si hubiéramos creado algo especial y hubiera merecido la pena terminarlo.

El nuevo fenómeno del romantasy: slow-burn, enemies to lovers y secretos que destruyen imperios.



UN PODER DESATADO.
UN DESEO QUE TODO LO CONSUME.

Décadas después de que una rebelión arrasara la isla de Sídhe, Fia Riftborne ha aprendido tres lecciones esenciales para sobrevivir: mantener la cabeza baja, no llamar la atención y evitar a toda costa a la Guardia de Sídhe.

Pero eso no es tan fácil: Fia esconde un poder secreto que, si se descubriera, la pondría en peligro. Y cuando un simple recado sale mal y lo desata, Fia sabe que ya no puede seguir ocultándose.

En lugar del castigo inmediato que esperaba, el general Laryk Ashford le ofrece un ultimátum: unirse a la Guardia de Sídhe… o enfrentarse a la ejecución.

Pronto, Fia se enfrenta a otra elección imposible: rendirse al caos que lleva dentro y arriesgarse a destruir todo lo que ama, o convertirse en un arma en manos de quienes se le arrebataron todo…, incluido el seductor Ashford, que empieza a adueñarse de cada uno de sus pensamientos….

Bree Grenwich y Parker Lennox son dos almas platónicas que han sido inseparables desde que se conocieron a los diecinueve años. Su amor compartido por la fantasía, las heroínas de armas tomar y los romances eróticos incitó su sueño de escribir juntas una novela, lo que al fin han conseguido con su primera obra, *Riftborne*. Cuando no están conjurando mundos llenos de empoderamiento femenino y relaciones dignas de un desmayo, se pegan atracones de *reality shows* o *fangirlean* por su última sesión de *Dragones y Mazmorras*.

A Bree le gusta pasar tiempo con su pareja, de quien afirma que es un hombre escrito por una mujer. Como auténtica piscis, Bree encuentra consuelo en los fines de semana junto al mar o un lago, absorta en un libro con música ahogando al resto del mundo. También le fascina lo paranormal y todo lo relacionado con las brujas; una pasión que, sin duda, se cuela en su escritura.

Por otra parte, Parker divide su tiempo entre el sur de Estados Unidos y la preciosa región vinícola de Burdeos, Francia, donde visita a su pareja (¡prueba viviente de que las novelas románticas pueden reflejar la realidad!). Artista por naturaleza, Parker expresa su creatividad por medio del diseño gráfico, la fotografía y las aventuras culinarias deliciosas, siempre con una masa madre burbujeando en el fondo.

Juntas, tejen novelas *romantasy new adult* adictivas.



Título original: *Riftborne*

Primera edición: junio de 2026

© 2024, Bree Grenwich y Parker Lennox
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2026, Palma Carvajal e Inmaculada Rodríguez, por la traducción
© 2026, Tomislav Tomic, por el mapa

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Adaptación del diseño original de Penguin UK
Imágenes de portada: © iStock

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, nos reservamos expresamente la reproducción y el uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 979-13-87949-53-2

Compuesto en punktokomo.com

Facebook: PenguinEbooks
Facebook: somosinfinitos
X: @somosinfinitos
Instagram: @somosinfinitoslibros
Youtube: penguinlibros
Spotify: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

Riftborne
Glosario
Guía de pronunciación
Extracto. Relato histórico de Sídhe. Primera edición
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23

Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Agradecimientos
Sobre este libro
Sobre Bree Grenwich y Parker Lennox
Créditos